PIERRE GAXOTTE

LA REVOLUCION FRANCESA



TERCERA EDICION

CULTURA ESPAÑOLA, S. L.

1942

Printed in Spain
1942

GRÁFICA UNIVERSAL.—EVARISTO SAN MIGUEL, 8.—TELÉF. 34079

PRÓLOGO DEL AUTOR

PARA LA SEGUNDA EDICION ESPAÑOLA (1)

La revolución de 1789 señaló el comienzo de una era democrática que parece tocar a su fin. Después de haber conocido durante un siglo triunfos continuos y sin precedentes, las ideas revolucionarias se baten hoy en retirada en casi todas partes y llegará el día en que se podrá hablar de esta historia muerta, sin despertar más pasiones que si se tratase de la guerra de los cien años o de la revuelta de los cabochianos.

Cuando este libro vió la luz, hace diez años, el único deseo del autor era el de devolver a la revolución sus proporciones humanas: esta intención escandalizó un poco, ¡hasta tal punto se admitía que era un acontecimiento excepcional, divino, según unos; diabólico, según otros, y, en todo caso, fuera de las proporciones normales!

Pero la política se hace por los hombres y no puede comprenderse más que cuando se entienden los elementos humanos. El hombre de todas las épocas y de todos

(1) Valladolid, 1938.

los siglos se parece a sí mismo, tiene las mismas pasiones, razona y se comporta de la misma manera, en los mismos casos. «Nos imaginamos siempre a nuestros antepasados, escribía Sainte-Beuve, como en la infancia de las doctrinas y en la inexperiencia de las cosas que nosotros hemos visto, pero ellos ya habían visto muchas otras que nosotros hemos olvidado».

Por ello, el estudio de los años comprendidos entre 1789 y 1799 tiene un valor más general que el de un simple capítulo de historia nacional: es el estudio de la marcha de las revoluciones, un capítulo de patología social. A esta luz, el fenómeno aparece como de un horror muy ordinario. Es banal aún en sus episodios sangrientos y crapulosos. Es la misma cosa, siempre la misma cosa, con una regularidad y una mediocridad desoladoras.

Al comienzo, una autoridad que duda de sí misma, de su derecho, de su fuerza, que no sabe lo que ella quiere y que, carente de una firme doctrina, no osa ni sojuzgar con rigor, ni prevenir. Después, ante la retirada de los mejores y la alianza de los débiles, la anarquía se instala y los cobardes se enardecen. De vez en cuando, un momento de calma, algunos meses de una paz relativa que no detiene el curso de los acontecimientos, pero que impide a los ingenuos ponerse en situación de defensa, haciendo surgir en las cabezas entontecidas las ilusiones más narcóticas. En fin, la canalla triunfa hasta el terror. A las gentes honradas no les queda otra cosa que prestar su cuello o sublevarse. Repasad una revolución, en cualquier lugar y tiempo que haya sido, y veréis siempre las mismas manifestaciones, los mismos resultados, los mismos personajes, las mismas víctimas y

las mismas ideas, porque el número de ideas entre las cuales puede elegir el espíritu humano es bien escaso.

El día en que la proclamación de la república española fué conocida en París, escribí en Je Suis Partout un artículo, preñado de temores y de pesimismos: Existen todas las probabilidades, decía yo, de que el nuevo régimen termine por los asesinatos en masa, el bolchevismo y la guerra civil. En mis tristes reflexiones me dejaba guiar por esa ley de las revoluciones que se contiene en la vieja fórmula parlamentaria: ningún enemigo a la izquierda, y que, mediante una revolución casi mecánica, en la que los moderados son reemplazados por los menos moderados, acaba en la eliminación de los juristas por los furiosos. La gran crisis explota cuando la revolución, llegada a su extremo, choca, no sólo con la resistencia de los hombres, sino con lo que Carnot llamaba la naturaleza de las cosas, es decir, con el orden mismo de la creación, con las leyes que regulan la vida de los hombres y el crecimiento de las plantas, con las leyes que aseguran la conservación de las sociedades y de los grupos humanos.

No tengo por qué disimularlo: la Historia de la Revolución francesa es una historia mediocre, tanto por sus ideas como por sus hombres. No es grande más que por la majestad presente de la muerte.

CAPITULO I

El antiguo régimen

La Francia del antiguo régimen era un edificio muy grande y muy viejo que, a lo largo de quince siglos, habían ido construyendo cincuenta generaciones. Cada una había dejado allí su huella, siempre agregando algo, pocas veces demoliendo o reduciendo. Algunas partes abandonadas amenazaban ruina; otras eran incómodas; otras, demasiado lujosas. Mas en definitiva, el conjunto era holgado, la fachada tenía un noble aspecto y allí se vivía mejor y vivía más gente que en otras partes.

Los cimientos más profundos y más antiguos eran obra de la Iglesia, que durante doce siglos había trabajado en ellos sola, o casi sola.

En los tiempos de Roma, en un mundo duro y frío, ella aportó el consuelo de las miserias, el valor de vivir, la abnegación, la paciencia, la esperanza de una vida mejor y más justa. Cuando el Imperio se derrumbó bajo la masa de los Bárbaros, fué la Iglesia el refugio de las leyes, de las letras, de las artes y de la política; y fué quien ocultó, en sus monasterios, aquellos valores de la cultura humana y de la ciencia que podían ser salvados. En plena anarquía había constituído una sociedad activa y ordenada, cuya disciplina y espíritu bastaban a evocar el recuerdo de los tiempos de calma y a suscitar su nostalgia. Más aún: se afronta con los invasores, los gana, los apacigua, los convierte, canaliza su irrupción, limita sus devastaciones. Ante el obispo, representante de un

misterioso más allá, el germano tiene miedo y retrocede; y no hace daño a las gentes, ni a las casas, ni a las tierras. El hombre de Dios viene a ser el jefe de las ciudades, el defensor de los hogares y de los talleres, el único protector de los humildes en este mundo. Y cuando, más tarde, pasado ya el momento de los incendios y de los saqueos, se hace necesario comenzar a reconstruir, administrar, negociar, las Asambleas y los Consejos abren de par en par sus puertas a los clérigos, únicos capaces de redactar un tratado, de dirigir una embajada, de hablar ante un príncipe.

En las desgracias renacientes, en el derrumbamiento del Estado carolingio, en aquella noche del siglo IX, llena del ruido de las armas, mientras que nuevas oleadas húngaras, sarracenas y normandas invaden y sumergen el país, mientras que el pueblo dispersado flota sin rumbo, la Iglesia, una vez más, resiste y se mantiene firme.

Reanuda las interrumpidas tradiciones, combate los desórdenes feudales, reglamenta las contiendas particulares, impone treguas y paces. Los grandes monjes Odón, Odilón y Bernardo elevan sobre castillos y ciudades el poder moral de la Iglesia, la idea de la Iglesia Universal, el sueño de la unidad cristiana. Predicadores, pacificadores, consejeros de todo el mundo, árbitros en todas las querellas, intervienen en todo y dondequiera como verdaderas potencias internacionales, ante las cuales los poderes de la tierra no resisten sino temblando.

En torno de los grandes santuarios y de las santas abadías se anudan relaciones y viajes; a lo largo de las sendas por donde caminan interminables procesiones de peregrinos, van naciendo las canciones épicas. Las selvas, taladas por los monjes, van desapareciendo; a la sombra de los monasterios, se repueblan las campiñas; resurgen las aldeas arruinadas. Las vidrieras polícromas de las iglesias y las esculturas de las catedrales son libros de estampas en los que se instruye el pueblo. El Papa es el dictador de Europa; que ordena cruzadas y deshace reyes. Dotaciones, riquezas, honores, todo se pone a los pies del clero, y el mismo exceso de esta gratitud da la medida de la magnitud de sus beneficios.

Pero ya se había puesto al trabajo otro obrero: el señor.

Cuando el Estado se debilita, ocupan su puesto los individuos más fuertes; así, al resbalar el cetro de Carlomagno en las manos débiles de sus sucesores, una generación de soldados se levanta para recoger sus restos. Como el territorio, la soberanía se desmenuza, y una espesa germinación de poderes locales cubre el suelo. Funcionarios imperiales, grandes propietarios, aventureros afortunados, bandoleros sometidos, los nuevos reyezuelos proceden de mil orígenes. Violencias, usurpaciones, contratos, inmunidades, particiones, cesiones, realizados al azar de las circunstancias, fueron las raíces inestables e incoherentes de su poder.

Todos los atributos del poder público se desprenden, se rompen, se venden, se roban.

Uno se apodera de un portazgo, otro de un mercado. Ya no hay ejército, no hay más que partidas. La Justicia se reparte en mil jurisdicciones especiales: territorial, personal, censual, alta y baja. Las almas se disuelven, como los derechos. Una fuerza subsiste solamente: el valor, la resolución, la audacia, la brutalidad del individuo.

La inseguridad es general. Por todas partes se pelea, y las crónicas no hablan más que de muertes, saqueos e incendios, de pueblos arrasados, de mujeres violadas, de labradores asesinados. Para el débil, la vida es sólo un largo terror. Alrededor del señor que posee un castillo, guerreros, un tesoro, los campesinos se agrupan apresurados, y a cambio de su protección y su justicia, le ceden una parte de su trabajo y una parte de sus cosechas; los más desgraciados se vinculan a él toda su vida y para toda la de su descendencia. Constructor del molino, del horno y del puente, es el amo de la circulación y de las transacciones, y encierra la actividad de sus vasallos y siervos en una estrecha red de exacciones y monopolios. Pero, ¿qué son estas servidumbres, a trueque de la vida, que él ampara?

A una sociedad desarbolada, dispersada, disuelta, que no tenía ya guías ni leyes, el feudalismo le da cuadros y jefes; por estrechos que hayan sido los primeros, han servido para agrupar a los hombres; y por violentos que hayan sido los segundos, han restablecido las garantías elementales, sin las cuales no era posible subsistir. Su servicio es oneroso, excesi-

vo su beneficio; pero, sin ellos, la situación hubiera sido peor aún.

Más adelante, el régimen se suavizará, se humanizará. La Iglesia llevará a él un poco de ideal. Cederá sitio a los municipios, que serán como señoríos burgueses y colectivos. Los rudos varones comprenderán que sus intereses van de acuerdo con los de sus protegidos y que la moderación es el mejor medio de conciliárselos.

En tiempo de Luis XII, en un país que no necesita ya de su protección y que prescinde ya de sus servicios, conservan tal autoridad, que no se hace en el lugar nada importante sin su parecer y su aprobación. Se tiene hacia ellos un respeto familiar, una gratitud sin servilismo. Se les invita a las fiestas, y ellos honran con su presencia las comidas de boda y de bautizo, son padrinos de los niños y consejeros de los padres.

En las viejas torres, desprovistas ya de fosos y defensa, y cuyas puertas y ventanales se abren al exterior, dominan las mismas preocupaciones y se lleva casi igual vida que en las chozas vecinas; se piensa en las cosechas, en el ganado, en la lluvia, en las viñas, en la venta del grano. Señores y labradores se encuentran en los mercados; si la jornada fué buena, beben en el hostal cambiando promesas rudas, y entre dos vasos se dan palmadas amistosas. Entrada la noche, se ve retornar al señor cabalgando orgullosamente en su cuartago, la espada al cinto, una hogaza de pan bajo el brazo, y su rentero montado a la grupa.

Todo ello, sin embargo, eran ya recuerdos nada más: las soberanías locales estaban heridas de muerte, y, de largo tiempo atrás, la hora del rey había llegado.

Fué el rey, ante todo, el obrero de la unidad nacional, y su poder fué acreciéndose a medida que el sentimiento de ella se hizo más imperioso en la conciencia popular; pero la tarea no fué fácil, y antes de que las parcelas desgarradas del suelo patrio fuesen reintegradas y soldadas, mediaron siglos y mediaron trabajos.

El primer Capeto era un señor harto modesto, cuya ambición consistía en ir de París a Etampes sin peligro de ser secuestrado y sin la necesidad de ser, luego, rescatado. Los tres siguientes se dejaron llevar a empresas superiores a sus fuerzas, y no adelantaron gran cosa los asuntos de la Monarquía. El quinto, Luis VI, comprendió que ésta debía concentrar su acción en espacio más reducido, restringiendo su papel de potencia general, para tomar durante algún tiempo el aspecto de un señorío local; se pasó veinte años de su reinado ocupado en limpiar de bandoleros los alrededores de París, donde se habían hecho fuertes, y fué un día de triunfo aquel en que las carreteras de Orleans y de Melun quedaron libres y seguras. La realeza ganó en solidez lo que había perdido en extensión; activa y audaz, adquiere, por primera vez, el prestigio inherente, no al rango, ni a los recuerdos gloriosos, sino al valor personal, a la fortuna y al éxito.

La impulsión hacia el porvenir está ya dada. Tuvieron suerte, sin duda, los Capeto; los primeros dejaron hijos, todos; las minoridades fueron escasas. Las Cruzadas les desembarazaron de los más turbulentos de sus vasallos. Algunos de sus adversarios, entre otros Ricardo Corazón de León, murieron muy oportunamente. Pero tuvieron, sobre todo, buen sentido, probidad, perseverancia, energía, sentido de las realidades, capacidad administrativa.

Para comenzar, sustraen la Corona a los caprichos electorales, se alían con la Iglesia y protegen a los humildes; hacen reinar la justicia; establecen el orden y la paz. Ellos son los jefes de la defensa pública y los libertadores del país; unos tras otros, combaten a los ingleses, a los alemanes, españoles y austriacos. Con el tesón del campesino que redondea su heredad, reconquistan la herencia carolingia. Cada reinado, o casi cada reinado, señala una etapa de la reconstrucción. Bajo Luis XIV, se trabaja aún en la frontera norte, siempre demasiado vulnerable y demasiado próxima a París. Se anexionan el Artois, Flandes, Alsacia, y —al otro extremo de Francia— el Rosellón. Bajo Luis XV, la Lorena y Córcega.

Pero no basta conservar y acrecer este hermoso país; es preciso valorizarlo. Y el rey construye carreteras, traza canales, crea puertos, regulariza ríos, abre escuelas, erige hospitales, protege Universidades y Academias. Monumentos de gloria y de utilidad le proclaman a porfía padre de la patria y bienhechor del pueblo.

Cuando los viejos autores hablan de él, parecen sobreco-

gidos por una devoción sobrenatural. Es, dicen ellos, el primero de los reyes; ningún soberano puede compararse con él, ni por la antigüedad de su corona, ni por el esplendor de su trono, ni por la extensión y la santidad de su poder. Es un personaje divino honrado y jubilosamente servido por toda la nación: «Todo el Estado está en él —escribe Bossuet—; la voluntad del pueblo está encerrada en la suya; así como en Dios se hallan reunidas toda perfección y toda virtud, todo el poderío de los particulares está reunido en el del príncipe...» El mariscal Marmont, nacido quince años antes de la Revolución, cuenta en un célebre pasaje de sus *Memorias*, qué prestigio tenía aún Luis XVI en los últimos tiempos de la Monarquía: «Yo tenía para el rey un sentimiento difícil de definir, un sentimiento de adhesión con un carácter religioso. La palabra del rey tenía entonces una magia, un poder que nada había alterado. En corazones rectos y puros, este afecto se convertía en una especie de culto.» Y se citaba con deleitación esta frase de un embajador veneciano del siglo XVI: «El reino de Francia ha sido siempre reconocido, por un sentimiento unánime de los pueblos, como el primero y más excelente reino de la Cristiandad, tanto por su dignidad y su poderío, como por la autoridad absoluta de aquel que le gobierna.»

Pero todo esto no son más que palabras, palabras cuyo sentido ha cambiado a menudo, porque los hombres no se forman una idea única e inmutable de la autoridad, sino que, por el contrario, la entienden de modos diversos y variables.

La forma en que se había constituído la Francia monárquica, retazo a retazo, sobre la Francia feudal, daba al poder real, teóricamente ilimitado, un carácter y unas limitaciones que difícilmente podemos sospechar nosotros, los ciudadanos del Estado burocrático, napoleónico y semisocializado.

La autoridad se nos aparece hoy bajo el aspecto de un funcionario sentado tras una mampara e investido de los más amplios derechos, incluso el de transformarnos en militares y el de enviarnos a recibir ladrillazos en los motines y trozos de acero en los campos de batalla.

Este personaje es eterno, inmutable, idéntico a sí mismo de un extremo a otro del territorio; en el llano y en la montaña, en Ile-de-France y en Lorena, aplica los mismos reglamentos y percibe los mismos impuestos. Es todopoderoso, porque su especie es numerosa, porque todo el mundo tiene necesidad de él, porque sus decretos están apoyados por una policía activa, una magistratura dócil y numerosos regimientos. Forma censos, registra, espía; conoce nuestros ingresos y hace el inventario de nuestras herencias; sabe si tenemos un piano, un automóvil, un perro o una bicicleta. Instruye a nuestros hijos, fija el precio de nuestro pan. Fabrica nuestras cerillas y nos vende el tabaco. Es industrial, armador, comerciante y médico; tiene cuadros, posee bosques, ferrocarriles, hospitales, monopoliza los teléfonos y acapara la caridad. Si pertenecemos al sexo masculino, nos hace comparecer ante él, nos pesa, nos mide y examina el funcionamiento de nuestro corazón, de nuestros pulmones, de nuestro bazo. No podemos dar un paso sin que lo sepa, y sin que halle un pretexto para intervenir. Un millón de franceses, por lo menos, están a su servicio; dos o tres millones están pensionados por él y los demás aspiran a estarlo. Todo el mundo gruñe, pero obedece; y cuando uno de sus agentes es atropellado por un elector descontento, todos a una voz condenan la audacia y piden jueces y cárceles para el sacrílego.

Esta concepción del gobierno burocrático, servido por un ejército de funcionarios, promulgando para una nación de administrados una legislación única, es quizá lo más opuesto, lo más extraño al antiguo régimen, que pueda idearse. Los más grandes reformadores, los más enamorados de la unidad, Colbert, Machault, Maupeou, Lamoignon, no podían siquiera imaginar semejante uniformidad, ni docilidad parecida.

Napoleón erigió su edificio a golpe de decretos sobre un suelo nivelado. La Monarquía había reunido a la Corona antiguas provincias, cada una con su organización y sus costumbres cuidadosamente respetadas. El reino era uno en la persona del soberano, y múltiple en sus instituciones.

En 1668, después de la conquista del Franco-Condado, Luis XIV firmó con los representantes del país una capitulación cuyo primer artículo decía:

«Todas las cosas quedarán en el Franco-Condado en el

mismo estado en que se hallan actualmente en cuanto a privilegios, franquicias e inmunidades.»

Una cláusula garantizaba el respeto a las leyes y edictos en vigor bajo la dominación española; otra prohibía el establecimiento de impuestos nuevos; otra conservaba a Besançon su Academia. Se prometía a Dôle que sería el punto de reunión de los Estados... y, finalmente, el acta terminaba con esta declaración:

«Su Majestad promete y jura sobre los Santos Evangelios, que ella y sus augustos sucesores las conservarán y mantendrán bien y lealmente en todos y cualesquiera de sus privilegios, franquicias y libertades, antiguas posesiones, usos, costumbres y ordenanzas, y, en general, que ella hará todo aquello que un príncipe y conde palatino de Borgoña está obligado a hacer.»

Ampliad este ejemplo; representaos a las provincias, a las ciudades, las clases, las asociaciones, los oficios, los gremios, provistos de cartas, derechos, estatutos, inmunidades de todo género y extensión, y tendréis una idea de lo que era la Francia de Luis XV y de Luis XVI y de la manera que en ella podía ser ejercitado el poder real.

A despecho del gran esfuerzo de simplificación realizado bajo Luis XIV, a toda decisión gubernamental continuaron oponiéndose una masa de tradiciones, contratos, promesas precedentes, que era preciso tomar en cuenta. Era necesario discutir, pactar, admitir reducciones, descargas y excepciones. Las órdenes más terminantes quedaban corregidas y enmendadas por este conjunto de instituciones, contra las cuales no se podía nada en la práctica.

Sin cesar, los ministros exponen sus lamentaciones sobre la dificultad de gobernar a ciudadanos tan bien pertrechados para poner en jaque a su rey.

«No puede darse un paso en este reino —decía Calonne— sin encontrar leyes diferentes, usos contrarios, privilegios, excepciones, franquicias de impuestos, derechos y pretensiones de toda especie.» Y agregaba, en tono de ministro autoritario y centralizador: «Esta disonancia general complica la administración, interrumpe su curso, embaraza sus resortes y multiplica en todas partes el gasto y el desorden.»

Tomemos un nuevo ejemplo. A principios del siglo XVIII, algunos administradores de las provincias fronterizas, deseosos de acelerar la reparación de los caminos más deteriorados, requisaron a los campesinos de las inmediaciones para hacerles trabajar en ellos. Como los resultados parecieron satisfactorios, el sistema se extendió poco a poco. En 1731, Orry invitó a sus subordinados a generalizar su empleo, y propuso un modelo de reglamento; se sobreentiende que no podían exigirse estas prestaciones a los nobles ni a los eclesiásticos; se exceptuaban también, naturalmente, las ciudades, que debían atender a la conservación de sus calles y plazas, y de los ciudadanos sólo debían pagar los que poseyesen granjas o casas de campo. Se exceptuarían, además, los oficiales de justicia, los empleados de Hacienda, los guardas forestales, los obreros de las fábricas de moneda, los factores de mensajerías, y, en general, todos los individuos a quienes conviniera excluir y retener en atención a su influencia en la prosperidad de la provincia. El Intendente de la Champagne, por ejemplo, excluyó a los obreros de las fábricas de armas, a los fundidores y afinadores. En el Poitou fueron exentos los papeleros. En un sitio se exige la prestación con severidad; en otro, con benevolencia; más allá la mala voluntad es tal, que la prestación no llega a funcionar.

Ya está nuestra decisión ministerial bien enmendada; pero no es esto sólo. El Languedoc, que desde mucho tiempo antes tiene su presupuesto de obras públicas, no la toma en cuenta. En la Generalidad de París, donde convergen tantas carreteras importantes, la conservación se hace a fuerza de dinero, y la prestación se reduce al transporte de guijarros y adoquines. En las provincias, dos o tres intendentes tratan de mejorar el rendimiento y reducir la carga, y por acuerdo con las parroquias, transforman la prestación en una contribución pecuniaria repartida entre el conjunto de su territorio. Orceau de Fontette imagina un sistema para la suya, Caen, que es rica. Turgot aplica otro en el Limousin, que es pobre, y, llegado a ministro, trata de imponer a Francia entera una ley análoga; pero su intento de unificación fracasa y se vuelve a los reglamentos parciales, más numerosos que nunca, y más

o menos bien adaptados a los recursos de cada región y al carácter de sus habitantes.

A los cuarenta años de establecida, la prestación es ya imposible de reconocer; cada diez leguas varía de naturaleza, de cuantía, de base, de intensidad. Deformada, ensanchada, empequeñecida, convertida, aceptada, combatida, reducida a nada, traduce en sus mil formas la extrema variedad del reino y su potencia de reacción frente a las empresas gubernamentales.

El primer orden del Estado, el clero, tenía una organización particular que hacía de él un cuerpo político; sus representantes se reunían en años alternos para votar las tasas del Estado, a las que se denominaba «don gratuito» para evidenciar que se trataba de una especie de regalo, y no de un verdadero impuesto. No hay que decir que las deliberaciones preliminares servían de pretexto siempre a una exposición de quejas, a las cuales el Poder, siempre escaso de dinero, no podía cerrar oídos. En el intervalo de las sesiones eran designados dos comisionados generales para la defensa de los privilegios eclesiásticos, misión que cumplían celosamente. Gran propietario, rico con sus cien millones de diezmos, tenía el clero a su cargo dos de las funciones que más parece reivindicar como privativas el Estado moderno; y de las que sólo accidentalmente se ocupaba entonces la Monarquía: la instrucción pública y la asistencia, a las que consagraba gran parte de sus ingresos.

En las provincias más tardíamente unidas a la Corona, habían subsistido largo tiempo Estados particulares, cuyos poderes eran extensos: dirigían la administración local, regían su presupuesto particular y votaban los impuestos generales. En vísperas de la Revolución, este sistema funcionaba parcialmente en Borgoña, en Provenza, en Flandes, en algunas regiones del Pirineo; y en absoluto en Languedoc y Bretaña. Los Estamentos de Languedoc pasaban por ser bastante tratables. Los de Bretaña eran difíciles, y el cargo de comisario del rey en ellos, estaba considerado como una misión enojosa, casi imposible de cumplir honrosamente. Su composición era singular; en tanto que el clero y el tercer estado no enviaban más que cincuenta representantes cada uno, todos los

nobles mayores de edad que justificasen un siglo de nobleza en la línea paterna, podían asistir personalmente a las sesiones y tomar parte en las discusiones; y venían cuatrocientos, quinientos y algunas veces más. Susceptibles, desconfiados, muy celosos de las libertades provinciales consagradas por el contrato de la duquesa Ana, siempre estaban dispuestos a resistir al Gobierno y a jugar malas pasadas a sus apoderados.

No menos original era la situación en tierras de Alsacia y de Lorena. No existía entre Francia y Renania una frontera lineal que señalase una brusca solución de continuidad en las relaciones sociales y políticas, sino más bien una zona de transición, un terreno de penetración recíproca, sembrado de enclaves y de lugares discutidos. Sarrelouis, plaza francesa, estaba en tierra alemana, pero los príncipes alemanes radicados en Alsacia conservaban derechos sobre una quinta parte del país. El arzobispo de Besançon tenía entre sus sufragáneos al obispo de Basilea; pero el arzobispo de Maguncia era metropolitano de Strasburgo. El límite aduanero pasaba entre Francia y la Lorena, no entre Alsacia y el Imperio. Desde Nancy, la relación comercial era más fácil con Tréveris y Maguncia que con Dijon o Reims. Ninguna hostilidad había entre renanos y franceses, sino al contrario, relación cortés y continua.

Muchos alemanes vienen a establecerse entre nosotros. Ocho o nueve mil sirven en nuestro ejército, y precisamente en las guarniciones del Este. Los jóvenes señores del Palatinado o de Wurtemberg sueñan con Versalles, hablan nuestra lengua, compran nuestros libros y coleccionan nuestras obras de arte. Las Universidades de Bonn y de Maguncia están por completo penetradas de nuestra civilización, y cuando Goethe piensa en ser profesor, es para enseñar en Strasburgo. «Es necesario no alterar los usos del país alsaciano», había escrito un ministro de Luis XIV. Y en virtud de este principio, ni el Concordato de 1516, ni la revocación del edicto de Nantes se aplican allí; la Iglesia vive bajo el régimen del Concordato germánico, y los protestantes practican su culto sin traba alguna. Lengua, costumbres, tribunales, libertades burguesas y constituciones municipales son fielmente respetadas.

Ni tasas, ni auxilios, ni derechos de registro, ni otros impuestos que los locales, percibidos en la forma tradicional. A la Lorena se la había tratado con menos miramientos; los primeros intendentes establecidos en Nancy, les hicieron ver de menos a los últimos duques. Sin embargo, antes de su anexión, había pasado por las dos etapas de ocupación y protectorado. Y también disfrutaba aún de alguna valiosa particularidad: la justicia era allí más ilustrada y más regular que en otras partes. La mayor parte de los derechos de auxilio, la capitación y el tercer vigésimo, no estaban en vigor.

Las poblaciones y comunidades del reino conservaban de su pasado privilegios importantes: exenciones o reducciones de impuestos, libre nombramiento de las autoridades urbanas, derecho de justicia, derecho de establecer impuestos, de hacer empréstitos, de gastar a su guisa...

Aunque en muchos sitios el gobierno central hubiese aprovechado la gestión imprevisora y pródiga de los grandes municipios para imponer su inspección y reservarse la designación de alcaldes y tenientes, la vida municipal conservaba un vigor y una lozanía asombrosos. El magistrado de Strasburgo, los jurados de Burdeos, la corporación de Lyon, la Cámara de Comercio de Marsella, que nombraba los cónsules de Levante, eran potencias con las que era preciso contar. Las ciudades menores no eran menos celosas en la defensa de sus prerrogativas, y hubieran consentido en arruinarse en un litigio, antes que aceptar de buen grado la tutela del poder real.

Las parroquias rurales elegían síndicos; pero éstos no podían hacer nada sin el asentimiento de la asamblea general de los vecinos, que se reunía los domingos a la salida de misa para elegir los perceptores de tasas, para deliberar sobre la prestación, los caminos y los impuestos, y para escuchar las comunicaciones del intendente, o la lectura de los nuevos edictos.

Pero el más poderoso obstáculo para el ejercicio ilimitado de la autoridad regia estaba constituído por los Tribunales mismos: Parlamentos, Tribunales de Cuentas, de Auxilios, bailías, senescalías, elecciones, oficinas de Hacienda, depósitos de sal..., cuyos miembros eran todos propietarios de sus

cargos, como puede hoy serlo un notario o un fiscal. ¿Se imagina lo que esta propiedad significaba de independencia, de libertad y de tentaciones? Es el derecho de absolver, aprobar y rehabilitar a los castigados por la Corona, de atacar y detener a sus agentes, de rehusar categóricamente el registro y la aplicación de los nuevos decretos; en suma, la posibilidad de tener en jaque a todo el aparato gubernamental, a poco que vacile o se vea embarazado en su marcha. Y esto, con tanta mayor facilidad, cuanto que todas estas justicias no tienen límites absolutos, y todas, en grados diversos, poseen atribuciones fiscales, administrativas y políticas.

Si algunas, adormecidas o decaídas, se han dejado despojar parcialmente de ellas, otras, emprendedoras y osadas, han conquistado facultades harto más importantes que les dan infinitos pretextos de intervención y de actividad.

Esta enumeración es bien incompleta; pero basta para mostrar a qué punto difería la antigua Francia de la Francia de hoy en su constitución y su gobierno. «Presa en el dogal administrativo que desde hace más de un siglo soporta sin rebelarse y que tanto favorece a las tiranías sectarias o cesáreas», la Francia de hoy se halla indefensa y sin fuerza frente a los ministros y las oficinas. Técnicos y «especialistas» bastan para conducirla; los hombres significan menos que los diplomas, y los diplomas menos que los reglamentos.

Para reinar sobre la federación de organismos vivientes que era la antigua Francia, para impulsar y contener aquellos millares de repúblicas aristocráticas o populares, rivales y quisquillosas, se necesitaba más carácter, más cuidado, más paciencia, más energía y más amor. Un gobierno honesto y bien intencionado no bastaba a ello; se necesitaba un gobierno respetado y temido.

Este gobierno había llegado a organizarlo la Francia del antiguo régimen, y hasta el fin, cuando la cabeza estaba ya en descomposición, las otras partes permanecían tan sanas y activas como en los mejores tiempos.

Los impuestos, la justicia, la organización social, provincial y municipal eran, como hemos dicho, extraordinariamente confusas y complicadas. La administración propiamen-

te dicha, muy sencilla y muy bien comprendida, por el contrario.

En lo alto, el Consejo Real, legislador supremo, centro y motor de toda la máquina; más abajo, los negociados o comisiones para preparar sus decretos; seis ministros para darles forma y transmitirlos; treinta y dos intendentes para hacerlos ejecutar; y esto era todo. Poco personal, poco papeleo, nada de rutina, impulsión: todo lo que se precisa para ir de prisa y ejecutar bien.

Cierto es que no se había llegado a ello de primer intento. Antes de que Luis XIV le hubiese dado su norma definitiva, su periodicidad, y su división en fracciones, el Consejo había tenido todas las formas posibles, inflándose y vaciándose alternativamente, al azar de las circunstancias y de los intereses. Los intendentes no habían aparecido hasta mediados del siglo XVI, y al comienzo no habían sido más que comisarios provisionales, encargados de misiones temporales en las provincias o agregados a los ejércitos. Durante la Fronda, habían desaparecido casi por completo, y no fueron ya restablecidos sino a partir de Colbert, asignándoseles circunscripciones bien definidas, y atribuciones tan amplias, que M. Lavisse ha podido escribir, con razón, que *el intendente era el rey presente en la provincia.*

Con frecuencia ha sido mal comprendida esta fórmula, y se ha creído que, como no vale la tacha, prefectos modernos, el intendente no tenía existencia personal, digámoslo así; era una simple representación del ministro, que no podía resolver nada importante sin consultar a Versalles. No es exacto; los poderes considerables conferidos a los intendentes, les pertenecían personal y verdaderamente, y usaban de ellos con toda amplitud y bajo su responsabilidad. No mendigaban incesantemente instrucciones u órdenes de París; actuaban, tomaban iniciativas y resolvían, no buscando sino la sanción del éxito. Sobre el terreno, orillaban las dificultades, emprendían las reformas que juzgaban útiles, comprometían a fondo la autoridad y la persona, a reserva de hacerse cubrir inmediatamente por un decreto del Consejo, que ellos proponían, preparaban y redactaban. El inspector general les vigilaba a distancia, pero no les estorbaba. Y esta libertad iba tan lejos, que un intendente de París pudo, por su propia autoridad, modificar en su circunscripción las bases de percepción de la tasa y transformar la capitación, impuesto de clase, en un gravamen sobre alquileres.

Joven letrado, destacado ya por sus informes y sus trabajos, promovido a intendente, va a partir para su provincia; es serio, laborioso, de criterio abierto a todas las innovaciones, a todos los progresos, impaciente por emprender algo, ávido de distinguirse; permanecerá en el mismo cargo diez años, veinte años, treinta años, cuarenta años, más tal vez, y no dejará las intendencias sino por un puesto de consejero de Estado o una cartera de ministro. De todos modos, no cesará, en su vida entera, de trabajar en los mismos asuntos, con el mismo espíritu, con la misma reflexiva decisión.

En nigún momento de su historia, ni aun en la época de los grandes prefectos napoleónicos, ha tenido Francia una administración tan prudente, tan atenta, tan trabajadora, tan adicta al bien público, tan accesible a los deseos de la opinión. Porque, si el intendente es el hombre del rey, también es el hombre de la provincia; la ha vivido tan largo tiempo, que forma cuerpo con ella. Defiende sus intereses, se convierte en abogado suyo, y, llegado el caso, en nombre de su pasado y de sus servicios, la defiende contra las pretensiones o demasías del poder central.

En torno a los intendentes, nacen y se organizan por tanteos sucesivos los grandes servicios públicos, que la Revolución destruirá y que Napoleón no tendrá más que reconstituir para figurar como creador. El registro, el dominio, las hipotecas, la administración de los vigésimos, que se convertirá en administración de contribuciones directas, el estanco, los correos, aguas y bosques, puentes y calzadas, minas: otros tantos organismos cuya creación y perfeccionamiento deben ser, con toda justicia, inscritos en el haber de los últimos Borbones.

Muchos monumentos atestiguan la actividad de los intendentes. Casi todas las ciudades de provincias les debe su fisonomía y su traza: Burdeos, Nancy, Orleans, Tours, Rennes,

Metz, Châlons, Rouen, Limoges, Poitiers, Besançon, conservan intactas plazas, calles y jardines en los que el suelo y las piedras atestiguan la previsión y el noble gusto de sus antiguos administradores.

Pero, mejor aún que el vagar a lo largo de sus viejos edificios, es en la rebusca de los archivos que nos legaron donde puede penetrarse en sus intenciones, y donde pueden apreciarse sus beneficios.

Nada menos aparatoso que estos expedientes y estas correspondencias. Los hombres de aquel tiempo sabían tratar las cuestiones más arduas en un lenguaje natural, sin pesadez, sin barbarismos; cuando un ministro escribe a un intendente, es en el tono de una conversación de negocios entre gente distinguida. El estilo es pulcro, sencillo, preciso; las frases dicen en pocas palabras lo que es necesario decir. En unas líneas, sin rodeos ni digresiones, queda expuesto el asunto en todos sus aspectos. Pero todo ello expresado con nobleza, de una manera cortés y familiar a la vez. Jamás un secretario de Estado prescribe, ni ordena, ni prohibe; recomienda, aconseja ruega. Generalmente escribe: «Os quedaría reconocido...» Entre él y el intendente no hay altanería, ni servilismo, ni signo alguno de subordinación burocrática. Sólo en algún leve matiz de la fórmula final puede discernirse cuál es el superior y cuál el inferior.

Mr. Ardaschef, que ha estudiado bien la materia, cita esta carta del inspector general de Hacienda Lambert a un intendente del Languedoc: «He recibido, señor, con la carta que me hizo el honor de escribirme el 29 del mes último, la copia de las deliberaciones sobre cada artículo. Le agradezco esta nueva prueba de afecto.»

Seguramente el ministro del Interior no escribe en este tono a sus prefectos; esto procede, sin duda, de que prefectos y ministros son extraños unos a otros; los unos son criaturas del Parlamento, y los otros de la Administración. Bajo el antiguo régimen, ministros y administradores pertenecían a un mismo mundo, a la nobleza aquella de Estado, que hereditariamente poseía los cargos de Justicia y que suministraba al rey sus mejores servidores. El estilo oficial hubiera estado

fuera de lugar entre aquellas gentes de buena sociedad, que hubieran considerado ridículo escribir en una lengua distinta de la que empleaban en sus salones.

Acometidos por innumerables dificultades, perdidos en una selva de instituciones complicadas, acechados por contribuyentes recelosos, estos administradores elegantes y firmes tuvieron el supremo mérito de lograr éxito.

Como muy exactamente ha escrito M. Mathier, no es en un país agotado, sino en un país floreciente y en pleno desarrollo, donde vendrá a estallar la Revolución.

CAPITULO II

Un Estado pobre en un país rico

La miseria puede suscitar motines, pero no causa revoluciones. Tienen éstas orígenes más hondos, y en 1789, los franceses no eran desgraciados. Los documentos más veraces nos prueban que, por el contrario, la riqueza había venido acreciéndose durante medio siglo, y que el estado material de todas las clases de la sociedad, exceptuando a la nobleza rural, había mejorado sensiblemente.

El régimen corporativo, mucho menos generalizado y mucho menos opresor de cuanto se ha dicho, no había impedido el desarrollo de la gran industria. Las máquinas importadas de Inglaterra habían favorecido la concentración de capitales, y ya se dibujaba —al menos, en sus rasgos permanentes— la fisonomía clásica de la Francia minera y fabril. En el Norte y en la periferia del macizo central, las explotaciones carboníferas y las fábricas metalúrgicas (el Creusot data de 1781); en Lyon, las sederías; en Rouen y Mulhouse, el algodón; en Troyes, los géneros de punto; en Castres, Sedan, Abbeville y Elbeuf, los tejidos de lana; en Lorena, el hierro y la sal; en Marsella, el jabón; en París, los curtidos, el mobiliario y los objetos de lujo. ¡Ya empezaban las lamentaciones por la escasez de mano de obra y por la falta del combustible!

Todas las formas de asociación hoy en uso, se practicaban ya entonces. Nobles y burgueses emplean en ellas su dinero, y grandes señores son comanditarios de plebeyos. Anzin y Aniche pertenecen a dos sociedades anónimas, una de ellas fun-

dada por el príncipe de Croy. El duque de Charost, explota Roche-La Molière; el príncipe de Conti, el mariscal de Castries y Tubeuf, la Grand'-Combe.

El tipo moderno de gran industrial que maneja millones y manda en centenares de obreros, existía ya mucho antes de la Revolución, lo mismo que el del financiero, intermediario, corredor, prestamista y agente de cambio.

Hay una Bolsa, hay Bancos, hay una Caja de Descuentos con cien millones de capital, que emite billetes análogos a los de nuestro Banco de Francia; existen operaciones a plazo, cotizaciones, agio. Se especula sobre los cambios, sobre los valores del Estado, sobre las participaciones en la contrata general que percibe los impuestos directos, sobre las acciones de las grandes compañías: Compañía de Indias, Compañía de Aguas, Compañía de Seguros. A juicio de Necker, Francia detenta la mitad del numerario existente en Europa.

El comercio exterior ha tomado un desarrollo prodigioso, que —por raro caso en la historia económica del antiguo régimen— podemos seguir de año en año, gracias a las estadísticas formuladas por un comisionado de la Inspección general, Arnould, corroboradas por las informaciones reunidas por la Compañía de Indias. Desde la muerte de Luis XIV, se ha cuadruplicado con exceso; en 1788 llega a la enorme cifra de 1.061 millones, que no volverá a registrarse ya hasta 1848.

Los grandes puertos, Marsella, Burdeos, Nantes, tienen aquella animación, aquel color, el carácter cosmopolita, el aire de opulencia y grandeza que asombran aún hoy al campesino del interior, habituado a horizontes limitados y a una vida silenciosa. Marsella acapara el comercio de Levante; sobre sus muelles y en sus almacenes se apilan las alfombras, las indianas, los licores, el arroz, los higos, los vinos de Chipre, los aceites, las pieles, las muselinas, las telas pintadas. Burdeos y Nantes tienen el monopolio de los géneros coloniales; solamente Santo Domingo les envía la mitad del azúcar que se consume en todo el mundo. Quebrantados algún tiempo por el tratado de 1763, sus grandes armadores se rehacen rápidamente. Las victorias de la guerra de la Independencia americana les han dado nueva audacia, y donde en 1738 se botaban

7 navíos, se construyen 33 en 1784. Los vinos de Burdeos se venden hasta en Rusia; los Borgoñas dominan en los mercados de Bélgica y Alemania.

El comercio interior sigue una marcha paralela. En 1715 no existían más que pésimos caminos, cortados por fangales y descarnados por las aguas, más alguna calzada medio desempedrada. En 1789 hay diez mil leguas de buenas carreteras, sólidamente empedradas, regularmente conservadas y que no se interrumpen ya en los pasos de los ríos o de las montañas. Las mensajerías, reorganizadas por Turgot, son más rápidas y menos costosas. En ningún país se viaja tan rápidamente y a tan poca costa. Arthur Joung, que visitó Francia bajo Luis XVI, al comienzo de la Revolución, y que más bien propende a denigrar todo lo que no era inglés, no cesa de admirarse de la belleza y comodidad de las carreteras francesas.

Pero aquí se plantea un grave problema. Esta brillante sociedad ¿se asienta, como se ha dicho, sobre una base de miseria? Bajo el dorado tropel de burgueses enriquecidos, ¿hay una masa enorme de campesinos hambrientos y sin recursos?

Muchos han pretendido que sí, citando en apoyo aquel pasaje de La Bruyère: «Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras... negros, lívidos, quemados todos por el sol...», sin reflexionar en que esta página, que databa de un siglo antes, no era más que un trozo literario pergeñado por un moralista agrio, que —como todos sus contemporáneos— tomaba por un desierto salvaje el risueño valle de Chevreuse.

Se han recogido también, a través de los escritos de los economistas, pinturas espantosas de la vida en el campo. Pero la mayor parte han sido hechas por hombres de estudio, que no conocían el campo sino a través de las obras de Quesnay, en una época en que estaba de moda el celebrar la inocente virtud de los labradores y el derramar torrentes de lágrimas sobre la escasez de forrajes o la desaparición de los carneros merinos. Se han citado testimonios de viajeros; pero, frente a cada observación aflictiva, se halla otra contradictoria. Por otra parte, ¿cómo deducir de estas impresiones fugaces una conclusión general? En una hora de carruaje, se pasa de un buen terreno a otro malo, de un suelo fértil a

otro estéril... Basta una granizada para que, en unas horas, pase una aldea de la bienandanza a la desolación; una cosecha que se presenta bien en junio, resulta misérrima en julio. Una primavera soleada compensa de un invierno detestable. De un año a otro, todo cambia; de una provincia a otra, todo varía. Sería bien imprudente dar a hechos mínimos y estrictamente localizados, un alcance que excediese de los límites de su cantón.

Y luego, hay que tener presente el hecho capital e indiscutible de que *el sistema de impuestos que pesaba sobre los campesinos hacía casi absolutamente necesarias las apariencias de pobreza.*

El impuesto rural por excelencia, la tasa, era un impuesto sobre la renta rudimentariamente repartido *según los signos exteriores de riqueza,* siendo sus perceptores elegidos por turno entre los mismos campesinos.

¡Desgraciado del contribuyente exacto y sincero! Sobre él recaerá la carga entera. Los tasadores debían exigir una suma global fijada previamente; deseosos de terminar lo más pronto posible su horrible misión, encantados de tropezar con un inocente de buena fe, se apresuraban a doblar o triplicar su cuota, mientras que aligeraban la de aquellos de quienes tenían mayor oposición: los astutos que sabían disimular sus ingresos, los díscolos que tenían fama de no tolerar imposiciones, los litigantes curtidos que no tenían complicaciones e «historias». Es un axioma profundamente grabado en los ánimos populares que el único medio de no pagar por los demás, la única manera de no verse abrumado por valoraciones injustas, es el restringir los gastos, parecer sin recursos, simular los signos externos del más completo desamparo. «El más rico de una aldea —escribía en 1709 el gran bailío de Ile-de-France— no se atrevería hoy a matar un cerdo sino durante la noche, pues si se hiciese en público, le sería aumentada la contribución». La Asamblea provincial de Berry hace constar, igualmente, en 1778, que «el cultivador teme mostrar sus recursos» y que se priva de emplearlos en sus muebles, en sus vestidos, en su alimento, en todo aquello que está expuesto a la vista de los demás».

Es el destino de todos los impuestos arbitrarios, aun los más moderados, el ser difícilmente percibidos. El contribuyente del antiguo régimen es receloso, disimulado, huraño hasta un punto que no sospechamos. Su mala voluntad no tiene medida; no paga hasta el último extremo. Lo más frecuente es que se halle retrasado en dos o tres años. Hay quien tiene dinero escondido, dice Boisguillebert, y no se deja arrancar un ochavo hasta la cuadragésima intimación. Antes que confesar holgura pagando dentro del plazo, prefieren se les reclame judicialmente con amenaza de embargo. Acosan al intendente con reclamaciones y quejas; hacen intervenir al señor juez y al cura; gimen, gritan y protestan a porfía, y ninguno cede, para no parecer más rico o más asequible que el vecino.

Rousseau, extraviado en la montaña y hambriento, entra un día en casa de un campesino y le pide de comer; el otro se niega: no tiene nada, todo se lo han llevado, todo está vacío, no queda provisión alguna. Rousseau suplica, se obstina, dice quién es. El otro le escucha, se calma, se tranquiliza y descubre temblando un escondrijo; de él saca con gran misterio pan, carne y vino; pero sostiene que sería hombre perdido «si se le descubriese semejante fortuna».

Tal era exactamente la situación de los campesinos en el antiguo régimen: una gran simulación de miseria, y bajo esta capa de harapos, una vida apacible, frecuentemente holgada, a veces bien acomodada.

Son, desde luego, hombres libres. La servidumbre, que se conserva en casi todos los países de Europa, ya no existe en Francia; sólo subsiste, en forma atenuada, en algún rincón del Jura o del Bourbonnais. El rey cuidó de borrar hasta el último vestigio en sus posesiones, desde 1779, y algunos señores del Franco-Condado le imitaron.

Los campesinos son también, frecuentemente, propietarios. Mientras que en Inglatera continúan en situación de servidores o jornaleros, en Francia se aprovechan del alza de los productos agrícolas para mejorar su condición. Es un hecho que, en vísperas de la Revolución, poseen la mitad del suelo; y aún hay que contar con que en la parte correspondiente al clero, a los nobles y a los burgueses, entran muchas tierras

improductivas: bosques, cotos de caza, parques, fincas de recreo.

Séanos permitido citar algunas cifras. De 1750 a 1789 los campesinos de la Generalidad de Soisson han adquirido cuatro veces más tierras que las que han perdido. De 1779 a 1781 los del Limousin han ganado 4.000 arpentas (unas 1.500 hectáreas). En ochenta y cinco parroquias de la circunscripción de Tulle, de 247.000 arpentas, poseen 137.080. En cuarenta y tres de la Brive, 34.000 de 63.000. En estas dos circunscripciones sólo hay un 17 por 100 que no sean propietarios.

Para ciertas aldeas se llega a cifras más favorables aún. Tal es, por ejemplo, el caso de Guillonay, en el Delfinado, cerca de Côte-Saint-André; en 1702, de 1.378 hectáreas, los campesinos poseen 800, y al llegar la Revolución, 1.250. Los nobles no conservan más que algunos viñedos; los castillos y las granjas anexas han sido adquiridos por burgueses.

En Saint-Benoist-sur-Loire, en el Orleanais, en 1734, la antigua y famosa abadía, que había sido dueña de todo el territorio, conservaba solamente cuatro alquerías. Agricultores acomodados, los labradores, habían adquirido las demás. El resto de la población, es decir, 340 familias, se reparten 733 arpentas de tierras de labor, prados y viñas; de aquéllas, doscientas noventa y seis poseen una casa o parte de ella. De los cuatro habitantes mencionados como jornaleros o peones, tienen: el primero, una casa y huerto; el segundo, una parte de viña; el tercero, una arpenta de labor y media de viña; el cuarto, una casa, media arpenta de tierra y un cuarto de viña.

Los propietarios más modestos, simultanean dos explotaciones: la de sus tierras, por su cuenta; y otra como casero o arrendador. Y aun hay que agregar a ello un recurso más: la industria casera; tejidos, o cerrajería, muy desarrollada en el siglo XVIII y hoy casi desaparecida. Los cerrajeros de Vimeu y los relojeros del Jura son testimonios de este antiguo sistema de trabajo.

En muchos sitios, los cultivos son primitivos; es de regla el barbecho, y los rendimientos son escasos. Por ello, el Gobierno se esfuerza en difundir el empleo de las praderas artificiales, y con frecuencia lo consigue, auxiliado por la alta nobleza, que, en parte por moda, dedica vivo interés a las cuestiones agrícolas. Se instalan granjas modelo, se crean escuelas de veterinaria, se organizan concursos; en algunas landas se ganan terrenos, muchos pantanos son desecados, se reducen los pastos eventuales, se mejora el ganado por la introducción y aclimatación de nuevas razas. Goethe, que vino a Francia en 1792 con las tropas prusianas, quedó sorprendido de la limpieza y solidez de las casas de Lorena, de la belleza de sus muebles y de la abundancia de sus bodegas. Si esto no es bienestar, es algo que se le parece mucho.

Pero esta propiedad rural que se extiende y se mejora, ¿es una plena y completa propiedad, o es, por el contrario, una forma precaria, gravada de servidumbres onerosas?

El feudalismo, que no existe ya como un marco político, ni como armazón social, subsiste desde el punto de vista civil y económico. Al lado del gobierno del rey, se ven, cubriendo el suelo, los restos del gobierno que le ha precedido y que, despojado de atribuciones y sin prestar ya servicio alguno, continúa percibiendo la remuneración de ellos.

Que esta carga, cuya justificación no era visible, haya sido soportada a disgusto, es bien seguro, natural y aun legítimo. Que haya parecido tanto más vejatoria cuanto más extensa era la propiedad rural, es también explicable. Pero es más que dudoso que haya constituído realmente un peso insoportable.

En primer término, conviene no dejarse inducir a error por la extraordinaria cantidad de palabras que servían para designar las tasas feudales. Ninguna lengua fué tan pródiga en sinónimos.

Según los lugares, según la índole de las tierras, según su importancia, un mismo derecho recibe nombres variadísimos; cada sustantivo tiene siete u ocho equivalentes, y algunas veces más. Esta infinidad de apelaciones sugiere la imagen de un fisco multiforme y devorador, cuando en realidad todo se reducía a cuatro o cinco derechos, exigibles unos en especie, y otros en dinero. Los impuestos en dinero habían sido fijados definitivamente en la Edad Media; con la desva-

lorización de la moneda, esto significa que casi se hallaban anulados, subsistiendo sólo como una simple formalidad, que si satisfacía la vanidad del señor, hacía muy poco peso en su bolsillo.

Las rentas en especie eran más gravosas, pero los títulos a ellas eran tan discutidos, que por negligencia, por no suscitarse dificultades, por temor a provocar una emigración, muchos señores evitaban el riguroso ejercicio de su derecho. «Haga usted mucho ruido —recomendaba el duque de Cossé-Brisac a sus administradores—, pero no apremie más que en los casos urgentes e indispensables.»

En muchos lugares, los campesinos pasaban corrientemente veinte o treinta años sin pagar nada; en otros habían pactado arreglos que reducían considerablemente las tasas. Otros compraban la tierra, liberándose al mismo tiempo de toda otra obligación. Centenares de portazgos habían sido suprimidos por los intendentes. Si los censos no tenían ya razón de ser, otros impuestos tenían como justificación el entretenimiento de un lagar, de un horno, de un molino. También el diezmo eclesiástico implicaba para el clero la gratuidad del culto, de la instrucción a los niños, de la asistencia a los pobres, del cuidado a los enfermos.

Lo que, en verdad, tenían de odioso estas supervivencias feudales no era su carga, sino el solo hecho de ser supervivencias, con todo lo que esto significa de incertidumbre y querellas: «Lo único real en el feudalismo son los procesos», decía Le Trosne. Y en ello, en efecto, radicaba el mal.

Los derechos feudales eran pretexto inagotable de pleitos. Una gusanera de letradillos rurales, que no tenían otro medio de existencia, se consagraban resueltamente a envenenarlos. Todo era motivo de discusión: la oscuridad de las costumbres, la imprecisión de los términos, la falta de títulos primitivos, la dificultad de establecer equivalencias de las antiguas medidas de capacidad y de superficie, la discriminación de lo que se debía en dinero y en especie, el número, la índole, la legitimidad de las permutas y rescates, los fraudes y retrasos de los molineros señoriales, etc. Se litigaba sin tregua ni

reposo, y las partes rivalizaban en mala fe para mantener abierto el pleito. Y el juez les ayudaba a ello.

Esta manía de discutir se agravó aún en la segunda mitad del siglo. Hubo primero un reparto de bienes comunales que levantó a medio mundo contra el otro medio. Después, no sintiéndose en posesión de documentos irrefutables, en una época en que sus pretensiones eran de día en día más discutidas, discurrieron muchos señores el hacer comprobar, renovar y completar sus dominios empleando juristas especializados en este género de trabajo, a los que pagaban un tanto por ciento de las rentas recuperadas.

Los campesinos que venían siempre argumentando sobre la insuficiencia de textos, tenían que perder con tales operaciones. En el momento mismo en que el Gobierno hacía que publicistas a su servicio propusieran la abolición de aquellos derechos que les molestaban, tuvieron la impresión de que los señores trataban de abrumarles con nuevas cargas y se levantaron contra ellos con la desesperación del náufrago que a punto de tomar tierra encuentra un obstáculo insuperable.

El odio era injusto. De ordinario, los hidalgos no eran malas personas. Tan sucios y embarrados como sus granjeros, guardaban de su señorío poco más que un árbol genealógico, un palomar, un perro de caza y una vieja espada enmohecida. Su fortuna había zozobrado en la tormenta de las guerras de religión, y el alza constante del costo de la vida, provocada por la afluencia del oro americano, no les había permitido restaurarla. Como el padre de Chateaubriand, que vivía con cinco criados y dos yeguas en un castillo donde hubieran cabido cien caballeros, su séquito y la jauría del rey Dagoberto, estos hidalgos malvivían con escaseces en sus casas solariegas desmanteladas; muchos de ellos tenían hipotecadas sus últimas fincas, y empeñadas sus rentas con negociantes que las exigían con un rigor que ellos no hubieran empleado jamás.

No tenían los aldeanos ningún motivo para detestarlos personalmente. En muchos sitios, durante las mayores violencias del Terror, los protegieron y los salvaron. Pero en este año de 1788 los miran con mala voluntad, como al último obstáculo que impidiese su total liberación; el último: es decir,

aquel contra el cual se acumulan cóleras y rencores; aquel que, con la prisa de acabar, se destroza de un modo salvaje, en vez de tratar de eludirlo como los anteriores. Muchas veces la sombra de una servidumbre parece pesar más que la servidumbre misma.

Como las ciudades, aunque no tan ostensiblemente, los campos se habían enriquecido. Francia entera había participado del mismo impulso de prosperidad. A falta de otro signo, sería bastante para evidenciarlo el crecimiento regular de la población, que llega a cifrarse en 25 millones de habitantes, dos veces más que Inglaterra y que Prusia, tanto como Alemania, Austria y Hungría reunidas.

En este país feliz, el Estado era pobre. Esta paradoja no nos sorprende ya, por haberla visto en Berlín y en otras partes. Entonces, era causa de escándalo: «Era extraordinario —dice Besenval— ver al rey expuesto a la bancarrota en un instante en que Francia estaba tan floreciente, la población al nivel más deseable, la agricultura y la industria en plena impulsión y París rebosando dinero...»

En rigor, es imposible reconstruir exactamente el presupuesto de la antigua Monarquía. La multiplicidad de presupuestos especiales, de cajas particulares, la superposición de los ejercicios, la dispersión de los varios servicios de intervención, complicaban la contabilidad; las cifras obtenidas por los distintos interventores presentan grandes divergencias, sin que existan razones sólidas para decidirse por una de ellas y no por las otras.

La parte más clara del presupuesto son los ingresos: 475 millones, de los que 256 corresponden a impuestos directos. Para los gastos, poniéndose en el peor caso, se llega a los 600 millones, o sea un déficit de 125 millones en 1789.

De estos 600 millones, correspondían 34 a la casa real y a las de los príncipes, y 32 a las pensiones. Era mucho, era demasiado. Desde luego, se disipaban sumas considerables en favores, sinecuras, gratificaciones y mercedes distribuídas de cualquier modo a la clientela brillante, pero famélica, que rodeaba al soberano. Se derrochaba en los cortesanos, como hoy en los electores. Pero, reconocidos estos abusos, hay que

decir, también, que la leyenda los ha exagerado. Una gran parte de estos dispendios estaban justificados; era preciso conservar las propiedades de la Corona y los edificios nacionales; muchas de las pensiones eran lo que hoy llamamos sueldos de retiro, socorros de caridad, y justificados por servicios prestados. Por último, no debería olvidarse que, en su principio, la corte era un medio de retener y vigilar a los grandes señores facciosos. Si se recuerdan los horrores de la Fronda, hay que confesar que la paz social ganaba con ello.

Alguna compresión enérgica hubiera podido realizarse; pero el alivio hubiera sido mediocre, pues, aun siendo importantes, hubieran solamente afectado a capítulos secundarios.

Si pasamos sobre los de Guerra y Marina —100 y 47 millones—, que, en el estado de Europa, no podían admitir reducciones de cuantía, llegamos a la verdadera causa del déficit: el pago de las rentas y el reembolso de empréstitos: 300 millones, la mitad del presupuesto, proporción enorme, aunque inferior a la de hoy. De estos 300 millones, solamente un tercio —exactamente, 93— correspondían a los reinados de Luis XIV y Luis XV; el resto, al de Luis XVI. El hecho es de importancia y merece que nos detengamos en él.

Los mejores años económicos fueron los de 1737, 1738 y 1739, durante los cuales, los ingresos cubren los gastos, los pagos están al día y aun hay, quizá, pequeños remanentes.

El rey y su principal ministro, Fleury, dan el ejemplo de economía; se les acusa de avaricia, y las malas lenguas murmuran que el Bienamado cuesta caro a sus queridas. Las guerras continentales y marítimas destruyen este equilibro; la empresa era importante y justificaba todos los sacrificios: era preciso defender las colonias y disputar a Inglaterra la hegemonía de los mares. Pero la Hacienda sufre gran quebranto, y a despecho de las apelaciones al ahorro, el déficit reaparece. No hay catástrofe, sin embargo,; los ministros de Hacienda de Luis XV no son todos águilas, ni mucho menos; pero con expedientes más o menos hábiles y tentativas más o menos afortunadas, permanecen fieles al principio elemental de que a cada nuevo empréstito correspondan nuevos recursos para el servicio de sus intereses. Gracias a esta previsión se evitaron los males más graves. Al morir Luis XV, el

abate Terray emprende la reforma del vigésimo que somete a este tributo todos los contribuyentes privilegiados.

Turgot no cambia nada, ni en bien, ni en mal; pero lo reemplaza pronto un personaje a quien sus contemporáneos tomaron por un genio bienhechor, cuando no era más que un ilusionista vanidoso: Necker.

Banquero modesto, había sabido en 1762, gracias a la indiscreción de un delegado, la marcha de las negociaciones de paz entre Francia e Inglaterra, y aprovechó el informe para adquirir a bajo precio valores ingleses, que no tardaron en subir, dejándole un beneficio prodigioso; éste fué el origen de su fortuna. La aumentó con operaciones análogas sobre los créditos canadienses, y procuró borrar su origen convidando a su mesa a filósofos y publicistas «avanzados», con lo que ganó, de paso, reputación de hombre ilustrado. En realidad, toda su ciencia se limitaba al lanzamiento de empréstitos; sabía encontrar combinaciones gratas al público, apoyándolas con la exhibición de sentimientos afectuosos, con economías mínimas proclamadas con gran estrépito; y, sobre todo, con un diluvio de noticias tan optimistas como inexactas. Tal su famoso *Compte-rendu* de 1781, que, presentando la situación de una manera completamente falsa, hizo nacer mil ilusiones, preparando al mismo tiempo las decepciones más amargas y haciendo tanto más difícil y tanto más temible la revelación de la verdad.

Devorado por un amor propio que parecía emanar de todos los poros de su cuerpo, pretendió sostener la guerra de América por medio del crédito solamente, sin nuevos tributos, y para asegurar brillantes éxitos de emisión, cuidó de proponer condiciones extremadamente ventajosas para los suscriptores, pero ruinosas para el Estado: empréstitos de amortización muy rápida, y sobre todo rentas vitalicias transferibles, sin limitación de edad, a tres o cuatro titulares y produciendo el 8, el 9, el 10 por 100. Una ciencia nueva surgió así: la de aprovechar las infinitas posibilidades de lucro que ofrecían las operaciones de Necker.

Brillaron en ello, sobre todos, los banqueros ginebrinos; constituyeron en todos los países de Europa asociaciones de vigorosos bebés, sobre los que asentaron sus rentas para se-

tenta u ochenta años, cubriéndose contra el riesgo de muerte en compañías de seguros. Padres de familia tomaban a préstamo capitales al 5 por 100, para colocarlos en rentas vitalicias a nombre de sus hijos a un 10 por 100; al cabo de catorce o quince años habían amortizado su deuda, y continuaban los hijos percibiendo el 10 por 100 de un capital que nunca habían tenido. Y así sucesivamente...; según la expresión de Linguet, ni aun podrían enumerarse «las inconcebibles facilidades que daba el ministro francés a cualquiera que tuviese a bien ayudarle en la tarea de arruinar a la nación».

En 1777, Necker solicita 24 millones; en 1778, 48; en 1779, son 69; en 1780, 36; en el siguiente, 77. A lo cual se agregan los empréstitos indirectos, por persona interpuesta; el Languedoc proporciona 48 millones; Bretaña, 16; Provenza, 8; Artois, 3; la ciudad de París, 10; la Orden del Espíritu Santo, 11; el Clero, 14; la ciudad de Génova, 6; los arrendatarios de impuestos, 29 ó 30...; etc. Más de quinientos, en suma, sin que ningún nuevo recurso garantizase el servicio de intereses; los de cada empréstito se pagaban con recursos del siguiente.

«¡Charlatanismo!», decía el marqués de Mirabeau; y la palabra no es demasiado fuerte; Necker se había condenado a sí mismo, cuando escribía: «El más injusto y el más peligroso de los arbitrios, es... hacer empréstitos sin asegurar su interés... Semejante administración seduce porque aleja el momento de las dificultades; pero no hace más que aumentar el mal y ahondar la sima.»

Desaparecido él, sus continuadores quedaban aprisionados en este dilema: o continuar emitiendo empréstitos y manteniendo en el público la ilusión de la riqueza —y este fué el método de Calonne hasta la Asamblea de Notables— o bien arriesgar la tormenta de la verdad y tratar de superarla aumentando de una vez y formidablemente los impuestos; esta fué la conducta seguida después por Calonne, y la de Brienne.

Esta segunda solución, la mejor o la menos mala, no era imposible, a condición de seguirla con firmeza. Estaba Francia en plena prosperidad, y los contribuyentes, en su mayor parte, lejos del agotamiento de su capacidad tributaria. Hasta se produjo un retraso en la bancarrota, por el efecto de

las plusvalías originadas por una afluencia de negocios excepcional. Era, pues, posible exigir más ; pero había que pedirlo de otro modo. Los impuestos del antiguo régimen no eran excesivos, eran vejatorios, por aplicarse esencialmente a los ingresos; el uno, la tasa, sobre el ingreso global; el otro, el vigésimo, sobre las cédulas. Y no deja de ser curioso que, a pretexto de un régimen fiscal democrático, se haya restablecido ahora un sistema universalmente aborrecido siglo y medio antes.

Aunque la Monarquía, más prudente en esto que los modernos gobernantes, esquivase la mayor dificultad consintiendo en conciertos a un tanto alzado para los beneficios mobiliarios, subsistía para los otros la eterna dificultad de evitar los fraudes. No se logra esto hoy con una administración innumerable, y con medios de investigación inquisitoriales; ¿qué podían hacer los intendentes y los directores del «vigésimo», trabados por una infinidad de franquicias y privilegios? Los progresos realizados por el abate Terray no fueron sostenidos, porque exigían del Gobierno una lucha continua y una perseverancia inquebrantable, y porque en materia de impuestos sobre los ingresos, es casi imposible llegar a vencer la mala fe y la mala voluntad de los poderosos, ya sean nobles como los de antaño, ya sindicados como los de hogaño.

Para salvar la situación, no había más que un medio: echar abajo el viejo sistema, reemplazándolo por impuestos sencillos; exactamente lo que hizo la Revolución, y lo que, desdichadamente, deshizo la Tercera República. El camino estaba ya trazado, además: la contribución mobiliaria acababa de ser establecida en París, donde había mayores dificultades de percepción, y había sido bien acogida, funcionando satisfactoriamente. Era posible generalizarla. Numerosos proyectos de contribuciones rústicas —o, como entonces decían, de subvención territorial— habían sido estudiados en las oficinas de la Intervención general, y el que Calonne propuso a los Notables no estaba mal inspirado. Los trabajos que en provincias se realizaban para la revisión y rectificación de las bases tributarias y la revisión de los catastros hubieran facilitado su aplicación.

La Francia anterior a la Revolución no era, en modo alguno, desgraciada. Si tenía algún motivo de queja, no lo tenía de rebelión. De los dos grandes problemas que tenía planteados —abolición de los vestigios del feudalismo, reforma financiera— ninguno hubiera sido insoluble si una crisis intelectual y moral no hubiese turbado hasta lo más hondo el alma francesa; esta crisis complicó los menores conflictos, e hizo inquietante primero, y luego desesperada, una situación que era solamente difícil.

CAPITULO III

La doctrina revolucionaria

Había sido el siglo XVII una época de plena floración para el espíritu francés. El hombre que gustaban entonces de representante las gentes era un ser consciente y reflexivo, que imponía silencio a sus apetitos y a sus pasiones, para someterse a una norma superior de orden y de armonía; que desconfiaba de las fantasías individuales, de las singularidades del sentimiento, de los actos instintivos, de todo lo turbio o mal definido, de esos impulsos inconscientes que obscurecen los espíritus más límpidos como la nube ensombrece la superficie de un estanque; que, conociendo sus debilidades, no hacía de sus deseos el fundamento de la moral ni de la ciencia; que tiene el sentimiento de la jerarquía, de la disciplina, y cifra su gloria en someterse a la experiencia, a la lógica, a la tradición, que es experiencia acumulada; cristiano y conservador, aborrece los tumultos y las revoluciones, y ama lo que es universal y estable; se complace en hallar en todos los tiempos y en todos los países, bajo todas las apariencias mutables, las mismas verdades permanentes y generales. El hombre provisto de recto espíritu, don de organización, amor a la verdad, sentido de la realidad.

Durante cincuenta años Francia admira a Luis XIV, porque es razonable, moderado, exacto, metódico, dueño de sí; porque sus sentimientos son nobles, su vida gloriosa y bien empleada. El mismo ideal inspira a todo el siglo. Colbert y Vauban lo encarnan con tanto vigor como Racine, Poussin y

Bossuet. Un sermón de Bourdaloue, unas instrucciones de Lionne, llevan su huella impresa como el Louvre, Versalles y las comedias de Molière. Dió la realeza del mundo a Francia, que por él continuó la obra maravillosa de Atenas y de Roma.

El drama del siglo XVIII no se halla, a la verdad, ni en las guerras, ni en las jornadas revolucionarias, sino en la disolución y en la subversión de las ideas que habían iluminado al XVII. Motines y matanzas, no han sido más que su traducción ruidosa y sangrienta; el verdadero mal estaba realizado ya mucho antes de que sobreviniesen.

El espíritu revolucionario es viejo como las sociedades; el aspecto que asumió hacia 1750, no fué, en sí mismo, una novedad. En todo tiempo se han complacido los poetas en imaginar países encantados, donde hombres de perfecta bondad vivirían sin trabas, en el seno de una naturaleza exquisita: los moralistas han empleado la misma estratagema para sermonear a sus contemporáneos y para avergonzarles de sus vicios. Pero todo ello no era más que pasatiempo o ejercicio de retórica. Para que estos ensueños se conviertan en dogmas, para que estas diversiones intelectuales deriven en odio a la autoridad y en menosprecio de una civilización, es necesario que estén impregnados de pasión religiosa.

La Reforma fué la primera explosión del individualismo destructor y de la sentimentalidad republicana. Las grandes cuestiones intelectuales y sociales, dejaron de resolverse en común y siguiendo las vías tradicionales, comenzaron a ser interpretadas en el secreto de los corazones y en el aislamiento de las conciencias. Las inciertas aspiraciones de cada individuo se convirtieron para él en la suma verdad. La actividad concertada de las agrupaciones naturales, sus hábitos de disciplina religiosa y estética, se borraron ante las iniciativas particulares de cada uno de sus miembros. Se llamó a esto «liberación». Dondequiera que la Reforma triunfó en su forma más pura, la luterana, esa liberación no fué, en realidad, más que anarquía, y cuando pasó el período de fermentación vino a resolverse en un fraccionamiento territorial casi infinito y en una disgregación moral casi irremediable.

La unidad francesa se salvó, y con ella el Rey. Triunfante

el clasicismo, Pascal, Descartes, Bossuet, La Bruyère, prestan a la Monarquía su concepción del derecho y del gobierno; parece que nada podría ya, en el porvenir, perturbar aquel equilibrio y aquella armonía. Sin embargo, el misticismo revolucionario no estaba muerto; él inspira las declamaciones de los libertinos contra la memoria y la razón que han corrompido a la naturaleza y arrebatado al hombre el gusto y el arte del puro goce; él impulsa a los libelistas protestantes, que desde Holanda y Alemania inundan Francia y Europa con sus folletos; él corrompe con sus quimeras uno de los espíritus más sutiles y brillantes del siglo: Fenelon.

Luis XIV se había tomado el trabajo de escribir, para sus hijos, una especie de «Manual del perfecto soberano», en el que se esforzaba en hacerles sentir la majestad de su condición, a fin de que cumpliesen los deberes que les imponía con amor y con serenidad. Fenelon, preceptor del heredero del trono, se dedica a imbuirle la repugnancia hacia él; el *Telémaco* es una crítica meliflua de todos los principios monárquicos: «El oficio de rey es grande, noble, delicioso...», había escrito Luis XIV. «¡Qué locura —dice Fenelon— poner su dicha en gobernar a los hombres!... ¡Oh, insensato aquel que ansía reinar! ¡Dichoso el que se limita a una condición particular y apacible, donde la virtud le será menos difícil!... Teme, pues, hijo mío; teme, pues, una situación tan peligrosa... Es una servidumbre abrumadora.»

Los hombres de Estado que, desde la Fronda, habían reflexionado sobre la estructura y solidez de los gobiernos, habían sacado de su examen una instintiva desconfianza hacia la bestia humana; y, como no tenían miedo a las palabras, no habían vacilado en decir que debe ser contenida por la fuerza, y que, en definitiva, la fuerza es el cimiento de toda sociedad. «No me olvidaré nunca —cuenta d'Argenson— de lo que me dijo mi difunto padre la primera vez que me permitió discurrir con él sobre los primeros movimientos del Parlamento contra la autoridad real. A todo lo que yo le exponía sobre las razones, argumentos y vivacidad del Parlamento, me contestó solamente: Hijo mío, vuestro Parlamento, ¿tiene tropas? Porque nosotros, por nuestra parte, tenemos 150.000 hombres. A esto se reduce el asunto.»

Fenelon no toma en cuenta a estos espíritus fríos y positivos; anegando dificultades y objeciones en un diluvio de efusiones optimistas, afirma imperturbablemente: «Cuando la justicia y la verdad hablan, calman todas las pasiones... Todos los pueblos son hermanos y deben amarse como tales...» El Rey de Fenelon está sentenciado al cielo y a la guillotina, después de haber labrado, con la mano en la conciencia, la desgracia de sus súbditos y de haber llevado a su pueblo a la derrota y a la anarquía. Pero Fenelon vino demasiado pronto. El inquebrantable buen sentido de Luis XIV, y una polémica de Bossuet, admirable de razón y de elocuencia, bastaron para ahogar el incendio que se anunciaba; algún chispazo que brotaba acá o allá no propagó el fuego más lejos. Serán precisos los viajes a Londres de Montesquieu y de Voltaire, para reanimar —y esta vez en regla— la predicación individualista y revolucionaria.

Del país inglés traen Montesquieu y Voltaire una imagen que nos asombra. No habían visto allí «la isla sombría y turbulenta de los regicidas», la nación intolerante, ávida, ambiciosa, que había organizado la persecución religiosa bajo la forma más fría y más implacable: la forma administrativa; sino una Salento liberal, ilustrada, poblada de sabios y pensadores, digna de mostrar al mundo modelos de civismo y de virtud.

Fué esto punto de partida para una crítica de detalle, divertida por las seducciones con que se adornaba, pero desconcertante por su infantilidad y facilidad. Los abusos ciertos, las injusticias reconocidas, no reciben peor trato que aquellos principios e instituciones de que han vivido y vivirán todas las sociedades; con una frase ingeniosa, con una sonrisa o un epigrama, todo es condenado en bloque y sin apelación. Para esta ejecución sumarísima se suscita a un nuevo personaje, un salvaje imaginario que representa a la naturaleza inocente, adornada con todas las gracias y todas las sutilezas de las civilizaciones milenarias; su papel es asombrarse sin cesar y usar de todos los recursos de un espíritu cultivado, educado y refinado, para presentar como absurdos, ridículos y perjudiciales el refinamiento, la cortesía y la cultura. Durante cuarenta años estuvo Francia llena de iroqueses

muy parisinos, de persas muy civilizados, de estos ingenuos sin ingenuidad. Sus sabias ironías, sus comparaciones despectivas, sus sorpresas estudiadas, llegaron a perturbar los espíritus, a sembrar la duda y la inquietud en los más firmes, a que se considerasen como atentados y usurpaciones los derechos más usuales, y como innovaciones inquietantes e ilegítimas aquellas instituciones que, desde hacía siglos, era honroso respetar y servir.

A favor de esta subversión irrumpió en nuestro país la literatura germánica, cuya acción se había paralizado después de la Reforma.

Como ha observado M. Louis Reynaud, cuyos notables trabajos me limito a citar y resumir aquí, los hombres del siglo XVII reconocieron al pueblo alemán filósofos y sabios; pero se mostraban muy reservados respecto a los escritores y poetas que, en gran profusión, se atribuía aquel país. Poesía, arte, literatura, les parecía contener algo que no concordaba con lo que de aquél sabían. En sus *Diálogos de Aristo y Eugenio*, un hombre de ciencia y de criterio, el P. Bonhours, hacía sostener a uno de sus personajes, que para un alemán era inasequible la sutileza de ingenio.

El genio alemán es, en el orden intelectual, esencialmente individualista. «La lengua está organizada para asegurar a las potencias obscuras su expresión completa, a expensas de los elementos racionales. Abundan en ella los términos que expresan los fenómenos sensibles y las emociones. Le falta el vocabulario franco y neto de las ideas. Elevada y apagada alternadamente por tonos de intensidad variable, concentrada en torno a unos términos enérgicamente pronunciados, la frase misma tiene una continuada naturaleza patética. Puesto en presencia de un hombre reflexivo, que ve claro dentro de sí y que se mueve con naturalidad en la vida mundana, el alemán queda desconcertado. Por el contrario, presentadle un organismo elemental y rudo, un loco, un maníaco, un ser aprisionado por la fiebre de los sentidos, y los comprenderá y describirá perfectamente. Por su constitución íntima, está ligado a ellos. Su inteligencia está presa en las emociones confusas de la carne, y penetrada por ellas por todos sus lados.»

Al recusar el poder de la razón, el espíritu francés adop-

taba, por este hecho, la fórmula de pensamiento de los pueblos germánicos.

Pronto lo comprendieron los alemanes. Mientras que las obras inglesas no entraban en Francia sino introducidas por franceses, como el abate Prevost y Voltaire, los alemanes organizan su propaganda por sí mismos, y fué uno de ellos, Grimm, quien se encargó de revelar a los súbditos de Luis XV los méritos literarios de su patria. En octubre de 1750, el *Mercurio de Francia* publicaba una primera carta suya, seguida pronto de otra en 1751; con toda clase de zalemas y cumplidos, Grimm se arriesgaba a proclamar que la literatura alemana valía tanto como la francesa, y que si no había logrado el esplendor de su vecina, era por haberle faltado un París y un Luis XIV. Pero que ya le llegaría su turno seguramente; más aún, que estaba muy próximo.

La brecha quedaba abierta, y por ella pasaron artículos, gramáticas y traducciones. Otro alemán, Miguel Huber, fué el organizador de la invasión; flexible, conciliador, amable, hablando alternativamente con el lenguaje de la filosofía y con el de la religión, con la mano en el corazón, rebosando frases edificantes, guió con seguro tino los destinos de la literatura teutónica. Dueño del *Journal Etranger*, autor de una voluminosa colección de poesías alemanas en cuatro tomos, tuvo la gran habilidad de no ofrecer al público francés sino lo que convenía a sus preferencias: los temas idílicos, sentimentales y moralizadores. Supo conciliarse la benevolencia de Freron y sus devotos, tranquilizados por aquella abundancia de declaraciones virtuosas, y obtuvo el concurso entusiasta de la fracción más agitada del partido filosófico, agrupado alrededor de Rousseau y Diderot; sin duda, era Rousseau demasiado caprichoso para dejarse alistar personalmente, pero empujó a sus amigos. ¿Cómo hubiera podido permanecer indiferente? Era su misticismo naturalista, que nos llegaba por otro camino.

Todo este papel impreso es hoy de una literatura terriblemente aburrida; en aquel tiempo, encantaba. Un mediocre escritor, Gessner, que apenas era conocido por sus compatriotas, tenía en París un éxito prodigioso, que se sostuvo sin mengua durante diez años. Se disputaban la primera de sus obras, *La muerte de Abel*, traducida en 1759 por Huber y Turgot, y ponían en las nubes a las otras, consagrándolas obras maestras. Se admiraba en ellas con frenesí a la naturaleza desnuda, aquella naturaleza acogedora y pura que la horrenda civilización venía, de largo tiempo, recubriendo: campos fértiles que nadie trabaja y que, no obstante, rinden opulentas cosechas; tórtolas sobre todos los árboles, para edificación de los enamorados; flores que no se marchitan nunca; pájaros que gorjean sin cesar; animales modelos, hechos de lana y manteca; ancianos que rebosan experiencia y moderación; niños sumisos y afectuosos; cándidas jovencillas que hacen a sus madres preguntas conmovedoras sobre el amor y el matrimonio; no falta, acá o allá, algún descarriado, accidentalmente criminal, pero desgarrado por el remordimiento y dispuesto a convertirse, entre torrentes de lágrimas, a la primera homilía que se le dirija. «Un poeta a orillas del Rhin —escribe Dorat— es, en cierto modo, el hombre de la naturaleza. No respira más que para estudiarla; no la estudia sino para pintarla. No conoce ni la hiel, ni el odio, ni los manejos de la ambición, ni los furores de los celos; escribe sólo para pervivir en la memoria de los hombres; escribe para hacerlos mejores, para penetrarles sin cesar de la imagen de la virtud...»

Los progresos científicos y prácticos realizados en el transcurso del siglo vinieron a servir estos extravíos; no porque la ciencia haya dado jamás solidez alguna a ese mito de la naturaleza bienaventurada, pervertida por las leyes humanas; ni porque los sabios e inventores, aparte D'Alambert, hayan sido sectarios de la filosofía. Sino porque el espectáculo de tantas máquinas desconocidas, la revelación de tantos conocimientos nuevos, embriagaron a los profanos y a los literatos, que de ese deslumbramiento quisieron deducir que vivían en un siglo extraordinario, de tal suerte, que cuanto se había dicho y hecho antes de ellos no tenía valor alguno, y que, por consiguiente, un espíritu ilustrado debía reconocerse en el menosprecio en que envolvía a cuanto le hubiera precedido.

En vano se tomó Taine el trabajo de querer demostrar que Voltaire, Diderot, Rousseau y sus amigos eran verdaderos hombres de ciencia. Voltaire poseía genio de vulgarización,

pero su laboratorio de Cirey no pasaba de ser una fantasía de Mme. du Chatelet, que hubiera levantado sobre sus ruinas una fábrica metalúrgica o una capilla, si hubiesen estado de moda la metalurgia o la devoción. Las experiencias de Montesquieu hacen sonreir: la más trascendente consistía en sumergir en el agua la cabeza de un pato y contar cuánto tiempo tardaba en morir. En cuanto a Diderot y Rousseau, el primero era autodidacto barullero, y el segundo sabía muy pocas cosas.

El verdadero espíritu científico, desinteresado, prudente, sin orgullo, está en contradicción casi absoluta con el espíritu filosófico de 1750. Para él, las hipótesis no son más que ordenaciones provisionales, que permiten agrupar cierto número de resultados experimentales; la experiencia es el sumo juez, y ninguna teoría, por seductora que parezca, puede resistir a su fallo adverso. Nunca los filósofos practicaron esta sumisión del sujeto al objeto: ni podían hacerlo, sin condenarse a sí mismos.

La sentimentalidad declamatoria a que se entregaban, les dejaba incapaces para la observación e insensibles para la experiencia. A las afirmaciones de Buffon, tan sensatas y tan sólidas, sobre la formación de las rocas sedimentarias, opone Voltaire argumentos de una puerilidad asombrosa; y si se distrae en repetir las esperiencias de Spallanzani sobre los limacos, es simplemente para sacar de ellas un libelo contra los frailes y la religión: *Los caracoles del R. P. L'Escarbotier.*

El P. L'Escarbotier, predicador y cocinero del gran convento de la ciudad de Clermont, escribe al P. Elías, carmelita descalzo y doctor en Teología: «Hace algún tiempo no se hablaba más que de los jesuítas, y actualmente no se trata más que de los caracoles. Cada cosa tiene su tiempo; pero lo cierto es que los caracoles durarán más que todas nuestras órdenes religiosas, porque es claro que si se hubiese cortado la cabeza a todos los capuchinos y carmelitas, no podrían ya admitir novicios, mientras que si se corta el cuello a un limaco, le sale una nueva cabeza al cabo de un mes... El 27 de mayo, a las nueve de la mañana, con tiempo despejado, corté la cabeza completa, con sus cuatro antenas, a veinte limacos desnudos, sin concha, de color pardo, y a doce caracoles con su concha.

Corté también la cabeza a ocho caracoles, pero entre las antenas. Al cabo de quince días, dos de mis limacos han mostrado ya una cabeza naciente, comen, y sus cuatro antenas comienzan a brotar... He hablado de ello con frecuencia en mis sermones, y no he podido compararlos más que a San Dionisio, a quien cortaron la cabeza y caminó dos leguas con ella bajo el brazo, besándola tiernamente. Pero si la historia de San Dionisio es de una verdad teológica, la de los caracoles es de una verdad física y palpable, de la que todo el mundo puede cerciorarse por sus ojos. La aventura de San Dionisio es el milagro de un día, y la de los caracoles es el milagro de todos los días...»

Todo esto es muy divertido, pero no guarda con las investigaciones del «verdadero sabio» —como dice Taine, hablando de esta broma precisamente— más que una relación extremadamente remota.

En realidad, los filósofos exaltaron las conquistas científicas de su tiempo, sin conocerlas bien, porque creían hallar en ellas argumentos contra la tradición, el catolicismo, la historia y la autoridad; pero no concedieron atención verdadera y sostenida sino a las ciencias más abstractas, las matemáticas puras y la mecánica celeste, cuyos métodos deductivos transportaron al terreno político y social, a los que eran tanto menos aplicables, cuanto que asentaban como base el postulado de la bondad natural del hombre, que no tiene carácter alguno de evidencia.

De 1751 a 1772, la Enciclopedia reunió contra el enemigo común todas estas ideas y aspiraciones: crítica de la Monarquía y de sus sostenes intelectuales, ateísmo, sensualismo, elogio del siglo XVIII considerado como siglo del progreso y de las luces, liberalismo económico, menosprecio de la civilización, apología de un supuesto estado natural del hombre en el que todos serían iguales en derechos y en bienes, y, finalmente, estudio muy detallado y copioso de máquinas y talleres. A esta parte —la mejor hecha y la más útil— iban anejos once tomos de láminas; ella servía de pantalla para todo lo demás.

Rousseau no era afecto a los enciclopedistas; habían lastimado su vanidad, y parte de sus doctrinas le repugnaban. Pero

no por ello estaba menos de acuerdo en lo fundamental, y, en definitiva, fué su genio el que prestó brillo a la mística revolucionaria y el que le dió su fuerza de difusión.

Nacido desdichadamente, sin familia, sin amigos, pervertido hasta la médula por sus primeras aventuras femeniles, devorado por una rabia inquieta, que al fin se convertirá en pura demencia, llegaba de Ginebra, una de las ciudades de la Reforma, donde «desde hacía dos siglos se removían gérmenes de descomposición». Para celebrar sus furores, sus rebeliones, sus inquietudes, su ansia de destrucción, encontrará acentos de una amplitud y una belleza asombrosas. Y es algo horrible este empleo de las más excelsas potencias del lenguaje y de la poesía, para la canonización de alma tan sórdida.

Pero Rousseau no se limita a los anatemas, a las lamentaciones, a las invectivas, sino que pretende establecer las bases de la sociedad futura que ha de asegurar a los hombres el ejercicio de sus derechos naturales; estas bases son: la igualdad completa de los asociados, la alienación de los derechos individuales en provecho de la colectividad, la subordinación de los contratantes a la «voluntad general». Entendámonos bien respecto al sentido de esta expresión. La *voluntad general* no es la del mayor número, sino la voz profunda de la conciencia humana, tal como debería hablar en cada uno de nosotros, y tal como se expresa por boca de los ciudadanos más virtuosos y más ilustrados. En suma, se define la *voluntad general*, por su conformidad con un sistema filosófico: el individualismo. La República se identifica con una doctrina, y la sociedad queda sometida a un dogma. Encauzarle hacia las vías de hecho, traducirle en actos, reorganizar el mundo de acuerdo con sus postulados, ésta fue la política revolucionaria.

Su primera labor, su única labor, por decirlo así, consiste en destruir e impedir que renazcan todos los organismos que hasta entonces encuadraban y sostenían a los individuos y que, en adelante, serán considerados como inmorales y opresores. La propiedad, la familia, la corporación, la ciudad, la provincia, la patria, la iglesia, son otros tantos obstáculos que deben demolerse. Se objetará que la mayoría de los ciudadanos los respetan, que se complacen en ellos, que en ellos encuentran la dicha y la paz del alma. Poco importa; no hay libertad contra la Libertad. Si la *voluntad general* no habla en ellos, es que son unos pervertidos, unos degradados, y es deber de los ciudadanos «conscientes» emanciparlos aunque no quieran.

Convertida en una religión, la República tiene su ortodoxia, sus elegidos y sus réprobos. Mayorías, elecciones, votos, consultas populares: todo esto es la fachada, es el juego que se dejan llevar los inocentes, asombrándose de que sus reglas no se apliquen nunca más que contra ellos. Detrás de estas agitaciones se halla el grupito de los fieles y de los iluminados en posesión de la verdad, y que se han juramentado para establecer su imperio. Ellos constituyen la *voluntad general.*

En cuanto a sus adversarios, cualquiera que sea su número, su respeto al sufragio universal, su devoción a la forma republicana, no serán nunca más que reaccionarios, aristócratas, heréticos, y, llegado el caso, usurpadores, pues así como hay un rey legítimo, hay también un pueblo legítimo. Contra ellos están permitidos todos los medios: desde el fraude electoral hasta la guillotina.

A esto vienen a conducir los idilios y las sensiblerías lacrimosas. El hombre ha nacido bueno; si hay pillos y malvados, es porque los ha corrompido la civilización. Para regenerarse, debe, pues, rechazar sus pretendidos beneficios, que no son, en realidad, más que cadenas e injusticias. Si vacila, la fuerza le obligará a ello, porque su mala voluntad es un crimen, un crimen contra la virtud. Serán declarados sospechosos todos aquellos que, no habiendo hecho nada contra la Revolución, no han hecho tampoco nada por ella.

Pero no se comprendería bien la formación del misticismo revolucionario, ni, sobre todo, su evolución, en cierto modo mecánica y fatal, hacia la forma más excesiva, si no se tomasen en cuenta los caracteres peculiares del medio que le ha acogido, alimentado y extendido. No se ha hecho su estudio de una manera metódica y completa; Agustín Cochin, que lo había emprendido, ha muerto antes de terminarlo; pero los trabajos que ha dejado son bastante numerosos para que podamos recorrer sin extraviarnos este terreno acotado por él.

Los aficionados a nuevas teorías en el siglo XVIII, no permanecieron aislados; se asociaron para comunicarse conoci-

mientos y para precisar ideas. Esta organización, que se anuncia en 1720, se precipita en 1750, y a la muerte de Luis XV está ultimada. En todas las ciudades pululan las asociaciones de *beaux-esprits* y de *esprits-forts,* los salones literarios, las academias, las cámaras de lectura, sociedades patrióticas, liceos, museos, logias masónicas, sociedades agrícolas. Sus sesiones son asiduas y concurridas; en ellas se lee, y, sobre todo, se discute. Todo un ejército de pensadores se ejercita allí en la controversia y delibera sobre los problemas del día: circulación de granos, impuestos nuevos, asambleas provinciales; o sobre cuestiones doctrinales: papel de la civilización, derechos naturales, fundamentos de las sociedades.

Si se recuerda que el primer discurso de Rousseau fué ocasionado por un concurso de la Academia de Dijon, podrá juzgarse del tono, de la tendencia y del alcance de sus trabajos, que en nada diferían de los que presentaban los demás. Todas las sociedades estaban, en efecto, ligadas entre sí, ya por relaciones de filiación, como las logias, ya por una correspondencia incesante, que somete las más aisladas y menos activas a las más atrevidas y mejor informadas.

De un extremo a otro del reino, es un perpetuo ir y venir de mensajes, manifiestos y mociones que va trabando la unidad de principios, sofocando las veleidades de independencia y haciendo avanzar a todo el mundo a un mismo paso.

La república de las letras, que en 1720 era una alegoría, es una realidad en 1775. Y es el único Estado al cual puedan realmente aplicarse las normas del Contrato Social, el único que está constituído por iguales, el único en el que la *voluntad general* puede, en cada caso, determinarse mediante discusión entre los mejores. Estos debates y las votaciones resultantes, van marcando los progresos de la doctrina revolucionaria, que después se hará transcender del pequeño núcleo de los iniciados, al gran público de los profanos. Y aquí es donde aparece la discordancia fundamental, que irá progresivamente amplificándose hasta 1794. La república de los iniciados está organizada y funciona de espaldas a la realidad; a medida que se desarrolla en su proceso lógico, va apartándose de la vida real; cuanto más quiere gobernar, menos capaz es de ello.

En la vida se asocian aquellos que tienen las mismas opiniones; allí se reunían prescindiendo de toda conveniencia y de todo interés, para definir la doctrina que el grupo ha de adoptar; es decir, la adhesión es un medio para llegar a un acuerdo, y no su consecuencia o su manifestación. En la vida lo que valen son los actos; allí, las palabras. En la vida lo que se persigue son los resultados materiales y tangibles; allí son los votos. En la vida, gobernar es luchar contra las cosas, prever, preparar, organizar, obrar; allí, la gran habilidad consiste en redactar un orden del día y lograr una mayoría. En la vida, un pensamiento se juzga por la experiencia, se contrasta con los hechos; allí es la opinión la que domina, y para ellos es real lo que obtiene el asentimiento del auditorio, y es verdadero aquello que logra su adhesión. En la vida, el hombre no está aislado; es parte de un organismo social, es miembro de una familia, de un gremio; está orientado por una serie de consideraciones ajenas a toda lógica verbalista: religión, fe, moral, tradiciones, sentimientos, lealtad política, deberes profesionales. En la sociedad intelectual, el iniciado hace tabla rasa de todo lo que no es abstracción y razonamiento puro. Aparta de sí mismo todo aquello que le es verdaderamente personal, y viene a reducirse a la pequeña facultad deductiva, que es la más común de las cosas de este mundo. Si alguno, llevado por el instinto, se inclina a lo verdadero, a lo sólido, a los resultados más que a la opinión general; si lleva a la discusión algo que no sea la ironía y el espíritu sectario, pronto se dará cuenta de que se hace desagradable al auditorio, molesto, odioso, ridículo. Se sentirá extraño y, si no se desvía de sí mismo, en la primera ocasión oportuna será «depurado».

Y así es como, actuando los escritores sobre las sociedades e influenciando las sociedades a los escritores, el inconsciente tropel de los «hermanos» se ve impulsado, en marcha cada vez más rápida, «hacia la aparición de cierto tipo intelectual y moral que nadie ha previsto, que todos reprobarían y que todos preparan: el jacobino socialista de 1793.

La revolución americana precipitó más la evolución.

Las Trece colonias eran, desde hacía mucho tiempo, uno de los temas principales de la literatura sentimental y huma-

nitaria. Se veía en ellas a un pueblo nuevo, muy próximo aún a la naturaleza, tolerante, piadoso, patriarcal, sin otra pasión que el bien ni otro fanatismo que el de la virtud. Los capítulos que Raynal les dedica son la única parte brillante de su *Historia de las Indias*, por lo demás tan mal pergeñada, tan adocenada y tan fastidiosa. Cuando decidieron emanciparse de Inglaterra, se apasionaron las gentes por aquella confederación que asumía el supremo honor de llevar a cabo la educación del mundo, mostrándole el camino de la libertad. La declaración de derechos formulada por Jefferson en un estilo de código moral, hizo perder la cabeza a los intelectuales. Algunos se hicieron cuáqueros; otros, de los más nobles, se alistaron en los ejércitos republicanos, siguiendo a La Fayette. Los más tímidos los apoyaron con su propaganda, proclamando a voz en cuello el comienzo de la era de la regeneración. Desde hacía medio siglo, los círculos filosóficos reclamaban algo nuevo, y sus sueños venían a realizarse en otro suelo. Lo que para ellos no era todavía más que papel y palabrería, se convertía allá lejos en carne y sangre; las palabras se trocaban en realidades; allá renacía la edad de oro. Se estremecían de envidia al leer aquellas noticias; se exaltaban ante la idea de aquellos altos hechos; ardían de admiración, de fiebre, de deseos, de esperanzas...

Era el momento en que llegaba a París, en calidad de embajador, Benjamín Franklin; «todo en él —dice un publicista— revelaba la sencillez y la inocencia de las antiguas costumbres... Se había despojado de la cabellera prestada». Lo que significaba que no llevaba peluca; y aun se le acogió con más admiración. Sólo que era menos inocente de lo que parecía.

Aquel hombretón taimado, era uno de los principales dignatarios de la masonería americana. No bien llegó a París, se puso al habla con los «hermanos» de Francia, y tomó parte activa en el trabajo de unificación y depuración de las logias, que, tras muchas dificultades, aseguró en ellas el triunfo de los más avanzados y llegó, en 1780, a instaurar la supremacía y el control del Gran Oriente, creado en 1773. Su casa de Passy se convirtió en cuartel general de los agitadores. Era el gran sacerdote de los filósofos, el mesías de los descontentos,

el patrono de los fabricantes de sistemas. Sus carteras están repletas de cartas que muestran el lugar preponderante que ocupa en el espíritu público, y la influencia que sobre él ejerce. Se le escribe de todas partes; se imploran sus consejos. Un maestro de escuela le envía un proyecto de pacto federal y masónico, para imponerlo a los soberanos europeos. Un cardenal —Rohan, el del collar— organiza fiestas en su honor. Un médico —Marat— le somete unas experiencias de física. Un abogado —Brissot— le pide noticias del Nuevo Mundo, donde piensa ir a tomar lecciones sobre la Revolución. Otro le dedica su primer alegato forense: Robespierre.

Cuando Franklin marcha de Francia, la leyenda de los Estados Unidos es indestructible. Sucesor suyo, Jefferson no hace más que confirmarla. De ella procede una literatura novelesca y enfática, que repite, incansablemente, el elogio del pueblo elegido, de la República modelo. Algunos americanos, a quienes repugnaba tanta palabrería, protestaron en vano; su historia se había convertido en artículo de fe.

Los Estados Unidos habían dado a las doctrinas revolucionarias aquello que aún les faltaba: el ejemplo. El porvenir no dependía ya más que de la energía del Gobierno. Pero, ¿quedaba algún sentido gubernamental?

CAPITULO IV

La crisis de autoridad

Hay períodos en que los peligros y desgracias públicos hacen sentir a las gentes la utilidad del mando; olvidado el peligro, reparado el daño, el sentimiento desaparece.

Deseada después de la Fronda por sus beneficios, saludada con entusiasmo en 1661, la autoridad cansaba ya en 1715, y en 1789 llegaba a calificársela de tiranía. No porque fuera más pesada ni más costosa, sino porque había envejecido.

Acostumbrado a sus servicios, el país no se daba ya cuenta de ella, tomando por naturales y espontáneos un orden y una tranquilidad que eran debidos a una continua solicitud, e impacientándose por la sumisión que en cambio se le exigía.

Apenas había cerrado los ojos Luis XIV, cuando ya renacía la agitación entre aquellos que, por su situación, son los adversarios natos del poder real: los grandes y las corporaciones privilegiadas. Sintiéndose fuertes, se acomodan mucho mejor a una situación semianárquica —en la que hacen papel de jefes o de poderes independientes—, que a una autoridad fuerte y única, capaz de imponer la paz y la justicia, que, haciendo inútil su tutela, les quita clientes e influencia y les obliga a ellos mismos a obedecer.

Libres ya de la vigilancia regia, burlaron todas sus prohibiciones y adoptaron con júbilo las ideas de libertad que comenzaban a circular abiertamente. Eran graciosas y parecían inocentes; halagaban las vanidades, y no parecían amenazar los intereses. ¿Qué cosa más agradable, en estas condi-

ciones, que un viaje al país de las nubes, en compañía de un guía ingenioso y bien educado?

En la brillante fiesta a que se lanza la alta sociedad, la conversación es el principal elemento, ¡y la conversación sin «filosofía» resultaría tan insípida! Ella pone su pimienta, su ironía, sus paradojas, sus agudezas, sus audacias, sus impiedades. «No hay almuerzo o comida donde no tenga su lugar», dice Taine. Está uno ante una mesa delicadamente lujosa, entre mujeres sonrientes y alhajadas, con hombres instruídos y amables, en una sociedad selecta, en que la inteligencia está alerta, en que el trato es confiado. Desde el segundo plato, hace explosión la charla, estallan las agudezas, los ingenios flamean o chispean; ¿quién se privaría, llegados los postres, de poner en solfa las cosas más graves?

Hacia el café, llega la cuestión de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios. Para representarnos estas conversaciones atrevidas y encantadoras, nos sería necesario buscar en los epistolarios, trataditos y diálogos de Diderot y Voltaire, lo más vivo, lo más fino, más incisivo y más profundo de la literatura de aquel siglo; y aun esto, no sería más que un residuo, un despojo sin vida. Toda esta filosofía escrita, ha sido dicha con el acento, con el calor, con la inimitable naturalidad de la improvisación, con los gestos y con la movible expresión de la malicia y del entusiasmo. Hoy día, yerta sobre el papel, aún seduce y arrebata; ¿cómo sería cuando salía viva y vibrante de labios de Voltaire o de Diderot?...

En el siglo XVII, los escritores habían sido tratados con la mayor distinción en la sociedad y en la corte; pero no se pensaba que tuviesen misión alguna que cumplir, y se consideraba la literatura como una distracción noble, en la que el espíritu se solaza en libertad sin otro designio que agradar al público, emulando los eternos modelos legados por la antigüedad. En el siglo XVIII, a la literatura desinteresada sucede la literatura de combate, ambiciosa y agresiva. Los escritores se convierten en reformadores profesionales, pero conservan, en su nuevo papel, el respeto y la admiración ganados por sus antecesores. Invitados de quienes nunca se prescinde, reyes de los salones, adulados en medida superior a todo lo imaginable, vienen a ser los directores espirituales de la aristocracia refinada y elegante. Mil lindas cabecitas empolvadas se embriagan con las teorías que las harán rodar al cesto del verdugo.

Apenas salido del colegio, Voltaire tiene como protector a un hombre muy relacionado, el marqués de Caumartin, antiguo intendente de Hacienda y consejero de Estado, quien le presenta al gran prior de Vendôme. Trata al presidente Hénault, al mariscal de Villars, al presidente de Maisons, al marqués de Ussé. Sentado a la mesa del príncipe de Conti, que, como él, hace versos, se atreve a preguntarle: «¿Somos príncipes o poetas?» Su cuestión con el caballero de Rohan y su viaje a Londres, no son obstáculos para que se le nombre gentilhombre de cámara y para que, como a tal, se le reciba en la corte.

En 1747, en la partida de juego de la reina, viendo que su amiga Mme. du Chatelet iba perdiendo una suma importante —84.000 libras—, le dijo en inglés y con voz fuerte, que estaba jugando con bribones. Su frase fué comprendida, y como no era hombre de excesiva bravura, huyó a Sceaux, refugiándose en casa de la anciana duquesa de Maine, nuera de Luis XIV; allí se estaba en su habitación con las ventanas cerradas, trabajando a la luz de unas velas. «A la noche —cuenta Henri Carré—, hacia las dos, cuando la duquesa había despedido a sus gentes y se había acostado, bajaba a su cuarto; un criado, que estaba en el secreto, preparaba una mesita y le llevaba la cena. La duquesa le explicaba las intrigas del tiempo de Luis XIV y él, en pago, le leía el cuento o la novela que estaba escribiendo.»

Cuando se instaló en Fernay fué peor aún; los personajes más importantes del reino, entre ellos Choiseul y Richelieu, mendigaban sus favores y soportaban sus desaires. Su regreso a París en 1778 produjo verdadero delirio.

Conocida es la vida de Rousseau. Antiguo lacayo despedido por robar; mantenido a los diez y seis años por una querida que tenía treinta, y que repartía sus favores entre él y su jardinero; arrojado de la casa de M. de Mably, donde había entrado de preceptor y donde saqueaba la bodega; amante de un ama de llaves, Teresa Levasseur, con la que vivía en la casa de otra protectora, la señora de Epinay; perseguido

imaginario, medio loco antes de serlo de remate, es mimado, admirado y adulado por la más elevada sociedad, que encuentra un placer malsano en humillarse ante él y en adorar sus taras. El príncipe de Conti le escribe cartas desbordantes de afecto; Mme. de Luxembourg le dice en una esquela: «Os quiero de todo corazón. Mme. de Luxembourg os abraza y os ama con todo su corazón». Y en otra ocasión: «No es usted quien debe ponerse a mis pies, sino yo la que ha ponerse a los suyos.» Cuando la policía le persigue, todo el gran mundo se apresura a facilitar su fuga. Cuando cambia de casa, se pelean por ofrecerle otras, para él, para Teresa, para la madre de Teresa. «Tendrá usted la llave de mis libros y de mis jardines —le escribe el príncipe de Ligne—. Usted plantará, usted sembrará y usted hará lo que quiera.»

A fines del reinado de Luis XVI, su tumba es como un lugar de peregrinación. «Media Francia ha ido ya a Ermenonville para visitar la islita que le está dedicada —dice un noticiero—. La reina y todos los príncipes y princesas de la corte estuvieron también allí la semana pasada. Me han asegurado que esta ilustre familia permaneció más de una hora a la sombra de los álamos que rodean la tumba...»

En el siglo XVII se habían burlado mucho de los nobles; pero solamente por sus ridiculeces y flaquezas. Ahora se les atacaba en su honor, en su fortuna, en sus derechos, en su misma existencia; y son ellos los que animan a sus agresores, los que les halagan, los que crean su fama y hasta los que les dan de comer, como el conde de Artois y el príncipe de Condé alimentaron a Chamfort, quien en pago invitaba a la nación a que suprimiese la nobleza, y trataba de tontos a los cortesanos y de rameras a las señoras tituladas.

En 1765, Horacio Walpole, de paso por París, se asombraba de tanta inconsciencia. «La risa está tan pasada de moda como los polichinelas. Estas buenas gentes no tienen tiempo ya para estar alegres; tienen mucho que hacer, y en primer término, hay que derribar por el suelo a Dios y al rey; hombres y mujeres, todos trabajan a conciencia en su demolición.» Hablando de Voltaire a una señora, ésta le responde despreciativamente: «Es un beato, es un deísta.»

En 1771, después del destierro del Parlamento, todas las reuniones sociales se habían transformado, a decir de Besenval, «en pequeños estamentos generales en los que las mujeres, convertidas en legisladores, establecen premisas y vierten con aplomo máximas de derecho público. Una de ellas, Madame de la Mark, escribía que «el poder absoluto es una enfermedad mortal», y que «los actos del soberano están sometidos a la censura de sus propios súbditos».

El conde de Ségur ha dejado en sus *Memorias* una pintura exacta y sensata de esta locura: «Nosotros, la joven nobleza francesa, sin nostalgia del pasado y sin inquietud por el porvenir, marchábamos alegremente sobre una alfombra de flores que nos ocultaba un abismo. Burlándonos irreverentes de los usos pasados, del orgullo feudal de nuestros padres y de sus graves etiquetas, todo lo que era antiguo nos parecía molesto y ridículo. Nos pesaba la seriedad de las viejas doctrinas... La libertad, cualquiera que fuese su lenguaje, nos agradaba por su audacia; la igualdad, por su comodidad. Se halla placer en bajar, mientras está uno cierto de que podrá volver a subir cuando quiera; así, aturdidamente, saboreábamos a la vez las ventajas del patriciado y las dulzuras de una vida plebeya. Aun cuando lo que bajo nosotros iban minando eran nuestros privilegios, eran los restos de nuestro antiguo poderío, aquellas escaramuzas nos placían; como no experimentábamos sus efectos, nos servían de espectáculo... Como las formas del edificio subsistían intactas, no veíamos lo que por dentro quedaba minado. Nos reíamos de las graves alarmas de la vieja corte y del clero, que abominaba de este espíritu de innovación. Aplaudíamos las escenas republicanas de nuestros teatros, los discursos filosóficos de nuestras Academias, las obras atrevidas de nuestros literatos...»

Para completar el cuadro, ¿será necesario recordar el estreno de *Las bodas de Fígaro*, en 27 de abril de 1784? Allá estaba toda la corte. Desde las once de la mañana estaban los lacayos, enviados por la duquesa de Borbón, ante la taquilla, que no se abría hasta las cuatro. Señoras encopetadas se codeaban en el gallinero con mujerzuelas, y todo este elegante público aplaudía estrepitosamente las declamaciones contra la nobleza: «¿Usted se cree un gran genio? ¿Qué ha hecho usted para poseer tantos bienes? Usted se ha tomado el tra-

bajo de nacer...» «No creía yo que fuese tan divertido el verse ahorcar en efigie», llegó a decir la bailarina Guimard. Cuando los aristócratas aclaman a los que los ahorcan en efigie, puede predecirse que no pasará mucho tiempo antes de que lo hagan realmente.

Pero éstos nobles no son unos simples particulares; son, además, magistrados, oficiales, embajadores, ministros. Su filosofía es, en cierto modo, mera traición; porque, ¿cómo defenderán al rey y a la Monarquía, si están persuadidos de que el mejor gobierno es la democracia?

El duque de Orleans, primo del rey, es gran maestre de la francmasonería. Hay en los regimientos veinticinco logias masónicas, en las que oficiales y soldados fraternizan en el culto a la igualdad. En la logia «Unión», de Toul-Artillerie, el venerable es un sargento, en tanto que su coronel, el marqués de Havrincourt, no es más que delegado del Gran Oriente. La inmensa mayoría de los jueces, ciertos intendentes, muchos funcionarios, han pasado al partido filosófico y frecuentan las sociedades de pensadores. La Academia Francesa está toda contaminada y desde que D'Alembert es secretario perpetuo, va apartando de sí a los independientes. Nombrado ministro Turgot, aquello es una irrupción; tiene que separar a Dupont de Nemours, Morellet, de Vaisnes, Condorcet, Suard, y hacer entrar en el estado mayor al conde de Guibert, amante de Mlle. de Lespinasse.

Tomemos como ejemplo típico el de M. de Malesherbes, director de librería. Era éste en el antiguo régimen el encargado de inspeccionar la publicación, el comercio y la circulación de impresos. Ejercía la censura sobre los manuscritos, y podía prohibir aquellos que le pareciesen opuestos a las buenas costumbres o peligrosos para el orden social. Tenía a su cargo la vigilancia de las fronteras y de las editoriales clandestinas; ordenaba el secuestro de libros y periódicos sustraídos a la censura, y perseguía a los autores y vendedores. Puesto de gran importancia, puesto capital en el momento en que se desencadena una ofensiva intelectual contra la Monarquía.

Hasta 1750 fué ocupado por el conde de Argenson, que, tomando en serio sus deberes, organizó a partir de 1748 un sistema de represión eficaz; se cerraron las fronteras, se efectuaron detenciones, se realizaron fructuosos registros. Pero en plena lucha reemplaza a Argenson el primer presidente del Tribunal de Subsidios, Malesherbes, filósofo militante, que deja a los revolucionarios en una casi completa impunidad. Adopta algunas medidas de rigor, para cubrir las apariencias, que muy luego quedan en suspenso; de suerte que su único resultado es hacer un reclamo ruidoso y una reputación de mártires a los publicistas perseguidos, sin molestarlos en nada, sin intimidarles siquiera.

Uno tras otro, aparecen la *Carta sobre los sordos*, de Diderot; los *Discursos*, de Rousseau; las grandes obras de Voltaire, la *Enciclopedia*, las misceláneas de D'Alembert... Se autoriza la publicación de libros prohibidos por Argenson, como la *Historia de Luis XI*, de Duclos. La vigilancia de fronteras es ilusoria; nadie inspecciona los fardos de folletos sediciosos que reciben los cortesanos; se establecen puestos de venta en las casas de los príncipes, en las de la Orden de Malta, en los conventos y establecimientos religiosos; los hay en Versalles, en el mismo palacio. Todo el mundo lo sabe, pero la policía finge ignorarlo.

¡Vanidoso, crédulo, muy sensible a los interesados elogios de los hombres de letras, encantado de asociarse a su ruidosa fama, sin comprender el alcance de sus obras, ni la importancia de sus actos, tipo perfecto del liberal temeroso siempre de pasar por reaccionario, Malesherbes se afana en atizar el incendio y en proteger a los incendiarios.

Sirve de intermediario entre Rousseau y su librero, le envía por correo especial las pruebas que hubiera debido recoger, y en ocasión en que el ginebrino rompe con su editor habitual, Malesherbes se interpone cortésmente para buscarle otro.

Desde luego, los que pagan estas liberalidades son los defensores de la autoridad; Fréron no logró nunca obtener un privilegio para el *Año Literario*, y cada poco tiempo veía suspendido su periódico porque se permitía criticar a D'Alembert, Voltaire o Marmontel. En 1758 por poco tiene que comparecer ante los tribunales, por haber publicado el extracto de una obra contraria a la *Enciclopedia*, y se le prohibió, so pena de denuncia, contestar a los ataques que le dirigían.

En 1752 Malesherbes prohibe una obra del P. Geoffray hostil a Diderot. En 1754 hace que Bourgelat, su agente en Lyon y colaborador de la *Enciclopedia*, reprenda a un P. Tholomas, que se había permitido criticar el artículo «Colegio», del diccionario. Palisot y Gilbert fueron también objeto de estas persecuciones, que ocasionaron la muerte del segundo.

Los filósofos vociferaban contra la tiranía; pero la verdadera tiranía era la que ellos ejercían sobre la literatura. Véase el tono en que D'Alembert reclama la protección del poder público para sus amigos: «Me entero, señor, de que en la última hoja de Fréron se califica a la *Enciclopedia* de obra escandalosa. Ya sé que ni esas publicaciones, ni sus autores, tienen importancia; pero esta razón no debe, en modo alguno, me parece, autorizar semejante licencia, ni permitir la aprobación de un censor. Sería una falta hacia mí mismo y hacia todos mis colegas dejar de representaros mi queja, bien resuelto a quedarme luego tranquilo, si, por una desgracia que no tendría que reprocharme, no se nos hiciese justicia. Tengo motivos, señor, para confiar en vos. Vuestra equidad y el honor que tengo de ser vuestro cofrade me lo garantizan...» ¡Y ya están los servidores del rey corriendo en auxilio de los enemigos del rey!...

Multipliquemos este caso por ciento y por mil, y nos formaremos una idea de lo que fué la política interior de Francia de 1750 a 1789: una abdicación progresiva de la Monarquía.

A su lado, con su tolerancia, con la ayuda y los subsidios de la aristocracia, con la complicidad y la participación de la magistratura, de la policía y de la administración, se constituye un nuevo poder activo, audaz, intolerante: el partido filosófico. Tiene sus cuadros: las sociedades; sus jefes: los enciclopedistas; sus heraldos: los Parlamentos; su ejército: la curia; sus grandes maniobras: las luchas políticas provocadas por los impuestos y en torno a la religión.

Los contemporáneos se dieron perfecta cuenta de este suicidio y de este abandono. Algunos los señalan expresamente. No solamente Voltaire, quien en veinte ocasiones había exhortado a los *fieles* a formar «un tropel», «una jauría», «un cuerpo de iniciados» a fin de hacerse los «amos», sino también Duclos, quien declara que «si el poderoso manda», son los intelectuales los que «gobiernan»; Necker, quien consagra varias páginas de su *Tratado de Hacienda* a la opinión pública, y deduce «que reina sobre todos los espíritus», que los príncipes la «respetan» y le están «sometidos», que «dicta leyes en la ciudad, en la corte y hasta en el palacio de los reyes»; D'Alembert, por último, que dice aún más categóricamente que «la opinión gobierna al mundo», y que «los filósofos gobiernan a la opinión».

El reinado de Luis XV fué una continua lucha entre los dos poderes. A propósito de todo —de los jansenistas, del vigésimo, de los jesuítas, de las carreteras, de las prestaciones, de las franquicias provinciales, de la circulación de granos— estallan verdaderos motines filosóficos, ante los cuales el Gobierno, minado, débil y sin aliento, permanece inerte. El ejército atacante está, cierto es, dividido; parlamentarios y filósofos no siempre se entienden bien; los primeros, adversarios del papa y del rey, siguen siendo respetuosos con la religión y están aferrados a sus privilegios de casta, mientras que los segundos son ateos e igualitarios. Pero si se enzarzan durante las treguas, se reconcilian frente al enemigo, y marchan al combate unidos fraternalmente.

Nada más monótono que estas batallas, entabladas, dirigidas y terminadas siempre de un modo semejante, con la misma audacia y las mismas armas desde las filas asaltantes, con la misma incoherencia y las mismas claudicaciones del lado del Poder.

El rey, en su Consejo, dicta las leyes; pero corresponde a los Parlamentos aplicarlas, juzgar las infracciones y castigar a los contraventores. Se deriva de ello la obligación, para los ministros, de comunicárselas, a fin de que las registren. Bajo Luis XIV no era esto más que la formalidad de transcribirlas; pero, muerto el gran rey, incurrió el regente en la imprudencia de restituir a las Cortes soberanas el derecho de oponer reparos, es decir, la facultad de criticar los decretos que se les enviaban, y aun la de pedir su anulación pura y simplemente, resistiéndose a sacar la copia de ellos. En teoría, esta resistencia podía vencerse fácilmente, pues quedaba al rey el derecho a disponer por sí mismo el registro en una

sesión solemne llamada Cámara de Justicia. Pero los Parlamentos tomaron pronto la costumbre de reforzar su oposición legal y limitada, por una oposición ilegal, pero harto más eficaz.

Muy ricos, propietarios de sus cargos, como hoy lo son los notarios, por ejemplo, emparentados con las familias más linajudas, sólidamente unidos entre sí por lazos de parentesco y de interés, sucediéndose en los cargos de padres a hijos o de tíos a sobrinos, dominando de muy alto a las jurisdicciones inferiores, arrastrando tras de sí a la multitud inmensa de los agentes de la curia, proclamaban la huelga de la justicia en todas sus categorías, aterrorizaban y amotinaban a los litigantes, paralizaban el curso de los asuntos privados y públicos, y con deliberaciones y decretos demagógicos, promulgados y difundidos rapidísimamente, apelaban sin pudor a las pasiones populares más bajas e irreflexivas.

Trabajado por los libelistas, inflamado por exhibiciones teatrales, París rugía presintiendo el motín; por intermedio de las sociedades, la agitación se difundía en las provincias; impulsados por aquéllas, arrastrando unos a otros, estados, ciudades, cabildos, corporaciones, se reunían y protestaban. Hostigado por esta agitación, el Gobierno intentaba adoptar medidas de rigor, enviaba a sus casas de campo a los huelguistas más revoltosos, encerraba a los más significados agitadores, nombraba una comisión extraordinaria para liquidar los procesos pendientes. Nuevas declamaciones; nuevos libelos; marcha ostentosa, en corporación, de los desterrados, en medio de una multitud encrespada; y para colmo, como nadie creía en la regia firmeza, negativa de los abogados a ejercer ante los nuevos jueces, y negativa de los litigantes a comparecer ante el tribunal. Después, pasado algun tiempo, gestiones discretas de la corte, separación del ministro, del gobernador o del intendente inculpado; capitulación en regla del sucesor y regreso triunfal de los «Padres de la Patria»...

Lo más lamentable es que en estas querellas, la justicia y el progreso estaban de parte del rey. Los Parlamentos tenían gran habilidad para disimular, bajo sus peroratas humanitarias y liberales, las ideas más anticuadas y los intereses más egoístas. Lograron hacer fracasar las reformas más útiles, porque eran contrarias a sus privilegios de clase, y especialmente la igualdad ante el impuesto, que una vez más se intentó al establecerse el del «vigésimo». Inmovilizaban a la Monarquía en la rutina, obligándola a recurrir a expedientes ruinosos, condenados por ella misma. La acción de los parlamentarios consolidaba los abusos, que sus discursos hacían más sensibles y más difíciles de soportar; ellos eran los que paralizaban a la Monarquía, y luego abominaban de su inmovilidad! Ellos los que instigaban todas las revueltas e impedían poner remedio a sus causas, ¡y no faltará quien admire aún todos estos absurdos!

Era Luis XV demasiado inteligente para no ver que la oposición parlamentaria llevaba a la Monarquía hacia una catástrofe; y, a despecho de su escepticismo, estaba demasiado compenetrado de sus deberes, para no intentar una reacción. En 1771, considerando que la indulgencia estaba fuera de lugar ya y que se acercaban momentos graves, se resolvió a tomar la decisión enérgica que podía salvar al Estado, confiando su ejecución al canciller Maupeou. Por una serie de edictos rigurosos suprimió el Parlamento de París, retiró a los otros sus atribuciones políticas y repartió sus jurisdicciones, excesivamente extensas, entre nuevos tribunales que se llamaron Consejos superiores. Se acercaba de este modo la justicia a los ciudadanos, se abolía la venalidad de los cargos, se reducían los gastos, se simplificaban los procedimientos, se reducían los tribunales de excepción. Un personal nuevo, más culto y más instruído, reemplazaba al antiguo, desterrado o dimitido. Aquella oligarquía intratable y altanera, cuya obstinada ceguera había imposibilitado toda reforma, quedaba, al fin, destruída.

El asunto se llevó sin violencia, pero sin flaqueza. El público, advirtiendo que esta vez el rey estaba resuelto a llegar hasta el extremo, no se había movido. Una parte de los filósofos, con Voltaire a la cabeza, se habían puesto de parte del canciller y le habían apoyado con sus escritos.

Las burlas de Beaumarchais y sus diferencias con el consejero Guzmán —que fué reprendido— no impidieron el éxito de la reforma, ni el funcionamiento de los nuevos tribunales. Los litigantes se dieron cuenta muy pronto de que aqué-

llos eran más accesibles, más diligentes, menos costosos que los anteriores. Los magistrados separados se desalentaron, y algunos se sometieron y solicitaron ser admitidos en los Consejos superiores.

El inspector general Terray, aprovechó el cambio para proceder a una revisión de los impuestos productivos, anulando las exenciones abusivas, y, sobre todo, haciendo pagar exactamente los «vigésimos» a los privilegiados que habían tomado la costumbre de burlar al fisco y de sustraer a sus investigaciones la mayor parte de sus ingresos.

La desaparición del Parlamento y la exacción puntual del «vigésimo», era acabar con los empréstitos y anticipos, era la desaparición del déficit, era la posibilidad de la amortización. Sobre todo, era un golpe mortal a los privilegios ilegítimos, el camino abierto para una reforma financiera completa y para una reorganización del reino. Como vigorosamente ha dicho Jacques Bainville, si pudo hacerse una economía revolucionaria fué en 1774, y no en 1789.

Por desgracia, murió Luis XV. Por desgracia, le sucedió Luis XVI. Este hombretón, nada tonto, estaba bien provisto de cualidades; algunas, por lo menos, de las cuales, eran cualidades de rey. Era trabajador, atento, concienzudo, bien intencionado; tenía conocimientos, memoria, criterio. Tuvo energía para sustraer su política exterior a las facciones, y halló al hombre necesario para realizarla, aprovechó las lecciones del reinado precedente, reconstituyó la Marina, logró mantener la paz en el continente, sin dejar por ello de tomar en los mares y en las colonias una revancha del tratado de París.

Pero en cuanto se consagra a la política interior, aparece inferior a sí mismo. Ya no ve claro, ya no sabe lo que quiere; algunas de sus frases son bien expresivas a este respecto. Cuando le anuncian la muerte de Luis XV, exclama : «¡Qué carga! ¡Y no me han enseñado nada! ¡Me parece como si el mundo fuese a desplomarse sobre mí!» En Reims, cuando recibe la corona, dice: «¡Me molesta!» En 1776, cuando acepta la dimisión de Malesherbes: «¡Qué feliz es usted! ¡Si yo pudiese dejar el puesto!» En el fondo, es el rey del *Telémaco*, un filósofo coronado, que se avergüenza de mandar a hombres libres.

Está tan penetrado de Fenelon y de Rousseau, que un año después de su advenimiento se afilia a una logia masónica de la corte. Cree en la bondad humana, y le repugnan los medios de autoridad. Ciegamente optimista, se obstina en pensar que las cosas se arreglarán solas, por la acción espontánea de la divina naturaleza. Se niega a prever lo peor, y a utilizar la fuerza cuando aún dispone de ella. Su liberalismo hizo más daño a la Monarquía que las queridas de Luis XV y las bancarrotas de Terray.

La reina María Antonieta estaba dotada de gracia, majestad, valor, voluntad e ingenio. Pero era víctima también de la influencia de la moda, que no admitía en parte alguna más que libertad y sencillez. Reina de Francia, pretendía vivir como una princesa sin reino; las ceremonias la impacientaban y aburrían.

Se dejó persuadir fácilmente, dice el duque de Lewis, «de que era necio privarse de hacer su situación tan dichosa como la de aquellos de sus selectos súbditos cuyo trato hacía su delicia; que en un siglo tan ilustrado, en el que se desechaban todos los prejuicios, los soberanos debían liberarse de las molestas trabas que la costumbre les imponía; en fin, que era ridículo pensar que la obediencia de los pueblos dependiese del mayor o menor tiempo que la familia real pasase en un círculo de cortesanos enojosos y aburridos». E inmediatamente se trastorna la vida de corte: «Excepto algunos favoritos..., todo el mundo quedó excluído. El rango, los servicios, la consideración, la ilustre cuna, no fueron ya títulos para ser admitidos en la intimidad de la familia real. Solamente los domingos podían ver a los príncipes, por unos momentos, las personas presentadas; pero la mayor parte de ellas renunciaban a este servicio inútil, que nadie les agradecía; a su vez, reconocieron que era demasiado inocente venir desde tan lejos para no ser mejor acogidos, y se relevaron a sí mismos de esta obligación... Versalles, teatro de la magnificencia de Luis XVI, adonde venían gentes desde todas las cortes de Europa para tomar lecciones de cortesía y de buen gusto, no era ya más que una ciudad provinciana, a la que se iba con repugnancia y de donde se regresaba lo antes posible...»

La etiqueta imponía el respeto, reanudaba a diario los la-

zos de fidelidad que ligan los cortesanos a los soberanos, mantenía al rey en un plano superior a las cábalas e intrigas de palacio. Cuando se desechó, las camarillas se adueñaron de la corte. Por entregarse a dos o tres de ellas, la reina descontentó y humilló a todas las demás; de los salones desairados partieron canciones y libelos. Se llenó París de aquella literatura fangosa, en la que se revolvían a paletadas las porquerías y las infamias que, veinte años más tarde, se repiten ante el tribunal revolucionario. La acusación de Fouquier-Tinville no es más que la repetición de las calumnias de *Madame*, de la condesa de Artois o de la señora de Balbi.

Comenzó el nuevo reinado con una falta: la más grave que podía cometerse, la única que era irreparable: la convocación de los Parlamentos. Para quien haya meditado, siquiera dos minutos, sobre los desórdenes que venían provocando desde hacía medio siglo, esta medida es incomprensible, y no se explicaría, en efecto, de modo alguno, si Luis XVI y sus consejeros hubiesen sido hombres de juicio reposado, habituados a ver los acontecimientos como son, y a tener en cuenta el pasado. Pero eran doctrinarios y sentimentales; vivían en un mundo irreal, en el que las palabras les ocultaban las cosas. Su tierna inocencia les convertía en instrumentos inconscientes de los ambiciosos y de los agriados, a quienes la institución de los nuevos magistrados había hecho perder puestos, privilegios, influencia y aclamaciones populares. Nada más curioso, a este respecto, que comparar los argumentos aducidos por una y otra parte. Los informes de Maupeou al rey son modelo de previsión y buen juicio; invoca la experiencia y menciona los hechos. Sus adversarios responden con máximas y sollozos: «Sin Parlamentos no hay Monarquía», dice Maurepas. Y, como buen discípulo de Fenelon, Luis XVI asiente: «¿Qué han hecho los grandes? ¿Qué los Estamentos provinciales y los Parlamentos, para merecer su destitución?» La presión exterior acabó de decidirle; se repartieron libelos amenazadores, se pusieron pasquines sediciosos; se le hizo temer la pérdida de su popularidad. Y cedió. Las «grandes togas» volvieron triunfalmente, entre manifestaciones; y para celebrar su victoria, dirigieron al rey advertencias despectivas y ásperas, que eran la negación absoluta de su autoridad.

Era, en verdad, contradictorio anunciar una política de progreso y comenzar por el encumbramiento de sus adversarios; absurdo el querer reformar y cerrarse el camino de ellas; locura el esperar la obediencia premiando a la rebelión. La pretensión de restaurar la Monarquía patriarcal, con sus grandes corporaciones equilibradas, su nobleza autónoma y sus jueces independientes, la habían condenado a la impotencia y a la anarquía.

No se tardó mucho en notarlo. El reinado de Luis XVI está constituído todo él por proyectos abortados, promesas incumplidas, transformaciones interrumpidas apenas iniciadas. Todas las tentativas de progreso, y en particular las encaminadas a instaurar la igualdad de impuestos, se estrellaron contra la obstrucción de los Parlamentos. Soñaban los ministros en grandes empresas que había de liberar a la autoridad y salvar la situación; al punto los Parlamentos imponían el retorno a los expedientes ruinosos y aborrecidos: prórrogas de impuestos, préstamos disfrazados, para los cuales aún era menester comprar muy caros su complicidad y su silencio.

Cuanto más elevada la inspiración, más humillante era la capitulación; y tanto más desastrosa, cuanto que para ganar previamente el apoyo de la opinión, se había procurado difundir por todas partes «informes» o «preámbulos», criticando muy violentamente los abusos que se pretendía corregir, y que, finalmente, venían a conservarse. ¿Qué podían pensar los campesinos que, habiendo leído en el porche de su iglesia las diatribas de Turgot contra la prestación, que las habían oído comentar en la plática, y a los que se anunciaba tres meses después que, a pesar de tan buenas razones, todo quedaría igual, y la prestación continuaría exigiéndose en la misma forma?

Frenado por los amos que él mismo se había buscado, agitado e impotente a la vez, el Gobierno ya no inspiraba temor ni respeto. Sus contradicciones, su flaqueza, sus retrocesos, estimulaban a la crítica, la desobediencia y la rebelión. Todo parecía permitido contra él, y —lo que es peor— sin riesgos. Hasta qué punto había caído, lo evidenció el asunto del Collar.

El cardenal de Rohan, obispo de Strasburgo y gran limosnero de Francia, se había enamorado de la reina, que le de-

testaba y despreciaba. Una aventurera, la condesa de La Mothe, y un charlatán, Cagliostro, le dijeron que ellos tenían medios de conciliarle la buena voluntad de María Antonieta. El cardenal, que era un hombre distinguido, pero de una vanidad rayana en tontería, les creyó. Tuvo una entrevista nocturna en un bosquecillo con una camarista, a la que tomó por la reina, y a la que dió en préstamo 150.000 libras. Poco después le pidió que le sirviera de mediador con los joyeros Boehmer y Bossange para la compra de un collar de diamantes de millón y medio, que deseaba adquirir en secreto, a fin de no disgustar al rey. Se hizo el negocio, y el collar fué entregado a madame de La Mothe, que lo negoció en Londres. Cuando venció el primer plazo, se descubrió todo. Luis XVI hizo encarcelar a Rohan, Cagliostro, la condesa y sus cómplices, en total, una quincena de personas; si hubiera tenido espíritu político, hubiera castigado por sí mismo al cardenal, enviándolo inmediatamente a meditar en cualquier monasterio discreto, en donde no hubiese dado que hablar; pero tuvo la inocencia de confiar el asunto al Parlamento. La instrucción y el proceso fueron largos y escandalosos; las camarillas de la corte intervinieron en favor de los acusados para humillar a la reina. La Sorbona se puso de parte de su prior. Los libelistas se apoderaron del asunto para difamar a la familia real. En suma, Rohan fué absuelto. La sentencia significaba que era lícito creer a la reina de Francia capaz de venderse —o poco menos— por un collar.

A la injuria acompañaba la rebelión; a propósito de las causas más fútiles estallaban conflictos. El Gobierno aparecía completamente anquilosado, justamente en el momento en que más se hacía sentir la necesidad de su fortaleza. Sin voluntad ya para oponerse a los obstáculos, propendía a buscar apoyos cuya popularidad y autoridad contrarrestasen el crédito y las intrigas de los Parlamentos; de este modo se caminaba hacia el arbitraje de unos Estados generales; pero se apeló primero a los Notables.

Esta era ya una idea de Fenelon, adoptada por Calonne a falta de cosa mejor. Se reunieron en Versalles 144 elevados personajes: príncipes, duques, mariscales, magistrados, prelados, consejeros de Estado, alcaldes de grandes ciudades y

delegados provinciales, con la misión de examinar un programa de reforma que se les proponía. Parte esencial era la sustitución del «vigésimo» por un impuesto territorial, igual para todos, afectando también al clero, y repartido por unas asambleas provinciales, a las que se transferían, además, una gran parte de las atribuciones administrativas de los intendentes, reducidos, casi, al papel de comisarios regios afectos a aquéllas.

Calonne apeló al buen corazón de los privilegiados y a su liberalismo, sin sospechar, al parecer, por un momento, que este liberalismo no consistía en sacrificar privilegio alguno, sino solamente en censurar al rey y en minar sus poderes. Picados por los libelos, acribillados de sarcasmos por los parlamentarios, empujados por los salones, influenciados por los príncipes que soñaban en una regencia, los Notables se engallaron, y, aunque proclamando que estaban dispuestos a los mayores sacrificios, suscitaron cuestiones previas que los aplazaron indefinidamente. Entre otras cosas, reclamaron la institución de una contabilidad intervenida, protestaron contra las pensiones de la corte (que cobraban ellos), argumentaron con el falso presupuesto de Necker para combatir al verdadero, y para remate pidieron la convocación de Estados generales, únicos capacitados para proceder a una reforma tributaria. Venía, así, a recaerse en el mismo mal: los Notables, creados para tener en jaque a los Parlamentos, se ponían de su lado. La marcha de Calonne no arregló nada. El sucesor, Brienne, elegido entre las oposiciones, se halló frente a los mismos problemas, sin tener tampoco soluciones en que elegir. Del experimento no quedó más que la idea de una próxima convocatoria de los Estamentos, y, con ella, la de una medida desdichada: la institución de las Asambleas provinciales. Llenas de buena voluntad, no hicieron nada útil, pero se afanaron en desacreditar la obra de los intendentes, y a fuerza de quejas, embrollos y querellas, lograron en casi todas partes aburrirlos. Mientras que las dificultades iban en aumento, los resortes de autoridad iban, uno por uno, distendiéndose. La parte más sólida y más moderna del gobierno monárquico quedaba quebrantada.

La revelación del déficit, a continuación de las seguridades y embustes de Nécker, en que aún se creía, vino a producir

el efecto de un trueno. La opinión, desorientada, no podía creer que la causa de las dificultades fuese la desatentada política de empréstitos practicada por el ginebrino. Se buscaron culpables, se habló de robos, de escándalos, de agio. Se difundió el temor a un nuevo aumento de los impuestos, cuando no se trataba más que de hacer pagar a los que no los satisfacían, y a favor de este enloquecimiento, la agitación comenzó a llegar a todos los rincones del país.

En tan desastrosas condiciones, el Ministerio se dirigió a los Parlamentos, para que aprobasen aquello poco que los Notables habían concedido, y para obtener lo que éstos habían negado. El guardasellos, Lamoignon, aconsejaba obrar rápidamente, poner a los magistrados entre la espada y la pared, y obligarles con un lenguaje claro y enérgico a definirse en pro o en contra de la justicia fiscal, en pro o en contra de los privilegios tributarios. Por el contrario, Brienne fué expidiendo los edictos uno por uno, comenzando por los que eran más populares: asambleas provinciales, reemplazo de las prestaciones, libre circulación del trigo. A pesar de su repugnancia, las aceptaron sin protesta, para conciliarse al pueblo; pero al primer edicto estableciendo una nueva tasa, suscitaron las mismas objeciones que los Notables: reclamaron, como ellos, justificantes de la contabilidad; condenaron, como ellos, los gastos de las casas de los príncipes, y, para terminar, también como ellos, proclamaron, también como ellos, que sólo la nación, reunida en Estados generales, podía adoptar las medidas necesarias para «extirpar grandes abusos».

Se recaía en las escaramuzas tradicionales, con los mismos golpes dados de una y de otra parte, reparos, sesión regia, registro por mandato del rey, protesta contra esta transcripción, decreto declarándola nula y sin efecto, casación del decreto por el Consejo, reiteración de los reproches, cámara de justicia, destierro del Parlamento a Troyes, huelga de la justicia, y, al fin, una paz coja y mal segura, en que cada una de las partes dejaba un poco de su decoro. El Parlamento volvía a París, los «vigésimos» que estaban para prescribir eran prorrogados, y el Gobierno autorizado para percibirlos con más exactitud (septiembre del 87).

Privado de los impuestos productivos que reclamaba, el Gobierno se puso animosamente a la obra para mejorar los que le concedían. Al mismo tiempo operaba enormes compresiones de gastos, reducía pensiones, suprimía funcionarios, disminuía el número de oficiales...; excelente labor, que tenía el defecto de no producir un alivio inmediato, y el de lanzar al campo de los descontentos aquellos servidores abnegados que eran víctimas de ella.

Los tiempos no estaban ya para medidas tibias. La idea de los Estados generales se abría cada vez más camino. El Gobierno, que necesitaba emitir un gran empréstito de consolidación, se vió obligado a ceder a los requerimientos de los eventuales tenedores, y, al tiempo de emitir la primera fracción, anunció la convocatoria para 1792. E inmediatamente la oposición se organizó para obtenerla sin más dilación.

A partir de este día, la audacia de los tribunales de justicia no tuvo ya límites. En toda la extensión del reino se manifiestan en abierta rebelión contra la realeza, cuyo mandato ejercen y de la que han recibido toda su autoridad. Los de las provincias se oponen a la percepción de los nuevos «vigésimos»; los de París hacen fracasar el empréstito, amedrentando a los capitalistas. El duque de Orleans, primo del rey, se pone a la cabeza del movimiento. Cansado ya, Luis XVI pierde la paciencia, ordena al duque se retire a su palacio de Villers-Cotterests y hace detener a dos de los más exaltados entre los rebeldes. El Parlamento de París fulmina nuevos reproches al discutir el derecho a estas medidas, y, a pretexto de represalias, prohibe a los inspectores de contribuciones proceder a la comprobación de los ingresos imponibles, es decir, en realidad lo que hace es poner en evidencia los enormes fraudes cometidos por sus miembros. A este miserable egoísmo, a esta codicia mezquina que arroja hipócritamente todas las cargas públicas sobre las clases más pobres, los saluda la opinión como acciones heroicas, dignas de los romanos. No le quedaba ya al rey más que una opción: abdicar o castigar sin tibieza; entregar su corona a una oligarquía judicial mediocre y tiránica, o destrozar por la fuerza sus criminales empresas. En suma, era preciso volver a Maupeou, después de haberle desautorizado, y en circunstancias mil veces más difíciles.

La reforma judicial propuesta por Lamoignon, no era, sin embargo, fruto de una improvisación; venía meditándola desde hacía largo tiempo, y la tenía estudiada en sus líneas generales antes de llegar al cargo de guardasellos. La lentitud en las resoluciones, la inmensa multitud de procedimientos y de gastos, la muchedumbre de empleados inferiores —escribanos, procuradores, ujieres, secretarios—, el desaforado aumento de las costas, la ignorancia de los consejeros jóvenes y la obcecación de los viejos, la claudicación de algunos tribunales, el número de errores judiciales, el escándalo de enormes equivocaciones, que dejaban los ánimos atemorizados e indignados, la complicación de los tribunales especiales, la decadencia de los estudios de Derecho, eran otras tantas razones, cada una de las cuales bastaba para justificar la reforma.

Eran seis los proyectos, que continuaban y completaban la obra antaño comenzada por Luis XV. Las justicias señoriales quedaban casi extinguidas; los Tribunales especiales, casi suprimidos. Los Parlamentos perdían todas las atribuciones políticas que se habían arrogado, y conservaban sólo algunos casos de apelación y algunos asuntos relativos a la nobleza, al clero y al patrimonio real. Eran majestuosas inutilidades. Aparte de ellos se instituía una jerarquía judicial en tres grados, que, más tarde, ha de adoptar Napoleón: *prebostes,* para las contravenciones, embargos, acciones de tutela, inventarios...; *presidiales,* para los delitos y causas civiles hasta 4.000 libras, en primera instancia; *grandes bailíos,* para apelaciones, crímenes y causas importantes. El procedimiento criminal se dulcificaba; se preparaba la unificación de la jurisprudencia; la justicia se hacía más accesible; se suprimían cargas inútiles. El reclutamiento de magistrados se facilitaría con la posibilidad de adquirir categorías y honores. En tanto se llevase a efecto la reforma, los Parlamentos quedarían en suspenso.

A esta ley reflexiva, beneficiosa y audaz, había unido Brienne otra disposición destinada a quitar a los Parlamentos la autoridad de su antiguo y majestuoso origen. Fué a buscar en la historia de la antigua Monarquía una institución, el *Tribunal del rey,* asamblea de vasallos y consejeros que asistía a los primeros Capetos y de la que habían salido, por desmembración, de una parte los Parlamentos, y de otra el *Consejo real.*

A este Tribunal, reconstituído, debería corresponder el registro de las leyes, al menos hasta la convocatoria de los Estados, prometida siempre para 1792. Debía componerse de los príncipes, los pares, mariscales, obispos, consejeros de Estado y magistrados de nombramiento vitalicio e inamovibles. Celebraría reuniones ordinarias de diciembre a abril, y extraordinarias cuando el rey lo convocase.

Estas disposiciones, adoptadas en el Consejo, se entregaron a los impresores, quienes las revelaron traidoramente a ciertos parlamentarios parisienses, que inmediatamente amotinaron a sus colegas. El 3 de mayo de 1788 se reunieron y juraron resistir por todos los medios a los proyectos que les habían denunciado. Una tentativa de la policía para arrestar a dos de los consejeros provocó un verdadero motín de escribanos y jueces, con los que se mezcló el populacho. Se hizo necesaria la intervención de las tropas. Dos días después, se convocó al Parlamento en Versalles, para que allí escuchara la lectura de los seis edictos, al mismo tiempo que los gobernadores e intendentes los comunicaban a los tribunales provinciales.

Muchas veces se ha escrito que el «golpe de Estado» de mayo había provocado en toda Francia una formidable explosión de hostilidad, ante la cual Brienne se había visto obligado a retroceder. Esto es completamente falso; los edictos no suscitaron al principio indignación alguna. El malestar de los últimos meses provenía de la falta de autoridad; tanto, que bastaba que ésta se manifestase con un acto enérgico, para despertar en los corazones la obediencia y el respeto, y para atraerse, al menos provisionalmente, a la inmensa mayoría de la opinión.

En París, el ministro Breteuil hizo clausurar las sociedades y salones de lectura, con lo que la oposición se vió privada de jefes y de centros de reunión. Algunas detenciones bien distribuídas acabaron de desorientarla. Un despliegue de fuerza armada hizo reflexionar a los ociosos y los grupos se dispersaron.

En los salones y en los cafés comenzó a decirse que la re-

forma ofrecía grandes ventajas; que los parlamentarios se habían mostrado muchas veces egoístas, ignorantes, injustos y crueles; que su comportamiento en Troyes probaba su hipocresía y su cobardía; que era inútil batirse por ellos, etc... Por lo demás, los nuevos tribunales que se repartían la inmensa jurisdicción del Parlamento comenzaban a instalarse y a funcionar, a pesar de las vejaciones, amenazas y ultrajes prodigados a sus miembros por los asalariados de la curia. Los de Orleans, Angoulême, Tours, Poitiers, Mans, Beauvais, Sens, Langres, Lyon, Riom y Châlons no oponían dificultad a su transformación en grandes bailías. Le Châtelet resistió, pero fué solamente una simulación, en espera de alguna nueva defección, para someterse a su vez.

En provincias, donde las medidas de policía habían sido mal adoptadas y donde era más fácil la intimidación que en París, el partido parlamentario obtenía algunos éxitos; pero no era esto lo general. En muchos sitios, sobre todo en el Mediodía, el Gobierno triunfaba. En muchos otros era evidente que se le desobedecía de mala gana, por temor a insultos y venganzas.

Las corporaciones constituídas, violentamente solicitadas a ponerse enfrente del ministro, no demostraban prisa alguna en dar a conocer sus sentimientos; sus protestas, si acaso se decidían a presentarlas, eran, las más de las veces, incoloras, formularias, sin vigor. Sus comisiones, cuando las hubo, no manifestaron calor ni convicción. En Dijon, por ejemplo, se había convenido en que los cuatro abogados enviados a Versalles en representación de sus colegas, darían una lección de civismo a Lamoignon; para excitarles a mostrar firmeza, hasta se les obligó a ensayar la escena durante dos días, con apóstrofes y entonaciones adecuadas. Pero, en presencia ya del guardasellos, se olvidaron de la lección, balbucearon excusas, hicieron protestas de sumisión y se largaron de allí, a gastar en los merenderos de Sèvres y de Saint Cloud el producto de la suscripción patriótica organizada en su honor. ¡Y Borgoña pasaba por ser uno de los centros de resistencia! ¡Que Brienne se hubiera mantenido firme unas semanas más y se hubieran puesto de su lado los tibios y los vacilantes, y los parlamentarios se hubieran desbandado, como en tiempo de Maupeou!

Pero, desgraciadamente, no era hombre para afrontar una lucha larga. Dispuesto a aceptar soluciones brutales, no sabía sostenerlas. Se cansó pronto de los modos enérgicos y comenzó a negociar con uno de los Parlamentos rebeldes: el de Provenza. Naturalmente, en vez de producirse el apaciguamiento que esperaba, su debilidad sirvió sólo para estimular la resistencia, y se esparció por toda Francia el rumor, acrecentado por millares de corresponsales, de que el Ministerio no tardaría en ceder, y de que los Parlamentos, restablecidos en su omnipotencia, tomarían terribles represalias con los que les habían abandonado.

Entre los gobernadores y los comandantes encargados de la ejecución de los edictos y de la represión de los tumultos, algunos cumplían su misión con no disimulada desgana. Espíritus cultivados de salón, con la cabeza rellena de textos filósoficos, estaban en su fuero interno con las oposiciones, y en privado declamaban contra el despotismo ministerial, no haciendo nada para proteger a los magistrados fieles contra las burlas y las humillaciones; en las ciudades en que el partido parlamentario disponía de una clientela numerosa de agentes subalternos, de parientes y domésticos, la vida de aquellos desgraciados se hacía imposible. Pegaban en sus puertas pasquines injuriosos, disparaban pistolas contra sus ventanas, les increpaban y apedreaban a la salida del Tribunal, se pronunciaban contra ellos infamaciones solemnes, y a veces se llegaba a destruir sus carruajes y a maltratarles.

En Dijon, el comandante M. de Gouvernet, llegó a más: a pretexto de que se había excedido en sus órdenes, destituyó y condenó a prisión a un teniente de la policía que había dispersado al populacho amotinado ante el hotel de la Intendencia. El resultado fué que hubieron de enviarse luego dos regimientos para reforzar a los gendarmes, ya acorralados.

Los desfallecimientos de la autoridad fueron aún más graves en Bretaña y en el Delfinado. Reinaba entre la aristocracia de estas dos provincias un espíritu revolucionario, extraña mixtura de afición a las novedades, de adhesión a las viejas instituciones, de fanatismo local y de exaltación filosófica. En Bretaña, donde siempre había sido difícil gobernar, y donde la nobleza, dueña de los Estamentos, estaba muy habituada a

maquinaciones y movimientos de conjunto, se tachaba la modificación del Parlamento de violación del contrato de la duquesa Ana, y se le juzgaba como un atentado a la independencia del país. El Delfinado no tenía ya representación desde 1628, pero en octubre de 1787 había recibido una asamblea provincial; temiendo que este nuevo organismo dedicase toda su atención a repartir más justamente los impuestos, el Parlamento y la Cámara de Cuentas se propusieron anularlo; le prohibieron funcionar, y, a grandes gritos, reclamaron en nombre de la provincia el restablecimiento de los antiguos Estamentos, únicos capacitados legalmente para representarla. En Bretaña y en el Delfinado, los comandantes eran dos nobles liberales: el conde de Thiard y el duque de Clermont-Tonnerre, tan resueltos uno como otro a no hacer nada contra los facciosos. De antemano podía anunciarse todo lo que iba a suceder.

M. de Thiard comenzó por prohibir al intendente, Bertrand de Molleville, que cerrase los salones de lectura, que eran otros tantos clubs sediciosos. Protegió la desobediencia de varios oficiales, que se negaron a marchar contra sus compatriotas. Toleró, y aprobó a medias, las manifestaciones y mascaradas que aumentaban la odiosidad y el ridículo sobre los edictos y sus partidarios. Limitó sus medidas de orden y represión a unas lamentables revistas de tropas, en el curso de las cuales los soldados se veían injuriados, empujados y desarmados, sin que se les permitiera el menor gesto defensivo. Doce nobles bretones, elegidos por sus pares, fueron, al fin, enviados a la corte, llevando una violenta requisitoria contra los ministros. Brienne los hizo detener y encerrar en la Bastilla; pero, siempre inconsecuente, ordenó se les amueblase un departamento especial y les concedió autorización para recibir a sus parientes y para comunicar libremente con el exterior. Los «mártires» pudieron transformar, así, aquella confortable prisión en un foco de agitación, de donde partían sin cesar cartas incendiarias.

En Grenoble, Clermont-Tonnerre dejó que las cosas se envenenasen sin hacer el menor gesto de previsión y de energía. El 7 de junio las bandas reclutadas por los jueces y excitadas por los escritos de Barnave, se esparcieron por las calles, dirigiéndose hacia el hotel del comandante para obligarle a abrir nuevamente el Palacio de Justicia; tropiezan con unos destacamentos de los cuerpos *Royal Marine* y *Austrasie*, e inmediatamente los amotinados se encaraman en los tejados y acribillan a los soldados con ladrillos, piedras y tejas. Una patrulla del *Royal Marine* que se vió cercada, hizo fuego y huyó. El teniente coronel de Boissieu, jefe de *Austrasie*, ordena a su tropa que soporte todo sin contestar. Clermont-Tonnerre hace proclamar que tiene confianza en los sentimientos pacíficos de la multitud, y reduce a veinticinco hombres la guardia de su hotel, que inmediatamente ve invadido y saqueado. El duque queda prisionero, y, bajo la amenaza del hacha, tiene que restablecer el Parlamento, que entra en triunfo, bajo una lluvia de flores, mientras voltean las campanas. El 21 de julio, convocados por los jefes del movimiento, se reúnen ilegalmente en Vizille los Estamentos del Delfinado, cuyas decisiones, redactadas por Mounier, servirán de tema a una parte de la campaña de folletos que hará estragos durante el final de 1788.

Estas ruidosas manifestaciones toman en la lejanía del tiempo aspectos de triunfo. En realidad, la agitación era superficial, limitada a la nobleza de espada y de toga, a la gran burguesía de los negocios, y al populacho de las grandes poblaciones, siempre dispuesto a echarse a la calle por cualquier razón, lo mismo para saquear las tiendas, que para gritar: «¡Viva el Rey!». En el Delfinado mismo, los rebeldes tenían solamente Grenoble, y la masa de la provincia estaba en calma. De 1.014 municipios, sólo 185 estaban representados en Vizille. En Bretaña, el procurador síndico de los Estamentos, que había emprendido un viaje de propaganda para provocar y recoger manifestaciones antiministeriales, fué acogido fríamente en Lannion, en Saint-Brieuc y en Treguier; mal en Morlaix, muy mal en Quimper, de donde tuvo que huir precipitadamente, perseguido y cubierto de basuras. En Rennes, tan pronto fué sustituído Thiard por el mariscal Stainville, volvió la calma como por encanto: se sabía que la tropa estaba autorizada para usar sus armas en lo sucesivo.

El rey no se daba cuenta exacta de lo que estaba ocurriendo. Aturdido por el barullo, hostigado por reclamaciones, per-

seguido por los lamentos de los grandes señores liberales, extraviado por los escritos de los parlamentarios que representaban a la Francia que hervía, engañado por los gobernadores que exageraban las tintas sombrías para hacer cesar una misión ingrata, llegaba a imaginar que tenía contra sí a todos sus súbditos. En su conciencia surgían escrúpulos, y comenzaba a desear una solución bastarda, un acuerdo, un remiendo... A todo esto, Brienne, que trataba de separar al Tercer Estado de la nobleza, tuvo la desdichada idea de lanzar al corro de sus enemigos la cuestión de los Estados generales. Un decreto públicado el 5 de julio anunció su próxima convocatoria, y solicitó de «todas las personas instruídas del reino» que enviasen al Gobierno memorias y proyectos para ilustrarle sobre la mejor forma de elección y de organización de la futura asamblea. Esto era significar a los privilegiados que los próximos Estados pudieran muy bien no parecerse a los antiguos, y, por tanto, quedar sustraídos a su influencia. Era, también, echar leña al fuego y provocar en el país nueva agitación, cuando lo urgente era volverle a la calma y a la tranquilidad.

La invitación fué oída; en tres semanas se publicaron más folletos que los vistos en treinta años, y, bajo este diluvio, el Ministerio acabó por perder la cabeza.

El desorden moral no invitaba a trabajar; los negocios marchaban mal; los impuestos no se cobraban. Brienne, que no había tenido la previsión de constituir un pequeño tesoro de guerra, fué a mendigar un anticipo a la asamblea del clero, que se lo rehusó. Necesario fué suspender pagos: era ya el final.

El 8 de agosto, un decreto suprimía el Tribunal plenario y convocaba los Estados generales para 1.º de mayo de 1789. El 25 dimitía Brienne. El 26 era llamado Necker. El 14 de septiembre se retiraba Lamoignon. El 25 eran restablecidos, en todo su poderío, los Parlamentos, y su retorno era en París la señal de graves desórdenes, que duraron quince días, y que sólo a tiros, y con trabajo, fueron reprimidos.

Se estaba ya en pleno período electoral: la suerte del país iba a jugarse en esta aventura, a la cual se había dejado arrastrar el Gobierno por la única y sencilla razón de no haberse atrevido y de no haber querido gobernar cuando todavía disponía de la fuerza y de los medios necesarios para ello.

CAPITULO V

La anarquía

La Monarquía, que descontaba el triunfo, en gracia a sus brillantes servicios, se entregaba al azar de los Estados generales con toda inocencia, con toda buena fe.

El momento estaba pésimamente elegido. Francia, que acababa de gozar de medio siglo de prosperidad sin nubes, venía desde hacía unos meses sufriendo una crisis económica muy dura, cuyos efectos le parecían tanto más penosos cuanto que se había habituado al bienestar y la holgura.

Muy penetrado de la doctrina del «laisser-faire, laisser-passer», en 1786 el Gobierno había decidido bruscamente cambiar su tradicional política aduanera de protección y prohibición por un régimen muy próximo al librecambio. El tratado de comercio firmado con Inglaterra había reducido a poca cosa los derechos de importación sobre objetos manufacturados, permitiendo así la entrada en Francia de mercancías inglesas en grandes masas y a precios arreglados. Ante esta invasión, nuestra industria osciló; las empresas mejor equipadas, el grupo normando, por ejemplo, resistieron. Las demás cerraron sus puertas y redujeron su producción. Vergennes esperaba que las dificultades obligarían a los fabricantes a modernizar sus máquinas y sus procedimientos, y que un mal pequeño quedaría compensado por un gran bien; pero no se prestaba el tiempo a estas rectificaciones. No se vió otra cosa que los «stocks» sin vender, los obreros sin trabajo vagando por las calles pidiendo pan y maldiciendo de

los ricos. Las primeras asonadas espantaron la clientela y agravaron el paro y la miseria. Para colmo de males, las cosechas de 1787 y 1788 fueron medianas. En 1787 las inundaciones cubrieron los campos, hicieron pudrir las semillas y produjeron en muchos sitios corrimientos de tierras que destruyeron viñedos, prados y árboles. El 13 de julio de 1788, cuando comenzaba la siega, una tormenta espantosa, seguida de una granizada, cayó sobre todo el norte de Francia, de la Champagne a Normandía; según declaraciones del abogado general Séguier, en las que puede haber exageración, la mitad de la cosecha estaba perdida en muchos cantones. A las primeras noticias del desastre, los campesinos ocultaron sus cereales por temor a la escasez, y los mercados se vaciaron; con ello se reforzaron más los rumores siniestros de hambres y acaparamientos.

Sin embargo, la vuelta de Necker había reanimado un poco la confianza, dando al Gobierno medios de ir pasando; pero el ginebrino era completamente incapaz de dominar los acontecimientos; probablemente ni siquiera los comprendía. Hasta entonces, la agitación había seguido el curso ordinario, y Brienne había sido derribado por los mismos medios que los ministros de Luis XV, Machault, Silhouette o Bertin; los mismos pretextos, las mismas escenas, igual vocabulario, la misma tropa. Pero esta vez la victoria de los asaltantes había sido demasiado completa para que pudiesen mantener su equívoca coalición. Unidos contra el Poder real en tanto les pareció temible y capaz de una reacción ofensiva, en cuanto hubo capitulado, se separaron parlamentarios y liberales. Era salirse de los senderos trillados. Ya apenas se hablaba más que incidentalmente del Rey y sus ministros. Iba a nacer una nueva potencia: los Estamentos. ¿Quién sería capaz de dominarla?

Los parlamentarios, reaccionarios y privilegiados, pedían que fuesen convocados según las normas antiguas, que reproducían y realzaban las jerarquías de blasones, de cargos y de fortunas, asegurando la preponderancia de las dos primeras. Igualitarios y discípulos de Rousseau, los liberales querían una verdadera asamblea, sometida a la ley única del número, sin distinción de clase ni de origen. El ideal de los parlamentarios era una monarquía débil, en la que el rey no fuese más que el primero de los nobles, en la que los poderes administrativos pasarían de los intendentes a la aristocracia local, y, sobre todo, en la que nada se hiciese sin la aprobación de los Tribunales de justicia, guardianes e intérpretes de las leyes fundamentales. Los liberales soñaban en una Constitución que hiciese de la Corona una magistratura honorífica; pero que suprimiera también los privilegios individuales, familiares y corporativos, para someter la nación, ya nivelada, al gobierno de las «lumbreras».

Entre los dos programas no cabía término medio, y el conflicto estalló en seguida, con gran sorpresa de los parlamentarios, a quienes con la caída de Brienne y Lamoignon había cegado el entusiasmo. Se creían aún dueños de la situación, cuando sus aliados de la víspera ya los habían abandonado, y, más avanzados ya que ellos, los batían. Aún no se habían apagado las antorchas encendidas en su honor, cuando se oían denunciar como tiranos y enemigos del pueblo. Sin transición, el delirio de las aclamaciones y vítores cedía el paso a las injurias y a las amenazas.

¡Nada más natural! En la carrera tras la popularidad, era natural que quedasen los últimos los parlamentarios. Cuando se trataba de protestar contra el rey y sus servidores, no se habían dejado ganar por nadie; fuera de combate el Rey, les tocaba a ellos el turno de ser atacados, y, a menos de disolverse, ya no les iba a ser posible titularse «patriotas».

Libelos, periódicos, discursos, hojas volantes, se abatieron sobre ellos; es un diluvio de *Observaciones*, de *Cartas*, de *Respuestas*, de *Consideraciones*, de *Manifiestos*, de *Opiniones sencillas*, en las que se denuncian con furia vehemente la avidez, la ignorancia, el egoísmo de estos grandes jueces que, ocho días antes, eran todos Catones y Brutos. Los notables, saludados antes como el Senado de Roma, por haber negado al Gobierno los impuestos necesarios para la buena marcha de los servicios públicos, se veían, también, vilipendiados y maldecidos, porque se pronunciaban en favor del mantenimiento de las leyes antiguas.

Abandonado a sí mismo, Luis XVI, respetuoso por naturaleza de los derechos adquiridos y consagrados por los años,

se hubiera inclinado del lado de la tradición. Necker le inclinó del lado de los liberales, sin conseguir, no obstante, identificarlo con ellos. En el Consejo de 27 de diciembre de 1788, se concedió al Tercer Estado un número de diputados igual al de los otros dos órdenes reunidos; pero no se especificó si el número de votos sería también doble, y si las deliberaciones y votaciones se harían en común.

El 24 de enero, un reglamento trastornaba el procedimiento ordinario de convocación, reemplazándolo por un sistema complicado, en el que todos los partidos encontraban razones para considerarse burlados. Parecía que el Gobierno se complaciese en descontentar a todo el mundo.

En suma, se instauraba el sufragio universal; directo para los privilegiados, en varios grados para el Tercer Estado. Era un criterio defendible, a condición de que se ofreciesen a la multitud de los electores, jefes seguros y consejos sólidos. Pero nada de eso se hizo; se tomaron, por el contrario, todas las precauciones para alejar de ella a todos los hombres que hubieran podido contenerla e ilustrarla. En las ciudades, al llamar a la Asamblea a todas las categorías de habitantes, se restaba toda posibilidad de influencia a los magistrados y a las personas notables. En el clero, los canónigos no tienen más que un voto por cada grupo de diez; los frailes, uno por convento. Las elecciones eclesiásticas se entregan a los curas rurales, descontentos o agriados. De un modo general, se resucita, como base de circunscripción electoral, la división del país en bailías, división arcaica que rompía los cuadros normales de la vida económica y social, perturbaba los hábitos de los ciudadanos y desconcertaba a los administradores.

Más aún. Para sustraer al elector a la influencia de la fortuna, o simplemente a la rutina de las costumbres, se prohibió formar listas de candidatos. Cada uno debía buscar, por sí mismo, al de su predilección. En fin, para coronar esta pirámide de candideces, Barentin, el guardasellos más asombroso que haya presidido elección alguna, invitaba seriamente a los agentes del rey «a no permitirse en modo alguno tratar de orientar la elección de los votantes, ni hacer gestión alguna que tendiese a entorpecer el sufragio».

Aislados, desorientados, sin consignas, sin guías, los electores sentíanse empujados a las urnas como un rebaño; y no contentos con pedir a esta masa inorgánica que designase representantes, se le ordenaba aún que ella misma se formulase su programa y redactase colectivamente sus cuadernos de quejas o de agravios.

¡Era absurdo! Y, sin embargo, se llevó a cabo rápida y fácilmente. Se redactaron los cuadernos, se nombraron los diputados sin dudas ni retrasos como por encanto. Y ello ocurrió porque si el Gobierno se mantuvo quieto, otros hicieron la campaña en su lugar, y con tanta mayor facilidad, cuanto que la multitud no estaba contenida, ni dirigida, y cuanto que las autoridades sociales que hubiesen podido defender su debilidad, habían sido separadas de ella o habían recibido orden de permanecer neutras e imparciales.

El partido liberal tenía ya sus comités locales: logias, academias, salones de lectura, sociedades filosóficas y patrióticas, mantenidas en tensión desde comienzos de 1788, ejercitadas en el manejo de la opinión, y en la agitación callejera, por un año de gritos, de discursos y de manifestaciones. Maravillosos instrumentos de propaganda y de lucha, estas organizaciones estaban todas relacionadas entre sí por una incesante correspondencia y por un intercambio regular de publicaciones y noticias. No hacía falta mucho para federarlas completamente y para dejar a la Francia electoral aprisionada en sus redes. Y esta fué la obra de un Comité central, el Club de los Treinta, que se reunía en casa de Duport, y donde se encontraban los jefes del movimiento *patriota*: La Fayette, Mirabeau, Sieyès, d'Aiguillon, Condorcet, Dupont de Nemours, Freteau, Le Peletier Saint-Fargeau y otros más.

Del Club de los Treinta y de sus filiales salieron aquellos folletos breves, nerviosos, vibrantes, que inflamaron los espíritus, lanzando la odiosidad y el ridículo sobre los partidos del antiguo régimen. Depósito inagotable de oradores, periodistas y políticos, las sociedades redactaron modelos de programas, los difundieron por el campo, prepararon y dirigieron las asambleas electorales, hicieron excluir a sus adversarios, triunfar a sus patrocinados, aceptar su ideario. No faltaba el dinero; dió mucho el duque de Orleáns; quizá vino también del extranjero. Batallones de «jóvenes ciudadanos»

reclutados entre las bajas capas sociales intimidaron a los vacilantes y obligaron al silencio o a la fuga a los «reaccionarios» más atrevidos.

En algunos lugares hubo verdaderas batallas, sangre derramada, muertos. En el mismo París hubo, a fines de abril, una insurrección en el faubourg Saint-Antoine, que tomó súbitamente proporciones alarmantes. Las tropas tuvieron que hacer fuego, y no se hicieron dueñas de la calle sino después de un terrible combate nocturno.

En su conjunto, las elecciones dieron lo que de ellas esperaban las sociedades filosóficas. El enorme montón de manifiestos, de quejas —sólo una mínima parte de ellos se editó regularmente—, da claro testimonio de ello. Los cuadernos correspondientes a los campos, no son casi nunca obra de campesinos. Bien se echa de ver que debieron ser propuestos, redactados o copiados por hombres de leyes. Lo delata el hecho de ser reproducción de los modelos, no sólo en su espíritu, sino en su estilo. A veces, el copista, letrado, los ha embellecido con citas latinas, con invocaciones a la Naturaleza o alabanzas al Ser Supremo en el estilo del *vicario saboyano*. A veces un labrador tenaz y astuto ha hecho agregar a ellos la relación pueril de alguna querella pueblerina. Pero lo mismo en las ciudades que en las aldeas, hay una reivindicación que se acoge con entusiasmo: la eterna protesta contra el impuesto. En todas partes se pide un sistema de contribuciones iguales para todos, determinadas por índices sencillos, que dejen poco margen al fraude y que respeten el secreto de las fortunas. En las asambleas del clero, obispos y curas se habían enzarzado en discusiones violentas; en casi todas habían prevalecido los curas, haciendo adoptar mociones contra el lujo, la negligencia y la avidez de los prelados.

La nobleza, que, en parte, era afecta, desde hacía tiempo, a las ideas liberales, había acogido aquellas conclusiones de las fórmulas «avanzadas», que no constituían amenaza directa para sus intereses: Constitución, tolerancia, supresión de los intendentes, reforma del clero.

Por regla general, las gentes de las sociedades se habían esforzado en dar de lado a las peticiones propiamente aldeanas: supresión de los derechos feudales, división de bienes comunales, reglamentación de pactos eventuales, etc... La cuestión agraria, en efecto, podría producir una escisión en sus tropas, irritando, no sólo a los grandes financieros nobles y privilegiados, sino también a los burgueses propietarios de feudos, o a los perceptores de derechos señoriales.

La Francia agrícola iba a ser representada en el Tercer Estado por abogados y procuradores, por la nobleza y por hombres de salón; y el clero, por curas lectores de la *Enciclopedia*.

A fines de abril comenzaron a llegar a Versalles los mil cien diputados; unos, como a país conquistado, con la sonrisa en los labios, ligeros y desenvueltos; los otros, como extraviados, molestos, y como encogidos. El 2 de mayo tuvo lugar la presentación al Rey; el 4, la procesión del Santísimo Sacramento; el 5, la apertura. Mal empezaba: el Tercer Estado se lamentaba ya de que se le había recibido sin miramientos. Las ceremonias habían sido aburridas y fatigosas. El sermón del obispo de Nancy, violenta diatriba contra la corte, había producido escándalo. La reina, al sentirse blanco de todos los ojos, había tomado su gran aire de majestad y parecía distante y despreciativa.

Se había filosofado tanto durante los últimos meses, que ya nadie recordaba para lo que se iban a reunir. El Gobierno, obligado a realizar un milagro cada mañana para poder satisfacer los vencimientos del día, era probablemente el único que no lo olvidaba. Se trataba de encontrar dinero, y puesto que Parlamentos y Notables no habían querido concederlo, eran los Estamentos los que debían buscarlo. Cambiaban los consejeros, pero se conservaban los mismos acreedores: desagradable verdad que Necker hubo de recordar. Lo hizo sin grandeza, sin gracia y sin buena fe, en un discurso estropajoso, erizado de números, en el que, sólo a medias, se reflejaba la miseria del Tesoro, y en el que sólo se proponían pequeños remedios y pequeñas reformas. Un plan de acción claro, que definiese sin ambigüedad lo que se pretendía conservar y lo que de grado se cedería, que en los pasajes adecuados se elevase con acentos de firmeza y de resolución, hubiera agrupado en torno del trono a todos los espíritus sosegados, hubiera intimidado a los demás, y hubiera determina-

do los límites en que habían de encerrarse los trabajos de los Estamentos.

Pero no dió más sensación que la penosa del malestar y de la incertidumbre. El mago decepcionó; pero su alegato suministró al Tercer Estado el arma que, seguramente, había de producir la sumisión de la corte: el *chantage* sobre el déficit.

Los hombres que habían dirigido la campaña electoral eran demasiado hábiles para no advertir aquella magnífica posibilidad de maniobra. Era sumamente fácil organizar el atraco, y además ofrecía una excelente oportunidad la circunstancia de que el paro creciente obligaba al Ministerio a distribuir en socorros el poco dinero disponible.

¿Qué podía hacer el Rey, cuando no existía un programa regio? ¿Utilizar la fuerza y disolver los Estamentos? Ni hubiese llenado las arcas con ello, ni hubiese tranquilizado a los tenedores de la deuda. Y después de despedidos los Estamentos, ¿a quién reunir? Sería encontrarse de nuevo frente a los antiguos poderes: Parlamentos, Notables, Asamblea del Clero, de los que nada se había logrado sacar. ¿Gobernar sin ellos? ¿Reducirlos a la obediencia? Acababa de intentarlo Brienne y se había estrellado. Su tentativa, iniciada mal y sostenida peor, había acabado de desacreditar las medidas violentas en el ánimo de Luis XVI, demasiado buen discípulo de Fenelon para no sentir profunda y espontánea aversión hacia ellas. Por otra parte, los *Comunes* encontraban aliados en los otros dos órdenes: los grandes señores liberales estaban a su lado cordialmente: los curas rurales les servían con todo su peso. Tras un mes de tanteos, bruscamente, los acontecimientos se precipitaron.

El 10 de junio, el Tercer Estado, cansado ya de pedir en vano el voto por cabeza y la comprobación en común de los poderes, procedió por sí solo a convocar a todos los diputados; el 17, reforzado por algunos curas, se proclamó Asamblea Nacional; el 19 arrastró al clero, que, por pequeña mayoría, decidió unirse a él; el 20, hallando cerrada la sala de sesiones, se reunió en el Juego de Pelota, y juró no disolverse en tanto no se votase una Constitución; el 23 escuchaba un severo discurso del Rey intimando a los brazos a que delibera-

sen separadamente y a que no pusiesen a discusión las prerrogativas históricas de clases o de personas.

Alejado el Rey, la Asamblea se negaba, por boca de Mirabeau, a cumplir sus órdenes, sin que el Rey hiciese nada; el 24, cuarenta y siete gentileshombres, dirigidos por el duque de Orleans, venían a unirse a los revoltosos; el 27 presentaba Necker su dimisión y Luis XVI sancionaba los hechos consumados, ordenando la reunión que cuatro días antes había prohibido.

Embellecidos por la leyenda, engalanados con frases históricas, todos estos acontecimientos han venido a tomar un aire de trágica grandeza, de inexorable fatalidad. En realidad, hubo allí mucha indecisión, mucho desorden. Si Mirabeau, Sieyès, Mounier y Barnave representaban su papel de convencidos y de ambiciosos, sus colegas, menos valerosos y decididos, esperaban todas las mañanas que a la noche los echasen, y tenían preparadas las maletas. De la debilidad del Rey nació su audacia; y entonces perdieron toda mesura y se dejaron llevar harto más lejos de cuantos hubiesen deseado.

Un soberano que no cumple ya su misión; un Ministerio sin principios, sin prestigio, sin energía; una Asamblea insubordinada, perdida en el campo de las ideas, y autorizando con su ejemplo todos los excesos... Todo esto no es más que una cosa: la anarquía.



En este verano de 1789, Francia entera, siguiendo a su Gobierno, se hunde lentamente en la anarquía. No hay día en que no se registre algún desorden grande o pequeño: molinos asaltados, tiendas robadas, convoyes atacados, mercados entrados a saco. Los bienes y aun las vidas están en peligro. Contrabandistas, ladrones, cazadores furtivos, vagos, todo un populacho turbio sale de la sombra para mezclarse al motín, para sostenerlo, para envilecerlo. Durante cuatro días, Rouen está a merced de estas turbas; las fuerzas de policía son impotentes; las tropas regulares repartidas en minúsculos destacamentos, no se sienten con superioridad en ninguna parte y vacilan. Las autoridades, desalentadas por diez años de claudicaciones, se desvanecen. Sólo el fisco, apremiado por las necesidades del Tesoro, trata de sobrenadar, y todos los furores se vuelven contra él. No más impuestos. No más con-

tribuciones. El grito es general; se rompen los libros; se destruyen los papeles; se derriban las barreras de consumos; se queman las oficinas de recaudación; se maltrata a los comisarios y se persigue a los perceptores. En menos de seis semanas, todo el edificio financiero se viene a tierra.

Aún más que en las provincias, se nota la efervescencia en París; en ninguna parte hay tantos parados, tantos hambrientos, tantos miserables como allí. «Alrededor de la capital —cuenta Taine— se forman bandas, como en las comarcas donde la sociedad humana no se ha constituído aún, o donde ha dejado de existir. En las primeras semanas de mayo, hay una, cerca de Villejuif, compuesta de quinientos o seiscientos vagabundos que quieren forzar Bicêtre y que se aproximan a Saint-Cloud. Vienen otras de treinta, de cuarenta, de sesenta leguas, de la Champagne, de Lorena, de todas las regiones azotadas por el pedrisco. Todo esto flota en torno de París, que lo absorbe como una alcantarilla: los desgraciados, junto con los malhechores, unos para encontrar trabajo, otros para mendigar, para merodear bajo el influjo de las malsanas sugestiones del hambre y de los rumores que inundan las calles.» No faltan las excitaciones. En los años últimos, París ha recogido a todos los revolucionarios de Europa; han venido de Brabante, de Holanda, de Ginebra, desterrados políticos, descontentos, inadaptados, residuos de insurrecciones abortadas. Los primeros desórdenes aún atraen más indeseables: iluminados, espías, agentes provocadores. Se les da albergue, se les festeja, se les escucha. Todos los cafés son clubs, y todos los clubs focos de sedición.

En pleno centro, entre el Louvre y los bulevares, los agitadores tienen su sede inviolable: el Palais Royal, propiedad de la casa de Orleans, «centro de la prostitución, del juego, de la ociosidad y de los folletos». Los soportales recién construídos abrigan a todos los ociosos de la capital. Restaurantes, bodegas, garitos, casas de citas, posadas, atraen hacia allí a toda esa población errante que no vive más que para flanear, para el placer, para las fechorías y las aventuras. El auditorio está siempre dispuesto. No faltan los oradores. Al lado o encima de la botillería y de los títeres hay clubs: el *Salón de las Artes*, la *Asamblea militar*, el *Club de los colonos*, el *Club de Valois*, la *Sociedad Olímpica*, sede principal de la francmasonería.

De la mañana a la noche resuena en este reducido espacio el zumbido de seis mil personas. Amenazas, arengas, noticias falsas, libelos, mociones incendiarias, excitaciones al homicidio se esparcen y difunden. «Las pasiones están desencadenadas», dice un testigo. Los energúmenos son dueños del campo. Un día, entre los ociosos hay un agente de policía; reconocido, le agarran, le arrojan a un pilón, le persiguen de puerta en puerta, le muelen a golpes, le acribillan a pedradas, le patean, le vuelven a tirar al agua; durante cinco horas se ensañan con él; al fin se escapa cubierto de heridas, con un ojo fuera de la órbita, sangrando, rugiendo, loco de dolor. Los diputados de la derecha no se atreven ya a presentarse en París. En Versalles mismo, a la puerta del salón de sesiones, los insultan, vejan y maltratan. El 24 de junio, el obispo de Beauvais queda casi sin conocimiento; el 25, el arzobispo de París se salva gracias a la celeridad de sus caballos.

Tan ajeno estaba el Gobierno a la sospecha de esta explosión, creía tan cándidamente en la bondad humana, estaba tan persuadido de que la reunión de Estamentos se deslizaría entre abrazos y cordialidades, que no había tomado ninguna medida de protección. Treinta empleados, cuarenta y ocho comisarios, veinte inspectores, algunos centenares de informadores, mil cien o mil doscientos agentes de vigilancia; esto era toda la policía de París. En cuanto a las tropas, se reducían a la Casa militar, seriamente disminuída por razones de economía. Todavía en 1788 acababan de licenciarse seiscientos guardias. En total, venían a quedar unos doscientos entre gendarmes, caballería ligera y granaderos; tres o cuatrocientos guardias de corps, acuartelados en Vincennes, dos regimientos de guardias franceses y de guardias suizos. Desde principios de junio no se puede confiar ya en los guardias franceses; casi abiertamente funciona allí un club regimental, formado por soldados y clases; se ha perdido la disciplina; aborrecen al coronel; muchos soldados viven con las mujerzuelas del Palais-Royal, donde van todas las noches a beber y alborotar. El 25 y el 26 se producen motines, y algunas

compañías se niegan a prestar servicio. El 30, pasan arrestados al calabozo once de los amotinados y se forma una banda en el Palais-Royal que marcha a la prisión, echa abajo las puertas, liberta a los revoltosos y organiza una fiesta en su honor.

La situación iba haciéndose desesperada. El Gobierno hizo lo que exigía la prudencia, lo que cualquier otro Gobierno hubiera hecho mucho antes: hizo venir nuevas tropas. Pero, tras este simulacro de energía, hizo ineficaz la defensa, dando a las tropas la orden de abstenerse de toda violencia y de no hacer fuego en ningún caso; era como si pretendiera detener la revolución con un maniquí.

Sin embargo, esto había impresionado a la Asamblea. Temiendo siempre no parecer bastante «patriota», bastante avanzada, el 8 de julio, y a propuesta de Mirabeau, dirigió al Rey un mensaje de protesta. El 10 contestó el Rey que no existía amenaza para la Asamblea, y que no tenía más propósito que el de mantener la paz pública.

Por horas iba creciendo el peligro. Los regimientos recién llegados eran objeto de una propaganda sediciosa desenfrenada. Los oficiales, liberales ellos también, hacían la vista gorda. Algunos de los más linajudos, decían sin recato que si se preparaba un acto de fuerza, ellos se abstendrían. El rey se resolvió a recurrir a los hombres que pasaban por capaces de enderezar las cosas y de domar a los facciosos; el 11 fué depuesto Necker, reemplazándole un antiguo ministro, Breteuil, que, como secretario de la Real Casa, había tenido ya en su jurisdicción la policía, la corte y París.

No era mala elección; Breteuil era clarividente y resuelto; él había sido quien, en 1787, había cerrado las sociedades y los salones de lectura. Si se pretendía intentar una operación de esta índole, era bastante acertada la elección.

En cambio, constituía una falta el haber escalonado la llegada de refuerzos en una decena de días, porque se perdía el efecto de sorpresa y se dejaba a los batallones llegados primero expuestos sin defensa al contagio revolucionario.

Hubiera convenido, además de llamar a Breteuil, conservar a Necker. Seguramente no estaba este hombre a la altura de las circunstancias, y era grave su responsabilidad; pero inspiraba confianza a los financieros y al ahorro. Los dos o trescientos mil rentistas de París creían ciegamente en su genio y estaban persuadidos de que su alejamiento equivalía a la bancarrota; sin Necker no había cupones, y esto representaba la miseria para muchos, y las privaciones para otros. Los especuladores y los banqueros eran de la misma opinión. Todos los agiotistas habían adoptado posiciones optimistas: éxito de la Asamblea, reforma financiera, alza de fondos del Estado. La separación de Necker equivalía a la baja, la liquidación desastrosa, la quiebra. La disolución de los clubs y la depuración de la ciudad hubieran sido acogidas con un suspiro de alivio por los comerciantes y propietarios, que, desde hacía quince días, estaban reclamando la organización de una guardia ciudadana para la defensa del orden y de la propiedad. La marcha de Necker transformó a estos conservadores en amotinados.

Los agentes de cambio, reunidos apresuradamente, resolvieron no abrir la Bolsa al día siguiente, y enviaron un delegado a Versalles para establecer enlace con la Asamblea. Los banqueros se echaron a la calle con sus familias y su personal y pusieron a disposición de los revolucionarios armas, dinero, locales y provisiones; dos de entre ellos, Delessert y Prevoteau, adelantaron durante más de un mes las sumas necesarias para sostener un batallón.

El 12, a mediodía, París está sumido en la más espantosa confusión. Una tempestad de rugidos, de toques de rebato, de falsas noticias, lleva de un lado a otro a una multitud enloquecida, en la que se mezclan los rentistas, temerosos de perder su dinero con los licenciados de presidio que esperan la ocasión de desvalijarlos. Por un lado, pasean en triunfo los bustos de Necker y del duque de Orleans; en otro, hay saqueos, asesinatos, borracheras. Los dragones del príncipe de Lambesc, formados en la plaza de Luis XV, en la entrada de las Tullerías, se ven agredidos con ladrillos, piedras y cascos de botella; el príncipe despeja el terreno en unas galopadas, y, con arreglo a las instrucciones recibidas, rompe el contacto y se retira a la orilla izquierda. Los guardias franceses salen de sus cuarteles y disparan sobre las patrullas leales.

La noche del 12 al 13 y la jornada del 13 son siniestras.

Parecería presenciarse la descomposición total de la sociedad. Los burgueses se atrincheran en sus casas, y la calle queda entregada al populacho más vil y repugnante. Los electores de segundo grado, reunidos apresuradamente en el Ayuntamiento y aterrorizados por los acontecimientos, tratan de organizar una milicia urbana, en la que se alistan los ciudadanos más significados, y en cabeza los gentileshombres. Pero los bandoleros, que acaban de saquear el cuartel de la policía, se arman también, y más rápidamente; invaden la prisión de la Force y ponen en libertad a los detenidos, que van a engrosar la marea de fango.

Dondequiera que haya fusiles y picas, allá se presentan las bandas. En la mañana del 14 se lanzan sobre los Inválidos. Una hora después refluyen sobre la Bastilla. El gobernador, de Launay, hubiera podido defenderse sin gran esfuerzo con su corta guarnición de suizos y de inválidos; pero le impedía hacerlo su bagaje filosófico. Parlamenta, retira sus cañones, obstruye las aspilleras, hace que un emisario del Ayuntamiento visite la vieja fortaleza, e invita a su mesa a dos delegados de los asaltantes.

Esta cortesía de hombre de mundo no impide que una masa enfurecida, reforzada por unos miles de curiosos, se amontone al pie de los muros disparando sin cesar e intentando dar fuego a una de las torres. Al fin, dos hombres, provistos de hachas, consiguen romper las cadenas del puente levadizo, que se abate con estrépito; invadido el primer patio, saqueados los primeros locales, apuntan cuatro cañones a la segunda puerta, y entonces la guarnición se amedrenta; por instinto, dispara, pierde después la cabeza, y sintiéndose huérfana de mando, obliga a Launay a capitular. Un subalterno, que mandaba a los guardias sediciosos, promete por su honor de soldado que no se hará daño a nadie; a despecho de lo cual Launay cae asesinado, y su cadáver va a parar a un arroyo. Un pinche de cocina «que sabía trabajar la carne», corta su cabeza, que pone sobre una pica, y seguido de una jauría salvaje, la pasea hasta la noche. Después matan al mayor, al ayudante y a un teniente; a dos de los inválidos los ahorcan; a otro le cortan una mano. La multitud, ebria de sangre ya, va hacia el Ayuntamiento; el preboste de los mercaderes, Flasselles, sale muy pálido a su encuentro, y apenas da tres pasos, cae también asesinado y no tardan en destrozar su cuerpo.

Entretanto, las turbas exploraban la Bastilla, donde se hallaron siete presos: cuatro falsificadores, un joven pervertido, encerrado a petición de su familia, y dos locos. Los falsificadores se largaron sin pedir explicaciones. El discípulo del marqués de Sade fué recibido con gran pompa por las sociedades, en las que pronunció discursos enternecedores sobre la tiranía y el despotismo. A los dos locos, aclamados al principio con el mismo entusiasmo, hubo que encerrarlos al día siguiente en Charenton.

La noticia de la insurrección llegó a Versalles por la noche. Conservaba la Asamblea bastante lucidez para darse cuenta de los horrores subsiguientes a la toma de la fortaleza, no sólo justificaban los temores del rey, sino que, además, proporcionaban a Breteuil mil razones excelentes para organizar una implacable represión, a la cual el Parlamento daría, con gusto, formas legales. Por ello, los jefes de la izquierda se esforzaron, sin demora, en transformar en actos heroicos los crímenes de que eran instigadores sus protegidos. La leyenda de la Bastilla nació cuatro horas después del suceso. El 15, los rentistas parisienses, que despertaron avergonzados e intranquilos por haber dejado libre campo a los asesinos, supieron después que no había habido nunca tales asesinos, que el pueblo entero se había levantado en defensa de la Libertad, y que las muertes de Launay y de Flasselles eran sublimes manifestaciones de su justicia soberana.

Eran superfluas estas precauciones. El Rey reaccionó al saber la toma de la Bastilla del mismo modo que Lambesc bajo los cascos de botella y los ladrillos: cedió en cuanto se quiso. Despedida de Breteuil, llamada de Necker, retirada de las tropas, reconocimiento de la Municipalidad ilegal, visita solemne al Ayuntamiento, arenga insolente del alcalde Bailly, cambio de la escarapela blanca por la escarapela tricolor: nada le detuvo.

Para el régimen, la toma de la Bastilla fué un golpe sensible: era la revelación de su flaqueza. Si hubiese conservado su carácter sedicioso, no hubiese significado más que una mo-

mentánea impotencia policíaca, sin que nada esencial quedase irremediablemente comprometido. Pero exaltada por los foliculários, ensalzada por la Asamblea, aprobada por la corte y legitimada por Luis XVI, se convertía en un signo de la abdicación regia, en una prueba de que la Monarquía renunciaba a sus principios peculiares. Imagínese la perturbación que produjo en los ánimos populares el súbito derrumbamiento de aquello que, desde hacía siglos, era en la tierra el supremo recurso contra la maldad de los hombres y contra la hostilidad de las cosas. El Rey seguía siendo para la masa el padre a cuyo lado se encuentra protección y amparo. Hacia él se dirigían siempre las miradas; se apelaba a su bondad contra las exacciones, contra los ministros injustos, contra los impuestos «¡Ah, si el Rey lo supiese!», había sido el grito de los pobres durante centenas de años. Y he aquí que el rey se humilla, reconoce la soberanía del motín, la santidad de la insurrección; y al pueblo de Francia empieza a asediarle una angustia, un terror vago, que se insinúa en los corazones y que oscurece los espíritus.

El porvenir es amenazador. En el umbral de lo desconocido, ¡cuántos motivos de temor apremiantes e inmediatos se apiñan! Ahora Francia se desliza hacia el abismo a encontronazos. Ya no hay jueces, ya no hay leyes, ya no hay ejército. Ya no se sabe quién manda, ni quién obedece: todos los poderes yacen por tierra. El 22 de julio, el intendente de París, Bertier de Sauvigny, uno de los grandes administradores del siglo, es detenido en Compiegne, abrumado de ultrajes, conducido a París, atacado por el populacho y degollado. Un soldado le abre el pecho y le arranca el corazón; otro le corta la cabeza y la pasea sobre un palo. Al consejero de Estado, Foulon, suegro de Bertier, anciano de setenta y cuatro años, le cogen cerca de Fontainebleau; con un collar de cardos al cuello y un puñado de heno en la boca, le arrastran a la cárcel; pero en el camino le ahorcan de un farol. Al día siguiente, el teniente de policía Crosne tiene que huir para no correr la misma suerte. En provincias, gobernadores, intendentes, jueces, comandantes militares, empleados de administración, de policía y de hacienda, se ocultan o huyen. Raros son los que escapan a las amenazas y a la violencia.

Para reemplazarlos, se crean desordenadamente municipalidades y guardias nacionales; mas estas nuevas autoridades oscilan a todos los soplos populares. El alcalde de París, Bailly, parece ignorado de su Concejo, que no se ocupa de su persona ni de sus opiniones; el Concejo mismo no logra, tampoco, imponerse a los sesenta comités de distrito, que pretenden gobernar sus barrios como si no existiesen Rey, ni Asamblea, ni tribunales, ni municipio. Terrible situación, porque mientras todos estos poderes, batidos en brecha desde su nacimiento, se oponen unos a otros, la multitud obrera y campesina, que siente por todas partes la cobardía o la decrepitud, se inquieta, se exaspera, dispuesta a todas las locuras.

Que hubiese aparecido entonces un grupo de hombres que tuviesen un solo corazón, un solo espíritu, una sola doctrina, y por el simple hecho de ser «uno» en la multitud, «organizados» en el desorden, «decididos» en la indecisión, su potencia hubiera sido, si no ilimitada, desproporcionada al menos con la exigüidad de sus efectivos y de sus medios.

Este grupo existe: es el reducido público de los clubs. Reciben informaciones periódicas de los diputados que han hecho elegir. Impresas, divulgadas, comentadas, esparcidas por todos los medios, orientan a la opinión, le revelan las intenciones, verdaderas o falsas, de la corte; los peligros, verdaderos o falsos, que amenazan a la Libertad; las medidas, verdaderas o falsas, que la capital ha tomado ya y que se imponen a las provincias, si quieren mostrarse sus iguales en patriotismo.

Unos conciliábulos en casa del duque de Orleans, o en el Club Bretón, y pronto queda transmitida hasta los confines de Francia una misma impulsión. En el espantoso desorden que sigue a la toma de la Bastilla, y que se llama el Gran Miedo, hubo pronto una simultaneidad y una identidad de alarmas, de pánicos y de actos diversos que no pueden explicarse sino por esta centralización del espíritu público. Agustín Cochin, al poner de relieve este caso, ha hecho dar un paso decisivo a la historia de la Revolución.

Bruscamente, pues, hacia el 25 de julio, de todas partes llega una misma noticia: de Normandía, del Delfinado, de Alsacia, de Auvernia, de todos lados: la de que llegan ban-

didos armados saqueando todo, incendiando las casas, dando fuego a las cosechas. Se los ha visto; sus grupos están cerca, nubes de polvo los anuncian. Suenan los toques de rebato; parten correos a galope para prevenir a las aldeas vecinas; quedan vacíos los caseríos aislados, huyen las mujeres y los niños; los hombres se arman apresuradamente. Los comandantes militares entregan decenas de millares de fusiles, municiones, equipos, hasta cañones. ¡Desgraciado del que se negase a ello! Y después de unas noches de alarma y patrullas, resulta que la llanura está desierta, y las carreteras silenciosas... Pero la Revolución está ya provista de armas.

¿Acaso no tiene enemigos más crueles y más pérfidos que los evaporados bandidos? Ahí están los fautores del paro y de la escasez, aquellos sobre quienes las cartas llegadas de París cargan todos los crímenes, todos los complots, todas las traiciones: los aristócratas, los ricos, los nobles. Y en toda Francia se produce una formidable sublevación campesina. Taine cree poder afirmar que fué particularmente espantosa en las provincias del Este, de Flandes a Provenza. En realidad, pocos cantones quedaron indemnes; por todas partes se cuentan abadías saqueadas, casas destruídas, propiedades arrasadas. Los campesinos sublevados creen atacar sólo los privilegios feudales, cuyos títulos destruyen. Pero, con los pergaminos, queman los armarios, el castillo, y, a veces, al castellano. A los labradores y jornaleros se unen para dirigirlos malhechores y presidiarios. Robos, torturas, incendios, asesinatos: es un huracán de crímenes que pasa sobre toda Francia...

Durante este tiempo, la Asamblea discutía la Constitución. Tranquilizada por el apóstrofe de Barnave: «¿Es que esa sangre era tan pura?», la mayoría había tomado bastante a la ligera los asesinatos de Foulon y Bertier. Advertida de los excesos que se cometían a diario en las provincias, era, a pesar de ello, enemiga de una represión que la hubiera separado de sus aliados populares y que la privaría del apoyo de los motines callejeros, indispensable contra la corte. En estas condiciones, no quedaba más camino que abandonarse, y se entró por él a todo andar. El 4 de agosto, a propuesta de un diputado sin fortuna, el vizconde de Noailles, y de un gran señor filósofo, el duque d'Aiguillon, la Asamblea resolvió suprimir todos los privilegios de colectividades y personas. En una especie de delirio sentimental, cortado por aclamaciones y lágrimas, se adoptó la supresión de los derechos feudales, de los vedados, diezmos, inmunidades provinciales y municipales, todo revuelto. Se abrazaban, lloraban, sacrificaban sus derechos y los del vecino, y ya no sabían ni lo que se decía, ni lo que se hacía. Al amanecer proclamaron a Luis XVI «restaurador de la libertad francesa», y se dejó para la sesión siguiente la transformación en decretos de aquella fiebre nocturna.

No era cosa fácil. De aquellos derechos feudales sacrificados alegremente, unos eran personales y como la marca de una condición de inferioridad; era ventajoso el suprimirlos. Pero otros eran reales, incorporados a las tierras, constituyendo una verdadera propiedad, y como tal habían sido objeto de numerosas transacciones: arriendos, ventas, particiones, préstamos hipotecarios, que no podían ser anulados de un plumazo, sin notoria injusticia. Por otra parte, en muchos sitios era el recurso principal de la pequeña nobleza rural, que sería difícil reducir, a sangre fría, a la miseria. La única solución aceptable era el rescate, y fué necesario plegarse a ella.

En cuanto a los diezmos, que eran, también, negociables y susceptibles de venta, se mantuvo la supresión, sin embargo. Pero con ellos desaparecieron las rentas de que vivían los antiguos colegios, las becas centenarias, las remuneraciones de cátedras y profesores.

La misma hecatombe vino a recaer sobre el Tercer Estado. Los privilegios ofrecidos con tanto entusiasmo eran bienes muy preciados: asambleas, jurisdicciones, abonos de impuestos, garantías contra el fisco, la aduana y el servicio militar, franquicias económicas que significaban buenos y hermosos escudos: para Burdeos, el monopolio de la salida de vinos de Aquitania; para Marsella, el casi monopolio del comercio de Levante.

Aun rectificados, los decretos de agosto quebrantaban al país hasta en sus cimientos, y era evidente que sus efectos habían de generalizarse, que las atenuaciones no serían respe-

tadas y que las indemnizaciones no habían de pagarse jamás. Todas las condiciones de la vida social y de la vida económica se habían subvertido; semejante trastorno llevaba aparejadas ruinas. Aun los que más recibían, se veían perjudicados en alguna otra forma. Probablemente no había un francés que no perdiera algo.

Algunos, sin duda, habían meditado sobre ello, y no es imposible que sus votos fueran secretamente inspirados, más que por el temor, por la esperanza de que una perturbación tan grande provocase una reacción extensa, cuya dirección pudieran tomar, en nombre de la ley y de la propiedad, los Parlamentos, entonces silenciosos, pero siempre alerta. Lo cierto es que los Parlamentos no se movieron; pero el partido revolucionario se escindió en dos. La grieta, visible el 5 de agosto, fué ensanchándose en las semanas siguientes, cuando se pusieron a discusión los principales artículos constitucionales.

Los moderados, con Malouet, Bergasse y Mounier, estimaban que para detener la disgregación del país era preciso restituir al Poder ejecutivo y al Poder judicial la fuerza necesaria para reprimir los atentados. Por lo que a la Constitución se refiere, los diputados, ateniéndose a sus cuadernos, no podían poner a discusión el régimen existente de hecho y de derecho, sino únicamente mejorarlo. Por tanto, nada de una *Declaración de derechos,* inoportuna y hasta peligrosa si no está respaldada por una *Declaración de deberes*; un Gobierno equilibrado, en el que la autoridad esté compartida por el rey; una Alta Cámara, hereditaria o vitalicia, y una Cámara Baja, elegida por los ciudadanos acomodados; las leyes, hechas de acuerdo entre los tres poderes, con la facultad por parte del rey de negar su sanción.

Para la izquierda, por el contrario, la revolución no puede ser detenida ni cohibida. Por lamentables que fuesen los desórdenes, no lesionaban más que a los beneficiarios del antiguo régimen. Su persecución, necesariamente confiada a los agentes del rey, hubiera puesto en peligro a la revolución misma. La Asamblea es soberana; no puede considerarse ligada por las instrucciones de sus electores. Si quiere reconstruir racionalmente al país, es necesario que comience por afirmar la

existencia de derechos naturales imprescriptibles. Nada de Alta Cámara, refugio de aristócratas. Nada de veto regio; o, a lo sumo, un veto temporal.

Entre los partidos, y bajo los auspicios de La Fayette, se entablaron unas negociaciones que no tuvieron éxito. A fines de agosto estaba consumada la ruptura. Era ya fácil prever que, para acabar con los recalcitrantes, los patriotas iban a recurrir a su instrumento usual: un motín, cuyo objeto sería esta vez poner bajo el látigo del populacho, no solamente al Rey, sino a la Asamblea misma. Los clubs, que durante las negociaciones se habían mantenido quietos, entraron bruscamente en efervescencia y tomaron sus disposiciones para obligar al Gobierno a trasladarse de Versalles a París. El 30 de agosto estalló una insurrección, que fué como un ensayo general de las jornadas del 5 y 6 de octubre. Fracasó, por falta de preparación suficiente; la guardia nacional, mal trabajada, permaneció fiel a su deber y dispersó a los manifestantes. Pero la trama de los acontecimientos próximos quedaba ya al descubierto.

Los diputados moderados lo comprendieron, y pidieron al rey trasladase la Asamblea a veinte leguas de París, a Soissons o a Compiegne, donde estaría a cubierto de las asechanzas del Palais-Royal. Luis XVI, que no conocía el miedo, se negó; esta retirada le parecía indigna de él. Había diferido la ratificación de los decretos de agosto y veía con pesar las brechas que las nuevas leyes abrirían en su soberanía; pero no se resignaba a defenderla por los medios adecuados: «Había, por desdicha, en torno del rey y de la reina —dice Malouet— un continuo rumor de consejos, violentos en la idea, pero sin cohesión alguna y sin posibilidad de ejecución. Era esto lo bastante para exasperar a los patriotas y para inducirlos a los peores extremos; pero muy poco para intimidarles. El desdén con que se hablaba en la corte del partido popular tenía convencidos a los príncipes de que no había más que calarse al «chapeo» para dispersarlo; pero llegado el momento, ni siquiera sabían encasquetárselo.»

Como en julio, imaginó Luis XVI que bastaría, para contener el motín, emplear la intimidación y las paradas militares, y se dieron a buscar otro coco; a mediados de septiem-

bre se enviaron órdenes de marcha al regimiento de Flandes, de guarnición en Douai, y el 23 entraba en Versalles a tambor batiente.

Para neutralizar la propaganda revolucionaria, la corte le cercó solícitamente, multiplicando con oficiales y soldados esas amabilidades y esas pequeñas atenciones que tan dulcemente halagaban el amor propio. Según costumbre, los otros cuerpos de guarnición en Versalles ofrecieron comidas de bienvenida a los nuevos camaradas; la más brillante y más alegre fué la de los guardias de corps, el viernes 2 de octubre. La recepción comenzó a media tarde, y pronto estuvo tan animada y ruidosa, que el rey y la reina tuvieron la curiosidad de ir a ver lo que ocurría; su llegada imprevista fué saludada con entusiastas vivas y con brindis abundantes, y cuando se retiraron, toda la juventud los acompañó hasta palacio, llenando con sus vítores el patio de mármol.

No se había bebido a la salud de la nación. Algunos exaltados, después de salir el rey, habían gritado: «¡Abajo la Asamblea!». Pero ni se pisotearon las escarapelas tricolores, ni se repartieron escarapelas blancas. Tal como fué, el banquete se asemejó «a todas las fiestas oficiales, en las que los convidados cantan, gritan, lloran o se abrazan, y tropiezan un poco al irse a la cama».

Pero los oradores y periodistas en acecho de pretextos para suscitar la indignación en París, se arreglaron para presentar esta comida, pasablemente húmeda, como una orgía y una provocación. Al mismo tiempo, si ha de creerse a Bailly, algunos oportunos saqueos paralizaron el abastecimiento, ya de por sí laborioso, de la capital: de tal modo que, a la voz de los demagogos, el pueblo vió surgir a la vez los espectros del hambre y de la reacción.

El duque de Orleans, desdichado enredador, víctima de su séquito de alborotadores, abrió otra vez sus arcas; y corrió de nuevo el dinero. El 5 de octubre por la mañana, tras dos días de efervescencia creciente, se desató el motín, dirigido con arreglo a un plan riguroso, que poco a poco se fué dando a luz. En un principio, es un alboroto de mujeres hambrientas, que van a Versalles para pedir pan a su buen rey. ¿Hay algo más inocente? Marchan cinco o seis mil, vendedoras de pescado, vendedoras de los mercados, mujeres públicas, y —mezclados con ellas, de faldas y pintados— algunos hombres.

Segunda columna: la guardia nacional, empujando a su cabeza al general La Fayette, radiante y pasmado, sin saber lo que hacía allí, ni lo que iba a pasar, pero muy decidido a ser, pase lo que pase, aclamado y llevado en triunfo.

Por último, en la retaguardia: un tropel de gentes de saco y cuerda, recogidos de todas las zahurdas y del arroyo.

Llovía a torrentes. En Versalles, en la corte, todo era tranquilidad. El rey, que acababa de rechazar la Declaración de los derechos, cazaba en el bosque de Verrières. La reina, después de almorzar, aprovechando una clara, marchó a su jardín del Trianón. Hasta las tres y media no pudo el rey reunir Consejo. El sucesor de Breteuil, el conde de Saint-Priest, parece haber sido el único que tuvo una clara percepción del peligro; en todo caso, fué el único que propuso un plan en relación con la gravedad de las circunstancias, enviar a Rambouillet a la Reina y a la Familia Real, y en caso preciso, la corte y el Gobierno; ocupar inmediatamente y a toda costa los puentes de Neully, de Saint-Cloud y de Sèvres (éste era de madera y fácil de cortar); formar con los guardias de corps y doscientos cazadores una columna de caballería, cuyo mando tomaría el Rey, para cargar sobre las bandas en marcha. A la puerta de la cámara, M. de Narbonne-Fitzlar se ofrecía para mandar él mismo hacer fuego, si nadie quería encargarse de ello.

Necker repuso que no existía peligro apremiante, que las medidas de Saint-Priest llevaban derechamente a la guerra civil, y que el único partido razonable era esperar y dejar venir las cosas. El Rey no quería sangre. Por toda precaución se cerraron las verjas y se desplegaron en línea ante el palacio el regimiento de Flandes y los guardias, pero sin cartuchos. «Con pesar me detengo —escribe el mismo Malouet— en las faltas de este infortunado príncipe, que por la bondad de su corazón merecía mejor suerte; cualquier capitán de granaderos hubiera salvado al Estado, y a él, si le hubiese dejado actuar.»

Entretanto, comenzaban a llegar las mujeres, chorreando agua, embarradas hasta la cintura, chapoteando y vociferando.

Unas invaden la Asamblea, y, quitándose los refajos para hacerlos secar, se instalan en los bancos, mezclándose con los diputados, a los que empujan, abrazan e injurian, alternativamente. «Hubo allí —dice un testigo— escenas poco decentes.»

Otras marchan a palacio; intimidadas por un momento, se acercan luego a los soldados e intentan atravesar las líneas. Hasta la noche permanecen allí gritando, cantando, ofreciéndose, amenazando a los oficiales, halagando a los soldados, dislocando las formaciones, distribuyendo dinero y promesas. Las rameras alistadas en París hacen su trabajo tanto más perfecto, cuanto que están ebrias. «Vamos a tener una mañana de placer», dicen los soldados. A las ocho, para evitar una desbandada, se adopta el partido de retirar la mayor parte del servicio, y entre las niebla vuelven las tropas a sus cuarteles, saludadas al pasar por algún que otro disparo. Este es el fin de la resistencia.

Importunado por los diputados, el Rey da su consentimiento a la Declaración de los derechos y a los artículos constitucionales ya votados. Mounier va triunfal y apresuradamente a comunicarlo a la Asamblea y a la multitud, que comienza a dispersarse. A media noche empieza a entrar en la ciudad, lluviosa y obscura, el ejército de París, que llega agotado. La Fayette se presenta en el palacio haciendo protestas de lealtad, jurando que él responde de sus batallones, del orden y de todo. El Rey, tranquilizado, o fingiendo estarlo, accede a sus demandas: los guardias de corps entregan a la guardia nacional los puestos exteriores del palacio, la Corte se retira, se apagan las luces, y el mismo La Fayette, después de hacer una última ronda, se va a descansar. Al amanecer todo estaba en silencio.

Era, sin embargo, el momento peligroso. La noche había sido tranquila porque, después de su primera victoria, los amotinados se habían dejado caer, medio muertos de fatiga; pero desde la salida del sol, unos redobles de tambor vuelven a convocarlos, más amenazadores que nunca. Hallan las entradas de palacio abiertas, abandonadas, y, en un momento, invaden los patios, fuerzan las puertas, llegan a los aposentos de la Reina, que tiene el tiempo justo para refugiarse en los del Rey. Algunos guardias de corps resultan heridos; a otros los degüellan, y sus cadáveres destrozados van arrastrados por el fango, donde las mujeres los pisotean; con su sangre, algunos hombres se embadurnan la cara y los brazos. Se oye gritar: «¡Queremos el corazón de la Reina!» «¡Queremos cortarle la cabeza, arrancarle el corazón, freír sus hígados y hacer cintas con sus tripas, y así se acabará esto!» Tal es el tumulto, que al fin llegan destacamentos de la guardia nacional salidos a paso de carga de sus alojamientos de la ciudad; no sin trabajo despejan los salones devastados. La Fayette despierta y reaparece, forma a sus tropas y restablecen un simulacro de disciplina. El Rey y la Reina se asoman al balcón solos, y luego con sus hijos; los aclaman, pero de la multitud inestable, conmovida y dispuesta a dejarse llevar, surge este grito, razón única de toda la insurrección: «¡A París el Rey!»

No hay resistencia posible. El Rey está en manos de la guardia nacional, que está de corazón con los clubs: «¡A París el Rey!» Para evitar males más graves, es preciso ceder.

Un cortejo espantoso y siniestro se pone en marcha. Primero, a guisa de trofeo, las ensangrentadas cabezas de los guardias; después, un tumulto de mujeres, de malhechores, de soldados, borrachos, desarrapados, rugientes, diciendo las frases más obscenas, haciendo los gestos más inmundos; unos carros de harina, aparecidos como de milagro; más soldados en desorden disparando sus armas al azar; y, en fin, «rodando entre la obscuridad polvorienta de una selva de picas y de bayonetas», la carroza real, custodiada por algunos destacamentos leales, y acompañada por un inmenso clamor, en el que dominan los gritos de «¡Viva la Nación!»

Siete horas se emplearon para llegar a París; aquello era un loco frenesí: iluminaciones, salvas, la población toda en las calles... Con dificultad podían abrirse paso los carruajes a través de aquel hervidero de gente. Hubo parada, recepción y discursos en el Ayuntamiento. Por fin, a las nueve y media se instalaba la Familia Real en las Tullerías, desamuebladas, apresurándose los criados a atrancar las puertas.

Unos días después, la Asamblea salía, a su vez, de Versalles para París.

Los clubs tenían ya sus rehenes.

CAPITULO VI

Los asignados

Cuando en la mañana del 7 los nuevos huéspedes de las Tullerías comenzaron a buscarse unos o otros en las habitaciones desmanteladas y obscuras donde en adelante iban a tener que vivir, ya había invadido los patios y las entradas una multitud alborotada y curiosa. Esta primera jornada se pasó en reconocimientos en las habitaciones y en conversaciones con la plebe. Mientras que los servidores desembalaban a toda prisa el mobiliario traído de Versalles, el Rey y la Reina recibían delegaciones, salían a las ventanas, arengaban a la multitud, escuchaban sus quejas, respondían a sus reproches. En los días siguientes hubo recepción de corporaciones, revista de la Guardia nacional, paseos en el jardín público. Parecía que las escenas de Versalles fuesen un mal sueño desvanecido. La belleza de la Reina, su majestad, su valor, la sonrisa y la gracia de su hijo, la llaneza y la bondad del Rey, todo esto cambiaba el ánimo de las gentes. Muy a gusto siempre entre los humildes, Luis XVI tenía frases felices, que corrían de boca en boca. Entre París y los Soberanos se reanudaban las cordiales relaciones de antaño. «Estoy bien, esté usted tranquilo —escribía María Antonieta a Mercy-Argenteau—: Olvidando dónde estamos y cómo hemos venido a parar aquí, debemos estar contentos del espíritu del pueblo, sobre todo esta mañana; espero que, si no falta el pan, se arreglarán muchas cosas.»

Como después del 14 de julio, la consigna era ahora afirmar que no había habido atentados ni violencias. El Consejo general de la Municipalidad aseguraba a las provincias que «sólo el amor plenamente libre de Su Majestad había procurado a su capital la dicha de tenerle en su seno». En una proclama, lo encarecía más Luis XVI. Informado de antemano de la llegada de los parisienses, le hubiera sido fácil —le hicieron decir— trasladarse a lugar distinto, «pero había preferido venir confiadamente a su capital, donde ha recibido los testimonios más respetuosos del amor y de la fidelidad de sus habitantes».

Algunas medidas de policía y una efímera reanudación de los negocios, cambiaban la apariencia de las cosas en la ciudad. Se pasaba, sin transición, del pánico a la confianza. El duque de Orleáns, comprometido en los sucesos del 5 y 6, consideró prudente aceptar una misión diplomática en Inglaterra y se alejó de París.

En la sociedad aristocrática, el invierno fué muy alegre. «Hemos tenido fiestas encantadoras», escribe uno de ellos, que había de acabar en la guillotina. Se olvidaban de todo entre recepciones y bailes. Se vengan de los asesinatos con epigramas, y la tragedia es un pretexto para canciones y frivolidades. «He observado —dirá más tarde Pauline de Touzel— que en las épocas de revolución hay siempre momentos de calma después de las grandes tormentas, y que esto es lo que engaña a los que se ven en medio de estas crisis. Si se desarrollasen sin discontinuidad, se erguiría la gente para resistir y quizá acabase por triunfar. Pero como la corriente se sosiega cuando ha derribado los primeros diques, se dejan ir con la esperanza de que todo ha terminado, y por temor de turbar esa calma relativa, de la que se goza deliciosamente, se dejan de tomar las necesarias precauciones.»

Tenía razón Pauline de Touzel; le era fácil, porque escribía mucho después de 1789. Sin embargo, no faltaron hombres que viesen claro en el momento mismo. Ciento veinte diputados del centro presentaron su dimisión, considerándose inseguros; a la cabeza de ellos, Mounier, el que había redactado el programa de Vizille. Y se jactaba de haber conservado en su provincia una influencia sin límites. Pero cuando intentó alzarla contra la dictadura de París, no halló eco. La opinión había avanzado, mientras él seguía inmóvil en su puesto; era un reaccionario, casi un sospechoso. Los hombres se gastan muy pronto al servicio de la revolución. En ocho meses devoró aquélla dos equipos —pudiera decirse que dos generaciones—: los parlamentarios, que habían provocado la reunión de Estamentos, y los moderados, que, durante cinco meses, los habían dirigido. Los Parlamentos se habían imaginado que iban a tener el derecho a registrar los edictos de la Asamblea, como hacían con los edictos regios. Pronto supieron, a su costa, que la soberanía popular es mucho menos paciente que la soberanía personal: en cuanto se movieron, fueron suspendidos en su función, como anuncio de que pronto se los suprimiría radicalmente. A los moderados, desprovistos de eficacia, de fuerza, de crédito, no les quedaba tampoco más que hacer que marcharse derramando algunas lágrimas.

Estas eliminaciones sucesivas de los más contemporizadores por los más violentos, son la ley propia de la Revolución hasta el 9 de termidor.

Si se prescinde de la leyenda, la fraseología y el romanticismo con que ordinariamente se relatan estos acontecimientos, es fácil observar que todo el mecanismo del período revolucionario ha consistido en dejar a los partidos avanzados tomar las riendas y al motín dirigir la política.

Las Constituyentes apelaron a las facciones turbulentas de la capital contra la corte y contra los privilegiados. Deplorando, en el fondo, los excesos cometidos desde el 13 de julio, cerraron los ojos, porque querían tener en reserva las fuerzas de los clubs y de los arrabales. Y, después, quedan prisioneros de su alianza, prisioneros de la fórmula «no tenemos enemigos a la izquierda», que habían aplicado tácita pero dócilmente.

Después de los parlamentarios y de los moderados, llegará el turno a los fuldenses, a los girondinos, a los dantonistas: todos van a pasar por el mismo trance, hasta el día en que la Revolución, frente a dificultades insuperables, se mate a sí misma al matar a Robespierre.

Todas estas depuraciones se hicieron del mismo modo. El

procedimiento consistía en tener en la mano el Ayuntamiento de París, y por él, por las secciones, por los clubs y por la Prensa, mantener en los barrios exaltados una agitación continua, que, llegado el momento, se lanzaba contra tal hombre o contra tal grupo. El temor a los complots, el temor a la traición y el temor al hambre, son los grandes motores de las insurrecciones populares, de las *jornadas* que al fin intimidan a las Asambleas revolucionarias, llenas, como todas las Asambleas, de hombres débiles y sin firmeza. De este modo, la inquietud viene a ser signo de *patriotismo*. Los *patriotas* son, por definición, inquietos, y el que se tranquiliza es ya sospechoso.

Agustín Cochin, que fué el primero en analizar profundamente esta formación —o, más bien, esta deformación— del espíritu público, cita un informe de Saint-Just, que da idea clara de los prodigios realizados en este orden, y a qué estado de frenesí y credulidad pueden llegar los *puros*, los *sólidos*, los de la última hora, los que habían guillotinado a todos sus predecesores. Véanse unas líneas de este informe: «En 1788 Luis XVI hizo inmolar 8.000 personas de diversas edades y sexos en París, en la calle Mêlée y sobre el Puente Nuevo. La corte repitió estas escenas en el Campo de Marte; la corte ahorcaba en las prisiones; sus víctimas aparecían ahogadas en el Sena; había 4.000 presos; anualmente eran ahorcados 15.000 contrabandistas; se sometían al tormento de la rueda 3.000 personas; había en París más presos que hoy» (27 febrero 1794).

Y esto, que se dijo en la tribuna de la Convención, fué aplaudido, impreso, enviado a las aldeas más pequeñas, comentado, repetido, adornado. Los fieles de los clubs pueden creerlo todo; los demás no se atreven a decir nada. Y, como dice Agustín Cochin, todas estas historias tienen una vitalidad incomparable. De las conjuraciones inventadas, de las matanzas fabricadas, de las falsas alarmas, subsiste un temor vago, pero tenaz. Calumnias enormes, tan famosas como la del pacto del hambre y la de los tormentos de la Bastilla, «fueron lanzadas con tal potencia, que viven todavía sin sombra de su fundamento».

Excitación metódica de la opinión, presión de la calle sobre las autoridades nominales: tales son los dos resortes del verdadero gobierno revolucionario, de los clubs. En este invierno, cuando aún no habían conquistado a Francia entera, todavía había medio de resistirles; pero, frente a estos poderes anónimos, parecía que el Rey y sus consejeros estaban como desamparados, sin saber qué hacer. Se pierden en pueriles intrigas, sin darse cuenta de que el único medio de salvación es hacer frente al peligro, oponer propaganda a propaganda, opinión a opinión. No se necesitaba para ello un genio; hubiera bastado un programa de reformas, carácter, continuidad de ideas.

A falta de una adhesión razonada, la Monarquía conservaba en el pueblo enorme poder sentimental, que durante mucho tiempo había de manifestarse aún en chispazos aislados, y que hubiera podido utilizarse, en vez de dejarlo consumirse en inútiles llamaradas. Cierto que la tarea política así planteada no era brillante; pero, comenzada la partida en este terreno, había que jugarla siguiendo las reglas.

La Asamblea, instalada en el Picadero, después de dedicar unos días al Arzobispado, había continuado los debates sobre la Constitución. Gobierno, administración, justicia, impuestos, distinciones sociales, Estatuto del clero, Derecho civil, Derecho penal: todo esto, que forma la base misma de las sociedades, todo iba a ser puesto a discusión. Pero, mientras que para ganar una votación, los partidos avanzados no retroceden ante ningún medio, por grosero que sea, los amigos de la corte y los moderados no muestran más que indecisión, división y blandura. Alborotos y tumultos en las tribunas, amenazas, manifestaciones exteriores, desfiles de peticionarios: tales son las armas usuales de la izquierda; y sobre esta Asamblea excesivamente numerosa, llena de hombres de buena voluntad, pero desprovistos de sangre fría y estragados por el énfasis, esta estrategia de aire popular es de éxito infalible.

Los aristócratas, nobles y prelados se apartan ostensiblemente de aquel mal lugar, y, si se presentan, es para reírse, hablar alto, lanzar impertinencias, agriar con sus actitudes a los adversarios y a las tribunas. Los moderados quedaron muy debilitados con la dimisión de los ciento veinte, que casi

todos fueron reemplazados por otros, elegidos nuevamente, de opiniones más radicales. Intentan entonces constituir, frente al club de izquierda —los jacobinos—, otro club rival, el club de los imparciales, después club monárquico, que, conservando los principios constitucionales, debía combatir directamente, o por medio de sociedades filiales, las campañas y planes de los jacobinos. La «Sociedad Monárquica» no llegó a celebrar más que dos sesiones: la primera, denunciada por todos los periódicos como contrarrevolucionaria, y la segunda, entorpecida y disuelta por el populacho. Su fundador principal, Malouet, pidió la protección de la Asamblea; pero lo trataron de faccioso, de pérfido, de envenenador del pueblo, y no logró hacerse escuchar.

A cualquier lado que se mire, se encuentran hombres honrados, laboriosos, elocuentes, a veces entusiastas; pero ni un caudillo. Solamente un hombre tenía el temperamento, la voluntad y la ambición necesarios para dominar los acontecimientos, en vez de seguirlos: Mirabeau, Honorato-Gabriel de Riquetti de Mirabeau, diputado del Tercer Estado por Aix-en-Provence.

Mirabeau queda fuera de las proporciones ordinarias de la Humanidad. Está cortado por patrón distinto que el resto de los mortales. «Monstruo», «exageración», «fanfarrón desgreñado», desde muy niño, cuando su padre habla de él, es para presentarle como un ser excepcional, en lo bueno y en lo malo.

Macizo, la cabeza enorme, sobre unos hombros muy anchos, el color blanco, las facciones abultadas y picadas de viruela, los ojos castaños, el pelo encrespado, la mano fina, atrayente y repulsivo a la vez. Voluptuoso, ardiente, sanguíneo, de una sensualidad tiránica, atlético en amor, a decir de él mismo, e incorregible en este aspecto y despreocupado de toda norma de medida y decencia, dotado de un poder de seducción y de mentira al que pocas mujeres resisten. Le casaron a los veintitrés años con una señorita de Marignane, a la que no fué fiel mucho tiempo; lo bastante, sin embargo, para arruinarse con ella en fiestas y prodigalidades de todas clases. En el curso de un viaje se le ocurre detenerse en Grasse, en casa de su hermana, Mme. De Cabris. Antes de llegar

a odiarla con furor, tenía para ella un afecto tan exuberante, que había dado ocasión a los rumores más injuriosos respecto a ellos. Un día en que Mirabeau se paseaba con Mme. De Cabris, vestida de hombre, se encontraron con un pariente, M. De Villeneuve, que, al parecer, se había hecho eco de las calumnias que indignaban a la población. Excitado por una comida copiosa, Mirabeau le rompe el quitasol sobre las costillas y lo deja medio muerto. Escándalo. Detención. Mirabeau va a parar al castillo de If, desde donde, luego, lo trasladan a Joux, cerca de Pontarlier. Bien tratado por el gobernador, libre, o poco menos, para ir y venir a su gusto, seduce a la marquesa Sofía de Monnier, se escapa a Suiza con ella, y recoge al pasar a una prima de su hermana; convicto de rapto, condenado a muerte por contumacia, se concede su extradición, y queda encerrado en Vincennes, mientras Sofía da a luz en un correccional de la rue Charonne.

En Vincennes, durante tres años, Mirabeau lee, trabaja, escribe. Su cerebro está en ebullición, como su corazón. Sabe de todo, todo lo entiende. El comercio, la hacienda pública, el magnetismo, el agio, Bicêtre, la estadística, las aguas de París, la literatura obscena: no hay tema de moda que no haya abordado y que no haya tratado con brillantez, con éxito, ruidosamente. «No ignoraba nada —dice Aulard— de cuanto interesaba a sus contemporáneos, y lo que aprendía se lo asimilaba en forma que parecía haberlo sabido desde su nacimiento.» Era severo el reglamento de Vincennes, pero no lo era más que en la letra; Mirabeau, en realidad, comunicaba libremente con el exterior. Se aprovecha de ello para bombardear a Sofía con unas cálidas epístolas. Al fin, el 13 de diciembre de 1780 le ponen en libertad. Sin un céntimo, «desnudo como un gusano», se instala en casa de Boucher, empleado de policía, cuyos generosos oficios habían dulcificado su prisión. La mujer de Boucher no es insensible a sus desdichas, ni a su persona; inicia con ella una intriga, que simultanea con algunas otras, pero no tiene tiempo para entretenerse en bagatelas, y apenas salido de la prisión se deja arrebatar por el tumulto de la vida.

Proceso en Pontardier, proceso en Aix, encierro de Sofía, juicio de separación matrimonial con su mujer, duelo con un

conde de Gallifet, pleito de rendición de cuentas con su padre, enredo con Mme. de Nehra, viaje a Londres, pleito con un secretario, polémica con Beaumarchais, campaña contra la Compañía de las Aguas, dificultades de dinero, viajes por Alemania, ensayos, folletos, libros, gestiones cerca de los ministros, tan pronto obsequiosos como arrogantes, agitación en pro de los Estamentos, elecciones, convocatoria: nueve años de temporales, de luchas, de tormentas, de escándalos; una mezcla de genio, de libertinaje, de charlatanismo. Y al fin de todo ello, una reputación espantosa.

Solemos creer que los grandes hombres han gozado entre sus contemporáneos de un crédito igual al renombre que han dejado. En realidad, si Mirabeau era el más célebre de todos los diputados de los Estamentos, era también el más desacreditado; se le miraba con curiosidad, pero con desconfianza; subyugaba su elocuencia, pero se le temía. Excluído por la nobleza, se había hecho elegir por el Tercer Estado, al que no inspiraba confianza alguna; corrientemente se hablaba de su bajeza, de su venalidad, de sus vicios. Logrará seducir, convencer, decidir algunas votaciones, tendrá influencia; lo que no tendrá nunca es autoridad. De aquí el continuo desacuerdo, la dualidad inevitable en toda su conducta.

Para vencer prevenciones, para ganar popularidad, se ve obligado a ponerse a la cabeza del partido avanzado, a tomar el aspecto de un tribuno de la plebe, de un iniciador de la democracia. El es quien levanta los ánimos de la Asamblea, después de la sesión regia del 23 de junio, y con su célebre apóstrofe quiebra la fragilidad de las reales amenazas. Es también él quien en julio y octubre encuentra los acentos más ardorosos para condenar la concentración de tropas, o el banquete de los guardias de corps. Ya entonces es el ídolo de la multitud, y se complace en este papel a que su temperamento le impulsa. El estrépito, los gritos, el contacto de las masas, todo esto le caldea la sangre, le embriaga, le arrebata.

Y, sin embargo, es monárquico. Más aún: tiene una doctrina monárquica; tiene un plan de acción muy sólido, muy meditado, que no va a abandonar nunca, y que se esforzará en hacer adoptar por Luis XVI, convencido, con justa razón, de que es lo único que puede sostener y consolidar el Trono.

Un día, en la Asamblea se preparaba para exigir severas sanciones contra los amotinados que habían saqueado el hotel de Castries. La derecha, creyendo, equivocadamente, que trataba de ocupar el turno de palabra de uno de sus miembros, protesta violentamente de su presencia en la tribuna. Inmediatamente se enfurece, apostrofa a la derecha, la acusa a ella misma de sediciosa, pasa levemente sobre el asunto de Castries y consigue que se pase al orden del día; es decir, a enterrar la represión. Esta es, en pequeño, la imagen de todo un año.

En los últimos días de mayo, Mirabeau encontró a Malouet y le dijo: «Vengo a usted fiado en su reputación. Usted es uno de los amigos de una libertad prudente, y yo también. Usted está espantado de las tormentas que se acercan, y yo no lo estoy menos. Hay entre nosotros más de una cabeza ardiente, más de un hombre peligroso; en los dos primeros órdenes, en la aristocracia, los que tienen ingenio no tienen sentido común, y entre los tontos conozco varios capaces de prender fuego a la santabárbara. Se trata, pues, de saber si la Monarquía y el Monarca sobrevivirán a la tempestad que se prepara, o si los desaciertos cometidos, y los que no dejarán de cometerse aún, nos tragarán a todos... Yo sé que es usted amigo de M. Necker y de M. de Montmorin, que constituyen casi solos el Consejo del Rey... Deseo conocer sus propósitos, y me dirijo a usted para obtener una conferencia. Ellos deben tener un plan de adhesión o de oposición a ciertos principios. Si este plan es razonable dentro del sistema monárquico, me comprometo a sostenerlo y a emplear todos mis medios y toda mi influencia para impedir la invasión de la democracia que avanza sobre nosotros.»

Tuvo lugar la conferencia. Necker se mostró desde el principio tan frío, tan distante, tan reservado, que Mirabeau, molesto, se marchó sin haber pronunciado más de cuatro palabras, y en vista de que no querían escucharle de buen grado, se esforzó en hacerse temer: «Su hombre de usted es un majadero; va a saber quién soy», dijo a Malouet. Y cumplió su palabra.

Un mes después, Mirabeau entra en relación con un gran señor belga, pasado al servicio de Francia, el conde de la Marck, que, apoyado en unos feudos que poseía en el reino, había sido elegido diputado por la nobleza. Los dos se estiman mutuamente; cenan juntos con frecuencia. El conde tiene dentro de la corte relaciones grandes y pequeñas, a través de las cuales Mirabeau trata de restablecer el contacto. «Haga usted que en la corte sepan que estoy con ellos más que contra ellos.» Pero en palacio siguen sordos. Desprecio, rencor, desconfianza, poco importa; el hecho es que estas insinuaciones quedan sin respuesta, y que Mirabeau se irrita más. «¿Qué actitud puedo tomar? El Gobierno me rechaza, y no puedo hacer otra cosa que unirme a la oposición, que es revolucionaria, o arriesgar la pérdida de la popularidad, que es mi fuerza. Los ejércitos están frente a frente; hay que negociar o batirse; el Gobierno, que no hace uno ni otro, entra en un juego muy peligroso.» Y en otra ocasión: «Todo está perdido; el Rey y la Reina perecerán en ello y, usted lo verá, el populacho arrastrará sus cadáveres... Sí, sí, los arrastrarán. No comprende usted bien todos los peligros de su situación; sería preciso, sin embargo, hacérselos ver.»

Llegan las jornadas de octubre. Mirabeau se da cuenta de que la Monarquía, envilecida, no puede ya levantarse más que decidiéndose a actuar enérgicamente, y redacta una interesante Memoria, que hace llegar al conde de Provenza, con la esperanza de que hablará de ella a la Reina. Tentativa inútil. Entonces vuelve los ojos a La Fayette, jefe de la única fuerza organizada y que, si cerca del Rey parecía ser el protector de la corte contra las sediciones populares, cerca del pueblo parecía ser el defensor de la libertad contra los complots de la corte.

Mirabeau le ofrece su alianza en las condiciones siguientes: hacer que el Rey adopte públicamente un programa de Monarquía constitucional, con un Cuerpo legislativo que concediese los impuestos y un Poder ejecutivo independiente en su esfera de acción; acabar con la política de vivir al día, practicada por Necker; constituir un Gobierno de talla, en el que figurarían a la vez Mirabeau y La Fayette, y que, en nombre del Rey y de la Asamblea, ya reconciliados, ejerciera una verdadera dictadura. La Fayette, encantado del papel, escucha a medias; contesta con cumplidos, palabras amables, habilidades de detalle. Y, entretanto, trasciende la negociación, y el 7 de noviembre la Asamblea declara incompatibles las funciones de ministro y las de diputado.

Había que comenzar nuevamente y en muy malas condiciones. Separado del Ministerio, Mirabeau no podía ya ser más que un consejero íntimo y misterioso, y a ello se decide —venciendo su repugnancia— Luis XVI, que acaba por utilizarlo, pagándole. Pero no era para él este papel; primer ministro, representante del Trono, Mirabeau hubiera podido, a plena luz, apostarse en la brecha que él mismo había abierto y defenderla con toda energía. Pero le iba a ser preciso sostener en público una actitud que, en secreto, abominaba; posición falsa para genio tan fogoso y para naturaleza tan indomable como los suyos.

Mientras hace transmitir al Rey notas mesuradas y prudentes, estalla a cada momento en salidas furiosas, de las que tiene luego que excusarse, y cuyo mal efecto tiene que paliar. Se había manifestado contrario a los asignados en 1789; hace votar su creación en 1790. Para llevar las cosas hasta este extremo, no hay quien pueda ser dueño de su palabra y su combatividad.

Conocemos en detalle los documentos enviados por Mirabeau a la corte; son cincuenta informes, escalonados de junio de 1790 a marzo de 1791. Es un plan completo, no de contrarrevolución, sino de aprovechamiento de la Revolución; lo muerto, muerto está y no merece ser llorado. Nada ya de distinción de clases. Nada de Parlamento. Una Monarquía moderna en la que el poder real estará obligado a colaborar con los representantes de la nación, pero estará más seguro y será más fuerte que cuando era prisionero de las corporaciones privilegiadas. Si se admite esta base, no hay más que marchar de frente; los medios no faltan; las ocasiones se presentarán por sí mimas; la pelota se vendrá a la mano. Pero es preciso resolver ya de una vez para siempre. Que se acaben las semidecisiones, las reticencias, las oscilaciones. Que se guíe a la opinión, en lugar de dejarse arrastrar por

ella maldiciéndola. En suma, que se haga lo contrario de lo que viene haciéndose desde hace quince años.

Era pedir demasiado a Luis XVI. Su educación, sus costumbres, su filosofía, todo en él se oponía a este cambio de frente. Compraba los consejos de Mirabeau, pero no los seguía; soportaba el prestigio de La Fayette, pero no lo aprovechaba. Hubiérase dicho que se complacía en la estéril rivalidad de sus dos mentores a fin de tener un pretexto para su indecisión.

María Antonieta hubiera podido comprender la necesidad de actuar y obligarle a ello; pero no vió a Mirabeau más que una vez. En marzo de 1791, perseguido por el odio de Barnave, de Duport, de los Lameth y de los jacobinos, agotado por los excesos de trabajo y por los excesos del placer, cayó enfermo, sin esperanzas de curación. El 2 de abril murió después de atroces sufrimientos, soportados estoicamente.

¿Qué había ganado la Monarquía en estos diez y ocho meses de tregua? Una o dos grandes manifestaciones de lealtad, aclamaciones delirantes el día de la Federación, el 14 de julio de 1790, primer aniversario de la toma de la Bastilla; algunos párrafos de la Constitución un poco menos lesivos para la regia prerrogativa; una apariencia de seguridad: esto era todo. Pero esto no era nada; vistas las cosas desde cierta altura, era una buena ocasión perdida, una nueva fase de la crisis de autoridad iniciada en 1774 con la retirada de Maupeou; mirándolas de cerca, eran una serie de incidentes más o menos graves, sin enlace aparente, pero cuya repetición revelaba una perturbación general.

La toma de posesión de las nuevas autoridades administrativas elegidas no dejó de producir alteraciones, sobre todo en los sitios donde las pasiones religiosas estaban vivas. Pero más inquietantes fueron los motines militares, repetición, agravada, de lo ocurrido con los guardias franceses.

El ministro de la Guerra, La Tour du Pin, era un hombre bueno y un buen soldado; pero débil, sensible, muy de su tiempo; uno de estos hombres, dice Madelin, que tratan de extinguir un incendio con una esponja. Para la Asamblea, era el Ejército una fuerza reaccionaria, de la que era prudente desconfiar, y, como para acelerar su disolución, tenía en estudio el Estatuto de un Ejército nuevo. Pero, ¿qué era el antiguo Ejército? Unos soldados, gentes de toda laya, transformados en guardianes de la sociedad merced a una disciplina férrea; unas clases de tropa agriadas, porque habían visto sus ascensos paralizados por medidas torpes; unos oficiales divididos, liberales los unos, que en 1788, con ocasión de la supresión de los Parlamentos, habían dado ejemplos de indisciplina; otros, cumplidores de su deber, pero desarmados por la flaqueza de los superiores. Todo ello, sin otra soldadura posible que el sentimiento del honor, de la jerarquía y de la fuerza. Toda una maquinaria que a partir de octubre de 1789 empieza a descomponerse.

Los jefes, humillados por los Municipios investidos del derecho de requisa, tratados de sospechosos por los clubs, no son capaces de hacerse obedecer. Los más enérgicos se ven denunciados por las gacetas, abucheados en la calle, y, en ocasiones, lapidados o degollados. Los cuarteles se convierten en focos de agitación revolucionaria, en los que bullen comités de soldados que se arrogan el derecho de comprobar la contabilidad de las unidades y de comunicar a la Asamblea y al Ministerio los hechos y los gestos de sus coroneles y de sus capitanes. Un regimiento se rebela porque pretenden cambiarlo de guarnición; otro saquea la Caja del cuartel y depone a sus oficiales; un tercero asedia la casa de su coronel. En la primavera de 1790 llegaban a veinte los Cuerpos que se habían insubordinado.

En los puertos militares aún está peor la cosa. Centros artificiales sin más industria que el arsenal, sin otro tráfico que los modestos gastos de los oficiales, sin más burguesía que algunos hombres de leyes, no tardan mucho en estar en manos de las Sociedades populares, de las que vienen a ser humildes servidores las autoridades y los guardias nacionales.

Como no reciben de París más que vagas exhortaciones a la blandura, como están seguros de ser desautorizados a la primera sombra de resistencia, los comandantes prodigan las concesiones, las bajezas, las afirmaciones de civismo, sin obtener a cambio de estas abdicaciones diarias más que un re-

crudecimiento de la anarquía. Desde fines del 1789, los obreros abandonan los arsenales. El 1.º de diciembre estalla en Tolón un motín general en depósitos y talleres. El comandante Albert de Rions trata de hacerle frente, y a pretexto de sustraerle a la venganza, la Municipalidad lo encierra en la cárcel con todo su Estado Mayor. La Asamblea no se atreve siquiera a condenar el atropello, y apenas en libertad el conde de Rions, tiene que salir para otro destino. En Santo Domingo se insurreccionan las tripulaciones de la estación naval; constituyen un Gobierno sedicioso; derrotados, se apoderan de uno de los buques, *Le Leopard*, y van a refugiarse en Brest, adonde arriban en agosto de 1790. Es la señal de un levantamiento general, que no termina hasta que, cinco meses después, queda desarmada la Escuadra.

Los marineros de la división Saint-Félix, en crucero por las costas de la India, advierten cortésmente a su almirante que, en caso de guerra, no se batirán si no lo consideran justo y oportuno. En Reunión asesinan al comandante Macnemara.

Donde las tropas permanecen fieles a su deber, surgen conflictos con los nuevos magistrados. El Municipio de Marsella entra en funciones en enero de 1790, y apenas instalado, exige al Rey que saque de allí la guarnición, a lo que accede, no quedando más que los destacamentos de guarnición en los fuertes. La Municipalidad intima a sus comandantes la evacuación, so pena de declararles fautores de guerra civil, y para apoyar su ultimátum, hace que los cerquen seis mil guardias nacionales. Capitulan. Uno solamente, el caballero de Bausset, mayor del fuerte de San Juan, se resiste a firmar; lo degüellan y pasean su cabeza en la punta de una pica. «Accidente enojoso» lo llama el informe oficial. El Gobierno se impresiona, y la Asamblea ruega al alcalde que entregue los fuertes al Ejército; como está decidido a no devolverlos nunca, se le ocurre la idea de destruirlos, y mientras hace protestas de sumisión, doscientos obreros comienzan la demolición de la ciudadela, y los jacobinos decretan un tributo forzoso para pagarles.

A pesar de su emocionante carácter de fraternidad nacional, la fiesta de la Federación precipita los desórdenes. Todos los regimientos estaban representados en la gran parada del Campo de Marte; sus delegaciones permanecieron unos días en París, y al regresar a sus provincias, después de mimados y adoctrinados por los clubs, llevaban la cabeza atiborrada de declamaciones revolucionarias. En agosto se insurreccionan tres regimientos en Nancy; al mariscal de campo de Noue lo arrestan, y herido, lo encierran en un calabozo; el movimiento se propaga a Luneville, y se le adhieren los guardias nacionales del departamento. Apremiada por La Fayette, la Asamblea ordena a Bouillé, segundo comandante de Trois Evêchés, que organice la represión. Reune un pequeño ejército, marcha sobre Nancy, fuerza la entrada y libra una batalla, que dura dos horas y cuesta 300 muertos y heridos, con lo que se hace dueño de la situación.

El club de los jacobinos de Nancy queda disuelto; los agitadores comparecen ante Consejos de guerra, que dictan treinta y tres sentencias de muerte y numerosas condenas a galeras. Como siempre, los tímidos y los medrosos vuelan en socorro de la victoria; la Asamblea vota felicitaciones a Bouillé: los jacobinos de París envían a sus filiales un mensaje en el que encarecen la obediencia y la disciplina. Pero este magnífico celo dura poco; apenas habían transcurrido tres meses, cuando la Asamblea retiraba sus felicitaciones a Bouillé, hacía salir a los condenados del presidio y autorizaba la reapertura de los jacobinos de Nancy. *Nada de enemigos por la izquierda.*

El pretexto de las sediciones militares había sido casi siempre la mala calidad de los alimentos, el desorden de la contabilidad y la insuficiencia de los fondos regimentales. Pero esta falta de dinero no era privativa del Ejército; todo el Estado sufría del mismo mal, y la Revolución lo había agravado, cegando las fuentes de ingresos y destruyendo la confianza. Cuando a los que poseen algo se les trata como sospechosos, como delincuentes, como criminales, toda apelación al crédito está condenada al fracaso. La Caja de Descuentos había llegado al límite de sus posibilidades de anticipos. Un empréstito del Estado, de treinta millones, lanzado en agosto de 1789, había obtenido el lamentable resultado de dos millones seiscientos mil francos suscritos. Una segunda emi-

sión de ochenta millones, ofrecida al público en condiciones de interés más ventajosas, apenas tuvo mejor éxito; en siete meses no produjo más que 27 millones en efectivo y 52 en deudas antiguas tomadas a la par. Lo suficiente para vivir tres semanas. Las donaciones voluntarias y la contribución patriótica de un cuarto de los ingresos, no fueron más que un pretexto para declamaciones y lloriqueos grotescos. La supresión de los privilegios hubiera debido proporcionar algunos recursos; pero antes de que hubiesen producido un ochavo, ya se decidió que se dedicasen íntegramente a la desgravación de ciertas categorías de contribuyentes.

Por razón de los trastornos generales y de la impotencia de las nuevas administraciones, la percepción de los impuestos da siempre cifras inferiores a las presupuestadas y resultados irrisorios. Por todas partes la materia imponible se desvanecía; pero los gastos eran cada día más copiosos y más apremiantes: socorros de paro, compras de trigo, indemnizaciones a los propietarios de cargos suprimidos, reembolso de fianzas, deudas del Clero recaídas sobre el Estado por la supresión de los diezmos. Total, 150 millones anuales más que hay que buscar, cuando falta ya lo más necesario.

Sólo de un modo hubiera podido colmarse aquella sima: arrojando en ella la fortuna de los particulares, y, más especialmente, la fortuna del Clero, que era una cosa aparte, a la que la corriente general de las ideas permitía considerar como una fracción de la fortuna pública temporalmente segregada de ella.

Estaba, desde hacía tiempo, esta idea en el aire, gracias a Calonne, que la había parteado y la había hecho difundir tanto, que muchos programas la habían adoptado. Era una idea tanto más atractiva, cuanto que de esta enorme masa de bienes, una gran parte no servía más que para el sostenimiento de Cabildos ociosos, de abates cortesanos y de Ordenes monásticas en decadencia. Las palabras decisivas fueron pronunciadas por un obispo, Talleyrand. El 10 de octubre propuso la reversión al Estado de todos los bienes del Clero, y su proyecto fué inmediatamente adoptado, completado y sostenido por Mirabeau, Barnave y Thouret.

Su argumentación tenía la ventaja de ser elemental y directa. Al Clero no podía considerársele como el verdadero propietario de los bienes eclesiásticos, sino como administrador de una fortuna legada al conjunto de los fieles, es decir, al país entero, que conservaba plena soberanía sobre ella. Puesto que no existía ya el Clero en cuanto orden estatal, no podía existir como administrador. El Estado obraba, pues, con arreglo a derecho y en buena lógica al sustituirse a él. Con una sola condición: la de reconocer el pasivo al mismo tiempo que el activo; es decir, cubrir los gastos a que estaban destinados aquellos ingresos.

En vano los defensores de la propiedad eclesiástica, el obispo Boisgelin, los abates Maury y Siéyès objetaron que los donativos habían sido hechos, no a la colectividad de los fieles, sino a tal establecimiento particular, a tal iglesia, a tal monasterio expresamente designado; que la propiedad colectiva era tan digna de respeto como la particular; que tocar a una, era preparar la ruina de la otra; que la operación proyectada no produciría ingresos para el Tesoro y no serviría más que para enriquecer a la banda negra de los especuladores y de los intermediarios. Pero ningún razonamiento tenía fuerza ante la amenaza de una bancarrota, y, sobre todo, aun cuando los diputados no hubiesen creído necesaria la confiscación, hubieran, sin embargo, votado por ella para quitar al Clero su principal instrumento de poderío y de prestigio.

El 2 de noviembre, por 563 votos contra 346, la Asamblea adoptó la propuesta de Talleyrand: se declaraba que los bienes del Clero quedaban *a disposición* de la nación, obligándose a sostener eventualmente, de modo conveniente, los gastos del culto, el mantenimiento de sus ministros y la asistencia de los pobres; fórmula vaga, de la que aún no podían derivarse ni la subasta, ni siquiera la incautación. Pero era evidente que esta situación ambigua no podía ser duradera; lo que el Estado necesitaba no era una hipoteca remota, sino recursos inmediatos, y el problema para él consistía en realizar rápidamente las reservas que acababa de atribuirse. Una adjudicación rápida de dos o tres mil millones en tierras era absolutamente imposible; había que preparar su enajenación progresiva y obtener un anticipo sobre

los pagos por medio de una emisión de papel moneda. Pero, ¿quién emitiría este papel? ¿En qué cantidad? ¿Cómo?

Una larga experiencia enseña cuán peligroso es dejar al Estado la facultad de imprimir billetes a su voluntad. En esta materia, el medio más seguro de prevenir catástrofes, es un intermediario vigilante, un establecimiento autónomo, bastante fuerte para resistir a las presiones del ministro de Hacienda.

A pesar de su agitada existencia, la Caja de Descuentos conservaba, en medio del desconcierto, bastante crédito y solidez para desempeñar este papel de regularizador. Necker la proponía para el caso; pero bastó esto para que la Asamblea no la quisiera.

Se perdió un mes en buscar otra combinación; al fin, en 19 y 21 de diciembre se decidió crear una Caja nueva: la *Caja de los Extraordinarios,* que debía nutrirse con la venta de 400 millones de bienes nacionales que habían de designarse ulteriormente, mediante inventario. Sin esperar a ello, la Caja emitía, por valor de los mismos, 400 millones, *asignados* divididos en billetes de mil francos que rentarían un 5 por 100. Estos asignados habían de entregarse, en parte, a la Caja de Descuentos, para reembolsar sus anticipos, y el resto sería admitido preferentemente en pago de los bienes nacionales.

No se trataba aún de un papel moneda verdadero, sino de una obligación hipotecaria, imposible de utilizar en las transacciones corrientes. No tardaron en ser devorados esos 400 millones, y en la primavera de 1790 volvieron a encontrarse con el déficit, agravado con una deuda mayor y con una opinión más inquieta.

En abril dió la Asamblea un paso más: pura y simplemente se desposeía al clero; el Estado tomaba a su cargo todas las obligaciones; los bienes eclesiásticos confiscados, quedaban sustraídos en adelante a toda reivindicación, y se darían como prenda directa de los asignados, los cuales tendrían ya curso forzoso y deberían ser admitidos como moneda contante en todas las cajas del reino.

El 9 de julio quedó decidida la alienación total de los bienes nacionales, por medio de papel moneda.

El 29 de septiembre se procedió a otra emisión, por valor de 800 millones —que esta vez ya no devengaban interés— para reembolso de la Deuda pública.

Tras un año de tanteo, la Revolución había encontrado su política financiera: la inflación.

Cuando se releen los debates que precedieron al voto de todas estas medidas, sorprende su actualidad. Son las mismas palabras que hemos oído, los discursos, los argumentos que nos son familiares. La ciencia financiera no es nueva. Siempre se plantean los mismos problemas y siempre se dan las mismas soluciones, buenas o malas. Como los gobiernos europeos después de la guerra, la Asamblea no tenía que ir muy lejos para buscar ejemplos y lecciones. Si el sistema de Law databa de setenta años antes, la quiebra del papel americano estaba aún a la vista; pero nada sirve a las multitudes apasionadas, y se encuentran siempre razones para cegarlas.

La inflación de Law y la inflación americana, eran, se decía, inflaciones malas y condenables, porque no tenían por base otra cosa que esperanzas: para la una, los imaginarios tesoros del Misisipí; para la otra, el porvenir incierto de una república naciente. ¿Podían asimilarse a estas nebulosas garantías los dos mil millones de buenas tierras francesas? ¿Podía imaginarse papel más sólido, más sano, más honrado que el que representase a este tesoro?

Los discretos hacían observar que, si se entraba con ánimo tan desembarazado por el camino de las emisiones, no sería fácil detenerse; que el valor nominal de los billetes no tardaría en exceder el valor real de la prenda; que este mismo valor no era bien conocido, y estaba, además, sujeto a fluctuaciones según las cosechas, el precio del trigo, el aumento o la disminución de las transacciones; por último, que si una finca rústica es garantía suficiente para una obligación que se guarda en la caja en cuanto se ha firmado, no es adecuada para garantizar un papel moneda que sólo se sostiene a condición de poder ser canjeado en cualquier momento por una cantidad fija de moneda metálica. Si un particular rehusase recibir asignados, ¿sería posible ofrecerle en

su lugar un lienzo de pared de una abadía o un trozo de prado de un cabildo, como se le ofrecerían escudos o luises, en el caso de un papel moneda verdadero?

Dentro y fuera de la Asamblea, Talleyrand, Lebrun, Malout, Condorcet, Dupont de Nemours, Lavoisier, prodigaron consejos y advertencias contra el asignado-moneda. Imposibilidad de contener las emisiones sin una crisis espantosa, depreciación acelerada de los billetes, trastorno de las fortunas, elevación del costo de la vida —que va paralelo con el aumento de los medios de pago—, desorganización del comercio, miseria general; casi ninguno de los acontecimientos que habían de seguirse, dejó de ser previsto por ellos. Dupont de Nemours produjo escándalo al anunciar el pan a cinco sueldos la libra, el vino a dieciséis la botella, los zapatos a doce francos el par; no incurrió más que en un error: la modestia de sus evaluaciones, ya que en 1796 el pan había de estar a 50 francos y el par de botas a 4.000.

A los argumentos más sólidos y convincentes, a la protesta casi unánime de las plazas comerciales, los partidarios del asignado-moneda contestaron con razones de oportunidad y con razones políticas. Que el numerario se retrae y oculta, que la industria languidece y el comercio sufre; el asignado devolverá la confianza. Ficticia, si se quiere; pero ¿qué importa? Todo es preferible al estancamiento, a la estrechez, al paro. Si los billetes se deprecian, se tendrá más interés en deshacerse de ellos rápidamente; la venta de bienes nacionales se acelerará, la producción se sentirá estimulada con ello. «Nos hablan —exclama Mirabeau— del alza de los alimentos, del encarecimiento consiguiente de la mano de obra, de la ruina de las industrias que producirá. ¡Ah!, ¡pues que nos hablen, también, de los centenares de fábricas que no tienen trabajo, de esa muchedumbre de obreros que se mueren de hambre, de esos millares de comerciantes cuyos negocios se van anulando en un marasmo devorador!... Os dicen que duplicar el numerario, es duplicar en poco tiempo el precio de todo; que si el mismo número de objetos está representado por el doble de signos, cada uno de éstos debe perder la mitad de su valor. ¡Consecuencia falsa, si las hay! Porque, duplicándose los signos, los objetos que representan se multiplican, el consumo y la producción se acrecientan, mil cosas abandonadas recuperan su valor, aumenta el trabajo, se constituyen nuevas empresas y la industria suministra nuevas ocasiones para nuevos gastos!...»

Y el abate Brousse encarecía aún: «¿Habéis calculado las necesidades acumuladas de la agricultura, del comercio y de la industria? ¿Sabéis cuál es la medida exacta de sus necesidades, después de tantos años de estrechez y de opresión, cuando comienza el reinado de la libertad? ¿Quién podrá afirmar que mil millones más, lejos de ser una sobrecarga abrumadora, no va a ser, con seguridad, un germen de vida y de dicha? Ved más bien cómo, con este nuevo socorro, las artes y la actividad comercial se reaniman, vedlas estimuladas a nuevas empresas, intentar especulaciones más atrevidas, cubrir el mar de nuevas flotas... y todo género de prosperidades esparciéndose sobre el privilegiado suelo de Francia.»

Por otra parte, si no se adoptan los asignados, ¿con qué se los reemplaza? ¿Con privaciones, con economías, con la conversión forzosa de la deuda, con nuevos impuestos percibidos rigurosamente? Serían otros tantos modos de comprometer a la Asamblea y de hacerla odiosa al país.

Por el contrario, los asignados ligarán indisolublemente los destinos de la nación y de la Revolución. Todos los compradores de bienes eclesiásticos quedarán personalmente interesados en el definitivo abatimiento del clero. Todos los tenedores de asignados se harán defensores del régimen que los ha creado. «Los asignados —decía Montesquieu— serán el lazo entre los intereses particulares y el interés general. Sus propios adversarios se convertirán en propietarios y en ciudadanos por la Revolución y para la Revolución. Vivirán de esta tierra, en adelante liberada a su pesar, y este será el término de los vanos terrores con que querrían detenernos.» Y todavía añade: «Se trata de afirmar la Constitución, de quitar toda esperanza a sus enemigos, de encadenarlos al orden nuevo, por su propio interés.»

Los mejores principios de economía política, pesan poco ante semejante tentación. La dimisión de Necker —tan impopular ahora como antes adulado— pasó casi inadvertida y no modificó nada. A los 1.200 millones de asignados pri-

mitivos, se agregaron 600 nuevos millones el 18 de mayo de 1791, 300 el 17 de diciembre, 300 el 30 de abril de 1792, 300 el 31 de julio, 400 el 24 de octubre, 300 el 1.º de febrero de 1793, 1.200 el 7 de mayo, 2.000 el 27 de septiembre. En 1796 se andará por los 45.000 millones.

Cuanto menor es el valor de los billetes, en mayor número se necesitan; cuantos más se estampan, más bajan. Cada depreciación exige una emisión, cada emisión produce una depreciación. De millones en miles de millones, la máquina rueda hacia el abismo; mas para detenerla sería ya necesario un valor inmenso, una voluntad heroica. La inflación es la facilidad, es la ilusión, el peligro aplazado, la dificultad diferida para el día siguiente. ¡Y es tan cómodo el ocultar el encadenamiento fatal de las cosas por medio de juegos de cifras, de amenazas a los aristócratas, de declaraciones contra Pitt y Cobourg!...

Al depreciarse, los asignados preparaban un terreno ideal para la demagogia, y cada empresa demagógica era un golpe a los asignados. Con esta doble propulsión, los fenómenos revolucionarios se hicieron cada vez más intensos. Para aumentar las garantías territoriales del papel, las Asambleas se vieron inducidas a crear nuevas categorías de sospechosos, cuyos crímenes imaginarios o reales sirviesen de pretexto a nuevas confiscaciones. La caída del cambio, la carestía de la vida, la escasez, el agio, el hundimiento de las fortunas, contribuyeron a intensificar el pánico y a poner al país en el estado de perturbación necesario para los movimientos insurreccionales y para las medidas extremas. Después de gozar unos momentos de embriaguez con las ficticias riquezas que salían de las prensas del Estado, las ciudades vivieron unos años de estrechez y de temor al hambre. Y como lejos de renegar de sus primeros errores, la Revolución se hundió más en ellos, por el efecto conjugado del mal y de los remedios, la situación se fué empeorando, hasta el día en que la máquina dió un crujido.

Por un contraste muy natural, el asignado que arruinaba a las ciudades, enriquecía a los campos. Los bienes nacionales podían pagarse en asignados, y los compradores tenían doce años para pagarlos. Como el Estado tomaba su papel a la par, bastaba esperar la baja para aprovechar la diferencia entre el valor nominal y el valor real. En 1796, un asignado de 100 libras, que valía seis sueldos, era aceptado en las taquillas del Estado en pago de 100 libras de buena tierra. Los campesinos, que a cambio de su trigo, o de su manteca, recibían cantidades crecientes de billetes, podían adquirir una granja por el precio de un palomar. Cuanto más se aceleró el hundimiento, mayor fué el beneficio para ellos. Al principio, todavía hubo alguna competencia y algunas liquidaciones al contado. Sacerdotes, nobles, burgueses, que tenían fondos disponibles, se presentaron como compradores, sin la menor vacilación ni el más pequeño escrúpulo. Los campesinos, aunque no quedaron excluídos de estas operaciones, no tuvieron en ellas la parte más importante. Pero cuando después aquellos grandes compradores fueron, a su vez, proscritos, sus bienes, propios o adquiridos, salieron a subasta; los no perseguidos, vieron sus ingresos reducidos, en tanto que los cultivadores, productores de artículos de primera necesidad, cuyo precio aumentaba en proporción a la baja de la moneda, fueron, en definitiva, los grandes beneficiarios del negocio.

En este punto concreto, la mayoría de la Asamblea había acertado. Los asignados aseguraron la Revolución. Temiendo ser desposeídos por una reacción, y tanto más apegados a la tierra cuanto menos les había costado, los compradores de bienes nacionales se convirtieron en obligados defensores del régimen que los había hecho propietarios a tan poca costa. Pero, si son el apoyo de la Revolución, no son sus animadores: para ellos había dado ya su fruto. Resuelta la cuestión agraria en forma que supera a todas sus esperanzas, no apetecen ya nada más. Luego, cuando lleguen los días sombríos de la guerra y de las requisas, clamarán por un dictador republicano que pueda a la vez sancionar la evicción de los aristócratas y asegurar a sus sucesores el apacible goce de las fortunas confiscadas. De los decretos de hacienda que se promulgaron en 1790, salieron así toda una serie de consecuencias contradictorias, aunque lógicas, que pesarán sobre los años siguientes.

Los constituyentes aparecen en la historia como si hubie-

ran sido unos hombres prudentes. Algunos observadores superficiales comparan su actuación con las de las otras dos Asambleas. Es pura quimera. La política de la Constituyente comprometió tan a fondo el porvenir, que la Legislativa y la Convención no podrán casi hacer otra cosa que sufrir o desarrollar sus efectos. No hay entre ellas discontinuidad ni desviación, sino sucesión insensible; lo que ha hecho la una, estaba iniciado por la otra. Y esto, que es cierto en la cuestión financiera, lo es también en la cuestión religiosa.

CAPITULO VII

Varennes

Al despojar al clero, primero de sus diezmos y después de su capital, los constituyentes se habían comprometido al mismo tiempo a satisfacer sus obligaciones y a remunerar a sus miembros. Quedaban, así, estrechamente asociados la Iglesia y el Estado, y pronto tuvo la Asamblea, so pretexto de economías y reformas, la tentación de regular los asuntos de la colectividad eclesiástica para subordinársela completamente.

Desde fuera y a distancia, la Iglesia parecía conservar fuerza y grandeza. 125.000 personas próximamente estaban ligadas por votos sagrados: 130 obispos, 500 ó 600 provisores, 50.000 curas, 15 a 18.000 canónigos y capellanes, 60.000 religiosos y religiosas: un verdadero ejército donde no faltan ni la ciencia ni el talento. Cuando en las procesiones de Corpus Christi se despliega el largo cortejo de las cofradías y congregaciones, cuando entre colgaduras y follaje brillan los tesoros de catedrales y monasterios, ¿quién tendría la impiedad de buscar al lado de estos esplendores algún signo de decadencia o fatiga? Y, sin embargo, la Iglesia de Francia declina. No porque sean numerosos los miembros indignos. En su gran *Historia religiosa*, M. de la Gorce observa atinadamente que los depravados son, entre los sacerdotes de 1789, una ínfima excepción. Pero si es raro el escándalo, no lo es menos el celo. Días sin contrariedades, estudios sin fe, una

religión sin fuego; tal es la vida de muchos clérigos. Predican, pero sin calor. Socorren a los pobres, pero sin buscarlos. Los más activos se ocupan de la complicada gestión de los asuntos de la Orden; los más eruditos redactan Memorias para las Academias, los más ambiciosos se abren paso en las Asambleas locales. Entre tantos cuidados terrenos, no queda nada para Dios. Los monasterios se despueblan, faltos de novicios, y, en las jerarquías humildes, los curas de aldea, mal pagados, sobrecargados de trabajo, cumplen su ministerio como un oficio que ya no compensa.

Era necesario un cambio. Se imponía a juicio de los católicos más intransigentes, y parecía tanto más fácil de realizar cuanto que el bajo clero se había mostrado desde el principio muy favorable a la Revolución y que, en resumen, los obispos apenas habían hecho nada para estorbar su curso, ni siquiera cuando se había tratado de la nacionalización. El camino que debía seguirse era claro: una negociación regular entre el Rey y el Vaticano, o, cuando menos, negociaciones oficiales por intermedio de los principales prelados. Pero los constituyentes se pagaban demasiado de su condición de filósofos para plegarse a este empirismo. Unos consideraban a la Iglesia como el refugio infame de todas las supersticiones, y creían sinceramente que el espíritu humano no sería libre hasta el día en que se la destruyera; otros, imbuídos de derecho romano, servidores apasionados del Estado, no admitían entre él y los individuos ni corporaciones, ni intermediarios; otros, en fin, protestantes y jansenistas, llevaban en las venas los rencores no saciados de Port-Royal y de los Camisards. Ya el 28 de octubre de 1789, un decreto votado por sorpresa al final de una sesión, había suspendido provisionalmente la pronunciación de votos solemnes en los conventos. El 13 de febrero de 1790, la prohibición era definitiva. El poder civil no quería saber nada de los votos hechos con anterioridad, y no se preocupaba de que fuesen respetados. Además se había ordenado una reagrupación de religiosos en un corto número de casas. La evacuación de los conventos secularizados no suscitó ninguna agitación. Muchas ciudades y aldeas habían pedido por medio de instancias el mantenimiento de sus abadías. Las simpatías no fueron más allá. No hubo disturbios graves más que en Montauban, donde se pelearón católicos y protestantes.

Todo ello no pasaba de la categoría de escaramuzas. El asalto verdadero se produjo en la primavera de 1790, cuando el comité eclesiástico de la Asamblea terminó su informe. Sus miembros más importantes eran abogados, y, es más, eran antiguos abogados del clero, que habían mantenido pleito sobre diezmos, sucesión, arrendamiento..., gentes que «no habían conocido del mundo eclesiástico más que sus pequeñeces, sus rapacidades, sus competencias vanidosas. Y como no habían visto más que algunos expedientes llenos de miserias, estaban persuadidos de que toda la vida clerical no era más que una ampliación repetida de aquellos mismos expedientes», de donde nació en ellos la idea de liberarla de esas calamidades y renovarla, devolviéndola su primitiva sencillez. Forman parte del mismo comité un obispo asustadizo que no aparece por allí, algunos tímidos abates, dóciles con la esperanza de que su docilidad tenga su recompensa, y el resto legistas y presuntuosos austeros, que quieren reducir los sacerdotes al papel subordinado de empleado del ramo de moral y de instrucción, según la fórmula de Mirabeau y el espíritu del *Vicario saboyano*. De la colaboración de legistas y jansenistas surgió el proyecto de Constitución civil, que fué presentado en 21 de abril, discutido a fin de mayo, votado artículo por artículo con sensibles modificaciones en el curso de junio, y aceptado en conjunto y sometido a la ratificación del Rey, el 12 de julio.

La Constitución comenzaba por una serie de supresiones; anulaba todos los beneficios que no tuvieran algún cargo adjunto, abolía todos los cabildos, destituía cuarenta y ocho obispos, con lo que no dejaba más que uno por departamento, reducía a diez el número de arzobispos, que en adelante habían de llamarse metropolitanos, y no admitía más que un solo cura por cada ciudad de diez mil habitantes o municipio rural de unas dos leguas cuadradas. Obispos y curas habían de ser designados por los electores que nombrasen los consejos de distrito y departamento. Las elecciones se verificarían por mayoría de votos y nadie sería excluído: ni los librepensadores, ni los herejes, ni los judíos. La designación

de los obispos no había de hacerla el Papa, sino el metropolitano, y si éste se negara a hacerla, el tribunal civil designaría otro prelado para reemplazarlo. Se informaría al Papa de estos nombramientos, entendiéndose que esta gestión sería el signo «de la unidad de fe y comunión con el jefe de la Iglesia universal». Convertidos en funcionarios, los curas se dividirían en ocho clases, con sueldos escalonados de 1.200 a 6.000 libras. Los obispos recibirían 12.000 libras, los metropolitanos 20.000 en provincias y 50.000 en París. En cambio, el pie de altar quedaba suprimido y las ofrendas se adjudicaban a los pobres.

Tal es el contenido de esta extraña disposición, que no respondía a ninguna concepción clara. Unos veían en ella una etapa hacia el aniquilamiento de la fe, otros un expediente para conservar lo que el pueblo necesita de religión. Aquéllos buscaban una venganza y éstos la esperanza de un renacimiento. «De esta colaboración de ideas —dice M. de la Gorge, cuya notable exposición nos limitamos a seguir en este punto— nació una inmensa confusión. A cada disposición se acompañan cláusulas contradictorias. Es una obra de varias caras, frágil, trabajada por gérmenes disolventes y destinada a perecer, sea al empuje de un renacimiento de la fe integral, sea al embate de la incredulidad que lo hunde todo». Los constituyentes, que, apoyados en razones de buena política, estimaban la religión útil al orden social, habían querido «aprisionarla en un marco oficial, donde se conservará sin renovarse ni extenderse», y al hacerlo, no le dejaban otra alternativa que la servidumbre o la insurrección. La obediencia, era la esclavitud; la rebelión de conciencias, la guerra civil.

¿Habían presentido este dilema los miembros del comité eclesiástico? Al final del proyecto habían añadido un párrafo concebido así: «Se suplicará al Rey que tome las medidas que se juzguen necesarias para asegurar la ejecución del presente decreto.» ¿Qué significaba este lenguaje enigmático, sino que el Rey quedaría encargado de interpretar, y posiblemente dulcificar, los deseos de la Asamblea, para hacerlos aceptables por la autoridad pontificia? Pero a pesar de que a mediados de junio una nueva batalla entre protestantes y católicos llegó a ensangrentar las calles de Nimes, no parece

que la Asamblea llegase a admitir ni por un solo momento la posibilidad de una resistencia. Suprimió la invitación hecha al Rey de continuar las negociaciones, y no la sustituyó por el menor artículo que reprimiese la desobediencia. Imprevisión grande, sin duda; pero ¿no prometía la somnolencia del clero todas las capitulaciones?

El Papa Pío VI reinaba desde 1778. Había presenciado, en casi todos los países de la cristiandad, un hundimiento de las fuerzas católicas, atacadas de frente por los filósofos, minadas sordamente por los príncipes reformadores. Activo y ambicioso por naturaleza, a fuerza de vejaciones se había vuelto paciente, prudente y resignado. Las primeras medidas revolucionarias le inquietaron mucho, pero procuró disimularlo. El cardenal secretario de Estado, Celada, un viejo de setenta y dos años, con más deseo de reposo que de batallas, le aconsejaba la contemporización. El embajador de Francia, cardenal de Bernis, le aconsejaba no apresurar nada... Se contentó con exhortar a Luis XVI en una carta muy confidencial: «a vigilar el depósito de la fe, y a no permitir que el error se adueñase del santuario». Pero vino en el otoño de 1789 la secularización de los bienes de la Iglesia, y después, en febrero de 1790, la prohibición de pronunciar votos monásticos y la supresión de las Ordenes religiosas, y el Papa ya no podía callarse.

El 29 de marzo de 1790, en un consistorio secreto, condenaba las leyes recientes; pero su alocución no se publicó, los periódicos recibieron la orden de no decir nada, y el Sacro Colegio aprobó unánimemente esta actitud. Desde París, mientras se comenzaba a hablar de la Constitución civil, el nuncio transmitía en cada correo las opiniones que recogía entre los miembros del episcopado. Todos recomendaban la conciliación: «Es necesario —repetían— que Su Santidad preste su apoyo a la Iglesia de Francia, y aun a costa de los mayores sacrificios, excepto la unidad.»

El mismo Luis XVI no desesperaba de encontrar una fórmula que le permitiese, en conciencia, sancionar la reforma eclesiástica sin ofender a Dios ni a la Iglesia. En Saint-Cloud, donde se había instalado para pasar el buen tiempo, gozaba sin preocupación de la tranquilidad que había seguido a los

grandes peligros de octubre. Durante el invierno había visitado los hospitales y las iglesias. Se había mostrado en público. Casi en todas partes, había sido acogido no sólo con respeto, sino también con afecto. Dos días después de haberse votado la Constitución civil, presidió la fiesta de la *Federación*, y asistió a la misa solemne celebrada en el campo de Marte, donde fué aclamado frenéticamente. «La idolatría por la Monarquía se propaga con la fuerza más violenta —escribía el *Correo de Provenza*—, y parece que la gente ha olvidado a los restauradores de la libertad francesa...» Todos estos testimonio de adhesión y respeto, lejos de incitar al Rey a preparar una reacción, lo confirmaron, al contrario, en su política de miramientos y contemporización. Rey constitucional, rodeado del amor de sus súbditos, no tenía más que esperar en una afable expectativa que las circunstancias hicieran sentir la necesidad de un poder ejecutivo más fuerte. Los directorios de departamntos y distritos que acababan de ser elegidos y que se componían en general de burgueses apacibles y honrados, amantes del orden y del trono, no tardarían en darse cuenta que, sin un jefe, la administración funcionaba mal. Seguros de que el Rey no pensaba en ninguna empresa contrarrevolucionaria, tranquilizados por la lealtad con que había aplicado las leyes fundamentales, los diputados se verían obligados a devolverle algunas prerrogativas esenciales; ¿para qué comprometer los beneficios de esta resignación en un conflicto clerical, en el que no podría contar con el apoyo de la burguesía conservadora, que seguía siendo volteriana?

Por la defensa de la religión, Luis XVI estaba dispuesto a sufrirlo todo; pero, justamente porque la partida era grave y una falsa maniobra podía acarrear las catástrofes más graves, le repugnaba oponerse a la Asamblea sin haber agotado todos los medios de conciliación. Por eso pensó ratificar y publicar la Constitución, y al mismo tiempo pedirle al Papa que la reconociera temporalmente. Entre lo provisional y lo definitivo, pasarían los días; la Asamblea, satisfecha de haber triunfado en principio, no se negaría a prestarse a las modificaciones indispensables y, suavemente, acabaría por doblar. sin contratiempos, este cabo de las Tormentas.

Esta maniobra iba a ser inútil. Por una parte, la Constitución afectaba demasiado a la disciplina, para que el Papa pudiera sancionarla, ni aun con la idea de una revisión, y, por otra parte, los constituyentes eran demasiado sistemáticos para tolerar la menor corrección a su obra. El arzobispo de Aix, Boisgelin, a pesar de ser el hombre más débil y más dispuesto a retroceder, redactó una breve refutación de la nueva ley, e inmediatamente sus reservas fueron refrendadas por treinta obispos y arzobispos, miembros de la Asamblea, y por otros noventa y tres prelados. Pero con el deseo ferviente de evitar el cisma, las autoridades eclesiásticas no pasaron más allá de las protestas doctrinales. Se atrincheraron en una actitud pasiva, fingieron ignorar la Constitución y esperaron a que los adversarios tomaran la iniciativa de los primeros golpes. Los canónigos siguieron oficiando. Los obispos suprimidos conservaron su jurisdicción. Los conservados se negaron a aumentar la suya. El Papa mismo, sin aprobar ni desaprobar nada, se contentó con hacer una consulta general de cardenales, teólogos y jefes de las Ordenes. La situación era muy embarazosa; los directorios de departamentos y distritos encargados de aplicar la ley, no sabían qué hacer. Unos no hacían nada; otros hacían demasiado, y esta mezcla incoherente de rigor y negligencia complicaba más las cosas. Fué entonces cuando nació en la mayoría de la Asamblea el obstinado propósito de acabar violentamente, adoptando una medida brutal que obligase a los obispos y sacerdotes a salir de la expectativa y a declararse en pro o en contra de la reforma. El 27 de noviembre de 1790, impulsada por el protestante Barnave, la Asamblea decidió que todos los eclesiásticos que conservaran sus funciones debían prestar juramento de apoyar la Constitución civil. Se entendería que la negativa equivalía a la renuncia del cargo, y que se procedería a reemplazar a los que no prestasen el juramento. A los ministros del culto que no lo hubieran hecho, y continuaran desempeñando sus antiguas funciones, se les perseguiría como perturbadores. Las mismas sanciones se tomarían contra los seglares que intentaran organizar la resistencia.

Un mes más tarde Luis XVI ratificaba el decreto. Aconsejado por Boisgelin, quien le aseguraba que una aceptación

arrancada por la fuerza no comprometía su conciencia, había hecho este sacrificio en bien de lo que él creía ser la paz pública y el interés del reino.

Creación del papel moneda en septiembre, obligación de prestar el juramento en noviembre: en tres meses, la Asamblea había cometido las dos faltas más graves. Pero mientras las terribles consecuencias de la inflación se dejaban sentir poco a poco, el conflicto religioso entraba inmediatamente en su fase más aguda.

Los diputados que sólo conocían a los miembros más timoratos del clero, creían que el decreto sobre el juramento no había de tropezar con resistencia alguna. Pronto tuvieron que cambiar de opinión. De los obispos, sólo siete juraron: Talleyrand, obispo de Autun; Jarente, de Orleans; Lafont de Sabine, obispo de Vivicco; Brienne, arzobispo de Sens y antes primer ministro; Gobel, coadjutor del obispo de Basilea; Martial de Brienne, coadjutor de su tío en Sens, y Dubourg-Miraudot, obispo *in partibus* de Babilonia. «Parece —dice M. de la Gorce— que, con estas defecciones, la Iglesia de Francia, más que debilitarse, se haya depurado.» Si de los prelados pasamos a los curas, es más difícil de hacer el cómputo, sobre todo en el campo, donde, para conservar la paz, las autoridades admitieron a veces que el cura jurase *con reservas*. Por otra parte, muchos clérigos que habían cedido en el primer momento, se retractaron después, cuando el Papa condenó solemnemente la Constitución civil en marzo y en abril de 1791. Para aumentar las listas oficiales —de las que en los Archivos se conservan aproximadamente la mitad—, se hizo aparecer en la relación de los sometidos, a continuación de los sacerdotes funcionarios, una gran cantidad de religiosos y sacerdotes sueltos que estaban libres de toda obligación y que juraron, exclusivamente por ambición, sin que nadie se lo pidiera. En conjunto, según los cálculos más fidedignos, dejaron de jurar del 52 al 55 por 100 de lo sacerdotes. En los departamentos del Oeste, Flandes y Alsacia, la mayoría fué de refractarios a hacerlo. En los departamentos de los Alpes, Seine-et-Oise, Seine-et-Marne, Doubs, Nièvre y Somme, la mayoría fué de los constitucionales.

La antigua Iglesia quedaba mutilada. Era preciso construir

la Iglesia nueva. Los dos primeros obispos elegidos: Expilly en Quimper, Marolles en Soissons, no encontraban quien les consagrase. De los siete que juraron, tres no tenían ningún prestigio, y los otro cuatro se retraían. «Yo juro, pero no consagro», decía Brienne. Talleyrand se sacrificó al fin, salvando así a la Iglesia constitucional, que, sin él, hubiera estado condenada a desaparecer o a caer en el presbiterianismo. Expilly y Marolles, consagrados por él el 24 de febrero, consagraron, a su vez, el 27, a tres colegas, que también consagraron a otros, de modo que a fin de abril, había ya sesenta nuevos prelados. La misma operación se hizo para el clero subalterno, cuyos vacíos se llenaron fácilmente, ya que habían sido suprimidas no pocas parroquias.

Pero no bastaba tener ministros y templos; se necesitaban fieles, y esto era lo que faltaba. Los curas antiguos, aunque privados de sus sueldos y expulsados de sus viviendas, no habían desaparecido. Decían misa, predicaban, administraban los sacramentos. Si bien el estado civil queda confiado al cura constitucional y hay que dirigirse a él para los bautismos, casamientos y entierros, se puede celebrar además de la ceremonia oficial otra familiar, presidida por el cura refractario. Casi en todas partes, desde su instalación, los curas juramentados ven a las almas piadosas apartarse de ellos. En Pascua, sus iglesias están vacías. En sus misas no hay más que indiferentes que van por hacer política. Por el contrario, refugiados en granjas, en capillas, en iglesias vacantes que han alquilado, los no juramentados reúnen asistentes tan numerosos, que los clubs se alarman. A pesar de un decreto del 7 de mayo, a pesar de la Declaración de Derechos, que garantiza formalmente la libertad religiosa, van a emplearse todos los medios imaginables para impedir que el culto privado se extienda y resista.

En todas partes se producen incidentes: fieles que se ven atacados y golpeados en público, oficios interrumpidos por tumultos, capillas particulares invadidas y saqueadas. Pero nada de esto alcanzaba a las conciencias. Para desmoralizar a los insumisos, los partidarios del decreto habían encontrado un medio mejor: hacer del piadoso Luis XVI un celoso constitucional, forzándole a recibir la comunión pascual de

manos de un sacerdote juramentado. El infeliz Rey, que había sostenido el culto antiguo en el interior de las Tullerías, pensó defenderse contra esta apostasía pública refugiándose en Saint-Cloud, donde ya el año anterior había pasado la primavera y el verano. La salida estaba anunciada para el 18 de abril, a las diez de la mañana. Cuando los carruajes de la Corte fueron a colocarse delante del palacio, los bloqueó una compacta muchedumbre, que La Fayette se consideró incapaz de dispersar. Hubo que renunciar al viaje. La cosa era obra de un abogado, Danton, que con ella se daba a conocer, sobresaliendo del tropel de agitadores subalternos. La izquierda no se contentó con esta victoria. A fuerza de intimaciones, obligó al Rey a licenciar en dos días a los miembros de su capilla, y a presentarse precipitadamente en la Asamblea para jurar nuevamente sostener la Constitución civil, y por último, asistir el domingo de Pascua a la misa oficial celebrada en Saint-Germain-l'Auxerrois.

La importancia de este hecho es inmensa. Humillado, amenazado, despojado de sus prerrogativas, prisionero en su palacio, Luis XVI no tenía desde entonces libertad de opinión. Su conciencia pertenecía a la mayoría de la Asamblea, y los clubs le dictaban su religión. A partir de ese día, se consideró desligado de sus promesas de fidelidad a la Revolución, y no pensó más que en sacudir rápidamente ese yugo, cuyo peso acababan de hacerle sentir.

Algunos franceses habían buscado ya refugio en el extranjero. Los primeros habían partido el 15 de julio de 1789, siguiendo al conde de Artois y al príncipe Condé que, la víspera, habían recibido un pasquín prometiendo una buena recompensa a quien llevara sus cabezas a la bodega del Palais-Royal. Mortificados en su orgullo y en su honor por la supresión de títulos y partículas, se les habían reunido muchos gentileshombres en la segunda mitad de 1789. Las sospechas, los insultos y las vejaciones empujaron a otros. En febrero de 1791, partían a su vez las tías del Rey. Aunque provistas de pasaportes en regla, fueron detenidas en Arnay-le-Duc y estuvieron presas doce días. Mirabeau personalmente tuvo que intervenir en la Asamblea para que pudieran continuar su camino. Pero lo que está permitido a los particulares, aun de alto rango, no está permitido a un Rey. El Rey de Francia ni emigra ni abdica. Luis XVI nunca pensó en hacerlo. Todo su plan consistía en salir secretamente de París, retirarse a una ciudad de provincias, reunir tropas fieles, y, una vez recuperadas fuerza y seguridad, apelar a la nación contra la tiranía de los clubs y de la Asamblea. La inmensa mayoría del país, que comprendía que la Revolución resbalaba por una pendiente fatal, respondería a su apelación. Disolvería la Asamblea, corregiría la Constitución. El Rey perdonaría, pacificaría, reconciliaría, y después de algunas convulsiones, volverían a ponerse en orden las cosas. Pero ¿qué ciudad elegir? Antes, Mirabeau había aconsejado Rouen. Luis XVI prefirió Metz, porque Metz era la gran plaza fuerte del reino, el cuartel general de Bouillé, y desde la represión de Nancy el ejército de Bouillé se había hecho sospechoso a los patriotas. Entre Bouillé y Fersen, el abnegado amigo de la Reina, urdieron la trama, y la partida se fijó para el 6 de junio. Pero los jacobinos tenían espías hasta en los servidores de palacio. Hubo que esperar a que no estuviera de servicio una camarera, de quien se sospechaba. La huída fué diferida hasta el lunes, día 20.

Las Tullerías estaban vigiladas como una prisión: en todas las salidas, guardias nacionales; en el jardín, en los patios, a lo largo de la terraza, 300 individuos armados; en las escaleras y en los pasillos, patrullas incesantes; en las antecámaras y salones, lacayos y suizos que dormían ante las puertas. No era posible partir en una sola vez. A las diez y media, madame de Tourrel, aya de los infantes de Francia, salió la primera, atravesando unas habitaciones abandonadas y llevando de la mano al Delfín y a madame Royale. Hacia medianoche, después de haber fingido acostarse como de ordinario, el Rey, la Reina y madame Elisabeth, hermana del Rey, consiguieron salir de palacio, uno a uno, y por caminos diferentes. Los trajes, muy sencillos, los disfrazaban algo, y la Reina llevaba un velo. Todos se encontraron en el ángulo del Petit Carrousel, donde los esperaba un fiacre. El lugar estaba atestado de carruajes, cocheros y palafreneros. Las tabernas estaban llenas de gente. Nadie se fijó en la familia real.

En la puerta de San Martín cambiaron de vehículo y tomaron una marcha moderada. Un postillón precedía a distancia de un relevo a la gran berlina verde donde iban el Rey, la Reina, los dos Infantes, madame Elisabeth y madame de Tourzel. A las seis estaban en Meaux, a los ocho en Ferté-sous-Jouarre. Allí dejaron el camino de Dorman para tomar el de Montmirail, dos leguas y media más corto. El tiempo prometía ser magnífico. El Rey, *Itinerario* en mano, contemplaba el paisaje y distribuía limosnas a los mendigos que encontraban. En la aldea de Chaintrix le reconoce el hijo del jefe de postas, Lagny, que ha asistido el año precedente a la fiesta de la Federación. Pero Lagny es monárquico leal, y la berlina vuelve a arrancar a gran velocidad. En Châlons, en la calle Saint Jacques, alguien descubre nuevamente a los viajeros. Los curiosos se agolpan alrededor de ellos, pero nadie hace un gesto para detenerlos. Desde este momento, sin embargo, la cosa está ya muy difícil. La noticia de su paso, llevada por algún emisario desconocido, va por delante de los fugitivos. Las aldeas están prevenidas. Como un reguero de pólvora corre la voz: «¡Que viene el Rey!» Y cuando se presentan los destacamentos de Bouillé que, a cuatro leguas de Châlons habían de empezar a dar escolta a los soberanos, encuentran a los paisanos tan sobreexcitados que tienen que retirarse.

Los Reyes, que aún se creían seguros del éxito, tuvieron la horrible revelación del peligro al llegar a Pont-de-Sonune-Vesle, donde debían encontrar a los húsares de M. de Choiseul. Ni un húsar. Ni el menor uniforme. El camino está desierto. ¿Qué hacer? ¿Preguntar a alguien? Era traicionarse. ¿Esperar? ¿Y si venían en su persecución? ¿Volver? Imposible. ¿Entonces? Entonces, continuar, seguir el camino siniestro donde está emboscada la catástrofe.

Los dragones de Damas habían llegado a Sainte-Menehould, hacía rato, pero habían bebido, callejeado, charlado, y no eran seguros. Apenas desaparecida la berlina, la ciudad entró en ebullición, y de puerta en puerta se gritaba la noticia: «¡El Rey acaba de pasar!» El hijo del jefe de posta, Drouet, y un empleado del distrito, Guillaume, apodado La Hure, se ofrecieron para detener el convoy sospechoso. Montaron dos caballos de la posta y se lanzaron por los atajos del Argonne. En Clermont no había dragones, sólo estaba el coronel, conde de Damas, que, temiendo un conflicto con la gente de la ciudad, había hecho volver a su tropa. La noche era oscura. Los viajeros, agotados, se durmieron. La berlina, que conservaba media hora de adelanto, la perdió en la parte baja de la ciudad de Varennes, mientras buscaba el relevo que estaba preparado en la otra parte. Drouet, que conocía el terreno, siguió directamente el camino de Montmedy, dió la alarma, despertó a los concejales, hizo que se levantase una barricada en el puente del Aire, y cuando llegó la berlina la rodeó de improviso un tropel de guardias nacionales armados, mandados por el procurador del municipio, Sauce.

¡Los pasaportes! Los pasaportes, extendidos a nombre de una amiga de Fersen, la baronesa de Korff, están en regla. No hay ninguna razón para detener el carruaje. Es la opinión general. Pero Drouet interviene, grita, jura, protesta. El viejo Sauce, aterrorizado, decide retener a la baronesa de Korff y sus acompañantes hasta la mañana siguiente, y cortésmente les ofrece su casa para pasar la noche. Un juez, Destez, que se había casado en Versalles, acude, reconoce al Rey y dobla la rodilla delante de él. Luis XVI, muy emocionado, lo abraza, abraza a Sauce, abraza a los empleados del municipio, y explica tranquilamente «que ha salido de París porque allí su familia está expuesta a perecer cualquier día; que está cansado de vivir entre puñales y bayonetas, y que viene a refugiarse entre sus fieles súbditos». Con esto, parecen quedar todos conmovidos y se conviene en reanudar al alba el interrumpido viaje. Los húsares rechazados de Pont-de-Somme-Vesle acababan de llegar después de una larga marcha a través del bosque. Choiseul y Damas propusieron al Rey abrirse paso a sablazos y ponerse en camino sin demora. Luis XVI se negó. ¿No había prometido el Ayuntamiento dejarle partir dentro de unas horas? ¿Para qué atacar a estos buenos aldeanos? Nada de violencias. Nada de sangre. Esta bondad acabó de perderlo. Sauce, cada vez más perplejo, tiene tiempo para mandar un emisario a París. En Clairmont, este correo encuentra a los enviados por la Asam-

blea, que desde la mañana galopaban en seguimiento de la familia real.

En París se había conocido la huída el 21, a las siete. Como despedida, el Rey había dejado un manifiesto donde hacía un cuadro estrictamente exacto del lamentable estado en que se encontraba Francia. Enumera en él todos los sacrificios a que se había allanado para restablecer la concordia, y por los que no había recibido otra recompensa que «ver la destrucción de la Monarquía, ignorados todos los poderes, las propiedades violadas, la seguridad de las personas puesta en peligro en todas partes, los crímenes impunes y una completa anarquía anulando las leyes, sin que la apariencia de autoridad que le daba la nueva Constitución fuera suficiente para reparar uno solo de los males que afligen al reino». El documento se lleva a la Asamblea, que oye su lectura con ansiedad, esperando encontrar algunas indicaciones sobre los proyectos del Rey. La Fayette, una hora antes de abrirse la sesión, ha enviado a provincias un comunicado anunciando que los enemigos de la Revolución han raptado al Rey y ordenando a todos los buenos ciudadanos que se preparen para arrancarlo a sus raptores. La Asamblea adopta esta versión de los sucesos, ordena una investigación, hace disparar el cañón de alarma y prohibe la salida del reino a toda persona, aunque esté provista de papeles en regla. Pero esta febril agitación encubre mal sus temores. Todo el mundo cree que el Rey ha ganado la frontera del norte para dictar desde allí sus condiciones a Francia. París se ha desbordado en las calles e invade las Tullerías. Toda la ciudad resuena en un rumor inmenso. Entre el Rey y el motín, ¿pesará algo el frágil prestigio de los diputados? ¿Qué será de ellos mañana? ¿Qué se podrá dar por sus cabezas?

Veinte horas después sus comisionados comunicaban a Luis XVI, en la habitación de Sauce, la orden de prisión, y Luis XVI exclamaba: «¡Ya no hay Rey en Francia!» Porque, en el drama de Varennes, que M. Lenôtre ha relatado con tanta emoción, no faltan ni los recursos escénicos, ni las frases históricas.

La orden había sido notificada a los soberanos a las cinco. No se pusieron en marcha hasta las siete. El Rey había retrasado la partida todo lo posible, esperando dar a Bouillé tiempo de llegar y libertarlo. Unos 50 jinetes patrullaban ya entre las mieses, pero el jefe no osaba ordenar nada. Cuando Bouillé llega, a su vez, con 400 soldados del Real alemán, sus oficiales le objetan que los caballos están fatigados, que no hay bastantes hombres, que los caminos son malos, que no se puede vadear el río, que es muy tarde. Y Bouillé se va. Cuanto de cerca o de lejos toca al trono, está atacado de la misma parálisis.

El camino de Varennes a París fué para los prisioneros un verdadero calvario. El cortejo embriagado, la multitud vociferadora, las amenazas, los insultos, la fatiga: todas las escenas de octubre, renovadas y acrecentadas. Ante el espectáculo de la humillación real, se excita la bajeza popular. Individuos que se aferran a las portezuelas de la berlina, y lanzan a la Reina los insultos más groseros. Miserables que escupen al Rey a la cara. A un hombre que en Châlons saluda a la Reina, lo asesinan. Una horda de individuos de baja estofa asalta e invade la casa de la Intendencia, donde los soberanos han pasado una parte de la noche, vociferando que: «Capeto está ya bastante gordo para lo que quieren hacer con él», que ellos se encargan «de confeccionar escarapelas con las tripas de Luis y de Antonieta y cinturones con su piel». Hay que reanudar el viaje bajo una tempestad de imprecaciones y silbidos. En Epernay, donde hacen alto para desayunar, a poco asfixian al Delfín, y a la Reina la empujan tan brutalmente al descender del carruaje, que le desgarran el vestido de arriba abajo. Terminada la comida, Luis XVI, María Antonieta y madame Elisabeth tienen que salir de la posada uno a uno y rodeados por un grupo de guardias nacionales cogidos del brazo. A madame de Tourzel la trasladan a la berlina casi desvanecida. Entre Epernay y Château-Thierry, se presentan los tres diputados que la Asamblea ha delegado: La Tour-Maubourg, Barnave y Pétion, un monárquico, un constitucional y un avanzado. Se abren camino entre la multitud. El Rey repite su eterna protesta: «Yo no quería salir de Francia, lo he declarado y es verdad»; después manda a sus compañeros estrecharse para dejar lugar a los comisarios, que suben, aunque disculpándose. La

presencia de los diputados proporcionó a los prisioneros algún descanso. Indignados por los insultos y humillaciones que abrumaban a los Reyes, tomaron las disposiciones necesarias para librarse de la sórdida y sudorosa escolta que llevaban tras de sí. A la salida de Château-Thierry, por orden suya, la guardia nacional montada, venida de Soissons, cerró el paso e impidió a los curiosos unirse a los carruajes, que partieron a buen paso rodeados sólo de algunos jinetes. Por una etapa estaban tranquilos. Prisioneros y guardianes empezaron a departir. Barnave había comenzado torpemente. Creyendo que uno de los guardias de corps que cabalgaban a su lado era el conde de Fersen, se permitió dirigir a la Reina una sonrisa maliciosa, casi sardónica. María Antonieta, sin afectación, se apresuró a decir el nombre de los tres guardias y Barnave se calló. Pétion estuvo más insolente. Dijo que sabía todo; que los fugitivos habían tomado en el Carrousel un coche de punto, conducido por un sueco cuyo nombre había olvidado, pero que la Reina se lo podría recordar...

—No suelo saber el nombre de los cocheros de punto —replicó ésta con altivez.

Sin embargo, pasadas estas escaramuzas, se estableció cierta cordialidad. El rostro de la Reina se despejó. El Rey se mostró sencillo y bueno, como de ordinario, hablando poco, pero con mucha soltura y reflexión. Interrogó a Pétion sobre las opiniones de la izquierda, y añadió con curiosidad:

—¿Es usted partidario de la República, señor Pétion?

—Señor —respondió Pétion—, en la tribuna lo era; aquí, siento que mi opinión cambia.

El desdichado se imaginaba que madame Elisabeth estaba enamorada de él, y en su relato del viaje, dedica a la narración de su buena estrella treinta líneas, «que lo condenan para siempre al ridículo».

Hicieron noche en Meaux. A las seis se pusieron de nuevo en marcha bajo un sol de fuego y en una atmósfera de plomo. Había sido imposible organizar un servicio ordenado. La berlina avanzaba paso a paso, a través de una masa humana tan densa, que no se percibía más que la agitación de las cabezas. Trece horas se necesitaron para llegar a París. Rodearon la muralla desde la puerta de la Villette a la de

Neuilly, después descendieron por los Campos Elíseos hasta las Tullerías. Guardias nacionales cubrían la carrera, presentando armas, con la culata hacia arriba como en un entierro. La consigna era: «Ni un grito, ni un saludo», y este pesado silencio era aún más aplastante que la apelotonada multitud. De vez en cuando, a lo lejos, un redoble de tambor, un empujón, algunos gritos, y el silencio de nuevo. En las Tullerías, la berlina fué a colocarse ante la ancha gradería de tres peldaños que había que atravesar para llegar a la puerta central del Pabellón del Reloj. Era el momento crítico. Olvidadas todas las consignas, la multitud arrolla a la guardia, y rotas sus filas, se precipita furiosa. Los guardias de corps, arrastrados por el vendaval, desaparecen. La Fayette, los diputados y guardias acuden, se interponen y consiguen rehacer la fila. El Rey pasa, tranquilamente, sin el menor vestigio de emoción, y nadie dice nada. La Reina aparece a su vez, se oyen algunos murmullos, pronto reprimidos. Aplauden al Delfín y a su hermana. Madame Elisabeth y madame de Tourzel, medio muertas de fatiga, franquearon las últimas el estrecho paso. Eran las siete de la tarde. La verja del peristilo se cerró de nuevo. A la mañana siguiente, al despertarse, la Reina observó que sus cabellos se habían vuelto blancos como los de una anciana.

Los diputados sentíanse a la vez orgullosos y sorprendidos. Habían decidido que Luis XVI quedara en las Tullerías con una fuerte guardia, y ordenaron al ministro de Justicia que pusiera el sello del Estado en los decretos por ellos votados, sin que fuera necesaria la sanción regia. Era la suspensión, casi la destitución, una destitución provisional que no resolvía ninguna de las dificultades.

¿Destituirían al Rey definitivamente? ¿Quién sería entonces su sucesor? Si era el Delfín, ¿quién sería regente? ¿Deberían mantener independientemente de la persona del soberano la Constitución, o proclamar la República? ¿Qué República? ¿Una República popular a base de plebiscito, o una República cesárea, con un tribuno que fuera casi un dictador?

En aquellos cuatro días de interregno no se había registrado ningún desorden grave. Sin embargo, la súbita desapa-

rición del Rey, al que la inmensa mayoría del país consideraba aún como el alma de Francia, había causado, según la acertada expresión de M. Lenôtre, una impresión de anonadamiento y de letargia, y en esta angustia habían brotado una serie de iniciativas más o menos ilegales, cuya abundancia parecía anunciar una próxima anarquía. Por otra parte, era claro —y mucha gente se veía obligada a admitirlo, por lo menos en su fuero interno— que el Rey no había querido huir de Francia. De haberlo pretendido, no hubiera intentado ganar la lejana frontera del Este. Hubiera ido al Norte, por Lille o Maubeuge, como acababa de hacerlo, con éxito, el conde de Provenza, la misma noche y en las mismas condiciones. Además, sin Rey, toda la obra de la Constitución se derrumbaba. Había que realizar una segunda revolución, preñada de incertidumbres, sin saber cómo se detendría, frente a una Europa alarmada que, tal vez, llegaría hasta la guerra. La burguesía constitucional se negó a correr el riesgo, y Barnave, ganado a la causa monárquica, mitad por piedad, mitad por reflexión, expresó claramente sus sentimientos en un gran discurso pronunciado el 15 de julio: «Todo cambio en la Constitución es fatal, toda prolongación de la Revolución es desastrosa... Un paso más, sería funesto y culpable. Un paso más en la línea de la libertad, sería la destrucción de la Monarquía; en la línea de la igualdad, la destrucción de la propiedad. *Si se quisiera seguir destruyendo aún..., ¿se encontraría otra aristocracia a la que deshacer que no fuera la de la propiedad?*» La frase era profunda: la entendieron, y *para contener la revolución social, la Asamblea se resignó a detener la revolución política.* Se convino, de una vez para siempre, en que el Rey había sido raptado, y, gracias a esta ficción, por los decretos de 15 y 16 de julio se le excluyó de la causa y se le confirmaron todos sus derechos. Para darle verosimilitud, se abrió un sumario contra Bouillé y sus cómplices, presuntos autores del rapto.

Desde 1788, a medida que los sucesos se fueron precipitando, el partido revolucionario se inclinó cada vez más hacia la izquierda; al fin de cada etapa, se encontraba más separado de su ala derecha, que se imaginaba que la Revolución debía detenerse en ella, y se negaba a seguir el movimiento. Los parlamentarios habían sido las víctimas de la primera depuración, después de la caída de Brienne; los amigos de Monnier, lo fueron de la segunda, después de las jornadas del 5 y 6 de octubre. Una vez más, los clubs se aprestaron a reanudar el juego que tan buen éxito había tenido, e iniciaron una agitación para imponer a la Asamblea el cambio de régimen, al que acababa de negarse.

Los jacobinos habían hecho circular una petición pidiendo la destitución del rey y su sustitución por todos los medios constitucionales. Esto había dado lugar a una escisión en la sociedad. Siéyès, Barnave, los Lameth, protestando, se habían separado de ella para fundar en el convento de los Fuldenses una sociedad rival; y esta defección, unida a los votos de la Asamblea, había paralizado el movimiento. Otro club, mucho más popular, mucho más avanzado, se encargó de reanudarlo: la Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre, a la que llamaban también Club de los Franciscanos.

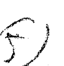
Los franciscanos databan del verano de 1790, pero no habían empezado a adquirir importancia hasta el invierno de 1790-1791, que se pusieron a la cabeza de los clubs de barrio (o sociedades fraternales), organizados bajo la inspiración de Marat y Danton para agrupar la gente baja y la gente de oficio que, a causa de la elevada cifra de la cotización, no pertenecían a los jacobinos. Los franciscanos y sus afiliados eran tanto más temibles, cuanto que no separaban las reivindicaciones corporativas de las reivindicaciones políticas. Ellos fueron quienes, a partir de mayo de 1791, organizaron las grandes huelgas de carpinteros, tipógrafos, sombrereros y herradores, contra los cuales la Asamblea había votado el 14 de junio de 191 la ley Le Chapelier, que reprimía severamente, como un delito, toda coalición para imponer un salario uniforme a los patronos. A propuesta de Danton, los franciscanos decidieron que el 17 se llevara con gran aparato al Altar de la Patria, en el Campo de Marte, una nueva petición, que no aludiría ya a los «medios constitucionales», sino que hablaría terminantemente de destitución. Las sociedades populares convocarían a sus afiliados para ir a firmarla en masa.

Creyéndose fuertes con los decretos votados la víspera y antevíspera por la Constituyente, La Fayette, comandante de

la guardia nacional, y Bailly, alcalde de París, prohibieron toda manifestación. Los clubs que se habían citado a las once en la plaza de la Bastilla, donde pensaban organizarse para desfilar, encontraron la plaza ocupada por tropas, que fueron dispersándose a medida que se presentaban. La concentración debió trasladarse al campo de Marte, ya ocupado por multitud de curiosos estacionados allí desde la mañana. Bajo el mismo Altar de la Patria, descubrieron dos individuos escondidos. ¿Qué hacían allí? ¡Tal vez eran simples vagabundos que habían dormido en aquel sitio! Quizá se pudiera pensar, ya que uno de ellos estaba provisto de un berbiquí, que deseaban proporcionarse un fácil placer contemplando a las ciudadanas peticionarias a través de unos agujeros practicados en sitios oportunos. Fuera lo que fuera, el caso es que los dos desdichados fueron arrancados de sus escondrijos y entregados al populacho. La masa estaba nerviosa. Corrió el rumor de que acababan de descubrir a dos bandidos que se disponían a volar el altar, y sin más proceso, los dos bergantes fueron ahorcados revolucionariamente. Como la masa de los manifestantes aumentaba, La Fayette se decidió a despejar la plaza, y Bailly hizo ondear la bandera roja, enseña de la ley marcial. Los parisienses estaban, desde hacía tres años, demasiado acostumbrados a provocar a la tropa, para que tomasen en serio la amenaza. Una nube de piedras cayó sobre los soldados desplegados, que contestaron primero con una descarga al aire, y después, cuando alguien disparó un pistoletazo a La Fayette, con una verdadera descarga, que fué la señal de la batalla. Por todas partes suenan disparos, la fusilería crepita, los guardias, exasperados por aquella larga formación bajo un sol tropical, tiran sin descanso. En pocos minutos, el recinto de la Federación se vacía y los fugitivos son perseguidos sin piedad, sobre todo del lado de Gros-Caillou. En su diario, Marat llegó a decir que había habido cuatrocientos muertos. Es una exageración evidente. Es probable que hubiera dos muertos y siete heridos en la tropa, cincuenta muertos y mayor número de heridos de los franciscanos.

La cifra exacta importa poco; lo esencial es que, por vez

primera desde 1788, el Gobierno legal había hecho frente a la insurrección. La Asamblea parecía querer consolidar su victoria. Bajo la influencia del relato hecho por Bailly, adoptó el 18, casi sin discusión, un decreto que reprimía duramente la provocación al asesinato, la excitación de los ciudadanos a la desobediencia, la publicación y reparto de escritos sediciosos. Su Comité de instrucción comenzaba un proceso contra los autores de los recientes disturbios. Los cabecillas se escondían. Danton huía a Inglaterra. Un poco más de vigor aún, y la corriente demagógica se hubiera detenido. Pero, una vez más, la Asamblea, falta de carácter, se detuvo a mitad de camino: se echó tierra al sumario, los clubs siguieron abiertos. De todos estos trastornos, sólo quedaron odios, sin que la situación mejorase sensiblemente. La revisión de la Constitución emprendida por los moderados no se concluyó, por culpa de la derecha, que, por el gusto de molestar a sus antiguos enemigos, unió sus votos a los de la extrema izquierda. Se contentaron con algunas medidas fragmentarias: se devolvieron títulos honoríficos a los príncipes y princesas de la Familia Real, se aumentaron las condiciones necesarias para ser elector, se suprimió el derecho de petición colectiva; poca cosa, en resumen. Más importante era el voto que quitaba a la Constitución civil su carácter de ley fundamental, transformándola en una ley ordinaria y susceptible, por lo tanto, de modificación. Pero esto no era más que el anuncio vago de una obra lejana.



La Asamblea estaba agotada. El asunto del Campo de Marte había gastado sus últimas fuerzas. Su prestigio se perdía entre la general indiferencia. Hacía un calor abrumador. Los diputados, que sucumbían de fatiga, estaban impacientes por irse, y el público, cansado, impaciente por verlos marchar. El 4 de septiembre se llevó la Constitución a Luis XVI, que respondió, el 13, con una carta muy digna, que la aceptaba: «Faltaría, sin embargo, a la verdad —añadía—, si dijera que he observado en los medios de ejecución y administración toda la energía necesaria para imprimir movimiento y conservar la unidad en todas las partes de un Imperio tan vasto; pero, puesto que las opiniones sobre estos asuntos es-

tán hoy divididas, consiento en que la experiencia sea el único juez.»

El 14 leía en el Picadero su declaración de aceptación. Todo era alegría. Antes de separarse, la Asamblea votaba una amnistía general. El Ayuntamiento organizaba espléndidas fiestas. La Reina era aclamada en la Opera, el Rey casi llevado en triunfo en el jardín de las Tullerías. Volvían algunos emigrados... Lánguidamente, París se desperezaba al sol, abandonándose a la dulzura de vivir. La Constitución, monumento eterno de la sabiduría humana, iba a asegurar la felicidad de Francia. La Revolución había acabado.

CAPITULO VIII

La guerra

La Revolución acababa de empezar. La Constitución era inaplicable.

«Un Gobierno —dice Taine— es un concierto de poderes que, cada uno en un oficio distinto, trabajan juntos para una obra final y total. Que el Gobierno realice esta obra, y habrá adquirido todo el mérito que le es dable lograr; una máquina vale sólo por su efecto. Lo que importa, no es que esté bien dibujada en el papel, sino que funcione bien en el terreno. De nada valdrá que los constructores nos ponderen la belleza de su plano y el encadenamiento de sus teoremas; no se les ha pedido ni planos, ni teoremas, sino una herramienta. Para que esta herramienta sea manejable y eficaz, se necesitan dos condiciones. En primer lugar, es necesario que los Poderes públicos concuerden: cuando esto no sucede, se anulan. En segundo lugar, es necesario que los Poderes públicos sean obedecidos: sin lo cual son nulos. La Constituyente no se ha preocupado de esta concordia, ni de esta obediencia.»

El Rey, empleado honorífico, está secuestrado en su palacio. Sus ministros son ajenos a la Asamblea. Cuando entran allí, lo hacen humildemente para suministrar informaciones o para responder a interrogatorios. Todos los magistrados subalternos o locales: jueces, administradores de distrito y de departamento, alcaldes y empleados municipales, todos, del menor al mayor, son electivos. Dependen de sus

administrados, no de sus superiores. El Rey representa el Poder ejecutivo, pero no tiene ningún agente de ejecución. Es el jefe del Ejército, pero la tropa y la gendarmería están a disposición de los Ayuntamientos y no puede dar órdenes a la Guardia nacional. No le queda más que un arma: la facultad de diferir por cuatro años los decretos que no aprueba. Es el *veto suspensivo*, el *no* temporal, contra el que la Asamblea no tiene otro recurso que la fuerza, porque no hay nadie que pueda resolver el conflicto; ni Cuerpo electoral, ni Cámara Alta. Le han negado al Soberano el derecho de disolución; no han querido segunda Cámara, por temor a que se convirtiera en refugio de aristócratas. Aunque maniatado, el Rey parece aún demasiado terrible. Para cohibir más su acción, lo hacen sospechoso. La educación de su hijo la inspeccionará la Asamblea. Cuantos se le aproximan o le sirven, son, por definición, gentes corrompidas. Si se resigna a su papel de espectador pasivo, las gacetas le acusan de tibieza y los republicanos denuncian su inutilidad. Si busca la popularidad, es que trama un complot. El empleo del veto es una rebelión.

La Asamblea legislativa se dice la única depositaria de la confianza del pueblo. Pero se la elige por un sufragio de segundo grado, por electores contribuyentes, y, para los jefes de la extrema izquierda, esto sólo es ya un atentado a los derechos del hombre y una injuria a la soberanía nacional. Por otra parte, para hacerse escuchar tiene tan pocos medios como el Rey. Los directorios de departamentos y distritos pueden desafiarla impunemente, lo mismo que las municipalidades pueden desafiar a los departamentos y distritos. En este sistema, donde no hay ni jerarquía, ni sujeción legal, las únicas autoridades que deben tenerse en cuenta son las inferiores, las que se ejercen sin intermediario, las que tienen influencia directa sobre los ciudadanos. Pero ocurre que éstas, sin prestigio personal, ni conocimientos, son las menos capacitadas para llenar bien las múltiples tareas de que están encargadas.

En la mitad de los ayuntamientos, los empleados municipales apenas saben leer, y estos ignorantes son los encargados de realizar todos los servicios públicos, desde el armamento de la Guardia nacional, hasta la confiscación de los bienes eclesiásticos. Los ayuntamientos de importancia se verían agobiados si no tomaran el partido de abandonar lo más complicado de sus funciones, lo que es puramente administración, lo que podría crearles dificultades con sus electores.

Las relaciones de cobranza de impuestos no están formuladas, o lo están mal. No se reprimen las manifestaciones. La seguridad de las personas no está garantizada. El decreto que autoriza el culto privado, es como si no existiera; la ley que ordena el rescate de las rentas feudales, se viola sistemáticamente. Los ciudadanos muestran tanto menos gusto en pasar de electores soberanos a dóciles administrados, cuanto que las elecciones son más frecuentes y su soberanía se ve solicitada más a menudo. Votan incesantemente. En mayo de 1790, elección de administradores de distrito y departamento. En octubre, elección del juez de paz y del tribunal de distrito. En noviembre, renovación parcial de la corporación municipal. En febrero y marzo de 1791, nombramiento de obispo y curas. De junio a septiembre, renovación parcial de los administradores de departamento y distrito, elección del tribunal criminal, elección de diputados. En noviembre, renovación parcial del Consejo municipal. Todas estas operaciones no se hacen en un día. Necesitan semanas enteras. En muchos lugares son impugnadas y deben repetirse. En todas partes van acompañadas de conciliábulos, demandas y manifestaciones. Durante todo el año, el país vive en una atmósfera de campaña electoral. ¿Qué nervios la resistirían? ¿Y qué hombre, de no hacer de ello su profesión, tendría bastante tiempo y bastantes recursos para entregarse enteramente a esta tarea?

Al entusiasmo de los seis primeros meses sucedió una marcada indiferencia. Es preciso vivir. De grado o de fuerza, Francia vuelve a las ocupaciones que le dan el pan. Desde mediados de 1790, la cifra de las abstenciones es enorme. En Besançon, de 3.200 inscritos, no hay más que 959 votantes. En Grenoble, de 2.500 inscritos, 2.000 abstenidos. En París, en noviembre de 1791, en las elecciones municipales, de 80.000 inscritos, hay 10.000 votantes: Pétion es elegido alcalde por 6.728 votos. La defección de la mayoría hace todopo-

derosa a la minoría. «A falta de la mayoría que se retrae, es la minoría quien presta el servicio y se apodera del Poder.» Una vez más, tras el equívoco de la voluntad general y la comedia de los escrutinios, encontramos a la gente de los clubs. Aun a riesgo de resultar monótono, no tiene uno más remedio que volver a ella, si quiere hacer ver las cosas como son y no como las presentan los documentos oficiales.

La Legislativa se reunió el 1 de octubre. Contaba 745 miembros. «Nunca hubo asamblea más joven —escribe Michelet—. Parecía como un batallón de hombres casi de la misma edad, clase, lengua y traje. Excepto Condorcet, Brissot y algunos otros, todos son desconocidos.» Como para cortar mejor los lazos que todavía unían al nuevo con el antiguo régimen, la Constituyente resolvió que sus miembros no debían ser reelegibles. Sus sucesores son burgueses mediocres, inhábiles, suspicaces, sin experiencia, llenos de prevenciones y ávidos de grandes frases. La derecha —lo que en adelante equivaldrá a decir los constitucionales— no cuenta más que un centenar de miembros. Con sus aliados del centro, no siempre seguros, pueden reunir 200 ó 250 votos. Ciento cuarenta jacobinos solamente forman la izquierda, pero dominan y arrastran a los 340 independientes que constituyen la mayoría y que, en casi su totalidad, deben el mandato a la poderosa sociedad. Entre los 140, sobresalen Condorcet y Brissot, diputados por París, Vergniaud, Gensonné y Guadet, diputados por Burdeos. Por su elocuencia, van a ser las principales figuras de este escenario.

Se habla mucho en la Legislativa. De 745 diputados, hay 400 abogados —400 charlatanes—, una veintena de los cuales está zumbando siempre a la par. Las sesiones de la Constituyente eran desordenadas. Las de la Legislativa son anárquicas. Figuraos, dice un testigo ocular y habitual, «una clase donde centenares de escolares disputan y están, a cada momento, a punto de tirarse de los pelos. Su traje más que descuidado, la violencia de sus ademanes, el brusco paso de los clamores a los insultos, constituyen un espectáculo incomparable e imposible de pintar». Las tribunas injurian a los oradores moderados. Tropeles de hombres y mujeres se creen autorizados para atravesar la sala, lanzando gritos y amenazas. Se admiten

en la tribuna todas las comisiones, todas las manifestaciones, aunque sean indecentes o pueriles. Es una batahola continua, salpicada de intermedios ensordecedores.

Sólo los tres grandes oradores llegan a imponer silencio y hacerse oír, a ratos cuando menos. Nunca, sin embargo, hubo tal embriaguez de palabras, tantos discursos pomposos y tanta retórica vacía. La faramalla de las arengas suena allí como un ruido de hierro viejo. El círculo de Popilio, los Gracos, las antorchas del himeneo, Bruto, Catón, el brasero de Scévola, la plebe retirada en el Monte Sacro, Catilina, Cincinato y su arado, Saturno devorando a sus hijos, el Senado vendiendo el sitio donde acampaba Aníbal, todas las viejas reminiscencias escolares llueven desde la tribuna, mezcladas con necedades solemnes, prosopopeyas, apóstrofes a los dioses y citas del *Contrato Social*. El mismo Vergniaud se deja arrastrar por la frase retumbante, y no resiste a las aclamaciones que animan al énfasis y a la extravagancia. Condorcet se crea otra especialidad: la del aburrimiento. «Escribía —dice Rivarol— con opio sobre hojas de plomo.» Pero Condorcet es director de la Moneda, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, filósofo, matemático, antiguo amigo de D'Alembert y calificado superviviente de la Enciclopedia. Toda asamblea necesita un pensador y un oráculo; y este figurón académico era el indicado para desempeñar tal papel. Los demás se resignaron a escucharle y admirarle.

Pero si los actores son malos, la obra es trágica. Pasada la primera embriaguez, comienzan los estragos de la inflación. La vida es difícil; las mercancías son escasas y caras; los desórdenes ahuyentan la clientela; el comercio languidece. Si las cosechas de 1789 a 1790 han sido buenas, la de 1791 es mala. De Santo Domingo, en plena insurrección, no llegan los productos coloniales. El azúcar falta. Desde el otoño se registran de nuevo, por todas partes, casos de tiendas asaltadas, convoyes atacados, mercados saqueados. En febrero de 1792, según el ministro del Interior, no pasa un día sin la noticia de alguna alarmante insurrección. Pesquisas armadas en las granjas, tasaciones arbitrarias de los trigos, violación de domicilios, detención de transportes, saqueo de molinos y graneros, de un extremo a otro del reino: es una segunda

epidemia de violencia, tan parecida a la primera, la de 1789, que al describirla parece haberse retrocedido dos años.

En febrero, en Dunquerque, devastan diez casas de comercio, de las más importantes; hay catorce muertos y sesenta heridos. En Noyon, 30.000 campesinos detienen en el Oise los barcos cargados de trigo y se apoderan de su cargamento. Los leñadores asaltan los mercados de Beauce, ayudados eficazmente por los aserradores de los bosques de Conches y Breteuil, y los ayuntamientos se ven obligados a tasar la harina, la manteca, los huevos, los hierros y el carbón. En Montlhéry asesinan a un comerciante de cereales. En Etampes matan al alcalde. Las mismas escenas se repiten en el Yonne y el Nièvre, donde los asaltantes son los madereros del Morvan. En marzo y abril, en Cantal se produce un motín de campesinos que llena de espanto una veintena de ayuntamientos: castillos incendiados, propietarios sometidos a requisas forzadas, autoridades inertes o cómplices. En Bouches-du-Rhône, el desprecio a las leyes ha llegado al último grado. La guerra civil es constante. Verdaderas expediciones —ciudades contra ciudades, municipios contra municipios—, se organizan todas las semanas. La guardia nacional de Marsella se crea una fructuosa especialidad con estas *razzias*, que la llevan sucesivamente a Tubanne, a Auriol, a Eyguière, a Apt, a Arlés —muy especialmente—, de donde se lleva una contribución de 86.000 libras. También visita Manosque y Digne, visita que cuesta 16.000 libras a la primera y 13.000 a la segunda.

Bajo las apariencias del derecho proclamado y jurado cien veces, no queda más que la opresión de una clase por otra, el desencadenamiento brutal de los apetitos, la tiranía de los fanáticos que se arrogan todos los derechos del soberano. Sin embargo, no son estos desórdenes los que arrastrarán al trono y a la Constitución. Sembrando el terror entre los moderados y los burgueses, los hubieran más bien consolidado. Para llegar a la República, no bastan los estragos de los asignados y de las leyes religiosas, se necesita también el peligro exterior: la guerra.

Sus orígenes son tan nebulosos y están envueltos en tantas complicaciones, que para llegar a conocerlos, es necesario

pasar revista, uno, a uno, a los diferentes actores: el Rey, Europa, los revolucionarios.

A nadie hubiera asombrado una apelación de Luis XVI a los demás soberanos para restablecer su autoridad. El recurrir al extranjero estaba de acuerdo con las doctrinas políticas de la época, y no había necesidad de ahondar mucho para encontrar numerosos ejemplos. Puesto que el Estado se unifica con el Rey, puesto que el Rey es la más alta encarnación de la patria, los enemigos del Rey son al mismo tiempo enemigos del Estado. Siendo derecho y deber del príncipe combatirlos, él es el único juez de los medios más propios para vencerlos. La cuestión de la legalidad o ilegalidad de tales gestiones, no ofrece otro interés sino el de hacernos ver que en este punto nuestras ideas no son las mismas que las de nuestros bisabuelos.

Pero si, honradamente, Luis XVI se creía autorizado a pedir socorro a Viena o a Berlín, no podía, en conciencia, buscar la salvación de la Monarquía en la pérdida del reino. Así, cuando los decretos sobre el clero le decidieron a reclamar una intervención de Europa, la concibió de una manera totalmente diferente de la que ordinariamente se le atribuye. No trata de preparar una expedición de policía internacional reaccionaria contra Francia. Nada de eso. Lo que Luis XVI desea es un congreso de soberanos, acompañado de una concentración de tropas. Congreso y concentración habían de hacerse con gran ruido y aparato. Tras de algunas paradas preliminares, los príncipes fulminarían un terrible manifiesto contra los revolucionarios de París, que, intimidados por este ruido de botas y sables, bajarían el tono inmediatamente, al tiempo que renacería el valor entre los buenos ciudadanos, amigos del orden y de la Monarquía. Las potencias declararían que no pretendían inmiscuirse en el gobierno interior de Francia, pero que sólo reconocen al Rey, y no quieren tratar más que con él, cuando esté libre. La nación, espantada, se precipitaría al pie del trono, y suplicaría a Luis XVI que la salvase de la invasión y de la guerra. Luis XVI accedería a estas súplicas, calmaría la cólera de Europa, y restablecido en su prestigio por esta mediación, conseguiría recuperar inmediatamente los poderes de que le habían despojado.

Siempre el método del espantajo. Ni invasión, ni demostración en la proximidad de las fronteras; sólo un ligero fantasma con aire amenazador y blandiendo una espada de madera. Es sorprendente que Luis XVI y María Antonieta hayan podido creer en la eficacia de semejante comedia. Sin embargo, a esto se limita todo su plan de intervención, tal como está expuesto en una carta de María Antonieta a su hermano, fechada el 8 de septiembre de 1791, más de dos meses después de Varennes, y en otra de Luis XVI al rey de Prusia, fechada el 3 de diciembre, tres meses después de la apertura de la Legislativa.

¿Puerilidad? Sí, pero puerilidad que parecía a las demás cortes una enormidad; la modestia de los planes regios se fundaba, sin duda, en un exacto conocimiento de Europa.

Los sucesos de Francia habían sido acogidos por Europa con mucha sangre fría y con alguna satisfacción. Las revoluciones no eran una novedad para las cancillerías. La costumbre era considerarlas como una causa de decadencia y deseárselas a los enemigos. Nuestro país ocupaba en el mundo un puesto demasiado preeminente para que no se alegraran en muchos sitios de verlo obligado a abandonar sus intereses exteriores para atender al peligro interior. Una Francia desgarrada y sin recursos respondía maravillosamente a los deseos de las cuatro grandes potencias: Rusia, absorbida por los asuntos de Oriente; Austria, debilitada por la revolución belga y la guerra turca; Prusia, alarmada por el despertar polaco, y sobre todo, Inglaterra, aún no repuesta de la guerra de América, con su hacienda en desorden y en busca de nuevas salidas para su industria. «Los franceses —escribía Burke— se han revelado como los más hábiles artistas de ruina que jamás hayan existido en el mundo. Han arruinado completamente su Monarquía, su Iglesia, su comercio y su industria. A nosotros, sus rivales, nos han arreglado nuestros negocios mejor que lo hubieran hecho veinte batallas de Ramillies. Si hubiéramos vencido completamente a Francia, si ésta estuviera prosternada a nuestros pies, nos avergonzaría enviar a los franceses, para arreglar una negociación, una comisión que les impusiera una ley tan dura y tan fatal a la grandeza nacional, como la que ellos mismos se han impuesto.» Hasta los pequeños príncipes alemanes saludaron con gusto el eclipse del sol de Versalles. Después de haber sufrido tanto tiempo el prestigio de la corte más brillante de Europa, experimentaban una alegría un poco bárbara al ver hundirse los esplendores que antes adoraban servilmente.

La práctica de la democracia nos ha acostumbrado tanto a la lucha de partidos, que inconscientemente nos representamos la vida internacional con arreglo al patrón de la vida parlamentaria, y, por pereza mental, nos gustaría creer que, en 1789, todos los reyes eran partidarios del Rey de Francia, y todos los pueblos, del pueblo francés. No se puede admitir este punto de vista elemental. Las quejas de Luis XVI no encontraban ningún eco. Los reyes permanecían indiferentes ante la suerte del Rey de Francia, o, si sentían, a veces, alguna piedad por él, su simpatía no iba más allá de las condolencias de pura fórmula. «El Rey de Prusia —escribe nuestro ministro en Berlín— me ha hecho el honor de dirigirme la palabra y me ha hablado muy acertadamente sobre la situación del Rey... A pesar de esto, la satisfacción de esta corte se manifiesta abiertamente, si ya no es que desee que las dificultades de Francia fuesen más graves, y, a ser posible, eternas.» El mismo hermano de María Antonieta, el brutal y sistemático José II, escribe a su canciller después de la toma de la Bastilla: «No estoy tan delicado de salud como para afectarme por sucesos en los que no tengo parte ninguna.» Estaba, sin embargo, lo bastante para que ello le llevara al sepulcro. Su hermano y sucesor, Leopoldo, era un espíritu sutil, reflexivo y acomodaticio. Había gobernado la Toscana y había tomado lecciones de diplomacia en el país de Maquiavelo. Diferente en todo de José, se le parece por su egoísmo de Estado, y lo expresa con el mismo cinismo: «No hay ningún soberano en el universo que tenga derecho a pedir cuentas a una nación por la Constitución que se dé a sí misma; si es buena, tanto mejor para ella; si es mala, sus vecinos se aprovecharán.»

Una vez bien aclaradas estas disposiciones espirituales, sería interesante saber si los Gabinetes de Londres y Berlín fueron espectadores sonrientes, pero pasivos, de nuestras desgracias, o si no trabajarían para agravarlas. El procedimiento

se ajustaba a una tradición que viene de antiguo y que no se ha perdido. Por desgracia para la Historia, estas investigaciones son discretas y dejan pocos vestigios en los archivos. Sin embargo, examinando los documentos del tribunal revolucionario, M. Albert Mathiez ha sacado a luz numerosos asuntos de inteligencia con los enemigos, que si bien es cierto que datan de 1793, unidos a otros diversos documentos, nos permiten entrever con cierta seguridad las maniobras de los agentes extranjeros. Marat habla de los agitadores prusianos que se mezclaron a los asaltantes de la Bastilla. Con más precisión, en octubre de 1790 vemos llegar a París a un consejero del Rey Federico Guillermo, Benjamín Veitel Efraím, que ya se había mezclado en los movimientos de los Países Bajos, y que, so pretexto de negocios y suministros, había de trabajar a la izquierda de la Asamblea, para que obligara al Rey a romper la alianza austríaca. El 22 de abril de 1791, escribía a su señor que «el club de los jacobinos está entregado por completo a Prusia», y esta misma influencia extranjera aduce el constituyente Rabaut Saint-Etienne para justificar su dimisión del club en plena crisis de Varennes. Para él, el movimiento republicano está fomentado desde Berlín o desde Londres. «No se puede ocultar —escribe a sus compatriotas de Nimes el mismo día de los sucesos del Campo de Marte—, no se puede ocultar que ha circulado dinero, que en los grupos había extranjeros, y que la influencia sediciosa venía de fuera.» Por orden del comité de investigaciones de la Asamblea, Efraim fué detenido la noche del 18 al 19 de julio, al mismo tiempo que una aventurera holandesa, Etta Palm, que se hacía llamar baronesa de Aelders. Pero él alegó su calidad de consejero íntimo, y fué puesto en libertad al cabo de tres días, sin que se atreviesen a revisar todos sus papeles.

También Inglaterra mantenía en París numerosos agentes secretos. En todos sus escritos, nuestro embajador en Londres, La Luzerne, prevenía contra sus intrigas al ministro Montmorin, quien en su respuesta había de limitarse a confesar su impotencia, ya que no disponía de policía ni de medios de represión. Un informe de La Luzerne, del 26 de noviembre de 1789, señala nominalmente como agentes a sueldo del Gobierno Pitt, a Danton y a su amigo Paré, que a la sazón eran uno y otro completamente desconocidos. Y precisamente en Londres es donde Danton se refugia en julio de 1791, para escapar a los procedimientos incoados contra los franciscanos. Si hemos de creer al más reciente biógrafo de Pitt, J. H. Rose, Mirabeau aceptó dinero inglés para pronunciar un discurso contra la alianza española, y hacer que se disolviese una concentración naval que se efectuaba en Brest. ¡Qué lejos se estaba de la Internacional de los Reyes!

Frente a las potencias que, desde el primer momento, habían visto o creído ver el provecho que podían sacar de la crisis francesa, los revolucionarios no aportaron a la Asamblea más que unas ideas bastante confusas, una mezcla extraña de ensueños pacifistas y tradiciones muertas. Los hombres que en política interior profesan las ideas más avanzadas, suelen ser en la política exterior unos retrógrados. Los constituyentes profesaban en esta materia los principios en boga hacia el año 1640, que ya en 1715 estaban anticuados. Se habían detenido en los tiempos de Richelieu y de las luchas contra los Habsburgos; una aproximación al Austria era para ellos materia de escándalo. Poco les importa que esta alianza, reducida por Vergennes a fines estrictamente defensivos, constituya un obstáculo a la avidez de Prusia, que, asegurando la paz en el continente, haya permitido vencer a los ingleses en el mar; que haya permitido reparar, por la guerra de América, las pérdidas del tratado de París. ¡No comprenden nada de esto! La Casa de Austria es el enemigo; aliarse con ella es una traición y un engaño. Antes que Reina de Francia, María Antonieta es *la Austríaca*, y este remoquete será para ella más peligroso que todas sus imprudencias.

Tampoco los constituyentes son partidarios muy calurosos del Pacto de Familia, es decir, de la alianza con los Borbones de España e Italia. España es la tercera potencia marítima del mundo, y su ayuda es indispensable para hacer frente a Inglaterra. Pero ¿a qué luchar contra Inglaterra? ¿Por las colonias? Desde hace medio siglo, todos los filósofos, Montesquieu y Voltaire en cabeza, proclaman que las colonias son una carga, una causa de despoblación y de bandolerismo. La nueva Francia no hará la guerra a los ingleses, inventores del parlamentarismo, ni a la Prusia de Federico, tierra bendeci-

da de las luces y la filosofía, para conquistar «unas cuantas leguas de nieve», o para servir los intereses de algunos traficantes de esclavos.

El sistema político instaurado por los últimos grandes ministros de la Monarquía, venía a quedar así en abierta oposición con las tendencias profundas de la opinión revolucionaria, dispuesta siempre a asimilar los enemigos del exterior a los adversarios interiores, y a dejarse guiar en ambos terrenos por un mismo sentimentalismo.

Los primeros incidentes tuvieron lugar ya en los comienzos de la Constituyente. En la primavera de 1789, mantenía Inglaterra litigio con España por la posesión de la bahía de Nootka, que pretendía ocupar contra la voluntad de la Corte de Madrid, que a su vez la reclamaba como un anexo de Méjico. Cuando se reunieron los Estamentos, los españoles acababan de capturar un buque inglés, a consecuencia de lo cual se entabló una negociación que, en la primavera de 1790, iba derechamente a una ruptura. Reclamó España el cumplimiento de la alianza, y ante las medidas belicosas del Gobierno de Londres, que el 4 de mayo había ordenado la movilización naval, informó Luis XVI a la Asamblea, el día 14, que estaba obligado, para seguridad del reino, a equipar una escuadra de catorce buques.

Confiaba, sin duda, en despertar a la opinión y en reunir en torno a la Corona en unánime movimiento patriótico, a todos los diputados. Se engañaba; la política exterior era —como todo lo demás— un elemento de división. El mensaje regio aportó un tema nuevo a las luchas de los partidos. Se deliberó sobre esta cuestión de interés nacional, con arreglo a las normas ideológicas que dominaban a la Asamblea. «Que todas las naciones sean libres como nosotros —grita un diputado—, y se acabó la guerra.» El 22, a propuesta de Pétion y Robespierre, la Constituyente declara al mundo la paz perpetua. ¡No más diplomáticos! ¡No más ejércitos! ¡No más intrigas! ¡No más sangre! «La nación francesa renuncia a emprender ninguna guerra con fines de conquista, y jamás empleará sus fuerzas contra la libertad de pueblo alguno.» Este decreto absurdo, que adquiere un relieve singular visto sobre los acontecimientos de los años siguientes, tenía en aquel

momento un sentido muy claro: era la ruptura de la alianza francoespañola; era el fin del Pacto de Familia.

Un mes más tarde surgen nuevas dificultades. Avignon y el condado de Venaissin, posesiones pontificias, formaban un enclave del reino, en el que venían a ser como un vestigio de la Edad Media. El gobierno del Papa, débil aún en la misma Roma, allí era completamente impotente; los municipios se administraban casi a su capricho, tirando cada uno para sí; Avignon era un patio de Monipodio, donde contrabandistas y escapados de presidio se burlaban de la policía. El derrumbamiento de las autoridades francesas acabó de librarles de todo freno, y la situación se hizo muy pronto intolerable. Los partidarios del orden suplicaron al Rey que interviniese y restableciese la tranquilidad en el territorio. Mas como Avignon se inclinaba a Francia, Carpentras hacía gala de ser pontificia y aristocrática. Al fin, el 12 de junio de 1790, totalmente inficionados del contagio revolucionario, los de Avignon expulsaron al legado y pidieron la anexión. ¿En qué iba a parar aquella moción del 22 de mayo que prohibía conquistas?

Los legisladores de la Constituyente no se arredraban por tan poca cosa. Francia —declararon— ha renunciado, en efecto, a las conquistas preparadas por la astucia y realizadas por la fuerza, según el derecho antiguo. Pero no se ha prohibido a sí misma la adopción de las poblaciones que vengan a ella espontáneamente, en virtud de su nuevo derecho a disponer de sí mismas. «¿La libre reunión de un pueblo a otro, tiene algo de común con las conquistas? —dice Robespierre—. Una conquista, ¿no es la opresión de un pueblo, al cual impone su cadena el conquistador?» La ocupación de Avignon, es, pues, justa. No es un atentado contra la libertad; es una liberación.

La teoría es sutil, pero singularmente peligrosa: ¿dónde detenerse, puestos en ese camino? Si basta una votación (más o menos sincera), o un plebiscito (más o menos amañado) para transformar una anexión en una reunión espontánea, no hay razón ninguna que se oponga a que, mediante una propaganda revolucionaria bien dirigida, Francia emprenda la anexión de media Europa. Camilo Desmoulins, que ha titu-

lado su periódico *Las Revoluciones de Francia y de Brabante*, proclama incesantemente la solidaridad de los movimientos revolucionarios. «Hay que hacer con el derecho público de Europa, lo que hizo Lutero con el canónico: arrojar todos los libros al fuego... Después de todo, ¿qué importa que los tiranos de Europa se reunan contra nosotros para hacernos la guerra? Digo mal: quizá es necesaria esa circunstancia para madurar y realizar más rápidamente las demás revoluciones nacionales que se preparen.»

París estaba lleno de agitadores extranjeros, que propagaban en sus países nativos los principios en boga en su patria adoptiva; por medio de estos emisarios, parecía llamar Francia a los pueblos limítrofes para que siguiesen su ejemplo, a fin de preparar por sediciones democráticas sus anhelos de anexión que de antemano se reservaba derecho de acoger. De este modo, en lugar de ser un accidente en la política interior francesa, la Revolución iba a convertirse en una empresa cosmopolita, en una religión universal que amenazaba a todos los Estados, no solamente en su forma, sino hasta en su misma existencia. Acoger, en estas circunstancias, la demanda de Avignon, era lanzar un reto a Europa. La Constituyente vaciló año y medio. Seis días antes de disolverse, el 12 de septiembre de 1791, de acuerdo con el parecer de la Comisión enviada al Condado para apaciguar a las facciones, votó la anexión. «Es evidente —escribía a poco el conde de la Marck— que, siguiendo esta conducta, Francia va a encontrarse en verdadero estado de guerra con todos los Gobiernos; los amenazará sin cesar con insurrecciones interiores, y las insurrecciones la llevarán a la conquista; no seguía otro sistema Roma cuando destronaba a los reyes de los pueblos que se acogían a su protección... Es posible que algunas cabezas desequilibradas de la nueva Asamblea aprovechen el entusiasmo de la reunión para hacer que se decrete una invasión en los Países Bajos. De ello a la insurrección del territorio de Lieja y de Holanda, no hay más que un paso. Todo esto parecerá una locura; pues bien, en la próxima legislatura, tal como está compuesta la Asamblea, medidas tan incendiarias, apoyadas en la ambición de La Fayette, han de parecer la cosa más natural del mundo.»

La Marck juzgaba con exactitud. Al asunto del Condado se agregó el de los príncipes afincados en Alsacia, y el de las concentraciones de emigrados. El emperador y el imperio estaban interesados en estas dos cuestiones, en la primera de las cuales estaban frente a frente el antiguo y el nuevo derecho.

El tratado de Westfalia, que había cedido a Francia la Alsacia, no estaba muy claro en lo referente a los territorios que dependían de la casa de Austria. Los negociadores alemanes habían introducido en el texto algunas nebulosidades de forma, que esperaban que habían de servirle, andando el tiempo, para recobrar lo que cedían. Luis XVI no descansó hasta disipar todos estos equívocos y someter a su soberanía todo el país. Pero, al mismo tiempo que exigía el juramento de fidelidad de los príncipes alemanes que poseían dominios y feudos en Alsacia, es decir, en Francia, los confirmaba, como era de equidad, en los derechos y privilegios señoriales de que gozaban bajo el Imperio. En 1789, los territorios de que eran señores nombraron sus diputados para los Estamentos; pero los príncipes no los enviaron. «Se siguió de ello, que en estos territorios los vasallos actuaron como ciudadanos franceses, y estuvieron representados en la Asamblea, mientras que sus señores actuaron como extranjeros y no estuvieron representados.» En estas circunstancias sobrevinieron los decretos del 4 de agosto y las disposiciones confiscando los bienes del clero. Los príncipes alemanes se negaron a reconocerles validez, por la doble razón de que ellos no habían sido consultados y de que eran contrarios a los tratados. La Asamblea, aunque ofreciendo indemnizaciones a los nobles y obispos desposeídos, mantuvo enérgicamente su derecho de proceder a las reformas en virtud de su sola autoridad y sin ninguna negociación. Derecho internacional, soberanía de la nación: las dos partes no hablaban distinto lenguaje, y por esto, a despecho de la mediocridad de los intereses en litigio, el proceso tomó en seguida un giro peligroso.

Aceptando una transacción que hubiera sancionado la abolición del régimen feudal en una parte de sus tierras, los príncipes hubieran comprometido el principio en la otra, quedando todo el régimen germánico quebrantado. Por su parte,

admitiendo su tesis, la Asamblea hubiera renunciado a su obra unificadora, porque si los contratos que ligaban los príncipes de Alsacia a Francia eran válidos, todas las provincias podían exigir cartas parecidas para mantener las cosas en el estado en que estaban cuando se unieron a la Corona, y por último, la Asamblea hubiera abjurado al mismo tiempo del principio de la soberanía popular, al reconocer que Alsacia era parte integrante de Francia, no sólo por la voluntad de sus habitantes, sino también por virtud de los tratados y por la sanción del derecho público europeo. Se volvía a caer en la dificultad misma que ya hacía insoluble el asunto de Avignon. Cuando la Legislativa se reunió, no se había dado un paso.

Ultima causa de desacuerdo: los emigrados. No se trata de los desgraciados a quienes las persecuciones y los atentados obligaron a huir de su patria para librarse de la ruina y de la muerte. Se trata de los emigrados voluntarios, de los emigrados del primer momento: los que siguieron al conde de Artois desde julio de 1789, y que se preparan para restablecer el antiguo régimen hasta en sus injusticias y vejaciones. Se han concentrado en los países de la orilla izquierda del Rhin, en Maguncia, Coblenza y Worms, y llevan una vida alegre en espera de un regreso rápido y triunfal. Frívolos, elegantes y burlones, se dedican a urdir proyectos absurdos y pierden el tiempo en intrigas pueriles. Sin ideas, ni juicio, no están a gusto más que entre las intrigas de la corte, y se creen con talla suficiente para reconstruir a Francia. Según la expresión de Albert Sorel, «no es una cruzada austera, entusiasta y creyente la que se prepara..., sino una Fronda bulliciosa, confusa y desatentada». Sus tropas son escasas, pero, en cambio, tienen sus príncipes, sus jefes, su Gobierno: el conde de Provenza, llegado en junio de 1791, y que se ha proclamado regente; su hermano, el conde de Artois; su primo Condé, que es generalísimo; los mariscales de Broglie y Castries; el antiguo inspector general, Calonne, que él solo es ministerio y consejo; el marqués de Bouillé, que no ha sabido salvar al Rey en Varennes, y que, en desquite, se erige en jefe de Estado Mayor de la próxima invasión.

Toda esta gente se agita y toma posturas. Es un zumbido

de amenazas que no tienen otro resultado que alarmar a los revolucionarios y comprometer a la familia real. ¡Pero de los peligros que se corren en las Tullerías nadie se preocupa en Coblenza! El núcleo de la emigración está formado por enemigos personales de María Antonieta, la camarilla que, desde su llegada a Versalles, la ha perseguido con sus canciones y calumnias. ¿Que la Reina está amenazada? ¡Tanto peor!, o, más bien, ¡tanto mejor!, puesto que del exceso del mal saldrá la reacción. Comprendiendo el inmenso peligro que constituye esta tropa de gente ligera, Luis XVI ha enviado a los soberanos extranjeros a su antiguo ministro Breteuil, con la misión de ponerlos en guardia contra toda empresa que no estuviera aprobada por él. ¡Y entonces se presencia el espectáculo extravagante de los emigrantes combatiendo a la diplomacia del Rey, y, en ocasiones, denunciándola a los jacobinos!

Resueltas a no hacer nada, las cancillerías habían recibido primero con cortesía las peticiones de hombres y dinero que les hacía el conde de Artois; después se habían cansado y ni siquiera habían dado a sus negativas la forma que parecía exigir el rango y el nacimiento del solicitante. En agosto de 1791, el futuro Carlos X se decidió a hacer una suprema tentativa.

El Rey de Prusia, Federico Guillermo, y el Emperador Leopoldo eran huéspedes del elector de Sajonia en el castillo de Pillnitz. Debían hablar de Polonia, pero sin resolver nada, y es probable que no se hubiera tratado de ningún asunto serio en Pillnitz si, el 26, el conde de Artois no se hubiera presentado, rodeado de todo el estado mayor de la emigración. «El objeto de esta ruidosa visita —dice Albert Sorel—, era comprometer a los soberanos alemanes en la causa de la nobleza e inducirles a hacer gestiones que luego quedarían obligados a sostener por la fuerza: la ocupación de Alsacia, por ejemplo.» Federico Guillermo no era enemigo de una expedición sin riesgos y bien pagada, pero Leopoldo no quería ni oír hablar de esto. Finalmente, para librarse de sus molestos visitantes, los dos príncipes se resignaron a firmar un vago manifiesto que, desde luego, no les obligaría a tomar ninguna medida precisa, pero como parecía entrar en

el plan de congreso armado grato a Luis XVI, asustaría quizá a los parisienses, y, en este caso, valdría a los firmantes la gratitud del Rey.

Por esta declaración, cuyos términos están perfectamente medidos para anularse unos a otros, el Emperador y el Rey de Prusia consideran que el restablecimiento del orden en Francia es una cuestión de interés europeo. *Esperan* que los otros soberanos pensarán como ellos y que *no se negarán* a emplear a tales fines los medios más eficaces. *Entonces y en este caso,* ellos mismos están resueltos a obrar rápidamente. Todo esto era hipotético. La acción austroprusiana no debía producirse si Europa entera no se unía, y esta unanimidad era, más que improbable, imposible. Era un fracaso completo para los emigrados. En lugar de un compromiso firme, no tenían más que un documento insignificante, una verdadera despedida en forma diplomática. Casi vino a decírseles que Leopoldo aconsejaba a su hermana y a su cuñado que aceptaran lo más rápidamente posible la Constitución revisada, a fin de poner a los perturbadores en presencia de un hecho consumado que les quitase todo pretexto de agitación.

Tal era esa famosa declaración de Pillnitz, que Malet du Pan ha llamado «una comedia augusta», y que en realidad era bien siniestra. Dos clases de hombres tenían igual interés en tergiversarla: los emigrados, para disfrazar su impotencia y hacer creer en una coalición europea; los revolucionarios, para sacar la prueba de una traición de la corte. A ello se dedicaron ambas partes.

Monsieur y el conde de Artois, que se habían encargado de hacer conocer a los franceses la Declaración del 27, acompañaron su publicación, el 10 de septiembre, con una carta-manifiesto que cambiaba completamente su sentido. Se presentaba como inminente la invasión del territorio francés, se anunciaban las peores represalias, la mediación de Luis XVI era descontada por adelantado, y su juramento de fidelidad al régimen, calificado de cobardía, de capitulación momentánea a la que era imposible dar crédito. Por su parte, los publicistas avanzados, persuadieron fácilmente a la opinión de que el verdadero sentido de la declaración era el que le prestaba el comentario, y que no tenían importancia las confusas reservas del original. El Rey, por su parte, se encontró entre dos corrientes, incapaz por igual de dominarlas o de ceder ante ellas: a los ojos de la Revolución, cómplice de sus hermanos, que lo amenazaban con ponerle bajo tutela si la reacción triunfaba. Despreciado o aborrecido por los dos bandos, no le quedaba más que el débil apoyo de los moderados, y a él se aferró con todas sus fuerzas. Su detención de Varennes y la apatía de Europa le habían hecho repugnar toda tentativa de violencia, y no tenía ya otro deseo que hacer respetar la Constitución, contando con que el tiempo y la experiencia vendrían a corregir sus defectos. La había aprendido de memoria y a ella se refería en toda ocasión, con esa minucia y escrupulosidad que ponía en todas sus cosas. Un día que debía pasar revista a la guardia nacional, los oficiales le instaron a ponerse el uniforme, afirmando que esta prueba de benevolencia haría el mejor efecto en la moral de los soldados. «¿Ponerme un uniforme? —les contestó—. No sé si la Constitución me lo permite.» Había destituído a la mayor parte de sus ministros y elegido sus sucesores entre los fuldenses. Sus consejeros ordinarios eran los mismos autores de la Constitución, los jefes de la antigua mayoría: Barnabe, Duport y los Lameth. Corregían sus discursos y guiaban todos sus pasos. La Reina estaba en correspondencia diaria con ellos, y cuando las cartas cesaron, fué para sustituirlas por comunicaciones directas. En el terreno de la legalidad, la Monarquía era impecable e invencible. No podía ser derribada más que por una gran sacudida exterior que levantase contra ella el patriotismo francés, y para esta operación, el adversario estaba claramente indicado: era Austria, aliada oficial del Gobierno y aliada de la familia real. «La ruptura de la alianza austríaca —decía un girondino— es tan necesaria como la toma de la Bastilla.»

No era ésta una opinión aislada. Era el pensamiento de toda la izquierda, que se da cuenta perfecta de que, para apoderarse del poder, no podía ya contar con el entusiasmo revolucionario que había sostenido a la Constituyente.

El país está cansado del desorden. Para los aldeanos, lo mismo que para los burgueses, la Revolución está hecha. La política ya no les interesa. Puesto que el Rey se ha adheri-

de lealmente al nuevo régimen, es hora de reanudar la vida normal. ¡Basta de saqueos y de manifestaciones! ¡Calma y trabajo! «Las imprudencias de la nueva legislatura —escribe Barnabe el 10 de octubre— han reforzado la impresión que había producido la conducta del Rey; la han fortificado y profundizado. Los diputados de la antigua Asamblea vuelven a su casa en las más favorables disposiciones... La Monarquía... gana día a día el respeto, la confianza y el afecto del pueblo. Estos son los verdaderos principios de la fuerza. El partido republicano se ve representado en la Asamblea de una manera tan degradante, que las palabras republicanos y bandidos no tardarán en ser sinónimas hasta en la conversación del pueblo. Por ello, la Constitución va a tomar su verdadero carácter mucho antes de lo que hubiera podido suponerse. La mayoría de la Asamblea se verá obligada por la opinión a marchar de acuerdo con el Gobierno, y fuera, sólo la aristocracia formará una verdadera oposición.»

Lo mismo ocurrirá en los periódicos avanzados. El resorte está distendido. El espíritu revolucionario muere. «La nación está fatigada —se lee en las *Revoluciones de París*—; si no tenéis cuidado, está dispuesta a volver a sus antiguas costumbres.» «La esperanza de los patriotas se aleja —dice Desmoulins—; su primer ardor se enfría y su partido se debilita todos los días.» Y, en fin, Marat: «Cuando se sigue atentamente la cadena de sucesos que prepararon y trajeron la noche del 14 de julio, se ve que nada era tan fácil como la Revolución; dependía sólo del disgusto de los pueblos agriados con la tiranía de sus jefes. Pero cuando se considera el carácter de los franceses, el espíritu que anima a las diferentes clases del pueblo, los intereses opuestos de los distintos órdenes de ciudadanos, los recursos de la corte, y la liga, no menos natural que formidable, de los enemigos de la igualdad, se comprende bien que la Revolución no podía ser más que una crisis pasajera, y que *era imposible que la Revolución se sostuviera por los medios que la habían traído.*»

De este malestar y de este debilitamiento es de donde saldrá la guerra. Para reanimar a la Revolución, para estimular y subyugar al país que duda y se les escapa, los girondinos no vacilarán en pegar fuego a Europa. La guerra es para ellos una formidable maniobra de política interior. Por medio de ella, cuentan con despertar el entusiasmo revolucionario, poner al servicio de la defensa jacobina las medidas de defensa nacional y hacer beneficiarse a su partido con las fuerzas levantadas para la defensa de la patria. Amenazada de parálisis, la Revolución no escapa a ella más que por una crisis de locura sanguinaria.

«La guerra —ha escrito Jean Jaurès— engandecía el teatro de la acción, de la libertad y de la gloria. Obligaba a los traidores a descubrirse y arrastraba las intrigas oscuras como un hormiguero anegado por la inundación. La guerra permitía a los partidos de acción arastrar a los moderados, violentarles en caso necesario, porque su tibieza por la Revolución se consideraba, si no, como una traición hacia la misma patria. La guerra, además, por la emoción de lo desconocido y del peligro, por la sobreexcitación del orgullo nacional, reavivaría la energía del pueblo. No era posible arrastrarlo directamente por las solas vías de la política interior al asalto del poder real. Una especie de pesadilla, de impotencia, parecía pesar sobre la Revolución. ¡Ni el 14 de julio, ni el 6 de octubre, ni aun después de Varennes, hemos podido derribar o subordinar al Rey! Al revés: de cada una de estas luchas que sostiene, y aun de cada falta que comete, la Monarquía parece cobrar nueva fuerza, y cuando el Rey debiera ser castigado, sólo alcanza la persecución a los demócratas. Para romper este encanto secular de la Monarquía, es necesario que acabe de rendirse a la Revolución, o que por una traición flagrante contra la patria, suscite contra ella la cólera de los ciudadanos, ya enardecidos por la lucha contra el extranjero.»

Los seis meses que emplearon los girondinos para hacer triunfar a los partidarios de la guerra, se cuentan entre los más dramáticos de nuestra historia; pero por un contraste frecuente, el hombre que durante ellos desempeñó el papel principal, Brissot, es uno de los sujetos más equívocos que imaginarse pueden. Espíritu inquieto, ofuscado por lecturas sin reposo, Brissot se creía desde su juventud destinado a grandes empresas, pero hasta entonces su ambición había tenido que limitarse a cuestiones de policía, tareas de librería

y especulaciones usurarias, entre el turbio ambiente de los libelistas pagados y los espías internacionales. Penosamente, había conseguido ser diputado por París, y soñaba con un gran golpe teatral que fuese su revelación. Como había vivido en Londres y hecho un pequeño viaje a los Estados Unidos a cuenta de un banquero suizo, se las daba de cosmopolita, con lo que tenía ya cierta autoridad sobre sus colegas provincianos. Ducho en formular juicios rápidos y sistemas herméticos, deslumbraba a su ingenuo auditorio con sus dotes de improvisación, mientras que los «recortes de historia» que rellenaban sus discursos le daban fama de hombre serio y bien documentado. Durante semanas y semanas, se convierte, en los clubs, en la prensa y en la Asamblea, en el obstinado predicador de la guerra que se aproxima.

Para él y sus amigos Vergniaud, Isnard, Gesonné, Ruhl, Herault de Séchelles, todos los argumentos son buenos, y para vencer la oposición de los que, como Robespierre, retroceden ante la aventura, añaden a su cínico «necesitamos la guerra», esta enorme mentira: «la guerra no tiene ningún riesgo». «La guerra es actualmente una ventura nacional y la única calamidad que podemos temer es que no haya guerra.» «Podéis tomar en tiempo de guerra medidas que en tiempo de paz podrían parecer demasiado severas...» «Sería indigno de la mayoría de una gran nación como la nuestra sufrir más tiempo estos fuegos artificiales, cuyo humo nos molesta... Una gran nación ha de ser celosa de su gloria, y debe castigar severamente a los temerarios que osen faltarle al respeto.» «Francia ha llegado a ser el pueblo más notable del universo: es necesario que su conducta responda a su nuevo destino... Digamos a Europa que diez millones de franceses inflamados en fuego de libertad, armados de espada, pluma, razón y elocuencia, son capaces, si se les irrita, de cambiar ellos solos el aspecto del mundo y hacer temblar a los tiranos en sus tronos de arcilla.» «Los reyes... saben que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que os ha devuelto la libertad. Temblarían al enviar sus soldados a una tierra todavía caliente de este fuego sagrado. Temblarían de que un día de batalla hiciera de dos ejércitos un pueblo de hermanos.» «No tengo más que un temor, y es el de que no puedan

traicionarnos. Necesitamos grandes traiciones: nuestra salvación está en eso; porque quedan todavía fuertes dosis de veneno en el seno de Francia, y hacen falta grandes explosiones para expulsarlo: el cuerpo es fuerte y no hay que temerlas.» «¡La guerra!, ¡la guerra!, es el grito de todos los patriotas, es el deseo de todos los amigos de la libertad dispersos por Europa, que esperan esta feliz coyuntura para atacar y derribar a sus tiranos.» «La guerra es necesaria, la opinión pública la provoca, la salvación pública impone su ley.»

Aguijoneada por estos clamores, la Asamblea pierde toda su sangre fría. Sus sesiones son torneos de declamaciones belicosas; su política, un tejido de fanfarronerías, provocaciones y violencias. Una actitud resuelta, una firmeza sin cólera, hubieran bastado para resolver las dificultades que se presentaban. La más grave, el asunto de los emigrados, carecía en el fondo de importancia y era fácil convertirlo en grotesco. Pero esto precisamente es lo que no quería la Gironda, y las deliberaciones que inspira no tienen por fin intimidar o desarmar a los enemigos de la Revolución, sino exasperarlos y empujarlos a las imprudencias, a las decisiones desesperadas, que no tienen más salida que la guerra. El 31 de octubre, la Asamblea decide que si *Monsieur* no ha vuelto a Francia antes de dos meses, perderá sus derechos a la Regencia. El 9 de noviembre declara sospechosos de conjuración, sujetos a confiscación de bienes y pena de muerte, a todos los emigrados que queden fuera de las fronteras después del 1 de enero de 1792. En fin, el 29 de noviembre decreta que a los sacerdotes que no presten juramento a la Constitución civil, se les privará, no sólo del sueldo asignado a los funcionarios, sino también de sus derechos civiles, quedarán sometidos a la vigilancia de la autoridad, y podrá condenárseles a dos años de prisión.

De los tres decretos, los dos primeros eran casi inútiles, porque, por una parte, Monsieur y los emigrados quedaban fuera de su alcance, y, por otra, estaban decididos a no volver a Francia mientras no fueran los más fuertes, y estuvieran, por consiguiente, en condiciones de hacer ahorcar a los mismos que intentaban proscribirlos. Las medidas contra los

sacerdotes levantaban contra la Revolución a una mitad aproximadamente del clero, que se había habituado a un culto oficioso o privado y que se veía obligado a ligar en adelante su suerte a la de los nobles rebeldes. Siguiendo el consejo de los fuldenses, y tras una gestión del Directorio de París, el Rey negó su sanción.

Ello no podía ser más que un alto. La política belicosa reclutaba cada día más adeptos, aun entre los constitucionales. El nuevo ministro de Guerra, conde de Narbonne, y muchos oficiales superiores eran de ellos. Joven, apasionado, amante del riesgo y de lo imprevisto, Narbonne creía que los planes incendiarios de la Gironda podían volverse contra ella si se los adoptaba en un momento oportuno. Los núcleos de emigrados ofrecerán pretexto para una pequeña guerra contra los electores renanos. De esta expedición brillante y fácil volvería el ejército transformado, restablecida la disciplina, los jefes obedecidos, el uniforme respetado y temido. Las tropas victoriosas serían para el Rey «un refugio desde donde sostendría a la mayoría sana de la Asamblea e intimidaría a los clubs», y si, por desgracia, esta pequeña guerra les arrastraba a una de más importancia contra Austria y Prusia, sería la ocasión de adoptar el plan de congreso y mediación en que pensaban Luis XVI y María Antonieta, y que, en caso de verdaderas hostilidades, tendría un sentido y una razón.

Como hace notar Albert Sorel, no eran absurdos estos planes. Pero eran prematuros. «Una guerra regenerando al Ejército, el Ejército convirtiéndose en árbitro del Estado, el general vencedor y pacificador apaciguando la anarquía y organizando las conquistas civiles de la Revolución, fué precisamente lo que se vió ocho años después, a fines de 1799. Una invasión extranjera, un congreso de potencia, un Rey mediador entre una coalición y Francia, devolviendo la paz al país, restaurando el trono, y garantizando a los franceses los principios fundamentales declarados por la Asamblea Constituyente, es lo que se vió en 1814.» Pero, en 1791, era demasiado pronto, el país no estaba maduro. Iba a ir a la guerra, como deseaba Narbonne, pero también a la República, como quería Brissot.

El 14 de diciembre, convencido y aleccionado por Narbonne, Luis XVI anunció a la Asamblea el envío de un ultimátum al elector de Tréveris. Si no dispersaba antes del 15 de enero los núcleos de emigrados, se consideraría al elector como enemigo de Francia, y se le trataría como tal. Pero esto no era aún el conflicto que se buscaba. El arzobispo de Tréveris, aconsejado por Leopoldo, accedía inmediatamente a la petición de Francia y expulsaba a los emigrados. El arzobispo de Maguncia hacía otro tanto en seguida, y el 21 de diciembre el Emperador notificaba oficialmente al Gobierno francés que se le había dado completa satisfacción. Añadía que con ello no podía ya tener Francia ninguna queja legítima contra los príncipes renanos y que, por consiguiente, si a pesar de todo, se atacaba a cualquiera de ellos, se vería en la obligación de apoyarlo. La Asamblea tomó pretexto de este comentario, para continuar la querella. Fortalecida con las seguridades de Narbonne, que, de vuelta de un viaje de inspección por Lorena, afirmaba que todo estaba preparado, invitó al Rey, el 25 de enero de 1792, a preguntar a Leopoldo si renunciaba a «todo tratado y convenio atentatorio a la soberanía, independencia y seguridad de la nación», en otros términos, si desautorizaba la declaración de Pillnitz. El Rey quedaba, además, encargado de declarar al Emperador, «que de no dar a la nación, antes del 1.° del próximo marzo, plena y entera satisfacción sobre los puntos antes expuestos, lo mismo su silencio que una respuesta evasiva y dilatoria se considerarían como una declaración de guerra».

Ya estaba aquí la palabra, pero la cosa aún no. Leopoldo era demasiado clarividente para caer con los ojos cerrados en el lazo que le tendían los girondinos. En una memoria confidencial dedicada a Luis XVI, del 31 de enero de 1792, discierne muy claramente los orígenes de la crisis. Cuanto más amenazado sienten su crédito los jefes revolucionarios, dice, «con tanto más ardimiento se lanzan a medidas desesperadas y violentas», y «quieren arrastrar a la nación a extremos irremediables», cuya finalidad principal es «reanimar el celo revolucionario», que se debilita. En consecuencia, Leopoldo, que se niega a hacer el juego a la Asamblea, limita su respuesta a las medidas de precaución indispensables. El tratado de aproximación con el Rey de Prusia, firmado por él el

7 de febrero, no contenía, en efecto, más que cláusulas equívocas y ambiguas, que, por otra parte, se referían más bien a Polonia y Rusia que a Francia. Era un rudo golpe para los partidarios de la guerra. Aún lo era más otro que iba a alcanzarles: el 9 de marzo, en un acceso de energía, Luis XVI destituía a Narbonne.

La emoción fué enorme. De este negocio, la izquierda debía salir aplastada o triunfante. Lanzó, pues, al combate a sus mejores oradores: Vergniaud y Brissot. Vergniaud, sobre todo, cuyo discurso enardeció a la Asamblea: «Veo desde esta tribuna las ventanas de un palacio, donde perversos consejeros extravían y engañan al Rey que la Constitución nos ha dado, forjan los hierros con que quieren encadenarnos, y preparan las maniobras que han de entregarnos a la Casa de Austria. Veo las ventanas de un palacio donde se trama la contrarrevolución, donde se medita el plan para sumirnos de nuevo en los horrores de la esclavitud, después de habernos hecho pasar por todos los desórdenes de la anarquía y por todos los furores de la guerra civil. Ha llegado el día, señores, en que podéis poner término a tanta audacia, a tanta insolencia, y confundir, en fin, a los conspiradores. De ese famoso palacio salieron con frecuencia, en otros tiempos, el espanto y el terror a dictar la ley del despotismo. Que entren hoy a dictar la verdadera ley. Que se apoderen de todos los corazones. Que todos los que lo habitan sepan que nuestra Constitución no concede inviolabilidad más que al Rey. Que sepan que la ley alcanzará, sin distinción, a todos los culpables, y que no habrá una sola cabeza convicta de ser criminal que escape a su acero.»

Bajo esta borrasca, la derecha se hundió. El centro y la izquierda unieron sus votos; el enemigo de Narbonne, el ministro de Negocios Extranjeros, el pacífico De Lessart, fué acusado y enviado al Tribunal Supremo por traición. En él a quien atacaban era a la Reina. Detenido De Lessart, se dislocó el Ministerio fuldense. No había pasado una semana, sin que todos sus miembros, excepto uno, hubiesen dimitido. Constitucional hasta el fin, el Rey confió a la Gironda el cuidado de designar sus sucesores.

Los jefes girondinos no podían hacerse cargo ellos mismos

de las carteras, por ser diputados. Al igual que Barnave y Duport, se veían obligados a gobernar por intermedio de otras personas. Después de tres días de discusiones, designaron los nuevos ministros: Dumouriez, para Relaciones Exteriores; Clavière, para Hacienda; De Grave, y después Servan, para Guerra; Lacoste, para Marina, y el marido de Mme. Roland, para Interior. Desde entonces las cosas se llevaron rápidamente. Tanto más, cuanto que Leopoldo acababa de morir súbitamente, y que su hijo y sucesor, Francisco II, deseaba ya que hablaran los cañones. El 27 de marzo, un arrogante ultimátum salía de París para Viena, al que se contestaba el 7 de abril en el mismo tono. La nota llegaba a París el 18. El 20, Luis XVI se presentaba en la Asamblea, y, como sonámbulo, con aire despreocupado e indiferente, proponía que declarasen la guerra al «Rey de Hungría y de Bohemia». En medio de un delirio de entusiasmo y una efervescencia popular inaudita, el decreto fué votado casi sin discusión, con solos siete votos en contra.

La paz no había de llegar hasta veintitrés años después, pasado Waterloo.

CAPITULO IX

La caída del trono

Dumouriez y los políticos de la Gironda se imaginaban que iban a dirigir una guerra concebida según la fórmula clásica de la lucha contra la Casa de Austria. Descontaban, pues, la alianza con Prusia y la benévola neutralidad de Inglaterra. Hasta pensaron un momento en recurrir a la vieja receta de las diversiones orientales: la invasión de Hungría por los turcos. Era un tremendo error. Los pretextos de la guerra eran de antiguo régimen, pero la guerra era revolucionaria. «¡Hay que declarar la guerra a los Reyes y la paz a las naciones!», había exclamado Merlin de Thionville en el momento de votar. He aquí todo el programa de la propaganda armada: la guerra indefinida para la revolución universal. Los Gabinetes no se engañaron. En Londres despidieron secamente al enviado francés, Talleyrand. En Berlín, el Rey Federico Guillermo hizo valer el tratado del 7 de febrero y se unió al Emperador.

Militarmente, la decepción fué aún más cruel. No había nada preparado. El Ejército, arruinado por tres años de indisciplina y de motines, era incapaz de soportar el fuego. Se había proyectado invadir los Países Bajos antes de que se movilizase el ejército austríaco, y para esto, los dos Cuerpos de Biron y Dillon, vanguardia de Rochambeau, se habían lanzado rápidamente más allá de la frontera. El 28 de abril, cuando se encontraron con el enemigo, sobrevino la desbandada. La caballería volvió grupas sin combatir. Dillon fué

asesinado al tratar de contener a los fugitivos. Todo el ejército, presa de pánico, huyó, arrojando sus armas al grito de «¡Sálvese el que pueda!» Por milagro, los austríacos, que no habían terminado su concentración, no llevaron adelante su victoria. Creyéndose seguros del mañana, perdieron un tiempo precioso, que La Fayette y Lückner, sucesor de Rochambeau, utilizaron para excitar la moral de sus tropas.

En París, todo el mundo había perdido la cabeza. María Antonieta, que estaba persuadida de que su sobrino no tardaría tres semanas en estar en las Tullerías, le comunicaba cuanto sabía de las deliberaciones de los ministros —el secreto de Polichinela, felizmente—. La Asamblea, enloquecida, se agotaba en debates estériles y violentos, fecundos en injurias y en bofetadas.

«Nos hacen falta grandes traiciones», había dicho Brissot. Poco tardaron los clubs en propagar y afirmar el rumor de que el enemigo tenía cómplices en el interior: los aristócratas, los generales, los eclesiásticos, la corte. Para obtener la victoria, era indispensable el exterminio de los traidores. El 27 de mayo, los girondinos hicieron aprobar un nuevo decreto contra los sacerdotes refractarios, para reemplazar el que Luis XVI se había negado a sancionar en diciembre. A todo sacerdote denunciado por veinte ciudadanos activos, de no haber prestado el juramento, se le expulsaría del territorio francés, con la única condición de que los directorios de su departamento y de su distrito no se opusieran. Dos días más tarde, el 29, la Asamblea, para desarmar al Rey, decide el licenciamiento de los 6.000 hombres de su guardia constitucional, y hace comparecer a su jefe, el duque de Cossé-Brissac, ante el Tribunal Supremo. Por último, el 8 de junio, como los guardias nacionales parisienses eran partidarios de la Constitución, ordena la formación, en el Campo de Marte, de 20.000 federados, es decir, 20.000 guardias nacionales de los departamentos, elegidos por sus exaltados sentimientos revolucionarios. Esta última medida fué tomada por iniciativa del ministro de la Guerra, Servan, que ni siquiera había advertido al Rey su propósito.

Nadie se preocupaba ya de ocultar la maniobra interior. De todos lados llegaban protestas. La guardia nacional parisiense, una parte de las secciones, La Fayette y los oficiales de su ejército, suplicaron al Rey que no consintiera en el llamamiento a los federados. El Directorio del departamento de París renovó su gestión contra la deportación de los sacerdotes. El mismo Ministerio se dividió: Dumouriez, Lacoste y Duranthon, por un lado; Roland, Clavière y Servan, por el otro. La posición del Rey era horrible. Hostilizado y traicionado por una parte de sus ministros, que hacen que sin descanso le insulten sus periódicos y sus amigos; rodeado de espías, separado de sus más fieles servidores, que no se atreven a presentarse en las Tullerías, vive en una atmósfera asfixiante de amenazas y traición. Ante el palacio resuenan gritos de muerte. Unas veces hostigan a un militar, otras a un sacerdote. Otras es un granadero que injuria a la Reina como una sardinera. En pleno Consejo, Roland pretende leer al Rey una intimación insolente redactada por su mujer: disertación pedante y grosera, que él calificaba de «austero lenguaje de la verdad», y que concluía con amenazas significativas: «La Revolución está hecha en los espíritus; se acabará a precio de sangre si la prudencia no previene las desgracias que todavía es posible evitar.»

¿Qué podía hacer Luis XVI? Ratificar el decreto sobre los sacerdotes, era «condenar a la mendicidad, a la prisión, a la deportación, a 70.000 curas y religiosos culpables de ortodoxia»; autorizar el campamento en París era «poner su trono, su persona y su familia a merced de 20.000 exaltados, elegidos expresamente por los clubs y asambleas para hacerle fuerza». Pero antes de poner su veto a los dos proyectos, quiere dar todavía una prueba patente de su moderación y de su buena voluntad: consiente en la disolución de su guardia, renuncia a toda seguridad que no sea la que le dan la ley y la Constitución. En cambio, Roland, Clavière y Servan, que se habían negado a refrendar el doble veto y habían pretendido forzar la conciencia del Rey, son destituídos el 13 de junio y reemplazados por fuldenses. El mismo Dumouriez se encargó de la cartera de Guerra, en espera de conseguir un mando en el ejército. Esto produjo un gran escándalo. Se afirmaba que el Rey iba a concertar un armisticio y la paz. «Me asusta esta audacia», escribe Mme. Julien. La Gironda,

por un momento, se creyó perdida. Por más que la Asamblea proclamó que los ministros caídos «iban acompañados del dolor de la nación», esto no les reponía en sus puestos. Para abatir la resistencia del rey, hacía falta un motín, una «jornada».

Se preparó en el salón de los Roland —Mme. Roland no podía calmar su cólera de no ser ya ministra—, y fué dirigida por los cabecillas profesionales Santerre, un cervecero del *faubourg* Saint-Antoine, un coloso de voz tonante, algo borracho siempre; Legendre, un carnicero con gestos de asesino; Rotondo, un piamontés que termina ahorcado por asesinato en su país; Fournier el americano, un plantador de Santo Domingo, de cara lívida y aspecto de pirata, y toda una turba de ganapanes subalternos; desertores, taberneros, ladrones, sin contar un marqués caído en el arroyo. Las autoridades municipales no aparecen, pero están con la revuelta. El alcalde Pétion y el procurador síndico, Manuel, han armado los arrabales y hecho distribuir picas. El pretexto de la manifestación está bien elegido: se trata de celebrar el aniversario del Juego de Pelota. Se plantará un árbol de la Libertad en la terraza de los fuldenses, y se hará un desfile en la Asamblea y delante del Rey, y después de haber presentado peticiones «relativas a las circunstancias». Para dar más brillantez a la manifestación, los peticionarios llevarán sus armas.

El 18, antes de partir para el frente, Dumouriez fué a despedirse del Rey: «¿Vais, pues —le dijo Luis XVI—, a uniros al ejército de Lückner?» «Sí, señor, y no tengo más que un pesar, dejar a V. M. en peligro.» «¡Sí! —replicó el príncipe—, estoy en peligro, en un gran peligro...» Y el diálogo continuó así:

—Señor, no tengo ningún interés personal en hablar a V. M. como voy a hacerlo; una vez alejado de su Consejo, no me volveré a acercar más, pero por fidelidad, por adhesión a V. M., me atrevo a suplicarle que renuncie al veto.

—No me habléis más de eso; tengo tomada mi resolución.

—¡Ah!, señor, abusan de su conciencia, le llevan a la guerra civil. Temo a sus amigos, más todavía que a sus enemigos.

—Dios es testigo de que sólo deseo la felicidad de Francia.

—Si todo el mundo conociera a V. M. como yo le conozco, todos nuestros males acabarían pronto. Pero, déjeme volver a decírselo, cree V. M. salvar la religión, y la destruye; asesinarán a los sacerdotes... Y V. M. misma...

Hubo un silencio, tras el cual añadió:

—Cuento con la muerte —dijo el Rey—, y, por adelantado, perdono a mis enemigos. A vos os agradezco esta sensibilidad, y os daré pruebas de mi estimación, si vienen tiempos mejores.

La entrevista terminó con estas palabras. El Rey estaba muy turbado, y Dumouriez era presa de una gran emoción. En la puerta, el Rey lo retuvo todavía:

—Adiós —le dijo—, que seáis feliz.

Y a la mañana siguiente escribía a un sacerdote que gozaba de toda su confianza: «Señor mío, venid; nunca he necesitado tanto sus consuelos; he terminado con los hombres; mis miradas se dirigen hacia el cielo. Se anuncian grandes desgracias. Tendré valor.»

En la mañana del día 20, desde las cinco, empezaron a formarse los primeros grupos en los distritos Saint-Antoine y Saint-Marcel. Lentamente, fueron aumentando hasta las diez. Había vacilaciones. Algunas secciones dudaban. Se repetía que Robespierre era opuesto a un movimiento prematuro. En el boulevard de la Salpêtrière, los cabecillas comprendieron que, si se retrasaba más, fracasaria el intento, y dieron la señal de partida. En la orilla izquierda, Santerre y sus hombres hacían lo mismo. Las dos columnas se unieron y juntas caminaron hacia el centro.

Formaban en ellas gentes de todas clases: guardias nacionales de uniforme, carboneros, vagabundos, soldados expulsados de sus regimientos, obreros sin trabajo, hombres con picas: en total, de ocho a diez mil personas, que se excitaban unas a otras, con gritos, amenazas e injurias a *Monsieur Veto*. A medida que se acerca a las Tullerías, la manifestación toma aspecto más amenazador. Se levantan carteles. En el extremo de una pica pasean un corazón de ternera con esta inscripción: *Corazón de aristócrata*. Al fin, entre redobles de tambores, llegan al Picadero. Una ley de la Constituyen-

te prohibe los grupos; sin embargo, para demostrar la importancia que les concede, la Asamblea decide recibir a los manifestantes y les consiente atravesar el salón de sesiones con sus armas y emblemas.

Las Tullerías estaban guarnecidas con tropas, pero los centinelas encargados de defender las puertas, las entregan sin resistencia. En un abrir y cerrar de ojos, quedan invadidos patios y vestíbulos. Se avisa al Rey, que estaba en sus habitaciones, que por pasadizos interiores puede llegar apresuradamente al Ojo de Buey. Lo llevan hacia el hueco de una ventana. Los ministros, el mariscal de Mouchy, algunos oficiales y soldados, se agrupan a su alrededor. Adelantan una mesa, que interponen como obstáculo entre la multitud y el Rey. La puerta cede ya a los golpes: cuando, al fin, se abre, el populacho se precipita como una tromba. El desfile dura más de dos horas, salpicado por escenas grotescas, cuando no odiosas. En medio de las vociferaciones, algunos individuos intentan golpear al Rey a sablazos: los granaderos los apartan con las bayonetas. Otro le presenta un gorro rojo en la punta de un palo, y el concejal Mouchet se lo pone en la cabeza. Otro le tiende un vaso de vino, y bebe a la salud de la nación.

Pasan picas y más picas. Sin una sombra de emoción, sin un gesto de concesión ni de miedo, el Rey deja pasar el torrente. Impasible, se contenta con responder a las intimaciones repetidas de Santerre y sus tenientes: «He hecho lo que me ordenan la Constitución y los decretos.» Esta calma termina por impresionar. Habían ido a buscar al «tirano» en su guarida, y encuentran un buen hombre, algo torpe, de aspecto abierto y gestos sencillos... A las seis, aparece Pétion: «Señor —dice—, acabo de enterarme de la situación en que está.» Luis XVI detestaba a este ente empalagoso y falso. «Es extraño —le replicó—, hace dos horas que dura esto.» Algunos diputados y soldados se abren paso. Los manifestantes, en pie desde hacía catorce horas, estaban extenuados. Con el pretexto de hacerles ver el palacio, consiguieron echarlos fuera. A las ocho el peligro estaba conjurado. El Rey recibió a los diputados —dice un testigo— con una sangre fría inconcebible.

La jornada había fracasado. Por una vez, Luis XVI había sabido resistir.

El atentado del 20 de junio había indignado a casi toda Francia. Setenta y cinco departamentos y un gran número de Cuerpos constituídos enviaron su protesta. En París, para una exposición en favor del Rey y de la Constitución, se recogieron rápidamente 20.000 firmas de ciudadanos activos. En el mismo Consejo general del Ayuntamiento se encontró una mayoría para censurar a Manuel, Pétion y los administradores de la policía, cuya premeditada incuria había permitido la invasión de Palacio. Quince días más tarde, después de una seria información, Pétion y Manuel quedaban suspendidos en sus funciones por el Directorio del departamento, que, al mismo tiempo, denunciaba a Santerre y a sus cómplices, a los Tribunales. El 28 de junio, La Fayette en persona iba a la Asamblea y reclamaba en nombre del Ejército medidas «eficaces» contra la «secta» jacobina. Su proposición quedó aprobada por 339 votos contra 234. «Está demostrado, a mi juicio —dice el canciller Pasquier en sus *Souvenirs*— que cuando Luis XVI sucumbió definitivamente, tenía muchos más partidarios que un año antes, en la época de su huída a Varennes.»

Pero, en política, el número no es nada; la acción es todo. La gente de orden estaba demasiado dividida, y era demasiado débil para que su simpatía fuese eficaz. Discurre, gime, y no hace nada. «Su resistencia se consume en palabras y escritos.» En el estado en que se encontraba Francia, no había más que un medio de detener la Revolución: tomar un fusil y salir a la calle; pero cincuenta años de escepticismo y de filosofía lacrimosa hacían imposible esta defensa. Malouet y Montmorin habían propuesto al Rey reunir en París algunos millares de antiguos militares e hidalgos de bien probada adhesión a la Corona. Era fácil reunir en una semana 6.000 personas, que no esperaban más que un jefe y una orden de concentración. Luis XVI dejó pasar dos meses sin contestarles, y la concentración no se hizo. Un plan de evasión propuesto por Mme. de Staël no tuvo mejor éxito. Pero aún hubo más.

A la mañana siguiente de su intimación a la Asamblea,

La Fayette debía acompañar al Rey a una revista de la Guardia nacional. Habían elegido una legión constitucional que, electrizada por la presencia de su antiguo general, se dejaría llevar contra los jacobinos, para cerrar su club. Por odio a La Fayette, la Reina advirtió de ello al Ayuntamiento, y la revista fué suspendida. La Fayette, que tenía presente la experiencia de los sucesos del Campo de Marte, no se dió por vencido, e hizo un llamamiento a sus partidarios. Con sólo 300 que acudieran, intentaría el golpe. El día señalado se presentaron treinta. No le quedaba al desdichado otro camino, que volverse a la frontera, y así lo hizo.

Luis XVI no sentía hacia La Fayette y los fuldenses una aversión tan pronunciada como María Antonieta, pero también se equivocaba gravemente respecto a los jacobinos, a los que despreciaba demasiado, lo que le impedía ver en ellos una fuerza considerable. Persuadido de que los aliados no tardarían en entrar en París, limitaba todas sus aspiraciones políticas a ganar cinco o seis semanas, retrasando, con pobres medios, la tormenta próxima a estallar. Su antiguo ministro, Bertrand de Molleville, hombre valiente y decidido, pero demasiado dado a la intriga, fomentaba en él la idea de que era fácil comprar a los jefes populares y hacer luego que unos a otros se paralizasen. Con este objeto, lo mismo Bertrand que la lista civil, gastaron grandes cantidades de dinero. Danton, Fabre d'Eglantine, Santerre y otros recibieron su porción en el reparto, pero no cambiaron de conducta: no podían volverse atrás sin destruir a la vez su crédito; y verdaderamente, resultaban demasiado caras las pequeñas traiciones que les era posible cometer, salvando las apariencias.

Ninguna insurrección, en efecto, se preparó con menos misterio que la del 10 de agosto. Todo se hizo a la luz del día, todo se conoció con anticipación. El 1 de julio, la Asamblea decreta que las deliberaciones de los Cuerpos administrativos sean públicas, que era tanto como someterles a la vigilancia de los clubs y a la presión de las tribunas; el 6, disuelve las planas mayores de las Guardias nacionales de provincias, y, por los mismos días, prepara la supresión de las compañías «d'élite» de París; el 15, despide de París las tropas de línea; el 16, las reemplaza con una gendarmería compuesta de los soldados y guardias franceses que han hecho causa común con el motín en la toma de la Bastilla; por último, el 6 de agosto, ordena que la guardia de las Tullerías se forme todos los días con hombres pertenecientes a sesenta batallones, es decir, con soldados que no conocerán a sus jefes, sin cohesión ni disciplina. Todos los recursos del orden se debilitan. La defensa se va desorganizando pieza a pieza, mientras que, por otra parte, las fuerzas del ataque crecen en la misma proporción.

En primer lugar, puesto que el 20 de junio los patriotas de la capital no han estado a la altura de su misión, se recluta un refuerzo en provincias. Los voluntarios que se habían alistado por el tiempo que durase la guerra, debían ser concentrados en la retaguardia de los ejércitos, en el campo de Soissons. Con el pretexto de hacerles asistir a la fiesta del 14 de julio, los jacobinos hacen ir una parte de ellos hasta París; y pasado el 14 de julio, retienen a los más exaltados y continúan llamando a otros, cuidadosamente escogidos por sus afiliados locales. Los mayores contingentes son de los puertos —Marsella y Brest— donde la presencia de una numerosa población flotante facilita el reclutamiento. En total, no bajarán de cinco mil.

Por otra parte, el 11 de julio, la Asamblea declara que la Patria está en peligro, y rodea esta proclamación de un aparato teatral, muy a propósito para soliviantar los espíritus. El mismo día decreta la sesión permanente de las cuarenta y ocho secciones, transformadas en otras tantas reuniones públicas oficiales, terreno propicio para los agitadores. El 13, a modo de estímulo, restablece a Pétion en sus funciones de alcalde.

La concentración de los federados y la agitación de las secciones fueron los dos elementos preparatorios de la jornada del 10 de agosto.

Todo fué dirigido por un *Comité de insurrección*, que presidía el cura Vaugeois, vicario del obispo de Blois, y donde se encontraban, entre otros, Merlin (de Thionville), Basire, Chabot, Fournier, Chaumette, Santerre y Anthoine. Se reunían en el *Sol de Oro*, en la plaza de la Bastilla, en el *Cuadrante Azul*, de los bulevares, o en casa de Anthoine, en la

calle de Saint-Honoré, en casa del carpintero Duplay, huésped y amigo de Robespierre. Robespierre fué quien redactó las peticiones presentadas por los federados para la destitución del Rey. Danton descansaba por el momento en Arcis, para no reaparecer hasta última hora. El 27 de julio las secciones obtuvieron el derecho de crear un órgano de enlace, una oficina de correspondencia, para la que Pétion facilitó inmediatamente un local en el Ayuntamiento; esto era superponer a la Municipalidad oficial y moderada, otra ilegal y violenta. Instalada en este lugar desde su creación, esta segunda Municipalidad no había de tardar en suplantar y expulsar a la primera.

Sin embargo, las cosas fueron difíciles de encauzar. A despecho de la doble campaña de los federados y de las secciones, París no progresaba. Los barrios constitucionales resistían, y, en los otros, la mayoría seguía inactiva. La insurrección que debía estallar el 26 de julio, a la llegada de los de Brest, tuvo que diferirse por falta de armonía y preparación. Una segunda tentativa, el 30, a la llegada de los marselleses, no tuvo mejor éxito: todo se redujo a tumultos en algunas esquinas. Un tercer movimiento, el 4 de agosto, abortó de la misma manera.

Temerosos de ser arrastrados por la revuelta que se preparaba sin contar con ellos, los girondinos hacían desesperados esfuerzos para reconquistar el Poder por medios parlamentarios. Dimitidos los ministros fuldenses, se ofrecían a reemplazarlos; y, para inspirar confianza al Rey, se esforzaban en reprimir la agitación de las secciones. Pero, en medio de estas intrigas, el 1 de agosto llegaba a París el manifiesto lanzado por el generalísimo prusiano, duque de Brunswick.

Este manifiesto, redactado por un emigrado, contra la opinión del representante de Luis XVI, Maillet du Pan, era de la máxima imprudencia y estupidez. Se decía que todo guardia nacional, todo habitante que *osara defenderse contra los invasores,* sería castigado como rebelde. En caso de que el Rey fuera ultrajado nuevamente en las Tullerías, París sería condenado a *una ejecución militar y a una subversión total.* Es de sentido común no amenazar a quien no se está seguro

de poder aplicar el castigo. Las baladronadas de Brunswick hicieron el efecto que podía esperarse: lejos de aterrorizar a París, favorecieron los planes de los republicanos y les facilitaron el golpe. El 9, por la mañana, llegaban 900 federados más. Por la noche, el comandante de la Guardia nacional, Mandat, llamado al Ayuntamiento, fué destituído y asesinado. Pétion, por su parte, luego de haber paseado algún tiempo de las Tullerías al Picadero su corpachón asustado y su semblante descompuesto, prudentemente se hacía arrestar por el Ayuntamiento insurrecto, y esperaba los sucesos. El 10, por la mañana, los rebeldes se reunían, y, desde las seis, comenzaban el bloqueo de las Tullerías.

El palacio estaba defendido por cuerpos heterogéneos que no era posible mantener en buen acuerdo no estando Mandat. Doscientos o trescientos caballeros de San Luis, de paisano, mal armados y sin jefe; novecientos suizos llamados de Rueil y Courbevoie, resueltos a hacerse matar en su puesto, pero sin más que quince o veinte cartuchos por cabeza; novecientos gendarmes comprometidos de antemano en el motín; dos mil guardias nacionales, una parte de los cuales —los artilleros— estaban dispuestos a hacer traición en cuanto sonase el primer disparo.

Un jefe inteligente hubiera desarmado y despedido a los guardias, de cuya fidelidad había motivos para dudar, hubiera expulsado de palacio a todo el que flaqueara, y con los mil quinientos o dos mil hombres restantes, hubiera organizado la defensa. Tenían cañones, y, con los que quedaban de los guardias, bastantes fusiles y balas. Detrás de los espesos muros del Palacio, era posible sostener el sitio y aun salir victorioso. Pero no había jefe.

Los ministros creen todavía en las virtudes de la Constitución. El procurador-síndico del departamento, Roederer, aunque monárquico fiel, está encastillado en la legalidad, y es quien persuade a Mandat de que vaya a hacerse asesinar al Ayuntamiento, so pretexto de que va a requerimiento del alcalde. Los oficiales municipales y magistrados a quienes incumbe el deber de proclamar la ley marcial, sólo dan muestras de aturdimiento. Desmoralizan a las tropas con sus palabras. Persiguen al Rey con su desaliento. Roederer no hace

más que pintarle la situación con los colores más negros y apremiarle a refugiarse en la Asamblea para evitar a sus hijos los horrores del asalto y quizá de la muerte.

Luis XVI y María Antonieta, en el primer momento habían dado muestras de energía, pero acabaron dejándose dominar por el pánico; y antes aún de que los asaltantes disparasen un tiro, abandonaron el Palacio real y se retiraron a la Asamblea con el Delfín, Mme. Royal y Mme. Elisabeth. En el último momento, aún tuvo el Rey una vacilación: «Sin embargo, no hay mucha gente en el Carrousel», dijo. Roederer replica con un torrente de palabras desalentadas: la gente de los arrabales está próxima a llegar, todas las secciones están armadas, no hay bastantes hombres en Palacio para resistir, ni aun a la gente del Carrousel... Reanudaron la marcha. Luis XVI practicaba la no resistencia al mal.

Su salida fué la señal de la desbandada. No quedaron en Palacio más que un puñado de gentileshombres y los suizos. El primer asalto de las turbas fué rechazado con pérdidas. En un instante, los patios quedaron desiertos y los suizos, saliendo de sus abrigos, fueron a apoderarse de los cañones de los marselleses. En su desatinada carrera, los fugitivos chocaron con la columna del faubour Saint-Antoine, que se había formado no sin dificultad, pero que —¡al fin!— llegaba. Recobrando valor, los dos grupos volvieron a la carga. Faltos de cartuchos, los suizos fueron rechazados al interior de los edificios, donde se atrincheraron.

Desde la Asamblea habían oído el tiroteo. Falsa o, al menos, prematuramente, dicen al Rey que la chusma está a punto de invadir el Palacio, y, so pretexto de impedir una matanza, le arrancan una orden escrita ordenando a los suizos cesar el fuego y retirarse a sus cuarteles. La orden llega rápidamente a su destino. Cuando los suizos, obedientes a la orden del Rey, se repliegan e intentan formarse en columna, sufren el asalto de la multitud, que los pasa a cuchillo.

El Palacio, ya sin defensores, es invadido, y asesinado casi todo el personal, incluso los pinches de cocina, en una ráfaga de locura destructora y criminal. Es preciso leer los relatos de los testigos para formarse una idea de estos horrores. Hombres arrojados vivos por las ventanas y recibidos abajo sobre

las puntas de las picas; otros, despedazados, mutilados; cuerpos desnudos, apilados en el suelo, quemados, asados. La turba entra a saco en bodegas y habitaciones. Lo que no rompen, lo destrozan: espejos, muebles, tapices, objetos de arte. El fuego devora las construcciones de madera que separan el Palacio del Carrousel, y cuando aparecen los bomberos la emprenden a tiros con ellos. El incendio duró seis días, y es milagro que no se hubiera extendido a todo el barrio. En el resto de la ciudad cunde el mismo furor: derriban las estatuas de los reyes, arrancan las coronas y flores de lis, destruyen los rótulos de los proveedores de la Real Casa, cambian los nombres de las calles. El Ayuntamiento decreta la supresión «de todos los monumentos feudales y del despotismo», es decir, la destrucción de las iglesias, del Louvre y de los arcos de triunfo; pero, por fortuna, no se ejecuta el decreto.

En total, tuvieron los realistas 800 ó 900 muertos y un gran número de heridos; los revolucionarios, 376 muertos y heridos, sobre todo heridos.

Durante esta matanza, Luis XVI estaba encerrado en la Asamblea. Sólo estaban presentes un tercio de los diputados; los otros, aterrorizados, no se atrevían a ir allí. Esta minoría decretó la suspensión del Rey hasta la reunión de la Convención nacional, y dispuso primero que fuera internado en el Luxemburgo, y más tarde en el Ministerio de Justicia, en la plaza de Vendôme. Pero el Ayuntamiento protestó. Era el vencedor, tenía derecho a disponer de los prisioneros. Dócilmente, la Asamblea se los entregó, y el 12 de agosto Luis XVI y su familia eran encerrados en la torre del Temple.

Otra vez, como al regreso de Varennes, el Poder estaba vacante. La Asamblea, siempre reducida a su tercera parte, decidió elegir un Consejo ejecutivo provisional de seis miembros. Entregó las carteras del Interior, Hacienda y Guerra a los «buenos ministros»: Roland, Clavière y Servan. Para Negocios Extranjeros eligió a un antiguo empleado de Dumouriez: Lebrun. Para Marina, Condorcet hizo designar a uno de sus colegas de la Academia de Ciencias: Monge, un honrado geómetra distraído que —dice Mme. Roland—, puesto a hacer demostraciones de cortesía, se asemejaba a los osos

de Berna. Por último, Jacques Danton se encargó de la de Justicia.

Vaciado en bronce, incensado, canonizado por una escuela de historiadores, Danton ha pasado durante veinticinco o treinta años por la más perfecta encarnación del patriotismo revolucionario y aun del patriotismo, puramente. Para sus fanáticos, es el hombre de Estado «ardiente y militarista, que sueña con acabar la obra secular de la muerta Monarquía, dando a Francia las fronteras naturales de la antigua Galia; el tribuno vehemente que arroja a los tiranos de Europa una cabeza de rey, a guisa de guante; el hombre audaz que golpea con el pie el suelo nacional para hacer surgir legiones de voluntarios; el demagogo intransigente que encarna la lucha sin tregua contra el enemigo». Esto es la leyenda. La verdad es otra. Tras una larga y difícil investigación, M. Albert Mathiez ha llegado a rehacerla pieza a pieza, y sus búsquedas han avanzado bastante y están bien comprobadas, por lo que podemos seguirle con toda seguridad.

Abogado desde hacía dos años, Danton estaba, en 1789, en una situación económica difícil. Cargado de deudas, lleno de necesidades, esclavo de un temperamento tiránico, se lanzó a la Revolución como un segador a un prado. Elocuencia brutal, cara de dogo, hocico prominente: es el Mirabeau de la canalla. Durante tres años trabaja a los auditorios más populares. Le sigue una clientela de aventureros y degenerados, con la que se mezcla en todos los complots y en todas las agitaciones. Desvergonzado, venal, sin escrúpulos, jugando con dos barajas, cobra de Inglaterra, del duque de Orleáns, de la Corte. Unos lo compran para que incite al desorden, otros para que lo contenga. Ejerce la demagogia por oficio, sin creer en ella. La Revolución le inspira actos de entusiasmo y energía, pero no tiene confianza en su duración, y siempre se reserva una línea de retirada. Por eso conserva buena relación con los agentes monárquicos de Bretaña y París. En caso necesario, hasta les presta servicios discretos, que le valen agradecimientos útiles. En la tribuna, se pronuncia por la guerra a todo trance; en secreto, por la paz inmediata. En público, se jacta de haber sido el motor del 10 de agosto y de haber derribado la Monarquía. En la intimidad, anuncia

al futuro Luis Felipe la restauración del Trono en beneficio de la rama menor. En París, es el hombre de los arrabales, el defensor de los proletarios. En Arcis, compra tierras, una granja, dos prioratos, bosques, cien hectáreas de campos. En un ministerio de visionarios a su servicio, representa un tipo moderno de político astuto, escéptico y aprovechado, que ama el Poder y sabe servirse de él.

Los girondinos, que le temían y despreciaban a la vez, habíanlo elegido de mala gana para tener un escudo contra el motín, pero no era hombre él para servir de testaferro a Brissot y Vergniaud. Instalado en un departamento honorífico, se apresuró a asumir las atribuciones de sus colegas: Monge, Servan y Lebrun le obedecen ciegamente. No le faltan camaradas para todos los cargos, proveedores para todas las contratas, decretos para todos los asuntos. Se apodera de los fondos secretos, nombra comisarios para el Ejército, lanza al campo a millares de voluntarios. Está a sus anchas en el caos. Encuentra en él cuanto apetece: emociones, dinero, actitudes. En medio del espantoso desorden que arrastraba a Francia, sólo él tiene bastante estómago para aparentar ser algo. No es un hombre de Estado. Es, a distancia, una ruidosa caricatura de tal.

El Ayuntamiento insurrecto había derribado al Trono. Poco faltó para que hiciera lo mismo con la Legislativa. Robespierre lo empujaba a ello, pero se lo impedía un vago temor. Se contentó, pues, con imponer a la Asamblea y al Consejo una serie de medidas demagógicas: elección de la futura Convención por medio del sufragio universal, persecución de los sospechosos a cargo de las Municipalidades, registros en los domicilios de los monárquicos, reelección de los oficiales de gendarmería y de los jueces de paz de París, liberación de los condenados por robo de granos, confiscación y subasta de los bienes de emigrados, internamiento de sus parientes, destierro o deportación de los sacerdotes que no hubiesen jurado, requisa y tasación de los granos, constitución de talleres nacionales, y, por último, institución de un Tribunal extraordinario para juzgar los delitos de contrarrevolución.

El Ejército, repuesto apenas de sus primeras batallas, está desorganizado nuevamente. La Fayette, después de haber in-

ducido al departamento de Ardennes a protestar contra la prisión del Rey, emigra a Bélgica, donde cae prisionero. El Estado Mayor se descompone. Algunos oficiales quedan suspendidos de empleo; otros se van; muchos se quedan exclusivamente por temor. Con la noticia del 10 de agosto, el Ejército prusiano se pone en conmoción; avanza sin encontrar resistencia seria. El 23, Longuy se rinde casi sin defensa. El 21 de septiembre, Verdun capitula después de un corto bombardeo. El 13, los prusianos fuerzan el paso del Argonne y marchan por el camino de Châlons. Era la derrota. Los girondinos, que tan despreocupadamente buscaron la guerra, gritan ahora que todo está perdido. Unos proponen trasladar el Gobierno a provincias; otro publica bajas adulaciones a la gloria del generalísimo alemán; el Consejo ejecutivo ofrece a Inglaterra, a cambio de su neutralidad, una parte de nuestro imperio colonial. Un amigo de Danton, Desportes, va a Alemania para solicitar de Prusia una paz separada. Detrás de las frases pomposas que sonaban en la tribuna, se agitaban el derrotismo y el temor.

En la Municipalidad aún iban peor las cosas. Cada retroceso de los ejércitos aumenta la rabia. Están allí un puñado de hombres salidos de los bajos fondos, Césares de hoy, mañana, tal vez, vulgares criminales de derecho común. Perdidos en una inmensa ciudad, sienten su insignificancia y su usurpación. Su pasado les vuelve a la memoria. El presidente Huguenin es un malversador; Rossignol un asesino; Manuel ha robado, falsificado y vendido la correspondencia de Mirabeau. Hebert, inspector de teatro, ha sido despedido de las Variedades por estafa; Panis, expulsado del Tesoro real por malversación. Todos saben que las visitas domiciliarias de su Comité de vigilancia no han sido generalmente más que vulgares robos. ¡Y cuando París esté ocupado, habrá que responder de todo esto! No hay término medio entre la dictadura y las galeras. Pero estos individuos tienen un consejero digno de ellos: un medio loco, un maníaco del crimen, el periodista Jean Paul Marat. «Antes de desaparecer —les repite sin descanso—, suprimid a vuestros enemigos, rematad vuestras víctimas. Caed sobre los que tienen coche, criados, vestidos de seda. Entrad en las cárceles, asesinad a los

nobles, a los sacerdotes, a los ricos. No dejéis detrás de vosotros más que sangre y cadáveres.» La matanza se organiza, en consecuencia, metódicamente.

En diez días se prepara todo: se imprimen las listas de proscripción, se eligen y alistan los verdugos, a razón de seis francos por día, y vino a discreción. El 30 de agosto, la Asamblea cansada de la tiranía del Ayuntamiento, decide convocar a elecciones municipales. Como réplica, el 2 de septiembre comienza la matanza, y la Municipalidad intenta englobar en ella a los girondinos, lanzando mandatos de comparecencia contra los principales, entre otros Roland, Brissot y varios diputados del partido. Matanzas en los Carmelitas, en la Abadía, en la Force, en la Salpêtrière, en el Chatelet, en Bicêtre. En la Abadía, el ujier Maillard improvisa un tribunal de sangre. En torno suyo, para excitarse al trabajo, los asesinos beben, comen y cantan, y hay bancos preparados para «las damas» que quieran asistir al espectáculo. En los Carmelitas, los sacerdotes intentan huir por los jardines y esconderse entre los árboles: se organiza una cacería de hombres, que logra más de cien víctimas. En cuatro días hubo más de mil asesinatos. Entre los muertos se cuentan el antiguo ministro Montmorin, el arzobispo de Arlés, los obispos de Saintes y Beauvais, gran número de profesores de la Universidad, los suizos escapados de los sucesos del 10 de agosto. La princesa de Lamballe fué degollada sobre un mojón de la calle Pavée, y su cabeza paseada en el extremo de una pica bajo las ventanas de la Reina, en el Temple. En Bicerta y la Salpétrière, donde están presos los niños y mujeres públicas, se desarrollan escenas imposibles de describir. Todavía el día 6, los presos a disposición del Tribunal Supremo son llevados de Orleáns a Versalles y asesinados el 9 por Fournier *el Americano*.

El Consejo ejecutivo, al corriente de todos los preparativos, no se había movido. Danton, a quien incumbía la custodia de los presos, no hizo nada para protegerlos. A un secretario de Roland que le suplicaba que hiciera algo, le dice: «Me... en los prisioneros, que se arreglen como puedan.» Y con su refrendo, la Municipalidad envió a provincias la circular del 3 de septiembre: «La Municipalidad de París se

apresura a informar a sus hermanos de los departamentos, de que el pueblo ha dado muerte a una parte de los feroces conspiradores detenidos en las cárceles, acto de justicia que le ha parecido indispensable para contener, aterrorizados, a legiones de traidores ocultos dentro de sus muros, cuando se disponían a unirse al enemigo. Sin duda, la nación entera, después de la larga serie de traiciones que la han llevado al borde del abismo, se apresurará a adoptar este medio de salvación pública...»

La respuesta no se hace esperar: matanzas en Reims, Meaux, Lyon, Caen.

Estos horrores eran obra de algunos centenares de bandidos. Pero el terror era tan grande, que nadie se atrevió a resistir ni a protestar. Por lo demás, lo mejor del país estaba en el Ejército y se portaba de una manera muy distinta.

Mientras Brunswick penetraba por el camino de París, Dumouriez y Kellerman se habían unido, viniendo uno de Sedán y el otro de Metz. En vez de intentar cerrar el paso al enemigo, se instalaron detrás de él, a lo largo del Argonne, como para cortarle las comunicaciones. Brunswick esperaba desalojarlos con una elegante maniobra estratégica, pero el Rey de Prusia, impaciente, le obliga a abordarlos de frente. El encuentro se verificó en Valmy, el 20 de septiembre; el ejército revolucionario, compuesto en parte por viejos soldados y en parte por voluntarios de 1791, que ya llevaban un año bajo las banderas, se mantuvo firme. La artillería, completamente renovada, bajo Luis XVI, por Gribeauval, era muy superior a la prusiana. Todo se redujo a un cañoneo en el que tuvimos tal ventaja, que Brunswick no osó dar el asalto. La lluvia suspendió el combate. Militarmente, la partida era nula; moralmente, Francia había vencido.

El mismo día entraba en escena la Convención.

CAPITULO X

La Gironda

La Convención, elegida en medio de las matanzas, entre el 2 y el 20 de septiembre, era enteramente jacobina. Desde 1789, el arte de hacer hablar a la *Voluntad general* había hecho considerables progresos. Los constitucionales de la Legislativa, sin posibilidad para volver a sus circunscripciones, por falta de pasaportes; suprimidos los periódicos de la derecha y distribuído su material entre los de la izquierda; perseguidos los moderados, dondequiera que se presentaban; expulsados de las Asambleas primarias, tan pronto como se abrían, los miembros sospechosos de tibieza; abolido el voto secreto por lo menos en diez departamentos; encarcelados los elegidos tan pronto como eran proclamados; los colegios electorales, asediados por las bandas de asesinos: tales fueron las condiciones en las que se permitió al pueblo soberano ejercer su soberanía. El país, amordazado, no pudo levantar la voz: de siete millones de electores, tuvieron que abstenerse de grado o por fuerza 6.300.000. El otro décimo no tenía más remedio que obedecer.

Sólo hubo lucha en París, donde el Ayuntamiento eliminó a los girondinos para hacer elegir a sus amigos: primero Robespierre, después Danton, Marat, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes, Tallien, Panis, y en fin, el último, el ciudadano Igualdad, por otro nombre Felipe de Orleáns, a quien no importaba ya una apostasía más o menos. En los demás sitios se había formado una lista única, y como los girondi-

nos eran los más conocidos, habían sido elegidos en gran número. Volvían todos los jefes de la Legislativa, y con ellos, Buzot y Lanjuinais, antiguos constituyentes; Pétion, Roland y Barbaroux, que todavía no habían sido diputados.

La Convención se componía de 749 miembros y 298 suplentes. De estos 749, no se presentaron el 20 de septiembre más que 371, de los cuales sólo 253 —un tercio— tomaron parte en la votación nominal para elección del presidente. Aunque la cifra legal fué, posteriormente, elevada a 903 en virtud de las anexiones, rara vez fueron más numerosos. En julio de 1793, ha de llegar un momento en que no contará más que 186. Elegida por una minoría, la Convención fué su propia minoría. Esta fué su fuerza y su debilidad. El miedo le dió audacia. Reinó por el terror, que es el gobierno de los débiles, y el terrorismo se ejerció lo mismo contra los revolucionarios que contra sus enemigos. «No había nadie que no fuera sospechoso, porque nadie estaba seguro ni del mañana, ni de su vecino.»

Las primeras sesiones, no obstante, fueron bastante confusas y no parecía manifestarse un criterio predominante. El 20 de septiembre, Pétion fué elegido presidente casi por unanimidad. El 21, por unanimidad, fué abolida la dignidad real y las personas y propiedades colocadas bajo la salvaguardia de la nación. Al día siguiente, sin discusión, se convino que los documentos oficiales serían fechados en adelante desde el año I de la República, y el 25, por unanimidad, se declaró la República una e indivisible. Pero ya esta unanimidad no era más que un engaño, y empiezan a dibujarse claramente dos grupos, o más bien dos tendencias: de un lado, la Gironda; del otro, la Montaña.

La Gironda se sienta a la derecha; es la antigua izquierda de la Legislativa. Es republicana, demócrata, parlamentaria y anticlerical. Sus miembros son burgueses instruídos y quiméricos. Se creen en posesión de una verdad revelada y su fanatismo no tiene límites. Pero son consecuentes y sinceros. Tienen horror a la canalla. Quieren un Gobierno regular y respetado que funcione de acuerdo con los principios revolucionarios, pero que, una vez elegido, se sustraiga a las insurrecciones y golpes de mano del *faubourg* Saint-Antoine.

Discípulos de los fisiócratas, que traen la representación de la gente del campo, son hostiles a toda intervención del Estado en el campo de la producción y del comercio. El respeto a la propiedad, la libre concurrencia, la libre circulación de los productos, son la base de su política económica. No termina el año 1792 sin que hayan tenido que derogar todas las medidas de reglamentación —tasa y requisa— que habían sido tomadas por los departamentos o municipalidades después del 10 de agosto. Como buenos provincianos, temen que la Convención sea prisionera de la Municipalidad parisiense. Como revolucionarios puros, pretenden independizarse de la turba que los ha llevado al Gobierno, sin la que nada serían. Contra la Constitución, contra el Rey, contra los fuldenses, han recurrido, sin remordimientos, a Santerre y sus hombres: «instrumentos despreciables de una revolución útil, gloriosa y necesaria», ha escrito Condorcet. Pero les domina la rabia al pensar que sus auxiliares de ayer son hoy sus dueños. La ley es para ellos sagrada, tan pronto como acaban de elaborarla. Después de Mounier, Mirabeau y Barnave, les ha llegado a ellos la hora de decir: «La Revolución ha terminado. La Revolución acaba en nosotros.» Llegará, en efecto, un día en que la Revolución se detenga, pero no será sin haber desarrollado previamente sus principios hasta las últimas consecuencias. Aún no se ha llegado a ello. El radicalismo parlamentario de los girondinos no es un fin, es una etapa hacia el comunismo dictatorial que empieza a descubrirse entre los montañeses.

No se pretenda dar a este comunismo contornos demasiado precisos, ni fórmulas demasiado acabadas. Es un comunismo elemental, una insurrección casi instintiva de los pobres contra los ricos, de los que poseen poco contra los que poseen más. Ya que se ha establecido la igualdad política y civil, ¿por qué no establecer la igualdad social por medio de una nueva distribución de las riquezas o por una expropiación general en provecho del Estado? Algunos periodistas hacen correr la idea de que esta segunda revolución es una necesidad y que, sin ella, la primera sería inútil. Hay curas constitucionales que se hacen eco de esta predicación, y comisarios del Consejo ejecutivo que se adhieren a ella.

Nos faltan datos de este movimiento, en las proximidades del 10 de agosto. Sin embargo, los textos reunidos por M. Albert Mathiez son bastante numerosos y demostrativos para que podamos, al menos, hacernos una idea. El cura Dolivier, al presentar a la Asamblea una petición en favor de los amotinados que habían saqueado los mercados de Brie, encabeza su demanda con consideraciones de este género: «¿Qué idea se tiene de la propiedad? Hablo de la territorial. Hay que confesar que hasta ahora se ha razonado muy poco sobre ella, y lo que se ha dicho se apoya en bases falsas. Parece que se temiera abordar este tema; ha habido prisa para cubrirla con un velo misterioso y sagrado, como si se pretendiera substraerla a todo examen; pero la razón no debe reconocer ningún dogma político que la imponga un respeto ciego y una fanática sumisión. Sin remontarse a los verdaderos principios, según los cuales la propiedad puede y debe existir, es cierto que los llamados propietarios no lo son más que a título de beneficiaros legales. No hay otro verdadero propietario de sus terrenos que la nación...»

Otro cura, del Cher, excita a sus feligreses a dejar de pagar sus arrendamientos: «Los bienes van a ser comunes, no habrá más que una bodega, un granero, donde cada uno tomará lo que necesite.» Un comisario del Consejo ejecutivo, Monmoro, miembro influyente del club de los franciscanos, difundió en Normandía una nueva declaración de derechos, en la que se leen estos dos artículos: «1.° La nación no reconoce más que las propiedades industriales y asegura su garantía e inviolabilidad.—2.° La nación asegura igualmente a los ciudadanos la garantía e inviolabilidad de las falsamente llamadas propiedades territoriales, hasta que haya elaborado leyes sobre este asunto.» Lo que equivalía a decir que los propietarios de fincas detentarían sus dominios a título revocable y mientras la Asamblea no decidiera otra cosa.

Cuanto más difícil es la vida, más se activa la propaganda comunista. El cura Jacques Roux la dirige con una tenacidad cautelosa que no vence ninguna dificultad. Miembro de los franciscanos y de los jacobinos, miembro del Consejo general de la Municipalidad, hace de su sección de los Gravilliers y de las secciones próximas del Temple y del Observatorio, focos de propaganda de donde parten sin cesar peticiones contra el comercio libre, contra los capitalistas y los burgueses. Así se constituye a la izquierda de los montañeses el grupo de los exaltados, cuyas ideas los contaminan poco a poco.

Es muy cierto que en este invierno de 1792, ni Robespierre, ni Marat, ni la mayoría de los jacobinos se declaran comunistas. Al contrario, se dicen partidarios y defensores de la propiedad. Pero lo que rechazan en bloque, lo aceptan en detalle. Cuestión de clientela, en primer término: los exaltados tienen con ellos a los elementos turbulentos de la capital, los que han hecho la Revolución, y sin los cuales la Revolución no sería capaz de sostenerse. Cuestión de lógica después: porque las dificultades económicas que sufre la plebe, provienen, en gran parte, de los asignados; los males revolucionarios necesitan remedios revolucionarios; la política de abstención de Roland y su «laissez faire, laissez passer», retrotraerían la Revolución medio siglo, a la aurora de la crítica liberal. La política socialista de los exaltados se armoniza con el carácter del sistema. Es su desarrollo racional. Un espíritu deductivo y formalista como era Robespierre, no podía resistir a esta necesidad. Aun experimentando hacia los exaltados gran desconfianza y aversión, ha de llegar, tanto por propia reflexión como por la presión de las clases trabajadoras, a hacer suyo, gradualmente, todo el programa de aquéllos, a imponerlo a la Convención y a sucumbir en el empeño de imponérselo al país.

En un principio, los girondinos aparentaron querer deshacerse de la Municipalidad y de sus amigos. Desde el 25 de septiembre, comenzaron el ataque contra Robespierre, Marat y Danton, pero su maniobra fué mal dirigida, sin plan preconcebido, sin continuidad en las ideas. Se expandieron en vanas amenazas, en acusaciones vagas; inquietaron a todo el mundo, no llegaron a nada, y con estos incidentes monótonos, confusos e interminables, acabaron por perder una parte de sus tropas, que, con el nombre de Llanura o Pantano, constituyeron un tercer partido, un centro amorfo y abúlico, siempre dispuesto a colocarse al lado del más fuerte o más amenazador.

Robespierre y Marat, acusados de haber inspirado a los septembristas y de procurar la dictadura, desconcertaron a sus enemigos, el primero por su lenguaje altanero, el segundo por su desvergüenza y cinismo.

Danton era más vulnerable. Como diputado electo, estaba obligado a escoger entre su mandato legislativo y su cartera ministerial. Optó por el mandato, en tanto que Roland, que se encontraba en el mismo caso, prefirió el Ministerio. Ambos debían dar cuenta de su gestión financiera desde el 10 de agosto. Roland lo realizó con una virtuosa solemnidad, pero Danton ofreció una documentación insuficiente. Apremiado a preguntas, concluyó por confesar que no podía justificar el empleo de las 200.000 libras que se habían puesto a su disposición para gastos secretos. A creerle, sin embargo, todo se había tratado en común en el Consejo ejecutivo, y los demás ministros habían ido aprobando los gastos a medida que se presentaban. Roland replicó inmediatamente, que no conservaba el menor recuerdo de ello. Monge, Clevière y Lebrun, intimados a confirmar lo dicho por Danton, expusieron, confusamente, que, en efecto, Danton les había presentado en ausencia de Roland un estado de distribución de los fondos secretos, pero que no habían juzgado necesario obtener una copia. La derrota era lastimosa y la verdad saltaba a los ojos: una buena parte de las 200.000 libras había caído, si no en el bolsillo de Danton, al menos en los de sus allegados, empezando por su secretario general, el arruinado poeta Fabre d'Eglantine. Los girondinos tenían una buena posición, pero no supieron aprovechar sus ventajas. El asunto dió mucho juego. La Convención negó a Danton su aprobación, pero no le persiguió judicialmente, y todo concluyó con injurias en las hojas periódicas.

La misma impotencia demostraron en el asunto de la guardia convencional. Para defenderse contra los atentados de la Municipalidad, los girondinos querían que la Convención tuviese una guardia formada por los departamentos, a razón de dos jinetes y cuatro infantes por diputado, en total unos 4.500 hombres. La deliberación, comenzada el 24 de septiembre, no dió resultado. Algunos departamentos tomaron el partido de enviar, sin más espera, federados para defender a sus representantes. Fueron varios millares, pero no tardaron en ser sobornados por los jacobinos, y se pasaron a la Montaña.

Los girondinos habían quedado en una situación grotesca: la de una mayoría que no consigue gobernar, y a la que una minoría audaz ridiculiza sin descanso. La salida de Danton exigía un cambio ministerial. Servan, fatigado, también deseaba retirarse. Roland y su mujer les encontraron unos sucesores que creían seguros: un antiguo constituyente, el periodista Garat, para Justicia; un viejo empleado del duque de Castries, Pache, para Guerra.

Roland y su mujer no entendían mucho de hombres. Garat era un charlatán sin carácter, que había hecho su reputación elaborando elogios académicos, y que anda fluctuando entre los partidos, sin pronunciarse. En cuanto a Pache, apenas instalado, se declara montañés y entrega las oficinas de Guerra a los Exaltados.

A fines de año se renovó la Municipalidad. La alcaldía correspondió a un amigo de Brissot, pero los dos personajes importantes —el procurador general-síndico y su sustituto— eran dos extremistas, Chaumette y Hébert. Poco después, el competidor montañés derrotado en la alcaldía, era nombrado procurador del departamento. Por último, para coronar esta serie de fracasos y decepciones, los girondinos perdían la presidencia de la Convención, que tenían que ceder a un hombre del Pantano, el obispo Grégoire. Así, en todo, los jacobinos maniobraban contra la Gironda y la rechazaban de una posición en otra. La ofensiva de los Roland contra los «Triunviros» había fracasado. La respuesta de éstos fué la acusación de Luis XVI.

El proceso del Rey es una de las tragedias más emocionantes de la historia. Sólo el relato de la cautividad y los últimos momentos de Luis XVI constituye uno de los libros más hermosos y humanos imaginables. Pero a quien interese la concatenación de los hechos, importa sobremanera sacar a luz las razones políticas de la acusación y del suplicio. El cálculo de los montañeses es de una terrible sencillez: hay que guillotinar al Rey para hacer del regicidio testimonio y prueba de la sinceridad republicana. Al tratar de la muerte del Rey, los diputados se dividen y hacen sus recuentos. Los

que la rechazan, se ven tachados de monarquismo, de traición, de inteligencia con los emigrados y los austríacos. Los que la votan, seguirán ya unidos indisolublemente ante el temor de una reacción. Ya sean desterrados de los clubs, o privados de sus apoyos moderados, los girondinos quedarán de todos modos debilitados, y tal vez mortalmente heridos. El proceso de Luis XVI va a señalar el fin de la República burguesa, como la declaración de guerra lo fué de la Monarquía constitucional. «No queremos juzgar al Rey —dice Danton—: queremos matarlo.» «Luis Capeto —dice Jeanbon— ha sido juzgado el 10 de agosto; discutir este juicio sería hacer el proceso de la Revolución y declararse rebelde.» «Es necesario —dice Robespierre— condenarle a muerte en seguida, en virtud del derecho de insurrección»; y resumió todas estas razones en su más célebre discurso: «No hay que hacer ningún proceso. Luis no es un acusado. Vosotros no sois jueces. No sois, no podéis ser, más que hombres de Estado y representantes de la nación. No tenéis que dar una sentencia en pro o en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvación pública, ejecutar un acto de providencia nacional. Un Rey destronado en una República, sólo sirve para dos cosas: o para turbar la tranquilidad del Estado y debilitar la libertad, o para afirmar ambas a la vez.»

Cogidos en la trampa, los girondinos no pudieron salir. Reprobaban las efusiones de sangre y hubieran deseado salvar a Luis XVI, pero no osaron pronunciarse abiertamente. Sus escapatorias y argucias procesales no tuvieron otro resultado que levantar contra ellos a los extremistas y dar al asesinato del Rey un carácter de hipocresía jurídica que lo hace más odioso.

Mientras deliberaban sobre un primer informe del Comité de Legislación, se supo, el 20 de noviembre, el descubrimiento en las Tullerías de un armario secreto, el armario de hierro, que contenía papeles interesantes, en particular la correspondencia del Rey con Mirabeau y Talon, distribuidores de los fondos de la lista civil. En resumen, los restos de la agencia de corrupción que había montado Bertrand de Molleville. Este golpe teatral acabó de derrotar a los partidarios de la indulgencia. Todos los que no se pronunciaran por la muerte, se expondrían a ser tachados de vendidos. Los sospechosos no vieron más que un medio de recobrar su crédito: guillotinar. Cuando Marat pidió que el voto sobre la sentencia se emitiera en alta voz, en la tribuna, por llamamiento nominal, no se levantó ninguna protesta. Lo más que los girondinos pudieron obtener fué que Luis XVI estuviese asistido por abogados: Tronchet, de Séze, y Malesherbes, el antiguo director de la biblioteca, que tan a menudo había encubierto a los filósofos protegiéndolos contra las gentes de su departamento, y que podía ahora contemplar de cerca a los discípulos de sus protegidos.

El Rey compareció dos veces: el 11 y el 26 de diciembre. Estuvo sencillo y digno. Al interrogatorio del presidente Barére, respondió invocando la Constitución, que había proclamado su inviolabilidad, y a la que siempre había ajustado su conducta. La defensa de Séze, hábil y patética, hubiera convencido a un tribunal ordinario, pero allí no hizo efecto. Vergniaud pidió que la sentencia fuese votada plebiscitariamente, pero Robespierre, Saint-Just y Marat combatieron la proposición con furor. ¡El llamamiento al pueblo, era lo desconocido, la absolución, la Monarquía tal vez! «Someter a la ratificación de un pueblo un juicio formulado por razones de Estado —dice Marat—, no sólo es un rasgo de imbecilidad, sino también de demencia. No han podido imaginarlo más que los cómplices del tirano, reducidos para ocultar sus crímenes y arrancarle al suplicio, a entregar al Estado a los horrores de la guerra civil.»

Los escrutinios empezaron el 15 de enero, bajo la vigilancia de los excitados clubs y de los asesinos de septiembre, que llenaban las Tullerías. Sucesivamente, votaron la culpabilidad, el llamamiento al pueblo, la muerte... Por 683 votos, «Luis Capeto» fué declarado culpable de conspiración contra la seguridad general del Estado. Por 424 votos, se rechazó el llamamiento al pueblo. El 16 de enero, a las ocho de la noche, comenzó el último escrutinio. Se votaba por departamentos a partir de la letra G. Como la víspera, todavía doce de los elegidos de la Gironda se decían resueltos a la indulgencia, se creía que su ejemplo había de arrastrar a la mayoría. Vergniaud, que presidía, votó la muerte, y lo mismo hicieron

ocho de sus colegas bordeleses. A partir de este momento, los vacilantes cedieron. Durante veintiséis horas, entre las vociferaciones del público, los diputados se sucedieron en la tribuna, aplaudidos o silbados, según se pronunciasen por la guillotina o la clemencia. Tanto como la suerte de Luis XVI, se decidía la de sus jueces. Hubo 721 votantes: 361 por la muerte, 360 en contra. Pero como 26 representantes habían votado la muerte con reservas, los escrutadores añadieron estos 26 votos a los 361, en total 387. A la mañana siguiente, aún intentaron Brissot y Buzot suscitar la cuestión del sobreseimiento, que fué rechazado por 380 votos contra 310. El 20, por la tarde, Garat se dirigió al Temple para notificar la sentencia al Rey, que obtuvo el permiso de pasar dos horas con los suyos y confesar con un sacerdote no juramentado.

La ejecución se verificó el 21, en una ciudad lúgubre, con un formidable despliegue de tropas. Una doble línea de seccionarios y federados iba del Temple a las Tullerías. Mil quinientos hombres custodiaban la carroza real. Veinte mil estaban concentrados en la plaza de la Revolución, donde se levantaba el cadalso. A la salida del Temple, hacia las ocho y media, sonaron algunas voces de «¡Gracia!», pero Santerre hizo tocar los tambores de la escolta, y sus redobles continuaron sin interrupción durante todo el trayecto. A las diez, llegó el cortejo a la plaza de la Revolución. El Rey descendió lentamente del carruaje, se dejó atar las manos, subió las gradas, y desde lo alto de la plataforma dijo muy alto: «¡Pueblo, muero inocente!», pero los tambores de Santerre ahogaron su voz. En este momento hubo algo de agitación. El Rey se volvió entonces hacia Samson y sus ayudantes: «Señores, soy inocente de lo que se me acusa. Deseo que mi sangre pueda cimentar la felicidad de los franceses.» Cuando cayó la cuchilla, se produjo un estremecimiento. A la mañana siguiente, Samson, relatando los pormenores de estos hechos, añadía: «En honor a la verdad, ha soportado todo esto con una sangre fría y una firmeza que nos han asombrado. Estoy convencido que había hallado esta firmeza en los principios de la religión.»

«Luis —dice Albert Sorel— había reinado mediocremente... La guerra civil habría hecho odiosa su memoria; la proscripción hubiera borrado su recuerdo; el cadalso le creó una aureola. Al quitarle el manto real y la corona que lo abrumaban, la Convención descubrió en él al hombre, que era de una mansedumbre sin igual, y que afrontó —en la separación de todo lo que había amado, en el olvido de las injurias recibidas, en la muerte, en fin— ese sacrificio de sí mismo y esa confianza absoluta en la justicia eterna, que son fuente de las virtudes más consoladoras del género humano. La Convención lo excluyó de la lista de los soberanos políticos, en la que no tenía cabida; le situó en la categoría de las víctimas del destino, y le confirió una dignidad superior y rara en la jerarquía de los reyes. Por vez primera desde que reinaba, Luis pareció a la altura de su misión. Y como ese día lo ofrecieron como espectáculo al mundo con una extraordinaria solemnidad, y ese día es uno de los que cuentan en la historia de las naciones, su nombre se asocia en el espíritu de los pueblos a la idea del mayor de los infortunios soportados con la más noble entereza.»

Los montañeses habían ganado la partida: la Convención emprendió un camino del que nunca había de poder desviarse, y en el cual los girondinos se rompieron la cabeza. El 23 de enero, Roland, a quien hacían responsable de la carestía de la vida, dejaba el Ministerio del Interior; antes de dos meses estallaba un motín contra sus amigos. «Ya no es posible retroceder», escribía Marat, en el *Journal de la République Française*, continuador del *Ami du Peuple*: «Acabamos de abordar a una isla de libertad y hemos quemado el barco que nos ha conducido», proclamaba Cambon; y Lebas decía más sencilla, pero tan claramente: «Estamos en marcha; tras de nosotros se han cerrado los caminos; hay que seguir adelante de grado o por fuerza, y ha llegado el momento de decir: vivir libre, o morir.» El asesinato del convencional Lepeletier de Saint-Fargeau por un antiguo guardia de corps, era como la ilustración de estas palabras.

A pesar de sus faltas, los girondinos conservaban gran prestigio: habían querido la guerra e iban de victoria en victoria. Habían escalado el Poder por la guerra, y se mantenían en él merced a los éxitos militares. A la mañana siguiente de Valmy, la situación de los prusianos era extraordinaria-

mente peligrosa. Con las tropas fatigadas, diezmadas por la disentería y desmoralizadas por la resistencia imprevista de los franceses, con dos tercios de sus soldados enfermos, irregular e insuficientemente abastecidos, en medio de población hostil, con un tiempo detestable, un terreno fangoso, con los caminos encharcados, donde los cañones y los carros se atascaban, la retirada era inevitable. Poco faltó para que se convirtiera en desastre. Si Dumouriez hubiera atacado a Brunswick en los desfiladeros del Argonne, el ejército prusiano hubiera quedado deshecho. Pero Dumouriez no tenía bastante confianza en sus voluntarios para arriesgar su naciente gloria en una batalla difícil; y, por otra parte, estaba bien convencido de que Austria era la única enemiga de Francia, por lo que le parecía necesario llegar a una transacción con Prusia.

Contento de ganar tiempo, Federico Guillermo se aprestó inmediatamente a las negociaciones, y entretuvo a los comisarios del Consejo ejecutivo, Westermann y Benoist, con vagas promesas y declaraciones vehementes contra el Emperador y la Casa de Austria. Promesas y declaraciones no comprometían a nada, pero en París todo esto se tomaba en serio, tanto, que, el 23 de octubre, seguido sin ser hostilizado, Brunswick repasaba la frontera con su hospital ambulante. Pero la orilla izquierda del Rhin había sido ya invadida por otro lado, y había dado comienzo la guerra de conquista.

Las discusiones que precedieron a la ruptura con Austria habían demostrado que, para los girondinos, la Revolución no era sólo un asunto de política interior francesa, sino también el primer episodio de la Revolución universal, la primera etapa de una insurrección contra los reyes, los sacerdotes, los nobles. Para subrayar bien este carácter internacional, a los refugiados extranjeros se les admitía sin limitación de número en los clubs, asambleas y administraciones. La mañana siguiente a la declaración de guerra, el más revoltoso de ellos, el prusiano Anacharsis Clootz, que se hacía llamar el orador del género humano, se presentaba en la tribuna de la Asamblea: «Ha llegado —decía— la crisis del universo. La suerte del género humano está en manos de Francia... La

religión de los Derechos del Hombre, ¿inspirará menos virtud, celo y entusiasmo que la religión de los falsos profetas?» ¡La religión de los Derechos del Hombre! Ya no era una guerra lo que comenzaba, sino una cruzada: una cruzada para la disolución de los Estados.

Un primer decreto concedió una pensión a los desertores de los ejércitos enemigos; de él se repartieron muchos millares de ejemplares traducidos al alemán y al español. Lo fijaban en los muros y árboles, lo arrojaban a los carruajes, lo pegaban en botellas de aguardiente que depositaban en seguida en las avanzadas: ingenuas estratagemas cuyo éxito fué mediocre. Más hábil era la formación de legiones extranjeras, germen de ejércitos revolucionarios, destinados a operar en su país de origen. Hubo legiones de Lieja, belga, bátava, saboyana, germánica, inglesa, todas equipadas y mantenidas a costa de Francia. Para cada legión había un club de patriotas, cuya correspondencia, periódicos, folletos y proclamas, corrían a extender hasta en los más minúsculos principados las ideas y agitaciones revolucionarias. De Estrasburgo partían misioneros que, con el apoyo de las logias masónicas, levantaban a los renanos contra los electores y contra los emigrados. En Ginebra se agitaban los amigos de Clavière. En Londres, los demócratas, agrupados en una sociedad histórica, multiplicaban las manifestaciones de simpatía. En todas partes, los sucesos de Francia despertaban las esperanzas de los menesterosos y descontentos. En todas partes se encontraban hombres de letras para defenderlos y exaltarlos. La víspera de las elecciones a la Convención, Marie-Joseph Chénier pedía a la Legislativa que concediese nacionalidad francesa a los escritores extranjeros que habían «minado los cimientos de la tiranía y preparado el camino de la libertad». Deseaba que muchos de ellos fuesen miembros de la futura Asamblea, para que ésta llegara a ser el «Congreso del mundo entero». Unos veinte filósofos recibieron así el derecho de ciudadanía. Dos de ellos: Thomas Paine y Anacharsis Clootz, fueron elegidos diputados, uno por Pas-de-Calais y otro por Oise. Thomas Paine se sentó a la derecha, Clootz a la izquierda. «No podremos estar tranquilos más que cuando Europa, y toda Europa, arda...», escribía Brissot. «Al enviarnos aquí —decía

Danton—, la nación francesa ha creado un gran comité de insurrección general de los pueblos contra todos los reyes del universo!»

Mientras Dumouriez contenía la invasión prusiana, los austríacos del duque de Saxe-Teschen habían ido a sitiar a Lille. Pero el duque no tenía bastantes tropas para cercar por completo la ciudad, y en cuanto supo el desastre de Brunswick se retiró. Entretanto, Dumouriez se dirigió a París para proponer a la Convención la conquista de Bélgica. Fué recibido triunfalmente; se dieron fiestas en su honor; lo colmaron de atenciones; los jacobinos le ofrecieron un gorro encarnado; Robespierre le besó; Santerre consintió en cederle parte de la artillería de París, y el Consejo ejecutivo adoptó su proyecto prescribiendo, el 24 de octubre, que los ejércitos no se retiraran a cuarteles de invierno hasta que los enemigos de la República hubieran sido rechazados al otro lado del Rhin.

El ayudante-general Vergnes, que dirigía una de las oficinas de Guerra, había propuesto a Dumouriez adoptar el plan tradicional, el de Luis XIV y Turenne, en 1672, el del mariscal de Saxe y de Loewendal, en 1745: un ejército de observación, que protegiera a un ejército de sitio. Pero las tropas revolucionarias no eran aptas para una guerra científica. Ardientes y llenas de valor, no hubieran soportado una campaña lenta y metódica. Había que empujarlas hacia adelante, arrastrarlas a una continua ofensiva, dejar libre campo a su entusiasmo y fogosidad, sin preocuparse demasiado por las vidas sacrificadas inútilmente. Por lo demás, para secundar este heroísmo, disponían de medios materiales superiores en número y calidad a los del enemigo, en particular de una artillería de primer orden. La batalla revolucionaria será, ciertamente, grosera y sangrienta, pero no es, sin embargo, un sencillo cuerpo a cuerpo.

El 6 de noviembre Dumouriez encontraba a los imperiales cerca de Mons. Después de una preparación de artillería de tres horas, sus soldados tomaban a la bayoneta las alturas fortificadas de Jemmapes y obligaban a retirarse al duque de Saxe-Teschen. Una tras otra, Bruselas, Malinas, Lovaina, Lieja, Gante, Namur, abrían sus puertas. Amberes se rendía al

cabo de cuatro días de sitio. En menos de un mes, Bélgica entera quedaba conquistada. En todas partes se acogía a los franceses con aclamaciones y regocijo. En el otro extremo de la frontera, a lo largo del Rhin, en los caminos de Lorena y Champagne, otro general, Custine, había avanzado, en tanto que Brunswick seguía atascado. El país, hacía mucho tiempo, estaba ganado a la influencia francesa, las fortalezas desguarnecidas, el pueblo trabajado por una intensa propaganda; en todas partes se encontraban complacencias y complicidades: Spira, Worms, Maguncia, Francfort, caen a paso de carga; los príncipes y principillos huyen u ofrecen humildemente sus servicios. En los Alpes, un tercer cuerpo, mandado por Montesquiou, cae, sin previa declaración de guerra, sobre Piamonte, toma Montmélian, entra en Chambéry, y obliga a los sardos a evacuar Saboya, mientras Truguet y Anselme ocupan sin más trabajo Niza y el Condado.

Para un militar, esta campaña, a pesar de su brillantez, aparece llena de errores y torpezas. En particular, Dumouriez y Custine en ningún momento intentaron combinar sus movimientos para cortar la retirada a Brunswick, que se escapó sin gran dificultad. Pero lejos de perjudicar a los franceses, esta falta de ciencia los hacía aún más temibles: parecían triunfar sólo con su presencia. Era como si el nombre de la libertad derrotase al enemigo. Un publicista alemán que tenía imaginación bíblica, podía, sin hacer reír, comparar a Custine con Josué derribando las murallas con el ruido de las trompetas.

La victoria suscitaba numerosos problemas. ¿Convenía pactar, o proseguir la guerra? ¿Disminuir la propaganda en el extranjero, o intensificarla? ¿Revolucionar los territorios conquistados, o respetar en ellos el antiguo régimen? ¿Hacer de ellos Estados protegidos, o anexionárselos? El 28 de septiembre se daba lectura en la Convención a una carta de Montesquiou solicitando instrucciones. Inmediatamente promueve un debate, interesante por las contradicciones que en él se manifiestan.

El pacifismo de 1789, el cosmopolitismo girondino, los planes de revolución universal, el viejo sueño monárquico de las fronteras naturales, el temor de comprometerse

en una guerra interminable: todo se agita a un tiempo. Pero si la Convención no osa todavía pronunciarse, y se contenta con enviar la carta de Montesquiou a examen del Comité diplomático, se nota en el tono de los discursos que la balanza se inclina del lado de la guerra. Entre bastidores, por otra parte, los ministros empujan con todas sus fuerzas, y sus razones, no por ser de pura ideología dejan de tener gran peso. El ministro de Hacienda, Clavière, pretende que el sostenimiento del ejército aruina el tesoro, y pide que se le haga vivir a costa del enemigo. Roland, por su parte, teme que la vuelta de los soldados dé lugar a una reacción militar. «Es necesario —dice— hacerlos marchar tan lejos como los lleven las piernas, porque, si no, volverán para cortaros el pescuezo.»

La política girondina, en su forma primitiva, no había sido más que un pretexto de retórica incendiaria. La prueba de los hechos la obligaba a tomar cuerpo. Durante seis u ocho meses, Brissot había hecho juegos malabares con palabras amenazadoras. Llegaba el momento de decir lo que éstas ocultaban, y puesto que ya no se trataba de efectos oratorios, sino de intereses y resoluciones positivas, la historia, la geografía, las necesidades políticas y militares volvían a adquirir todo su valor e inclinaban las deliberaciones de los convencionales hacia los caminos trillados de la tradición. El decreto del 19 de noviembre que prometía fraternidad y socorro a todos los pueblos deseosos de libertad, no fué más que una manifestación verbal de humanitarismo. Pero el 15 de diciembre la Convención lo completaba decidiendo que la ayuda de Francia no sería gratuita, sino que implicaría por parte de las naciones asistidas una sumisión completa a la dictadura y leyes revolucionarias: era el primer paso hacia la absorción. Poco tardó el segundo: una serie de decretos prescribieron la anexión de Basilea, treinta y cinco ayuntamientos del Palatinado, Lieja, Bélgica, y, por último, de todo el país comprendido entre el Mosela y el Rhin. La Revolución realizaba un proyecto que contaba ya dos o tres siglos: la desmembración de la monarquía austríaca por medio de la conquista de los Países Bajos. La propaganda revolucionaria parecía no ser más que un expediente nuevo para terminar la obra de Richelieu.

Al aceptar la herencia de la Monarquía y adoptar sus proyectos, la Revolución se exponía a sus mismas dificultades y peligros. La toma de Amberes y la apertura de las bocas del Escalda, cuyo dominio había sido hasta entonces de los holandeses, reanimaba la hostilidad del Gobierno de Londres hacia nuestras empresas comerciales y marítimas. Pitt había saludado con placer a la Revolución, y había creído que, agotando a los franceses, le permitiría tomar pacíficamente el desquite de la guerra de América; pero desde el momento en que la Revolución se reveló, no ya bajo el aspecto de anarquía, sino bajo el de conquista, su manera de pensar cambió radicalmente. Inglaterra nunca había tolerado que Francia se estableciera como competidora en las costas del Norte, frente al Támesis, en una de las mejores posiciones marítimas del globo. Para impedirlo, había levantado a toda Europa contra Luis XIV, y había de serle más fácil aún levantarla contra la Revolución. Ello va a ser el último episodio y el más largo de lo que Seeley llama la tercer guerra de Cien Años, la guerra por la hegemonía económica y colonial. Inglaterra tarda en comprender, tarda en ponerse en movimienno, no se va a detener ya antes de haber liquidado esta vieja cuenta. La coalición de las potencias volvía a encontrar su cabeza y su caja. Como bajo Luis XV, Francia iba a empeñarse en una guerra continental cuando su verdadero enemigo estaba en el mar.

Jacques Bainville ha insistido sobre este punto con mucha clarividencia y razón. Entre las faltas de la Revolución, dice, una de las menos visibles y más importantes fué «suscitar un conflicto con la primer potencia marítima del mundo, sin tener escuadra ni esperanzas de encontrarla. Porque una marina, instrumento de precisión, no se improvisa.» Los motines y la emigración habían arruinado la nuestra, y no era posible reconstruirla sin personal, experiencia, ni dinero. Pitt lo sabía, y desde fines de noviembre había tomado su decisión; durante dos meses multiplicó los incidentes, las malas formas y las provocaciones; a lo último, la ejecución de Luis XVI le ofreció un pretexto para expulsar al enviado

francés e inducir a la Convención a declarar la guerra al Rey Jorge, a su aliado el estathouder de Holanda y al Rey de España, Carlos IV, que era un Borbón, primo del Rey de Francia (1 de febrero-7 de marzo).

La Revolución había levantado en contra suya a la mitad de Europa, pero por una increíble fatalidad, en el momento en que se emprendía, según la frase de Pitt, esta guerra de exterminio, los ejércitos franceses se encontraban en tal estado de cansancio y ruina, que eran incapaces de combatir. Una ley concedía a los voluntarios de 1792 la facultad de retirarse el 1 de diciembre de cada año, con la sola condición de prevenir a su capitán dos meses antes. El día señalado abandonaron las filas batallones enteros. Por otra parte, la deserción hacía estragos considerables; los ejércitos se deshacían de semana en semana; en el Mosela, el Mosa, el Rhin, los Pirineos, por todas partes, los caminos se veían poblados de soldados que volvían a sus hogares sin permiso, llevando sus armas y uniformes. Había en Bélgica a fin de octubre 100.000 franceses. A fin de diciembre no quedaban más que 45.000, incluyendo las guarniciones.

En los servicios de administración militar, el desorden era aún mayor. El ministro Pache ocultaba bajo el aspecto plácido y polvoriento de un viejo burócrata, un alma vengativa, huraña y ávida de poder. Apenas instalado en el Ministerio, había transformado las oficinas para hacer entrar en ellas miembros de los exaltados: Audouin, antiguo vicario de Santo Tomás; Hassenfratz, un químico de espíritu confuso que se había hecho *sans culotte* por afición a la suciedad y al desaliño; Vincent, un galopín pretencioso que había formado parte de la Municipalidad del 10 de agosto; trescientos o cuatrocientos empleados nuevos que hablaban mucho, trabajaban poco y no pensaban más que en humillar a los generales y en insultarlos.

El vestuario, aprovisionamiento y transportes del ejército se habían arrendado a compañías particulares, entre otras la compañía Masson d'Espagnac, para los transportes, y la Doumerc, para el pan y los forrajes. Pache, que no se atrevía a acusar directamente a Dumouriez, hizo detener a sus proveedores por robo. D'Espagnac era un bribón, que se lucraba escandalosamente y les engañaba cuanto le era posible en los contratos. Pero los hombres que Pache instaló en el directorio de compras: Bidermann, Max Beer, Cerfbeer, Pick y Moselman, no eran mejores; al contrario. Es posible que el ordenador Malus hubiese malversado, pero es seguro que su sucesor, Ronsin, era un perfecto incapaz asombrado de verse encargado de funciones de las que no tenía el menor conocimiento. «Nos encontramos en la más espantosa penuria —hacía notar el ayudante-general Montjoye—. Nuestros caballos se mueren de hambre; muchos se niegan a hacer el servicio; el país está agotado y los campesinos tienen que matar su ganado por no poder alimentarlo.» Beurnonville, que mandaba el ejército del Mosela, había pedido a París medias, polainas, mantas, trajes y zapatos. Le mandaron medias y zapatos de niño. Del Escalda a los Pirineos, todo estaba igual; calzados con suela de cartón, botas de papel, carruajes sin tiros, uniformes harapientos, telas de tienda podridas, paño demasiado delgado, hospitales sin ropa, camas ni medicamentos. El gran ejército de noviembre no era más que un tropel de mendigos.

Para vigilar el espíritu del ejército y administrar los países conquistados, la Convención había designado cierto número de sus miembros que tomaron el título de comisarios. Su actuación fué deplorable. El comisario del ejército del Mosela, Joseph Cusset, estaba borracho de la mañana a la noche; apenas despierto, se instalaba en la cocina con el ayuda de cámara del general, un negro a quien llamaba amigo y hermano, convocaba a la guardia y bebía hasta caer debajo de la mesa. En Namur y Lieja, dominaban Danton y Delacroix; siempre en la mesa o con mujeres, sólo interrumpían sus placeres para arengar al populacho y empujarlo a los excesos. «Las revoluciones —decían— no se hacen con te; los principios de justicia y humanidad son buenos en teoría y en los libros de los filósofos; pero en la práctica, hay otros medios de operar, hay que tener desjarretadores a sueldo.»

El Consejo ejecutivo, como la Convención, tenía sus comisarios: treinta para Bélgica sólo. Se les había confiado la «vigilancia tutelar» de las administraciones, requisiciones, in-

troducción de los asignados e incautación de los bienes de la Iglesia. Literatos oscuros, pequeños funcionarios, vagos hombres de ley, quedaron deslumbrados por la importancia de sus funciones y cometieron estupideces que los hicieron odiosos y los pusieron en ridículo. Uno de ellos intimaba a la Municipalidad de Namur a ofrecerle una «magnífica y espléndida comida», semejante en todo a la que había dado al general Valence. Otro denunciaba al pueblo de Ypres y de Courtrai a los nobles y sacerdotes, como vampiros parecidos a los monstruos del Nilo, que «sólo imitan las voces humanas para atraer a los desgraciados y devorarlos»; un tercero, en fin, repetía en Bruselas que el Brabante no era más que una vasta casa de fieras, y que se hacía preciso cortar a tiempo veinte o treinta cabezas.

Personalmente honrados, los comisarios nacionales tomaron como ayudantes y auxiliares, canallas terribles, cuyas brutalidades, rapiñas y bandolerismo sublevaban a los pueblos. Uno de ellos, Saghman, se hizo célebre. Era un ebanista de Bruselas, notoriamente atacado de locura; para festejar su nueva dignidad, se había comprado cinco caballos, tres cabriolets, un tonel de caoba y tres mil jarros de estaño. Se creía ministro, y costó Dios y ayuda disuadirle de llevar un vestido escarlata orlado de armiño.

Pero lo peor era que ni los belgas ni los alemanes admitían las leyes revolucionarias. Los franceses les habían anunciado que les traían la Libertad, y ellos habían entendido que eso era el respeto a las franquicias, propiedades e instituciones. ¡Nada de eso! Esta Libertad era la dictadura del extranjero, los asignados, el paro del comercio, la proscripción de los sacerdotes, las requisas, las contribuciones forzadas, la incautación de los bienes de los nobles y de la Iglesia, la delación, el saqueo... Dumouriez se había opuesto con todas sus fuerzas al decreto del 15 de diciembre. El Comité de defensa general, constituído el 1 de enero para coordinar las operaciones militares y las negociaciones diplomáticas, accedió a librarle de Pache, que casi inmediatamente fué elegido alcalde de París; pero no consintió en suspender la ejecución del decreto. Desde entonces, el descontento y la hostilidad aumentaron sin cesar.

Un último incidente acabó de exasperar a los belgas. Los comisarios de la Convención se habían incautado de la plata de las comunidades religiosas. Ordenaron a los agentes del Poder ejecutivo que la transportaran a Lille, donde estaría más segura. La medida no se extendía ni a las iglesias parroquiales ni a los objetos de culto; pero no se hizo esta distinción. Durante tres días, Santa Gúdula fué presa de los *sans culotte*. «Derribaron las puertas —cuenta M. Arthur Chuquet—, rompieron las urnas, dispersaron los huesos de los santos, violaron las tumbas, robaron los cepillos, se llevaron los registros bautismales. Los oficiales se tiraban las hostias o las pisoteaban. Los soldados, disfrazados con capas pluviales y cantando canciones obscenas, formaban a través de la catedral una procesión burlesca.» Los comisarios respondieron a los que les habían pedido su intervención, que no podían hacer nada. El país, que había seguido siendo profundamente religioso, entró en efervescencia. En muchos lugares, los destacamentos franceses fueron atacados, desarmados o fusilados a quema ropa.

Los ejércitos austrohúngaros volvieron a tomar la ofensiva en la primavera. Ya, en diciembre, ayudado por una insurrección de los habitantes, Federico-Guillermo había entrado en Francfort, pero no había ido más lejos. El 1 de marzo, el ejército austríaco, mandado por Cobourg, caía sobre el ejército de Bélgica, disperso en los acantonamientos de Roer, y lo destrozaba. Dumouriez, comprometido en una expedición contra Holanda, se dejaba vencer a su vez en Neerwinden (18 de marzo) y en Lovaina. En el Rhin, Custine era igualmente atropellado, y de todas sus conquistas no quedaba más que Maguncia sitiada.

La derrota del ejército y el peligro exterior fueron la causa o el pretexto de sucesos políticos cuya historia sigue siendo oscura: la traición de Dumouriez y las jornadas de marzo.

Dumouriez era ambicioso y sólo se había unido a la República con la esperanza de desempeñar en ella un gran papel. Poco a poco, se había dado cuenta de que Francia no estaba madura para la dictadura de un soldado con suerte, y había concebido el proyecto de formar un principado independiente con Bélgica y Holanda, cuyo trono ocuparía él,

Obligado por la ofensiva austríaca a renunciar a su marcha hacia el Norte, hubo de modificar sus planes una vez más, y se decidió por la restauración de la Monarquía en la persona del pequeño Luis XVII, preso en el Temple.

La derrota le empujó a los últimos extremos. Como no se le ocultaba que habían de acusarle por la derogación arbitraria del decreto del 15 de diciembre, después del asunto de Santa Gúdula, estimó que no tenía ya por qué guardar miramientos, y se arriesgó a jugarse el todo por el todo. Podía contar con el Estado Mayor y con una parte de los oficiales, a los que repugnaban «las vergonzosas querellas» de la Convención. Pero para llevar sus tropas sobre París, tenía que contar con la seguridad de no ser atacado por la espalda. Así, el 23 negociaba con Cobourg un armisticio provisional y una promesa de neutralidad, mediante la evacuación total de los Países Bajos.

Hasta aquí todo está claro. Lo que no lo está tanto son las idas y venidas de Danton entre París y los ejércitos, y sobre todo, la llegada al campo de Dumouriez, el 26, de una diputación de tres jacobinos exaltados: Proli, Dubuisson y Pereyra, que volveremos a encontrar mezclados en los complots de los exaltados y en los grandes escándalos de traición de 1794. Danton se separó de Dumouriez el 21, después de Neerwinden. Debía urgirle encontrarse en París para dar cuenta de los sucesos; sin embargo, no llegó hasta el 26. ¿Le había puesto Dumouriez al corriente de lo que se preparaba? ¿Había juzgado prudente desaparecer hasta que las cosas se aclarasen para colocarse sobre seguro del lado de la victoria? Parece verosímil. En cuanto a Proli y sus colegas, ¿qué servicios venían a ofrecer? ¿Escucharon con tanta indignación como dijeron en su informe las declaraciones que les hizo Dumouriez?

Aún complica las cosas el hecho de que Danton, Proli y los exaltados, a las primeras malas noticias hubieran sembrado el pánico en París y provocado el 8, 9 y 10 de marzo un levantamiento de las secciones contra la Asamblea, a la que acusaban de conducir mal la guerra y no perseguir a los conspiradores. Para apaciguar el motín, la Convención había votado la creación de un tribunal revolucionario, resurrección del tribunal del 17 de agosto, suprimido por los girondinos. ¿Deberá verse en estos sucesos el primer esfuerzo de los jacobinos para deshacerse por la fuerza de la mayoría girondina, o, por el contrario, una tentativa para establecer en París una organización insurreccional que hubiera secundado el golpe de Estado militar? La cordialidad que reina en este momento entre Marat, Robespierre y Danton, podría abonar la primera hipótesis, pero hay que hacer constar en favor de la segunda, los esfuerzos de Danton para hacer elegir un nuevo ministerio, cuyos miembros fueran designados entre los convencionales, así como su tenacidad en defender a Dumouriez hasta el 28.

De todos modos, tras una iniciación favorable, el asunto tomaba mal cariz para Dumouriez. Entregaba a Cobourg el Ministerio de la Guerra y los cuatro convencionales que le habían enviado, pero, aparte de un millar de hombres, su ejército se declaraba contra él, y a su vez se veía obligado a emigrar. Danton se alejaba hacia la extrema izquierda, con tanto mayor furor cuanto más comprometido se sentía. En dos discursos de una violencia inaudita, acusó a los girondinos de ser cómplices de Dumouriez y pidió a la Convención que «declarase la guerra a los enemigos del interior». Arrastrados por él, el Centro y la Montaña votaron una serie de medidas que señalan el comienzo del Terror: institución de un impuesto especial sobre los «ricos», formación de un ejército revolucionario reclutado entre los «pobres», actuación del tribunal revolucionario con un procedimiento expeditivo; en fin, constitución de un Comité de Salud pública de nueve miembros, que deliberarían en secreto (28 de marzo-6 de abril).

A fines de febrero, la Asamblea había decidido la leva de 300.000 hombres. El contingente se había fijado, para cada ayuntamiento, proporcionalmente a la población. Si no acudían bastantes voluntarios, se completaría el cupo con hombres tomados entre los célibes y viudos sin hijos, de dieciocho a cuarenta años, designándolos por elección. Hacer elegir los reclutas en plena guerra, excedía los límites de lo absurdo, y sin esfuerzo se imagina la terrible indignación que prendió en toda Francia. Con el pretexto de impedir los abu-

sos, los departamentos decidieron entonces confiar a las municipalidades el cuidado de elegir los hombres que habían de ser movilizados: excelente manera de desembarazarse de los «aristócratas» y «burgueses». En París, las secciones designaban nominalmente, uno a uno, a doce mil jóvenes que pasaban por antijacobinos: pasantes de notario, empleados de banca, comercio y oficina. El 4 y 5 de mayo hubo en el Luxemburgo y en los Campos Elíseos dos sublevaciones de reclutas que gritaban: «¡Abajos los anarquistas! ¡Al diablo Marat, Danton y Robespierre!» Santerre los dispersó brutalmente. Los petrimetres de 1795 se acordarán de las levas de 1793.

Este mismo reclutamiento provocó el levantamiento de la Vendée. El país estaba muy apegado a su religión, sus sacerdotes y sus nobles. No había sido bien acogida la Revolución, y la insurrección se incubaba hacía meses; la ley de 300.000 hombres fué el pretexto, y en pocos días todos el país estaba en armas. En el Estado Mayor de la insurrección estaban, unidos fraternalmente, aldeanos: Stofflet y Cathelineau; nobles: Charette, Bonchamp, d'Elbée, La Rochejacquelin; y hasta curas, como el abate Bernier. Los vendeanos asesinaron a los «patriotas» de Machecoul, atropellaron a los guardias nacionales, gendarmes y vencedores de la Bastilla que habían intentado hacerles frente, se apoderaron de Cholet Thouars, Fontenay y amenazaron a Nantes, donde lograron entrar en una ocasión.

La política girondina se venía a tierra. Para sostenerse en el Poder, los girondinos necesitaban victorias continuas. Las derrotas interiores y exteriores auguraban su fin; pero como conservaban mayoría en la Convención, no podían ser vencidos más que por un levantamiento popular. No disponiendo ni de las secciones ni de la guardia nacional parisiense, los montañeses no podían provocarlo por sí solos. La guardia nacional estaba a disposición del Ayuntamiento, las secciones bajo la influencia de los exaltados. Estos representaban verdaderamente la fuerza eficaz. El enrarecimiento de mercancías y el continuo aumento de precios habían dado a su propaganda un auge extraordinario, que habían podido comprobar en febrero, al organizar el saqueo de las tiendas de comestibles. Para derribar a los constitucionales, los girondinos habían buscado la ayuda de Danton y Santerre; para derribar a los girondinos, los montañeses buscaron la de Jacques Roux y Varlet. Marat conocía personalmente a Jacques Roux, que lo había ocultado en su casa cuando estaba amenazado de persecución judicial. Debieron llegar a un acuerdo hacia principios de abril. Los exaltados prometieron sus tropas, la Montaña tomó a su cargo el programa social de los exaltados. El 11, la Convención decretaba el curso forzoso del asignado; el 4 de mayo votaba la evaluación y tasación de granos; el 20, el principio de un empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos.

Los girondinos intentaron defenderse atacando al personaje más representativo de la Montaña: Marat. Sifilítico hasta la medula, cubierto de úlceras, la tez amarilla, los ademanes convulsivos, víctima de neuralgias continuas, medio loco, Marat, en medio de su enfermedad, había conservado un sentido prodigioso del periodismo, en tanto que sus sufrimientos exasperaban en él la pasión de la lucha y del crimen. Nadie ejercía sobre el populacho una influencia comparable a la suya. Los girondinos pensaron acusarle ante el tribunal revolucionario por haber firmado, como presidente de los jacobinos, una circular prohibiendo la proscripción de los diputados que habían votado el llamamiento al pueblo, en la época del proceso de Luis XVI. Enviar a Marat ante el jurado era hacerle juzgarse por sí mismo. Interrogado por pura fórmula, fué absuelto el 24 de abril y llevado en triunfo a la Convención.

Los girondinos aún no se dieron por vencidos. El 18 de mayo hicieron nombrar una comisión de doce miembros encargados de investigar los abusos de la Municipalidad. Los Doce ponen inmediatamente manos a la obra, ordenan a las Secciones comunicarles sus registros, prohiben las reuniones nocturnas; arrestan a Hebert, sustituto del procurador-síndico; a Varlet, segundo de Jacques Roux, y a Dobsen, presidente de la sección de la Cité. El 26, las Secciones invaden la Asamblea, le imponen la libertad de los detenidos y la destitución de los Doce. El 27, la Gironda los restablece. El 29 se constituye en el arzobispado un Comité insurreccional de nueve miembros, del que forman parte Varlet y

Dobsen. El 31, reforzado con los delegados de las secciones montañesas, se traslada al Ayuntamiento, hace tocar a rebato, suena la generala y se cierran las barreras. Por su propia iniciativa, la Municipalidad nombra comandante de la Guardia nacional en sustitución de Santerre, que había partido para la Vendée, a un amigo charlatán de feria convertido, empleado ahora en la barreras, el general Hanriot. Hacia las cinco, los revoltosos invaden la Convención, piden la supresión definitiva de los Doce, la detención de los veintidós girondinos principales, el impuesto sobre los ricos, la depuración de las administraciones. Los girondinos que habían concurrido eran numerosos. Valientemente, protestan contra el desfile de peticionarios y se oponen a sus demandas. La Convención no concede más que la supresión de los Doce.

La jornada había fracasado, pero para volver a la carga el 2 de junio, esta vez con más preparación. Durante la noche, el Comité revolucionario lanza una orden de detención contra Roland, Clavière y Lebrun. Roland consigue huir, pero detienen en su lugar a su mujer. A Clavière y a Lebrun los detienen a la salida del Consejo ejecutivo. Se incautan de los periódicos girondinos y encarcelan a sus redactores. Hanriot bloquea a la Convención con sus cañones y advierte que no saldría ningún diputado mientras la Asamblea no entregue a los veintidós. Los representantes que intentan escapar, vuelven a entrar en la sala a culatazos. Intentan una salida colectiva, pero las barreras no se abren. Hanriot hace cargar los cañones, y se ven obligados a entrar en medio de las pullas y silbidos de los soldados. Todo acabó. Al reanudarse la sesión, la Convención vota la detención de veintinueve diputados, aunque previniendo que no han de ser encarcelados, sino que quedarán detenidos en sus domicilios.

Entre los veintinueve se encontraban Vergniaud, Brissot, Gensonné, Buzot, Guadet, Isnard y Barbaroux. La Gironda había muerto. Iba a comenzar la dictadura jacobina.

CAPITULO XI

La Revolución, victoriosa

Los de la Montaña habían inventado contra los girondinos la acusación de federalismo. Los girondinos habían protestado siempre contra ella, y no parece probable, en efecto, que su recelo contra París llegase al extremo de inducirlos a preparar la desmembración de la República. El motín del 2 de junio fué, por el contrario, un verdadero golpe de Estado de las autoridades parisienses contra la representación de los departamentos, cuya primera consecuencia fué una insurrección de las provincias contra la capital.

De los veintinueve diputados cuya detención se había decretado, doce, entre ellos Brissot, huyeron rápidamente; otros ocho, entre los que estaban Barbaroux, Lanjuinais y Pétion, lograron evadirse en lo que quedaba de mes. Algunos de sus colegas a los que no alcanzaba el decreto, dejaron París para ir a unirse con ellos y organizar juntos la resistencia. De un extremo a otro de Francia resonaba un grito de indignación contra la Commune. Sesenta y nueve directorios de otros tantos departamentos elevaron su protesta, y casi todas las poblaciones del Oeste, del Centro y del Mediodía se asociaron a ellos. El Este y el Norte, amenazados por la invasión y ocupados por los ejércitos, no tenían más remedio que ser prudentes. No obstante, desde el primer momento, dos distritos del Marne, la Meurthe, Nancy, una parte de los Vosgos y del Alto Rhin, varias secciones de Estrasburgo, enviaron votos de censura y condenación. En el mismo París se reunie-

ron setenta y cinco firmas de diputados al pie de una proposición de esa especie.

Según los lugares, la protesta provincial tiene tonos y procedimientos diferentes. Pero todos arrancan próximamente de los mismos principios: la Convención ya no es libre, sus decretos ya no tienen fuerza de leyes; es preciso derrocar la tiranía parisiense, y, en tanto que esto se logra, reunir una Convención provisional. En Caen, en Burdeos y en Tolón, los representantes comisionados quedan detenidos; en Nimes se clausuran los clubs y los maratistas van a parar a la cárcel. Montpellier conjura a todos los diputados para que regresen a sus circunscripciones, donde deberán responder de su conducta ante las Asambleas primarias. Nantes declara que la Convención se extralimita de continuo y abusa de sus poderes, y protesta contra la institución de los representantes comisionados. El Jura reclama la reunión en Bourges de los diputados suplentes. La Nievre nombra una Junta local de seguridad. Normandía y Bretaña se federan y se dan a sí mismas una Asamblea común. Buzot, diputado del Euse, hace de Evreux el centro del levantamiento y organiza allí un pequeño ejército, cuyo mando toma Félix Wimpfeu. Del Sena al Jura, toda Francia estaba sublevada, y parecía que la Commune debía quedar vencida de un momento a otro.

No era más que apariencia. Lo mismo en los departamentos que en París, el partido girondino carecía de raíces. Taine lo ha demostrado perfectamente. En conjunto, el país sentíase ligado a la Monarquía constitucional y se desinteresaba de las querellas de la Convención. Lo mismo que reprocha a los de la Montaña —regicidio, persecuciones, injusticias y crueldades—, lo reprocha en idéntica medida a los girondinos. Acaso tuvieron un poco más de estimación para su carácter y sus talentos, pero esto era insuficiente para defenderlos del peligro mortal que corrían. El movimiento de reacción no adquiere amplitud más que cuando toma carácter monárquico: en Lyon, donde lo dirige un emigrado, el conde de Précy, y donde se guillotina al montañés Chalier; en Tolón, donde los almirantes Trogoff y Chaussegros llaman en su ayuda a los ingleses. Pero en todas partes la cosa queda en un ofensiva verbal, el «grito desesperado de un estado mayor sin ejérci-

to». De primera intención pudo creerse que la que se oía era la voz de Francia; pero no era más que la de los Comités electorales y la de sus elegidos. Y aun, entre estos alcaldes, estos procuradores, estos empleados de todas las categorías, había demasiada vacilación y tibieza. Por escrúpulo o por cobardía, no se aventuraban a tirarse a fondo. Aun dominados por la mayor indignación, quieren seguir siendo hombres de izquierda. Tienen miedo a la Commune, pero temen aún más sentar plaza de monárquicos. Tan pronto como se enfrió un poco el primer acaloramiento, volvieron la vista a París buscando el medio de zanjar honrosamente el asunto, sin perder su fajín, ni su investidura, ni su cargo.

La insurrección provincial fué, sin embargo, la causa indirecta del asesinato de Marat por Carlota Corday, sobrina-bisnieta de Corneille. Carlota Corday vivía en Caen en casa de su tía, la señora de Bretteville; era una muchacha sensata, seria y dulce. Monárquica de espíritu, había asistido a los comienzos de la revuelta, había leído las inflamadas proclamas de los proscritos, y dádose cuenta inmediatamente de que todo aquello no pasaría de las palabras. El 7 de julio, cuando al pasar Wimpfeu revista a la Guardia nacional de Caen, pidió voluntarios para marchar contra París, sólo diecisiete salieron de filas. Razonadora y sublime, como una heroína de tragedia, Carlota Corday resolvió mostrar a sus compatriotas lo que puede una chiquilla resuelta a desafiar la muerte. Con su Plutarco bajo el brazo, salió de Caen en diligencia el día 9, y el 11 llegó a París. Durante el día siguiente trató en vano de aproximarse a Marat en la Convención; pero el día 13, con el pretexto de comunicarle informes sobre la situación en Normandía, consiguió entrar en su casa, el número 20 de la calle de Cordeliers, donde vivía juntamente con una señorita, Evrard, veinte años más joven que él. Marat, que se veía obligado a tomar con frecuencia baños de azufre, estaba aún en la bañera cuando recibió a Carlota Corday. Le pidió los nombres de los diputados refugiados en Caen, y cuando estaba anotando los que le dictaba, Carlota le asestó una cuchillada en el corazón. Marat sucumbió casi instantáneamente. Su matadora fué guillotinada seis días después.

Había ejecutado su crimen con una sangre fría inconce-

bible. Igual firmeza demostró ante el Tribunal y en el cadalso: «He matado a un hombre —dijo a los jueces— para salvar a cien mil.» A un pintor que había conseguido autorización para penetrar en su prisión y hacer su retrato, repetía con la misma calma, que, lejos de lamentar su acto, se felicitaba por la suerte de Francia, a la que acababa de librar de un monstruo. La Convención asistió corporativamente a las exequias de Marat, a quien se enterró en una gruta artificial en las Tullerías. Su corazón fué colgado en la bóveda de los Franciscanos, y, según el ministro Garat, «se colgaron cincuenta mil retratos suyos en toda la República».

El Comité de Salud pública se había dejado sorprender por los girondinos, pero no tardó en volver en sí, y la Montaña maniobró con habilidad para dividir a sus adversarios. La capitalidad del departamento del Euse se trasladó de Evreux a Bernay; se crearon los departamentos del Loire y de Vaucluse, con objeto de contrapesar Saint-Etienne con Lyon y Aviñón con Marsella. Los aldeanos obtuvieron el reparto de los bienes comunales; los funcionarios, aumento de sueldos; los pequeños burgueses, la exención del empréstito forzado. Por último, en quince días se votó una Constitución nueva que daba a los ciudadanos todas las garantías apetecibles contra las arbitrariedades del Gobierno.

¿Dicen los girondinos que la Montaña oprime al país? La Constitución le asegura el libre ejercicio del culto, la libertad del trabajo, la libertad ilimitada de la prensa, el derecho de petición y de reunión, el derecho a la asistencia, el derecho al trabajo, y, para remate de todo, el derecho a la insurrección: «La ley debe proteger la libertad pública e individual contra la opresión de los que gobiernan... Cuando el Gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada porción del pueblo, el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes.» ¿Dicen los girondinos que la Montaña pretende instaurar el comunismo? La Constitución reconoce el derecho de propiedad sin restricción ninguna, y lo define diciendo que «a todo ciudadano corresponde gozar y disponer libremente de sus bienes y de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria». ¿Dicen los girondinos que la Montaña es una facción que detenta la representación nacional esclavizada? La Constitución dispone la renovación anual del Cuerpo legislativo y el referéndum para la legislación financiera, civil y criminal. ¿Se podía desear algo mejor? Y puesto que los caminos normales y legales han quedado de nuevo expeditos por la corrección de los abusos, ¿no hubiera sido criminal no deponer inmediatamente las armas? Cuantos lamentaban haberse dejado arrastrar a la revuelta, se apresuraron a aprovechar la ocasión de sostenerse que se les deparaba.

Desde el principio de julio comienzan las defecciones. Un departamento arrastra a otro. Las administraciones se retractan y se disculpan. Los clubs se reconstituyen. Puy-de-Dôme, que ha levantado un batallón contra la Montaña, lo envía a luchar contra la Vendée. Al primer choque, el ejército de Wimpfeu se dispersa. El alcalde de Burdeos, Saige, envía a París una diputación para suplicar a la Convención que olvide «un instante de error» y tengan piedad para «unos hermanos extraviados». Cuando Tallien entró en la ciudad con 1.800 hombres del ejército revolucionario, fué recibido por 12.000 hombres de la Guardia nacional, que se dejaron degradar, dispersar y desarmar, sin intentar siquiera un gesto de resistencia. En recompensa de su docilidad, Saige fué muerto sobre la marcha, y 881 de sus conciudadanos le siguieron al cadalso sin muchas más formalidades. La ciudad quedó sometida a una comisión militar presidida por un ex presidiario, llamado Lacombe, que expolió a los ricos y dejó hambrientos a los pobres.

La Constitución, naturalmente, no era más que un engañabobos. En cuanto surtió su efecto, los jacobinos empezaron a sentir la necesidad de echarle tierra encima, lo que dió lugar a una nueva comedia. Las Asambleas primarias nombradas para ratificar el acta constitucional habían designado cinco o seis mil comisarios encargados de llevar a París sus resoluciones y sus deseos. En su inmensa mayoría, estos delegados eran favorables a la Constitución, pero debían además pedir que el nuevo régimen fuese aplicado sin tardanza, y que las elecciones se verificasen lo más pronto posible. El momento es decisivo para la Montaña: si los comisarios llegan a cumplir su misión, todo el trabajo realizado por ella desde

hace diez meses para adueñarse del Poder, habrá sido inútil. Pero los jacobinos saben manejar a los electores...

Allá van de camino aquellas cinco mil almas cándidas, mecidas en sueños de fraternidad. A pocas leguas de París, los carruajes han de hacer alto para que puedan ser revisados los equipajes e inspeccionada la documentación. Nuestros provincianos, que ya se creían personajes, se dan cuenta de que no tienen demasiada importancia para los policías de la Commune. No les faltan ni los registros ni los interrogatorios. Y mientras tanto, se enteran de que el Comité de Salud pública les prohibe conciliábulos y reuniones, y que ha dado orden de que se detenga a los portadores de actas que expresen oposición a sus designios. Los comisarios empiezan a comprender... En París, en las barreras, los esperan unos inspectores que los conducen a la alcaldía, les entregan los boletos de alojamiento, los acompañan a su domicilio, y ya no les pierden un momento la pista. Inmediatamente comienzan las atracciones. Se les muestran los espectáculos más adecuados para caldear su *patriotismo*: la guillotina, el tribunal revolucionario, las secciones, los jacobinos, la Convención. Acaso se intercala alguna buena tragedia *sansculotte* —*Bruto, Guillermo Tell*— o alguna magnífica arenga de las autoridades municipales. El 10 de agosto, gran ceremonia y gran cabalgata, con carros de triunfo, incensarios, altares, urnas fúnebres, pabellones, haces, trompetas, cañonazos y picas. El día 11, en un arca, y con gran pompa, llevan el texto constitucional a la Convención, que lo recibe amorosamente y decide que las operaciones electorales comiencen en el plazo más breve posible. Pero el día 12 los comisarios, convenientemente domesticados y caldeados con tino, suplican a la Asamblea que de ningún modo prive a Francia de su energía y de sus luces. La Convención se deja hacer esta dulce violencia, y el arca constitucional se coloca detrás del sillón presidencial en una hornacina, de la que no ha de volver a salir. La partida estaba ganada; quedaba ahogada la resistencia girondina, y la Convención montañesa consagrada por los mismos que tenían por misión obligarla a disolverse.

Después de esto, el último acto del drama no podía tardar ya mucho. El 3 de octubre, en los mismos bancos de la

Asamblea, se detenía a los diputados que habían firmado el escrito de protesta contra el 2 de junio. Conducidos a la Force, vivieron seis meses bajo la amenaza del cuchillo, entre la vida y la muerte. El día 7, sin más formalidad que la comprobación de su identidad, decapitan al girondino Gorsas, declarado fuera de la ley. El 24 comienza el proceso de los veintiún acusados, en confusa mezcolanza, de haber querido restaurar la Monarquía, de haber organizado el levantamiento vandeano, de haber maquinado la traición de Dumouriez, de haber inspirado los asesinatos de Marat y Lepeletier.

Como se temía a la elocuencia, Robespierre y los jacobinos pidieron a la Convención que el Tribunal prescindiese «de las formalidades que ahogan la conciencia y ponen trabas a la convicción». Quedó acordado que, al cabo de tres días de debates, sería en extremo sencillo a los jurados dar por conclusa la instrucción del proceso, declarando que tenían su convicción formada. Inmediatamente se transmite el decreto al Tribunal. La misma tarde, los jurados interrumpen los interrogatorios y dictan una sentencia de muerte, general. «Muchachos —les había escrito Hébert—, no os andéis por las ramas. No hacen falta tantas ceremonias para ejecutar a unos malvados a los que el pueblo ha juzgado ya».

Uno de los condenados, Valazé, se clavó un puñal sin aguardar el cumplimiento de la sentencia; los otros veinte, Vergniaud, Brissot y Gensonné entre ellos, fueron guillotinados al día siguiente. La ejecución duró treinta y ocho minutos (31 de octubre). Ocho días más tarde, la señora de Roland fué, a su vez, decapitada. Murió estoicamente, a la manera de los héroes antiguos, que tanto había admirado.

Los girondinos que habían conseguido escapar, tuvieron una muerte más miserable todavía. Acosados como bestias, disfrazados y errantes, de escondrijo en escondrijo, acabaron en poder de sus perseguidores, muertos u obligados a suicidarse. Lidon se salta el cráneo; Condorcet se envenena; Roland se clavó un puñal; a Rebecqui lo encuentran ahogado en el puerto de Marsella; Buzot y Pétion aparecen medio comidos por los lobos en una landa de Sainte-Emilion; Valady es decapitado en Périgueux; Décheseaux, en Rochefort;

Guadet, Barbaroux y otros tres, en Burdeos; los ex ministros Lebrun y Clavière, en París.

Quedaban Lyon, Tolón y la Vendée.

El sitio de Lyon comenzó el 9 de agosto; el bombardeo el 22, pero el ataque a fondo no se llevó a cabo hasta mediados de septiembre. Précy consiguió evadirse durante una salida el 8 de octubre. Al día siguiente se rindió la ciudad. Tolón, ocupado por los ingleses, resistió a Dugommier hasta el 19 de diciembre.

Si los montañeses no hubiesen sido una facción, «se hubiesen mostrado humanos, ya que no por humanidad, a lo menos por interés». La calculada moderación de Robert Lindet había conseguido sin trabajo reintegrar a la obediencia la Normandía. Caen, la ciudad de Carlota Corday, y Evreux, que lo era de Buzot, se habían sometido sin disparar un tiro. Pero en Lyon y en el Mediodía la gente de los clubs no vivía ya más que para la venganza. El 12 de octubre y el 24 de diciembre, la Convención decreta que «la ciudad de Lyon sea destruída, que sea demolido todo lo que los ricos habitaron; no quedará más que la casa del pobre, las habitaciones de los patriotas degollados o proscritos, los edificios especialmente empleados en la industria, los monumentos consagrados a la humanidad y a la instrucción pública». De igual modo en Tolón, «las casas del interior deberán ser arrasadas; no se conservarán más que los establecimientos necesarios para los servicios de guerra y marina, de víveres y aprovisionamientos». «Se suprimirá el nombre de Tolón; este Ayuntamiento llevará en adelante el nombre de Puerto de la Montaña.» «Se borrará el nombre de Lyon de la lista de ciudades de la República; la reunión de las casas que se conserven llevará en adelante el nombre de Ville Affranchie. Sobre las ruinas de Lyon se elevará una columna con esta inscripción: *Lyon hizo la guerra a la Libertad, Lyon ya no existe.*» Couthon y Dubois-Crancé, que habían dirigido el sitio y que se habían limitado a ordenar una treintena de ejecuciones, reciben orden de volver a París, y van a reemplazarlos dos amigos de Hébert: Fouché y Collot-d'Herbois, un oratoriano exclaustrado y un farandulero de baja estofa.

Apenas llegados, los dos procónsules organizaron en honor de Chalier, dios y mártir de la religión revolucionaria, una ceremonia a la vez odiosa y grotesca, de la que Luis Madelin ha hecho una repugnante descripción.

Antes de nada, escoltados por un batallón de jacobinos armados con hachas y picas, los representantes recorrieron la ciudad con gran pompa, derribaron las cruces, saquearon las sacristías, arrojaron de las iglesias al clero constitucional y proclamaron la abolición del fanatismo. Después de lo cual, sobre las ruinas del antiguo culto instituyeron el nuevo.

El busto de Chalier apareció sobre un palanquín tricolor. Fouché y Collot se colocaron detrás de él. Detrás venía un burro cubierto con una capa y tocado con una mitra, llevando sobre el rabo un crucifijo, la Biblia y el Evangelio; luego, una tropa de *sans-culottes*, y, por último, una multitud de gentes que gritaban: «¡Abajo los *aristos*! ¡Viva la República! ¡Viva la guillotina!» La mascarada se detuvo en la plaza de Terreaux. Los representantes se arrodillaron ante el palanquín y vociferaron: «Dios Salvador (se trataba, es bueno recordarlo, de Chalier), mira a tus pies la nación prosternada que te pide perdón. ¡Manes de Chalier, seréis vengados! ¡Lo juramos por la República!» «¡Ya no existes, Chalier! ¡Mártir de la Libertad, te han inmolado los malvados! ¡Su sangre es la única agua lustral que puede aplacar a tus manes justamente irritados! ¡Chalier! ¡Chalier! Sobre tu imagen sagrada juramos vengar tu suplicio. La sangre de los *aristos* te servirá de incienso.» Se encendió un brasero, en el que quemaron un Evangelio y un crucifijo. Obligaron al burro a beber el contenido del cáliz. Los monárquicos aseguraban poco después que también entraba en el programa haberle hecho comer hostias, pero una lluvia torrencial obligó a dar por terminada la fiesta.

Desde el siguiente día comenzó a caer sobre el desdichado «Ayuntamiento liberado» una ráfaga de decretos que llevaban la miseria y la esclavitud a las mansiones más humildes: requisas de zapatos y de ropas, confiscación de bienes, destrucción de casas, impuestos, registros domiciliarios, detenciones. ¡Qué importaba que las prisiones estuviesen llenas! El tribunal revolucionario sabrá ir limpiándolas, porque su presidente, Jasein, es un buen *sans-culotte*. Gracias a su celo

suben al cadalso 1.667 acusados. A unas vendedoras de pescado se las condena a muerte por haber faltado al respeto a ciertos miembros de la sociedad popular; a unos bomberos por haber apagado un incendio durante el sitio. Guillotinan, fusilan, ametrallan.

El 4 de diciembre, en el llano de Brotteaux, 64 muchachos, fuertemente amarrados dos a dos, se alinean entre dos zanjas paralelas destinadas a servirles de sepultura. Frente a ellos están los cañones del Ejército revolucionario. En un estrado, los representantes... A una señal de éstos, las piezas hacen fuego y el pelotón de condenados cae como una mies espesa y fuerte. La mayor parte de ellos sólo estaban heridos; los soldados se encargaron de rematarlos a sablazos. Nuevo sacrificio al día siguiente; pero esta vez los verdugos operan en mayor escala: 209 lioneses van al campo de la ejecución. Aquello fué una inmunda carnicería: a sablazos, a golpes de pico y de hacha, mutilaron y despedazaron lo que la metralla había respetado. «Experimentamos íntimas satisfacciones, sólidas alegrías», decían a París Collot y Fouché; y uno de sus colaboradores, Achard, escribía a su amigo Gravier: «Todos los días caen cabezas y cabezas. ¡Qué delicias hubieras experimentado si anteayer hubieses presenciado esta justicia nacional hecha en 209 facinerosos! ¡Qué majestad! ¡Qué imponente tono! Todo edificaba. ¡Cuántos grandísimos bellacos mordieron ese día el polvo en las arenas de Brotteaux! ¡Qué excelente cimiento para la República!» El ruido de las descargas no cesó hasta febrero.

Aún fué peor lo de Tolón, donde se mató en montón, casi al azar. Los representantes Freson y Barras habían tomado el gusto en Marsella. Doscientas cincuenta ejecuciones, veinticuatro monumentos derribados, no era mucho para unos hombres que proclamaban que toda ciudad rebelde a la Revolución debía «desaparecer de la superficie del globo». Tolón debía pagar dos veces. Por más que el estado mayor de la insurrección y 4.000 soldados hubiesen huído a bordo de los buques ingleses, se declara culpable a la ciudad entera. El 11 de diciembre, los republicanos fusilan a 200 habitantes y marinos que habían salido a su encuentro con banderas y músicas; el 20, dieciocho oficiales de artillería; el 22, doscientos habitantes; el 24, trescientos. A principios de enero, el número de fusilados asciende a ochocientos. Luego llega la vez a la guillotina, que funciona durante tres meses. Un día ejecutan a cuatro mujeres; otro día a once; en otra ocasión, a un viejo de noventa y cuatro años, al que es preciso llevar hasta el cadalso en su silla. En total, muy cerca de mil personas.

En el Var y los departamentos próximos se requisan doce mil trabajadores para demoler la ciudad. Barrios enteros quedan arrasados; se expulsa a millares de familias. De veintinueve mil habitantes, la ciudad queda reducida a siete mil. Sobre sus ruinas se instala una colonia revolucionaria reclutada a toda prisa en los puertos de la Mancha y del Veceano: tropa errante a la que la Convención ha confiado el cuidado de «regenerar la marina», y que vive a la ventura en la suciedad, el bandidaje y el ocio. Se hubiese creído que era un campamento de buscadores de oro, sobre un «placer». Esta anarquía duró seis meses.

La victoria de la Convención se explicaba fácilmente: Lyon había quedado muy pronto aislado y reducido a sus escasas fuerzas. Tolón, que hubiera podido ser socorrido indefinidamente, apenas había obtenido de los ingleses más que un refuerzo irrisorio. En Vendée, por el contrario, la lucha había de ser más larga y mucho más difícil.

Cubierto de vegetación, surcado por barrancos, cortado por setos y caminos cubiertos, el país se prestaba muy poco para grandes operaciones militares y era, en cambio, maravillosamente propicio para una guerra de sorpresas y de emboscadas. En dos o tres ocasiones distintas los jefes vandeanos consiguieron levantar masas considerables de hombres; pero otras tantas veces se dispersaron, con la misma velocidad con que se habían reunido. Un día había un ejército, y al siguiente no había nada. Habituados a penar y a sufrir, aquellos labriegos no temían ni la fatiga ni la muerte; pero su espíritu era limitado como su horizonte. Luchaban por su iglesia y por su aldea; tan pronto como los liberaban, juzgaban terminada su misión; no quieren ni apartarse de su casa, ni prestar servicios de patrulla: sueñan con volver a ver el campanario de su iglesia, y su victoria no tiene mañana.

El ejército republicano se reunió apresuradamente y sin orden. Era una tropa heterogénea, que se había formado con destacamentos de todos los cuerpos, y que luego había venido a reforzar la turba de las secciones parisienses: individuos que, por quinientos francos, se habían alistado con la esperanza de los golpes afortunados y del saqueo. A la cabeza de estos «azules» había dos «ex»: el ex duque de Biron, y el ex conde de Canclaux, que cumplían a disgusto su cometido. Para aumentar el desorden, venía luego un largo cortejo de representantes, comisarios y subcomisarios enviados, ora por la Convención, ora por el Consejo.

En tanto que Biron trataba de entablar negociaciones, los representantes se instalaron en Saumur. Requisaron hoteles, carruajes, cocineros y mujeres públicas, y mataron el tiempo comiendo, bebiendo y denunciando oficiales. «Yo veía con dolor —escribe un testigo— un ejército de 10.000 hombres que en Saumur vegetaba en la inacción. Las calles se veían inundadas de ayudantes de campo que arrastraban unos sables inmensos y se adornaban con bigotes descomunales, comisarios del poder ejecutivo que predicaban la anarquía y la ley agraria, el homicidio y el asesinato... Veía a los histriones transformados en generales, jugadores de dados, rateros que arrastraban tras de sí a las más repugnantes rameras, ocupar grados en el ejército, empleos en la intendencia o en el cuerpo de tren, y estos insectos corruptores aún tenían la insolencia de decirse republicanos...»

No cambiaron las cosas hasta la llegada de la guarnición de Maguncia, que, al rendirse la ciudad, había quedado en libertad para volver a Francia, mediante la promesa de no volver a servir en el frente: 15.000 hombres, que constituían una tropa magnífica, mandada por Kléber y Marceau. Maltrechos en Cholet (17 de octubre de 1793), aún tuvieron los vandeanos la audacia de pasar el Loira y de unirse a los insurgentes bretones de Cadondal y de Cotereau. Se apoderaron de Laval y de Fongères; fracasaron luego ante Granville y se batieron en retirada por Pontorson, Dol y Angers. Rechazados de Angers, cercados por todas partes, agotados por la fatiga y las privaciones, se internaron en tierras del Mans, donde, sorprendidos el 12 de diciembre al caer la noche, fueron, tras una batalla salvaje de catorce horas, acorralados y pasados a cuchillo. «No se ve más que cadáveres —cuenta un *azul*—, fusiles, carros volcados o inutilizados; entre los cadáveres se ven, desnudos, los de muchas mujeres que los soldados han expoliado, matándolas después de violarlas.» Los que consiguieron escapar, unos seil mil próximamente, fueron alcanzados, aprisionados y fusilados luego en Savenay.

Mil doscientos de ellos se habían rendido a condición de que respetasen sus vidas, pero los fusilaron por orden del convencional Prieur (del Marne). «No volveré a la Vendée —escribía Marceau a su hermana—. Quiero combatir en el extranjero. Sólo allí pueden hallarse el honor y la gloria.»

¡Y Marceau no había visto más que la batalla! La represión subleva el ánimo. Como los tribunales del departamento eran sospechosos de cierta preocupación de justicia y de algún deseo de atenerse a las formas, fueron reemplazados por comisiones, ambulantes o sedentarias, que procedieron a verdaderas hecatombres. En Angers, una comisión hizo fusilar a mil ochocientos noventa y seis prisioneros, en ocho «cadenas», a los que vino a agregarse una nueva hornada de doscientos noventa y dos condenados, a los que se condujo a la muerte a los sones de la música, entre dos filas de soldados. En Rennes, el día de Navidad, la víspera y el día siguiente, fueron guillotinadas noventa personas: traillas de perros rodeaban el cadalso para lamer la sangre, que corría como un río. En la misma ciudad se reclutó una compañía de niños, hijos de familias burguesas, a la que se dió el cometido de fusilar a los prisioneros en el cementerio de Saint-Etienne. Se operaba con grupos de quince o veinte cada vez, y, si los aprendices de verdugos apuntaban mal, volvía a empezarse, como si fuera en una feria. La comisión Félix, que alternaba entre Laval y Saumur, ni siquiera se tomaba el trabajo de representar la comedia de un proceso. Se limitaba a recontar los detenidos y a marcarlos como si se tratase de ganado. Una F significaba *fusilar*; una G, *guillotinar*. Setecientas víctimas fueron al suplicio en esta forma.

En Nantes reinaba el convencional Carrier. Era un procurador auverniés, de treinta y siete años; alto, delgado, verdusco, barba rala, cabellos lisos, mejillas rojas, brazos largos

y en continuo movimiento, con algo en la mirada de malsano y de turbio. Había sido visto en Cholet, pero había escapado del fragor del combate, y desde entonces, acosado por el miedo, no había tenido más que una idea: matar, para que no le matasen a él, trágica obsesión que, ayudada por la embriaguez, va camino de la locura. Un día, sentado a la mesa, después de haber dicho que Francia no podía alimentar su población, excesivamente numerosa, y que el único medio de acabar con esta situación era exterminar a los curas, a los nobles y a los burgueses, se levantó, presa de una gran exaltación, rugiendo: «¡Mata! ¡Mata!», como si realmente estuviese ya mandando la operación. Le asedian imágenes de muerte; este es su tormento y su voluptuosidad a un tiempo. «Haremos de Francia un cementerio —llega a decir— antes de consentir que no sea regenerada a nuestro modo.»

En los pontones de Nantes había un centenar de sacerdotes ancianos o enfermos que no habían podido ser deportados a Guayana, por lo que se contentaban con ir paseándolos de cárcel en cárcel. La noche del 16 al 17 de noviembre, con el pretexto de volverlos a tierra una vez más, los embarcaron en una chalana vieja que en otro tiempo se había utilizado para la navegación en el bajo Loira, y que la paralización del comercio hacía inútil. Sin desconfianza se dejaron atar de dos en dos, por más que previamente se les había despojado del dinero y de los relojes. Súbitamente, uno de ellos, Hervé, cura de Machecoul, observó que a la chalana le habían practicado varios orificios un poco por debajo de la línea de flotación, y que por estos agujeros, mal taponados, se filtraba suavemente el agua. Fué la revelación del suplicio: los infelices sacerdotes cayeron de rodillas, y al azar pronunciaron los unos sobre los otros las palabras de la absolución. Un cuarto de hora después, la chalana se hundía con todos sus pasajeros, a excepción de cuatro. Tres de ellos fueron capturados y muertos. Sólo uno, recogido por unos pescadores, logró ocultarse; por él se conoce lo poco que de los últimos momentos de aquellas víctimas sabemos.

Entretanto, Carrier presidía una gran fiesta cívica: la instalación en la antigua iglesia de la Santa Cruz del club Vincent-la-Montagne. Al siguiente día envió a la Convención

un relato de la ceremonia con un resumen de su discurso y el parte de las seis abjuraciones que durante el acto habían tenido lugar: las del obispo Minés y de cinco de sus sacerdotes. Luego añadía como postdata: «Un suceso de otro género parece haber querido contribuir a la disminución del número de sacerdotes: noventa de los que designamos con el calificativo de refractarios, estaban encerrados a bordo de un navío en el Loira. Me entero en este momento —y la fuente de información es muy segura— de que han perecido todos en el río. ¡Qué triste catástrofe!»

El 5 de diciembre, nueva llegada de no juramentados, cincuenta y ocho sacerdotes indefensos. «Es preciso echar al agua a todos estos bribones», ordena Carrier. La noche del 9 al 10 se les arroja, efectivamente, al agua en la punta de Indret. El procónsul anuncia inmediaatmente a la Convención el nuevo «naufragio» y termina su despacho con esta cínica bufonada: «¡Qué torrente revolucionario es este Loira!» Siguieron nuevos anegamientos, realizados unos de noche y otros de día; por lo menos, las operaciones fueron once, que arrojaron un total de 4.800 víctimas. A las que hay que añadir las que fueron guillotinadas previa formación de juicio: había en Nantes tres comisiones que trabajaban incesantemente, y el mismo tribunal de París, no desdeñaba el pasto que se le servía desde Bretaña. Verdad es que no ha faltado un historiador para asegurarnos que Carrier no ha causado más víctimas que las que producían el tifus y otras enfermedades que asolaban las prisiones de Nantes: seguramente es un consuelo.

En febrero de 1794 fué relevado Carrier, a causa de ciertas diferencias entre él y el club local. Su marcha puso término a los naufragios, pero el general Turreau, sucesor de Marceau en Vendée, reanudó a su modo la obra terrorista. Dividió sus tropas en una docena de columnas móviles que asolaron metódicamente el país, del que Merlín (de Thionville) decía ya tres meses antes que no era más que «un montón de cenizas regado con sangre». Casi todos los jefes vandeanos habían perecido. Los dos supervivientes, Charette y Stofflet, se vieron obligados a tomar las armas de nuevo: uno en Marais, el otro en Bocage. A las ejecuciones, a los

saqueos y a los incendios, respondieron con asesinatos de centinelas, y el aniquilamiento de convoyes y pequeños destacamentos. Fué una nueva guerra inútil y horrible: guerra a cuchillo y en las sombras. Fué una lucha pródiga en episodios dolorosos y dramáticos, pero en conjunto quedó muy localizada y jamás representó un peligro serio para el régimen.

Se puede decir, pues, que a principios de 1794 la Revolución había triunfado plenamente de sus enemigos interiores. La Gironda ya no existía. Las provincias se sometían al yugo. La Montaña reinaba por el hierro y por el fuego. La conquista jacobina había terminado.

También el enemigo exterior retrocedía. Aún no había sonado para él la hora del desastre, pero sí la de la retirada. De las derrotas de Dumouriez a las victorias de Hoche, los acontecimientos militares siguen la misma curva que la guerra interior desde el 2 de junio hasta la recuperación de Tolón: la misma inercia y la misma ceguera al principio; luego, cuando el peligro se aproxima, la misma energía, el mismo sobresalto de desesperación y, a despecho de las mismas faltas, idéntico triunfo.

El Comité de Salud pública instituído el 5 de abril en substitución del Comité de Defensa general, estaba compuesto por montañeses y hombres del centro, que actuaban bajo la influencia de Danton y de Cambon. Cambon rigió la Hacienda, Danton los Asuntos extranjeros. Su política fué lo que siempre había sido; al exterior, amenazas y declamaciones; por dentro, negociaciones complicadas, intrigas de encrucijada, combinaciones tortuosas, y del más viejo estilo de la diplomacia secreta. ¡Y qué agentes! Un marqués jacobino, un general necesitado, un abad exclaustrado, un bastardo del príncipe de Kaunitz, un antiguo empleado de Mirabeau, un inglés sospechoso, que presumía de descender de protestantes franceses; en resumen, una banda de agitados, de aventureros y de intrigantes. ¡Y mientras que los embajadores aliados se reunían en Amberes para preparar la desmembración de Francia, el Comité seguía creyendo posible, por medio de una diplomacia secreta, disolver la coalición y reanudar, unidos a Prusia, la guerra contra la Casa de Austria!

Probablemente Danton, que, según el cariz de los sucesos, pasaba del más frenético imperialismo al derrotismo más negro, creía haber dado con una idea magnífica, a saber: que sería imposible tratar de revolucionar el mundo entero, sin condenarse por ese solo hecho a una guerra sin fin. El 13 de abril hacía insertar en un decreto de la Convención, que Francia «no se mezclaría en modo alguno en el gobierno de las otras potencias». Lo que valía tanto como desautorizar la propaganda y abrogar los decretos del 19 de noviembre sobre la liberación de los pueblos oprimidos, y del 15 de diciembre acerca de la revolución forzada. El mismo vocablo «potencia» empleado en lugar de «pueblo», era ya significativo; implicaba el reconocimiento de los Gobiernos establecidos. «Era —dice muy exactamente Sorel— reintegrarse al antiguo derecho público, y reemplazar la guerra de revolución por la guerra de Estado.» Un día u otro sería preciso volver a ello. Pero en aquel momento el cambio no tenía objeto, y, vistas las medidas tomadas por los aliados, no se podía hacer más que combatir. En la Conferencia de Amberes, lord Auckland, que representaba a Pitt, había dado a entender a sus colegas que su Gobierno se interesaba muy poco por el restablecimiento de los Borbones, pero que, en cambio, estaba firmemente decidido a reducir a Francia «a una verdadera nulidad política». Después había añadido, dedicándoselo a Coburgo: «Tomad por vuestra parte todas las plazas fronterizas, y procuraos una buena barrera para los Países Bajos. Por lo que se refiere a Inglaterra —lo digo francamente—, queremos hacer conquistas y las guardaremos.» Cuando los enviados de Danton fueron, secretamente, a llamar a las puertas de las cancillerías, no cosecharon más que insolencias, humillaciones y desaires.

¿Es posible otra cosa? Habíamos sido derrotados en todas partes, y el enemigo pretendía aprovecharse de ello. Se conciben una negociaciones honrosas, después de una victoria o de una batalla indecisa, no después de una retirada. Si milagrosamente hubiese sido posible, no era Danton el hombre para llevarlas a buen término, por la atmósfera de corrupción y de misterio en que las hubiera envuelto, y por la

indignidad de los individuos que habitualmente empleaba en estos menesteres.

La situación en las fronteras no era mejor. El ministro de la Guerra, Bouchotte, había adoptado los métodos de Pache y había decidido *sansculotizar* los Estados mayores. Había ya comisionados en los ejércitos sesenta y siete representantes. Por añadidura, les envió ciertos «comisarios del Poder ejecutivo», cuya misión era vigilar las opiniones políticas de los generales y difundir entre los soldados la buena palabra y los buenos periódicos. Los regimientos, como el país, vinieron a ser presa de los clubs y de las facciones. Había compañías maratistas que acusaban a las otras de ser girondinas o reaccionarias. La mayor parte de los oficiales que habían pertenecido a los viejos cuadros, hubieron de presentar su dimisión. Los que habían dado pruebas inequívocas de su civismo siguieron en sus puestos; pero, por temor a las denuncias, no osaron ya dar órdenes y cerraron los ojos a todas las faltas. La ejecución de Custine, condenado a muerte por exceso de popularidad, era suficiente para enfriar a los más ambiciosos. La disciplina desapareció no tanto por insubordinación de los inferiores, como por la ausencia total de mando.

Fué una crisis terrible. Los pocos generales capaces de dirigir un ejército, iban de un frente a otro según las necesidades del momento. En dos meses, el ejército del Rhin cambió cinco veces de general en jefe, y hasta el final del año no tuvo a su cabeza, ni en primero, ni en segundo lugar, más que hombres incapaces, oradores de club, o viejos militarotes. Llegó un instante en que, a falta de candidatos, hubo que dar el mando de él a un comandante de caballería que se había descubierto en un depósito de remonta. Tras de largas meditaciones, este generalísimo improvisado decidió desplegar las tropas que operaban a sus órdenes con arreglo a su numeración: el primer rigimiento, a la extrema derecha, en Huningue; el centésimo, a la extrema izquierda, en Lauterbourg. De los jóvenes oficiales que los representantes *descubrían* a diario, al azar de un encuentro o de una recomendación, la mayor parte tenían que ser al cabo de pocos días sacados de su destino o destituídos. No había de

arriba abajo más que incoherencia y tontería. En junio y en julio hubiera podido realmente creerse que Francia estaba perdida. El ejército del Rhin, rechazado en Alsacia; Maguncia, a punto de capitular; el ejército del Norte, en descomposición; las plazas del Escalda, a merced de un golpe de mano; bastaba que la coalición hiciese un esfuerzo, para que se le abriese el camino de París. Como en 1792, Francia se salvó por los retrasos y las rivalidades de los aliados.

Toda la explicación está, simplemente, en la comparación de estas dos fechas: el 21 de enero, Luis XVI había sido decapitado; el 23, Rusia y Prusia, *sin Austria*, habían firmado el segundo tratado de repartición de Polonia.

Aliados contra Francia, Prusia y Austria eran rivales en Oriente. En tanto que Ciburgo se lanzaba a fondo contra Dumouriez, el grueso de las tropas prusianas se concentraba al otro extremo de Alemania, marchaba hacia el Vístula, ocupaba Dantzig, Thorn, Posen y un territorio poblado por millón y medio de habitantes. Cierto es que Federico Guillermo prometía no hacer una paz separada con Francia y sostener, llegada la hora de un arreglo general, las peticiones de compensación que Austria había de formular; pero todas estas bellas palabras y todas estas promesas en el aire, no atenuaban en Francisco II el despecho de verse engañado y el temor de ver romperse definitivamente, en perjuicio suyo, el equilibrio oriental. La misma desenvoltura con que su aliado le instaba a que conquistase a costa de Francia su propia indemnización, tenía ya algo de irónica y de injuriosa.

Austria, enojada; Inglaterra, casi sin ejército; Prusia, ocupada en Polonia: se adivina lo que podría ser la dirección de la guerra. «Los aliados —escribe Somini— hubieran podido formar dos grandes masas, avanzar rápidamente de Valenciennes sobre Soissons, de un lado, y del otro, desde Maguncia, por Luxemburgo sobre Reims. En quince jornadas hubieran podido concentrarse sobre París 180.000 hombres.» Es el plan clásico de las invasiones. Para distraerse durante un acceso de gota, lo bosquejó ya en 1770 Federico II. Los nietos de su hermano lo pusieron en práctica en 1814 y 1815. En 1793 se olvidaron de él.

Sobre el Rhin, el sitio de Maguncia hubiera podido ini-

ciarse en los primeros días del año 1793; pero por falta de hombres y de material no dió comienzo hasta abril, ni fué realmente efectivo hasta junio. Los austríacos habían prometido a Brunswick un refuerzo de 5.000 hombres. Encantados de jugar una mala partida a sus aliados, no lo enviaron. En revancha de ello, cuando Wurmser invadió la Baja Alsacia, Brunswick procedió con tal lentitud para apoyarle, que le impidió conseguir un éxito decisivo. En el Norte, Coburgo, obsesionado por el infortunio de los prusianos en 1792, no quería avanzar sin haber dejado asegurados todos los caminos y todas las plazas. Se avecinaba una larga campaña de asedios. Los aliados se unieron a ella para dar a las Cancillerías tiempo para arreglar los asuntos de Polonia, cada vez más embrollados. Pero, aceptado el plan, los generales no lo pusieron en práctica más que en aquella parte que tocaba directamente a sus intereses nacionales respectivos. Con la ayuda de un reducido cuerpo anglo-holandés-hannoveriano, mandado por el duque de York, Coburgo tomó Condé y Valenciennes. Luego el duque de York lo abandonó para atacar Dunkerque, en tanto que el propio Coburgo marchaba contra Le Quesnoy y Maubeuge. En Londres, Pitt proclamaba solemnemente que Francia sería considerada en adelante como en estado de bloqueo, pero no utilizaba su aplastante superioridad marítima, ni para salvar a Tolón, ni para hacer llegar armas a los vandeanos. Como decía Mercy-Argenteau, la coalición estaba perdida en un laberinto.

Las faltas de los aliados no se explican solamente por sus divisiones, sino también por una apreciación errónea de los asuntos de Francia. Estaban persuadidos de que, lo mismo que en Polonia, los desgarramientos de las facciones revolucionarias durarían indefinidamente, y que el país iría sumiéndose en la anarquía cada vez más profundamente. El cálculo era erróneo: mientras que los ejércitos austro-prusianos estaban detenidos seis meses en la frontera, la Montaña conseguía aplastar a los girondinos, y muy pronto llegaba a establecer en provecho propio la dictadura más rígida que jamás sufrió Francia. El Comité Danton-Cambon había sido elegido el 10 de abril para un mes. Sus poderes fueron renovados el 10 de mayo y el 10 de junio, pero el 10 de julio fué reemplazado por un Comité exclusivamente «montañés», en el que no había de tardar en entrar Robespierre. Su primer cuidado fué el de romper las sospechosas negociaciones de Danton, y con una medida más radical, decretar que mientras durase la guerra, la República no tendría relaciones seguidas más que con los cantones suizos y con los Estados Unidos de América. Por último, y como un nuevo desafío a Europa, la Reina María Antonieta iba a ser juzgada por el tribunal revolucionario. Tras un inmundo proceso, en el que Fouquier-Tinville trató, en vano, de mancillarla, fué condenada a muerte el 16 de octubre, a las cuatro de la mañana, y ejecutada a mediodía. A esto ya no se podía contestar más que a cañonazos.

Sabían los revolucionarios que Francia era el país más poblado de la Europa central y occidental; su gran idea fué la de utilizar esta superioridad numérica, movilizando efectivos formidables, sin posible comparación con los que hasta entonces se habían conocido. Este fué el objeto perseguido por la leva en masa, que la Convención adoptó como sistema a principios de agosto; empresa abrumadora que ni Bouchotte, ni el Comité de Salud pública, ni el Comité Militar eran capaces de llevar a término. Por más que un periódico *sans-culotte* se obstinase en repetir que los vencedores de Pirro y de Aníbal «ignoraban hasta los primeros rudimentos de su oficio», el Comité de Salud pública juzgó prudente llamar a sí dos competentes oficiales de ingenieros, diputados también los dos: Carnot y Prieur (de la Côte-d'Or), que estaban en comisión en Flandes, y uno de los cuales, Carnot, había condenado la proscripción de los girondinos. El hecho de que este *hereje* fuera llamado al *sanctasanctórum*, da la medida de la confusión en que entonces se hallaba el Gobierno (14 de agosto).

Carnot salvó la situación y salvó al propio Comité. Tenía cuarenta años y procedía del Cuerpo de Ingenieros militares, que constituía lo más selecto, intelectualmente, del antiguo ejército; era el tipo característico del técnico; una de sus primeras obras había sido un *Eloge de Vauban*, y puede decirse que igualó a este su modelo en inteligencia, valor e imaginación; quizá lo superó por los servicios prestados, pero

quedaba muy por debajo de él en cuanto a espíritu político. Como muchos sabios y como muchos militares, fácilmente se dejaba sorprender por las grandes palabras y por los personajes pequeños. Más fácilmente aún sabía ponerse anteojeras para no ver lo que pasaba a su lado. «Soy militar, hablo poco, y no quiero pertenecer a ningún partido... La fuerza armada no delibera; obedece a las leyes; las hace cumplir...» Encargado de los asuntos de la guerra, se consagró a ellos. «En el peligro nacional —escribe Alberto Sorel—, no atendió más que a las necesidades de la defensa. Se encerró en su papel, se elaboró una especie de estoicismo de Estado, y se impuso como un deber de su cargo esta capitulación: dejar a los terroristas guillotinar en tanto que ellos le dejasen defender a Francia.»

Rápidamente, reconstituyó su gran Estado Mayor, haciendo entrar en él oficiales del antiguo régimen, sin tener en cuenta sus opiniones ni su origen: Clarke, para el servicio cartográfico; Montalembert, para la artillería; Le Michaud d'Arçon, para las fortificaciones. Dos miembros del Comité, Robert Liudet y Prieur (de la Côte d'Or), tomaron a su cargo, el primero las subsistencias y el vestuario; el segundo, los hospitales y las municiones. Carnot se reservó el mando general de los ejércitos. Durante el reinado de Luis XVI, se habían efectuado, algunos sobre el plano, y otros sobre el terreno, numerosos estudios preparatorios referentes a la defensa de las fronteras. Carnot hizo buscar las correspondientes memorias, las estudió y las utilizó. Sus colaboradores, llamaron, por su parte, a los mejores químicos y a los mejores ingenieros de la época: Monge, Berthollet, Fourcroy, Chaptal, Périer y otros, a quienes confiaron la fabricación de pólvora y de armas. No había de nada; era preciso crearlo todo. Fué una improvisación vertiginosa, cuyos resultados comenzaron a hacerse sentir a fines de 1793.

Mientras se hacía todo esto, había que atender a lo más apremiante, y lo más apremiante era la movilización. Barèse, en un informe, proclamaba que, semejante a una inundación, la libertad «cubriría con sus hirvientes ondas a las hordas enemigas, y derribaría instantáneamente los diques del despotismo.» Esto sonaba bien, pero no tenía mucho sentido.

El 23 de agosto, un nuevo decreto dictado por inspiración de Carnot disponía que en adelante todos los franceses estarían obligados a prestarse a la requisa en cualquier momento, para el servicio de los ejércitos, pero que sólo los jóvenes de dieciocho a veinticinco años irían a campaña; los otros servirían en el interior y en las fábricas. Prudente limitación, porque ¿de qué serviría reclutar hombres que no habían de poderse armar ni encuadrar?

Pero era tal la anarquía militar en este momento, que algunos representantes no obedecieron al decreto de la Convención, y llamaron a las armas a toda la población masculina de los departamentos en que estaban comisionados. Así ocurrió que en el Alto Rhin, el Bajo Rhin, el Mosela y los Vosgos, Lacoste y Guyardin llevaron bajo las banderas a millares de aldeanos viejos, que no tenían más equipo que una hoz o una pica. Allí estuvieron mientras hubo qué darles de comer, y levantaron el campo a las primeras restricciones.

Un alsaciano ha descrito con rasgos firmes esta cómica gesta. Formaba parte de un batallón que acampaba muy lejos, en segunda línea, entre Bitebe y la Petite Pierre, en un desfiladero que nadie amenazaba. Los hombres calzaban zuecos y vestían de blusa; algunos tenían escopetas de caza. Por precaución habían llevado consigo vacas, carneros, y varios carros cargados de harina. Se instalaron a su gusto, y brotó de la tierra un poblado construído de ramaje. El servicio consistía en dormir, beber, ordeñar las vacas y comer el pan de la nación. Los domingos, las mujeres y las muchachas de la aldea, encaramadas en sus carretas, llevaban a sus hombres jamones, tartas y frutas. Hubo pánicos, falsas alarmas, porque un centinela disparaba sobre un carbonero que pasaba, o porque un perro ladraba a lo lejos. Pasó el tiempo; llegaron a faltar la carne, la cerveza, el vino y el aguardiente; no se cobraba ni un céntimo. Un día se oyó un cañonazo: todo el batallón desapareció, y no quedaron más que los oficiales. Este ejemplo da la medida de lo que costaría a Carnot hacerse obedecer, y del tiempo que necesitaría para restablecer la unidad de mando.

En el Norte, Houchard, viejo soldado de fortuna, consiguió derrotar al duque de York en Hondschorte, obligándole

a levantar el sitio de Dunkerque (6-8 de septiembre). Menos afortunado frente a los austríacos, dejó a Coburgo apoderarse de Quesnoy. El 13 de octubre, aún, el ejército del Rhin, completamente desorganizado por los representantes Borie y Ruamps, abandonó a Wurenser las líneas fortificadas de Wissemburgo, y en precipitada fuga llegó a Saverne y Estrasburgo.

Aquí acabaron nuestros reveses. Carnot en persona, se hizo cargo del ejército del Norte. Sabía que para vencer plenamente, no es preciso conseguirlo en todas partes a la vez, sino que hay que lograrlo a fondo, en el lugar y en el momento oportunos. No experimentó la menor vacilación: el punto sensible de la coalición está en Flandes, en la soldadura de ingleses y austríacos. En el Rhin, mientras que los prusianos estén ocupados en Polonia, es suficiente estar a la defensiva. Carnot traslada al Norte todas las tropas que en el Este quedan disponibles, operación conocida y estudiada desde hacía mucho tiempo en los gabinetes militares, y cuya ejecución había sido preparada desde el reinado de Luis XV por medio de la construcción de tres carreteras estratégicas que conducían de Metz a Dunkerque. Carnot, cuyo genio es profundamente realista, utiliza cuanto se ha hecho antes de él; pero con un maravilloso don de adivinación, que no puede regateársele, presiente a los hombres que han de forzar la victoria, y les lleva desde las últimas filas a los primeros puestos: Jourdan, al ejército del Norte el 24 de septiembre; Pichegru, el 28, al ejército del Rhin; Hoche, el 22 de octubre, al ejército del Mosela.

El 15 de octubre, Carnot y Jourdan atacan a Coburgo en Wattignies, cerca de Maubeuge. Los imperiales se habían atrincherado sólidamente; durante quince horas resistieron a los furiosos esfuerzos de los republicanos. En un consejo de guerra celebrado por la noche, Jourdan propone restablecer el equilibrio de la línea de batalla reforzando el ala izquierda, que se había debilitado. Carnot impuso el plan inverso: desatender la izquierda, reforzar la derecha, que había avanzado, y explotar a fondo las ventajas ya logradas. Apuntaba el día; un día de otoño gris y triste; se formaron, entre la niebla, tres columnas de asalto; a la cabeza de ellas iban

Jourdan, Carnot y el diputado Duquesnoy, los tres de uniforme de gala, con sus insignias, sus fajines y sus inmensos sombreros de plumas tricolores. Se combatió hasta la noche: tomado, perdido, recobrado, Wattignies quedó por último en nuestras manos. Coburgo quedaba derrotado, Maubeuge libre del bloqueo. A escape Carnot regresó a París. Apenas llegó, escribió al ejército del Norte para felicitarle por su bravura y por su victoria. Ni una sola palabra de su carta dejaba adivinar que él había tomado parte en el combate. Se hubiera dicho que no había abandonado un momento sus planos y sus papeles.

En Alsacia, después de algunas operaciones, en las que los éxitos se equilibraban con los reveses, tomaba Hoche el mando de los dos ejércitos reunidos del Rhin y del Mosela, y se apoderaba, el 26 de diciembre, de las líneas de Wissemburgo; mientras que Desaix, un ex noble, entraba en Lauterbourg. Inmediatamente, Wurmser volvía a pasar el Rhin y Brunswick se instalaba en Worms y en Maguncia.

Durante el invierno se paralizaron las operaciones. Carnot se aprovechó de ello para volver a agrupar sus fuerzas y para realizar un proyecto muchas veces aplazado: la amalgama. La amalgama consistía en confundir en los mismos regimientos y medias brigadas, a los soldados de diferentes orígenes que hasta entonces estaban en unidades separadas: soldados profesionales anteriores a 1789, voluntarios de 1792, procedentes de las levas de 1793. So pretexto de igualdad, se encuadraba así a los jóvenes reclutas entre viejos duros de pelar, formados en la antigua disciplina, y como quiera que había exceso de oficiales, se iba despidiendo a los que habían obtenido su empleo sencillamente por elección.

La nueva ofensiva se desencadenó en mayo, en el preciso momento en que Kosciuzsko excitaba a Polonia a la insurrección. La lucha se concentró primeramente sobre el Sambre, que Jourdan consiguió pasar el 18 de junio; después, a vanguardia de Charleroi, que Coburgo, que había acudido con presteza, trató de librar del bloqueo el día 26. El frente francés se extendía de un lado y de otro de Fleurus en una longitud de 30 kilómetros. Durante catorce horas Coburgo se obstinó en romperlo. Dió cinco asaltos, que fueron suce-

sivamente rechazados con enormes pérdidas. Por la tarde, Coburgo, que había recibido noticia de la rendición de Charleroi, se retiró.

El 6 de julio los aliados evacuaron Bruselas, donde Jourdan entró el día 11. El 23, Pichegru se apoderó de Amberes. Lieja cayó el mismo día. Bélgica era esta vez nuestra.

Toma de Lyon el 9 de octubre; victoria de Wattignies el 16; derrota de los vandeanos en Cholet, el 17; toma de Tolón el 19 de diciembre; derrota de los vandeanos en Savenay, el 23; victoria de Wissemburgo el 26. La Revolución había triunfado a la vez de sus enemigos interiores y de sus enemigos exteriores. Los jacobinos fingían siempre confundir unos y otros, y para la comodidad de la represión, se esforzaron en hacer creer en una gran coalición que englobaba a la vez a Pitt, Brisot, Coburgo, Brunswick y Cathelineau. El Terror se encontraba de este modo, si no justificado, cuando menos incorporado a la defensa nacional. Esto es una mixtificación. La sublevación vandeana y la insurrección girondina fueron movimientos espontáneos. Tolón se entregó a los ingleses, pero los ingleses lo abandonaron. Contra la Montaña no hubo frente único; hubo cuatro o cinco guerras diferentes, yuxtapuestas, pero no coordinadas, y precisamente esta incoherencia y esta falta de unidad en el ataque fueron la causa de la derrota de los asaltantes.

Por otra parte, si, en la confusión de las ideas y en la ceguera de las pasiones, se pudo de buena fe, durante algunas semanas, confundir la defensa nacional y la defensa revolucionaria, el desengaño no se hizo esperar mucho. En diciembre de 1793, ingleses, prusianos y austríacos se ven derrotados. La Vendée agoniza. La Gironda ya no es más que un recuerdo. Tolón y Lyon sólo son ya dos nombres sobre el plano. Sin embargo, el Terror redobla y alcanza su punto culminante después de Fleurus. Cuanto más sólido se siente el Gobierno revolucionario, más sanguinario se muestra y más activa es la guillotina. Los historiadores que pretenden a toda costa presentarnos las hecatombes de la Montaña como excesos lamentables de una reacción legítima, se ven en muy mala postura en cuanto se aboca el año 1794. Y por eso, en su irreflexivo deseo de descargar de culpas al sistema, se ven

obligados a poner en la cuenta de un hombre, Robespierre, todos los crímenes que de otro modo no podrían explicar. La ambición de Robespierre, la hipocresía de Robespierre, la crueldad de Robespierre... son palabras que saltan en cada página. Pueril excusa: el Terror es la esencia misma de la Revolución, porque la Revolución no es un simple cambio de régimen, sino una revolución social, una empresa de expropiación y de exterminio.

Mientras que, bajo la presión del enemigo, los ejércitos vuelven a hallar las condiciones normales de acción: unidad, jerarquía y disciplina, la Francia del interior quedará sometida a una experiencia comunista que va a dejarla exangüe y arruinada, presta a entregarse al primer salvador que se le presente.

CAPITULO XII

El Terror comunista

Lo que más llama la atención en los acontecimientos de la época revolucionaria, a partir de la Legislativa, es el corto número de individuos que en ellos toman parte. En las elecciones, la cifra de los votantes es ínfima. En la calle, la cantidad de manifestantes decrece cada día: todo lo más, son en París unos seis o siete mil, siempre los mismos, y que han hecho de la algarada callejera su oficio. Al caer la Monarquía, Francia dimitió su papel en los negocios públicos. Bajo la tempestad, se la ve humilde, sumisa, inexistente, acechando en silencio días mejores; y sobre el gran pueblo que calla, reina el pequeño pueblo que habla, de los jacobinos.

Desde 1788 las sociedades habían sido el motor de la Revolución. Permanentes y unidas, mientras la anarquía se iba extendiendo, fueron consolidando y acrecentando su poder, pero hasta el 10 de agosto no habían actuado más que desde fuera, haciendo presión sobre el Gobierno real. De capitulación en capitulación, había llegado éste al último grado de debilidad, pero aún conservaba suficiente audacia para ser indócil a veces, y por eso se había hecho preciso destruirlo.

Francia se había encontrado entonces en una situación singular: sin el Rey, pero sometida a una Constitución monárquica. La Convención había pretendido ejercer por sí misma el Poder ejecutivo, pero las precauciones que antes se habían tomado contra la Corte, se volvían ahora contra ella.

Independencia de las autoridades locales, falta de subordinación, renovación continua de los organismos administrativos, impotencia de los magistrados elegidos, abandono de la fuerza armada a los municipios: todo lo que había paralizado antes a la Monarquía, paralizaba ahora a la República. Cierto es que no existía ya la dualidad entre la Corona y la Asamblea, pero como la Asamblea misma estaba dividida en dos facciones enemigas, la impulsión central, en vez de ser una, era, lo mismo que antes, variable y contradictoria. Respecto a la Convención, considerada colectivamente, los jacobinos se encontraban, otra vez, pero con mayores fuerzas, en la misma situación en que dos meses antes estaban con relación al Rey: como dómine oficioso y amenazador que coaccionaba al legítimo señor oficial. Por eso no cambian sus métodos de intimidación: las mismas campañas de prensa y orales, el mismo desfile de peticionarios, las mismas jornadas e idénticas violencias. Al obligar a la Asamblea, el 2 de junio, a sacrificar a los jefes de su mayoría, los clubs dieron a entender que estaban dispuestos a tratar a la soberanía popular del mismo modo que habían tratado a la soberanía personal. Sin embargo, contra lo que a veces se cree, el 2 de junio no fué un desenlace, sino una etapa. Fué el punto de partida de una agitación que, a fines de 1793, condujo a la creación de un gobierno revolucionario, es decir, a la dictadura jacobina.

En esta crisis, como venía ya siendo norma desde hacía cinco años, la Montaña se vió manejada por su extrema izquierda, a la que se llamaba partido de los exaltados. ¿Dónde comenzaba? ¿Hasta dónde llegaba? Es difícil limitarlo con exactitud. Entre sus miembros eran frecuentes las rencillas y los odios, y todos estaban prontos a excomulgar a los demás. Pero, con las apuntadas reservas, puede decirse que el movimiento nació de la predicación comunista de Jacques Roux y de sus émulos, Varlet y Leclercq. Ellos fueron los que lanzaron la idea de que era preciso completar la Revolución política con una Revolución social, y que la igualdad de los derechos cívicos no podía tener efectividad sin la igualdad de las fortunas. Rechazados por los jefes revolucionarios, se hicieron escuchar por el pueblo bajo de las ciudades, al que

la inflación había sumido en una miseria espantosa. En el mes de mayo eran ya bastante fuertes para que Marat y Robespierre se viesen en la precisión de comprar su concurso contra los girondinos, y hasta septiembre su influencia no cesó de crecer.

La historia de estos tres meses era casi desconocida hasta estos últimos tiempos. M. Mathiez, que es quien primero la ha contado con detalle, la juzga «muy embrollada y confusa». «Los personajes —escribe— son oscuros. Sus actos no nos son bien conocidos, y menos aún lo son sus intenciones. Es un flujo y reflujo continuo de peticiones, de manifestaciones, de ruidos y de intrigas. El Gobierno flota algunas veces a la deriva. Trata de emplear la astucia frente al motín. Las declaraciones y las medidas con que le hace frente, no dejan de tener segunda intención. Cede, y luego se vuelve atrás de sus concesiones.» Es el caos.

Sin embargo, ateniéndonos solamente a las líneas generales, no es difícil ver claro, y todo ello puede resumirse del modo siguiente: Aprovechando las dificultades de la «soldadura» entre las dos cosechas de 1792 y 1793, Jacques Roux provoca la efervescencia de las secciones, y en tres o cuatro ocasiones trata de lanzarlas al asalto de la Convención, a la que acusa de sumir al pueblo en el hambre, mientras cubre con su protección a los ricos, a los traficantes y a los agiotistas. Como su propaganda parece hacer grandísimos progresos, Hébert, Chaumette y la Commune, que temen verse desbordados, toman por su cuenta las teorías comunistas, y se hacen con las tropas que se pasan al enemigo. Jacques Roux, abandonado, sucumbe, al mismo tiempo que su programa triunfa en los jacobinos y en la Convención.

En el fondo, no se trata más que de un cambio de personas. Poco importa que el comunismo haya sido representado por Hébert y no por Roux. Lo trascendente es que triunfa el comunismo, y que el deslizamiento hacia la izquierda no se detuvo en la Revolución «burguesa», sino que siguió hasta la Revolución «proletaria».

La conversión de Hébert, que representa el episodio principal de esta evolución, ocurrió después del asesinato de Marat (13 de julio). Con su autoridad, su genio periodístico,

su talento prodigioso para adivinar y expresar las pasiones populares, Marat cerraba el camino a los ambiciosos. Para decirlo de una vez, estorbaba. En su entierro, el amigo íntimo de Hébert, Vincent, no pudo ocultar su alegría, y se le oyó murmurar: «¡Al fin!...» Quedaba libre un magnífico puesto. Roux y Leclercq se lo disputaban, pero Hébert los apartó: «Si hace falta un sucesor para Marat —clamó en los jacobinos el 20 de julio—, si se necesita una segunda víctima, la tenéis dispuesta y resignada: soy yo.»

Hebert no tenía el menor interés en ser asesinado, pero quería atraer a su *Père Duchêne* la clientela del *Ami du Peuple* y del *Journal de la République*.

A fin de que nadie le aventajase en demagogia, se apresuraba a imprimir en confuso montón, en su hoja, todos los chismes, todas las calumnias, todas las historias de complots y de traiciones que eran tema de las conversaciones de los clubs. Como hacía falta también proponer remedios, se apropiaba sin escrúpulos los que Roux había lanzado y que él mismo había combatido hasta entonces: «La patria —escribe a principios de septiembre—, ¡váyase a mala parte la patria! ¡No tienen patria los negociantes! Mientras han creído que la revolución podía serles útil, la han sostenido, han dado la mano a los *sans-culotte* para destruir la nobleza y los Parlamentos; pero era para sustituirse ellos a los aristócratas. Por eso, desde que ha dejado de haber ciudadanos activos (censatarios), desde que el desdichado *sans-culotte* goza de los mismos derechos que el usurero más rico, todos estos... han cambiado de chaqueta y emplean todo lo que tienen a mano para destruir a la República; han acaparado todas las subsistencias para revenderlas a peso de oro o para reducirnos al hambre; pero como ven a los *sans-culottes* dispuestos a morir antes que volver a ser esclavos, estos comedopuestos de carne humana han armado a sus criados y a sus dependientes contra la *sans-culotería*; han hecho algo más y algo peor, han alimentado, vestido y aprovisionado a los bandidos de la Vendée, abren en estos momentos las puertas de Tolón y de Brest a los ingleses y están en negociaciones con Pitt para entregarle las colonias...»

Sustituto del procurador de la Commune, dueño del mayor periódico de Francia, Hébert podía descargar sobre la opinión jacobina terribles golpes. Se dice que de algunos de sus números se tiraron 600.000 ejemplares, distribuídos gratuitamente en París y en los Ejércitos. Pero su poder se extiende más allá de este reino de papel. El Ministerio de la Guerra es su casa, Bouchotte su vaca de leche; saca de él todo lo que quiere: dinero, autorizaciones, sinecuras, mandos. Hay que considerar la potencia enorme que representan 300 millones que gastar cada mes; cincuenta mil destinos o empleos que distribuir; centenares de mercados lucrativos que adjudicar. Alrededor del jefe, un estado mayor de hombres resueltos: Vincent, secretario general del ministro de la Guerra; Ronsin, jefe del ejército revolucionario; Rossignol, jefe del ejército del Oeste. Y siguiéndolos, Hauriot, jefe de la Guardia nacional parisiense; Pache, alcalde de París, Chaumette, procurador-síndico; Chotz, Royer, Proli, Pereyra, todos los refugiados políticos. A fines de agosto la mayoría son jacobinos. El 4 de septiembre organiza una jornada para arrastrar a la Commune y el 5 una segunda para arrastrar a la Convención.

El cuartel general del motín está en el Ministerio de la Guerra. Muy de mañana, los agitadores requisan los obreros empleados en las manufacturas militares. Grupos de hombres de confianza recorren las obras para recoger a los canteros y a los albañiles. Otros reclutan a los obreros sin trabajo. Hacia el mediodía, la plaza de Grève está totalmente ocupada, la Casa consistorial invadida, el Salón de sesiones ocupado por una muchedumbre vociferadora que reclama pan. Hay un momento en que Chaumette intenta dispersar a los manifestantes abrumándolos con palabras sonoras y halagadoras promesas. Trabajo perdido. Se da cuenta de que la cosa es seria, y sin transición, se pone del lado de los peticionarios, y anuncia que se pondrá a su cabeza al siguiente día para conducirlos a la Convención: «... Estamos presenciando la guerra abierta de los ricos contra los pobres; es preciso que nosotros mismos los aplastemos. ¡Desdichados! ¡Han devorado el fruto de nuestro trabajo, nos han comido hasta la camisa, han bebido nuestro sudor y aún querrían chuparnos la sangre!» Por la tarde, siguiendo el ejemplo de la Commune, los jacobinos

deciden sostener el programa de terror comunista de Hébert e incorporarse al desfile del día siguiente.

Todo se desarrolló como estaba previsto. A las doce y cuarto, concentración ante el Ayuntamiento; a las doce y cuarenta y cinco, salida para las Tullerías. Pache y Chaumette van en cabeza. Tras ellos, un nutrido cortejo, sobre el que se enarbolan grandes carteles: *¡Guerra a los tiranos! ¡Guerra a los aristócratas! ¡Guerra a los acaparadores!* En cuanto la Convención recibe aviso de la llegada de los manifestantes, los hace pasar. Robespierre preside. Pache y Chaumette explican que el hambre tiene por causa el egoísmo de los ricos y la mala voluntad de los agricultores. Denuncian el afrentoso sistema inventado para someter al pueblo al tormento del hambre y obligarle a «cambiar su soberanía por un mendrugo de pan». Piden la requisa de los artículos de primera necesidad y el exterminio de la aristocracia mercantil. La Convención, que tiene ya dispuesto todo un arsenal de leyes económicas, les concede, sin demora, la división del tribunal revolucionario en cuatro secciones y la creación de un ejército especial encargado de aplicar las leyes sobre subsistencias; pero aún promete hacer más en días sucesivos, y para hacer bien patente su sumisión, elige al día siguiente, para el Comité de Salud pública, dos nuevos miembros, dos hebertistas: Collot D'Herbois y Billaud-Varenne.

La crisis de agosto de 1793 representa en la historia de la Revolución una fase tan importante como la crisis de agosto de 1792. Hasta entonces, por rutina mental, por fidelidad a las doctrinas de su juventud, la mayor parte de los convencionales seguían siendo partidarios del liberalismo económico. La intervención del Estado en las funciones de la producción, les parecía una reacción, un retorno a las prácticas del antiguo régimen. Pero a partir de aquel momento, vamos a verlos precipitarse con movimiento cada vez más rápido por el camino que los comunistas les han abierto.

La fortuna mobiliaria estaba representada, en su mayor parte, al comienzo de la Revolución, por rentas del Estado o de colectividades de cuyas deudas se había hecho cargo el Estado, al mismo tiempo que de sus ingresos. Por otra parte, no había ninguna medida especial que temer: era suficiente dejar actuar a la depreciación del papel-moneda. En diciembre de 1793, el asignado no valía ya, como término medio, más que el 50 por 100 de su valor nominal; en junio de 1794, había bajado a 33 por 100. Los rentistas veían su capital disminuído en dos tercios.

La Convención, sin embargo, no se paró en eso. Siguiendo el informe de Cambon, el hombre de confianza del Comité de Hacienda, decidió unificar los antiguos tipos de préstito o, más exactamente, reemplazarlos por cierta cantidad de rentas que habían de ser inscritas en el Gran Libro de la Deuda pública sin mención del capital correspondiente. Esta operación llevaba consigo no solamente una reducción de intereses, sino también, y muy principalmente, la supresión de todas las ventajas concedidas a ciertas emisiones: lotes, primas de reembolso, sorteos escalonados, etc. (24 de agosto de 1793)... Las rentas vitalicias fueron convertidas también en rentas perpetuas. Como quiera que la conversión no podía realizarse sin el cumplimiento de ciertas complicadas formalidades —la primera de las cuales era un certificado de no haber emigrado—, una parte de los títulos quedó automáticamente anulada. Los otros se cambiaron contra reconocimientos nuevos, con arreglo a un baremo que lesionaba considerablemente los intereses de los portadores (12 de mayo del 94). La creación del Gran Libro, ponderado a todos los vientos como un monumento de probidad, no fué más que una bancarrota parcial, añadida al desastre monetario.

Con las Sociedades por acciones los convencionales procedieron más radicalmente aún. Un decreto que databa de los últimos días de la Legislativa, había suprimido los títulos al portador y ordenado el registro, a nombre de los propietarios, de todos los efectos y acciones, así como el registro de todas las cesiones y transferencias. Las infracciones de esta ley, reales o supuestas, sirvieron de pretexto para una campaña contra la especulación, que condujo el 27 de junio de 1793, al cierre de la Bolsa; el 24 de agosto, a la supresión de las Sociedades anónimas, y el 8 de septiembre, a las clausura y precintado de los Bancos y Casas de cambio.

Los particulares que poseían créditos-oro contra el extranjero se vieron obligados a entregarlos en Tesorería a cambio

de asignados descontados a la par. Los representantes comisionados y las autoridades locales organizaron la requisa de metales acuñados, lingotes y objetos preciosos, cuya confiscación ordenó, por último, un decreto del 13 de noviembre.

Cualquiera que haya sido el desarrollo industrial en tiempos de Luis XV y de Luis XVI, la fortuna inmobiliaria de Francia en 1789 seguía siendo mucho más considerable que su fortuna mobiliaria. La confiscación y venta de los bienes eclesiásticos, la confiscación y venta de los bienes de los emigrados, habían alterado profundamente la repartición, sin disminuir su valor. Por el contrario, mientras que la guerra, el bloqueo, la emigración, la miseria, secaban tantas fuentes de ingresos, la tierra venía a ser, cada vez más, el valor-refugio por excelencia.

La primera tasa del trigo se votó el 4 de mayo de 1793, a cambio de la alianza de los *rabiosos* contra los girondinos. Pero se aplicó muy mal. Las administraciones de los departamentos, a las que incumbía esta labor, alargaron deliberadamente las operaciones preparatorias, y tomaron como pretexto las oscuridades y lagunas del decreto para consentir que se burlase de cada diez veces, nueve.

En julio cambia todo. El empuje comunista se hace cada vez más violento. Aceptando el informe de Collot d'Herbois, la Convención adopta casi sin debate una ley sobre el acaparamiento (27 de julio) que, dijo M. Marion, «no tendía nada menos que a tratar como enemigo público a todo el que aún tuviera valor para comerciar con las cosas cuya falta se hacía sentir más vivamente». El acaparamiento quedaba definido: el hecho de tener encerrados en un lugar cualquiera, sin ponerlos a la venta diaria y públicamente, los artículos y mercancías de primera necesidad, a saber: harina, pan, carne, vino, legumbres, frutas, manteca, sidra, vinagre, aguardiente, miel, grasas, sebo, pescado, leña, carbón, aceite, sosa, jabón, sal, azúcar, canela, lana, papel, cueros, hierro, cobre, plomo, acero, mantas, paños y, en general, todos los tejidos. Los poseedores de estos artículos quedaban obligados a hacer declaración de ellos, en un plazo de ocho días, a las Municipalidades, que nombrarían comisarios de acaparamientos, para comprobar sus manifestaciones y, en caso necesario, proceder a las ventas. Los autores de declaraciones falsas serían castigados con la muerte, y los denunciadores recompensados con el tercio de las confiscaciones.

La ley no atentaba a la producción y respetaba la libertad del precio de venta. Sin embargo, se había dado un gran paso hacia una intervención general. Abolido el secreto del comercio, los comisarios de acaparamientos podían introducirse en todas partes, compulsar los registros y las facturas, dispersar los depósitos almacenados, visitar las granjas y los graneros. Puestos en este camino, ya no es fácil detenerse. Muy pronto se llegó a la idea de que la ley de 27 de julio no era más que una entrada en materia y de que el Estado tenía la facultad de pesar sobre los precios y de hacerlos bajar. Aquí y allá aparecen algunos ensayos de tasa parcial. Por último, el 29 de septiembre la Convención decreta la tasa general de los artículos de primera necesidad, o, como entonces se decía, *el máximo*.

A todas las materias que enumeraba el Decreto del 27 de julio, y cuya circulación estaba ya intervenida, se añadían los granos, forrajes, tabaco, calzados y zuecos. Para unos el máximo era el mismo en toda Francia, para otros variaba según los Ayuntamientos. Los agricultores, en particular, estaban obligados a presentar declaraciones de sus cosechas. Les estaba prohibido vender su trigo fuera del mercado público y a precio distinto del precio oficial. Si se resistían a ello, las autoridades aprovisionarían los mercados por la fuerza, requisarían los trigos en el campo, haciendo la siega y la trilla con obreros movilizados a este fin. El transporte del trigo no podía efectuarse sin una autorización; los molineros se veían requisados con las máquinas del oficio, y éste se consideraba como un servicio público. Y por si fuera poco, aun cuando la moneda había perdido la mitad de su valor, y aún seguía envileciéndose de día en día, *el máximo se fijaba nada más que un tercio por encima del precio corriente en* 1790. La ley no era sólo una ley de tiranía, sino una ley de expropiación. A los contraventores se les amenazaba con las penas más severas: un año de prisión a los panaderos que abandonaran el trabajo; diez años a los molineros que comerciaran con granos y harinas; diez años a los labradores culpables de falsas

declaraciones; la muerte para los que intentaran impedir las requisas.

Dueño ya de la producción interior, no faltaba al Estado más que apoderarse del comercio exterior. De ello fué objeto el Decreto del 30 de mayo del 94, que puso a su disposición todos los artículos, materias y mercancías importadas por tierra y por mar. Agencias establecidas en los puertos y en las fronteras, requisaban lo que les convenía y no dejaban a los propietarios más que lo que les sobraba. Prácticamente, el Estado vino a ser el único importador. La exportación de gran número de artículos estaba prohibida, y la de los otros se realizaba bajo una intervención estrechísima. Por otra parte, la flota comercial entera estaba requisada.

Lo que ocurría con los bienes, ocurría también con los hombres. El decreto de leva en masa (23 de agosto de 1793) no llevaba a los Ejércitos más que a los jóvenes de dieciocho a veinticinco años, pero ponía a toda la población francesa, comprendidas las mujeres, al servicio del Estado. Era lógico que el Estado, único propietario y único tendero, fuera también el único patrono. La ley del 29 de septiembre prescribía, al mismo tiempo que el máximo de las subsistencias, el máximo de los salarios, pero fué un poquito más generosa con los obreros que con los comerciantes; en lugar del tercio, les concedió un aumento de salario de la mitad, sobre el de 1790.

La requisa de los trabajadores se realizó por categorías, según las necesidades, en 1793 y en 1794: requisa de panaderos; de impresores, para la fabricación de los asignados; de carreteros, fundidores, torneros, sastres, curtidores, etcétera, etc., para las fabricaciones de guerra; requisa de carreteros y de obras del transporte fluvial de madera, para ser utilizados en el transporte de combustibles y granos. Francia entera se transformó en un inmenso cuartel, y como la ley Le Chapelier había quitado a los proletarios el derecho de asociación y el derecho de huelga, la clase obrera sufrió tan duramente como las otras el peso de la política comunista. El 4 de abril de 1794, todavía la Convención proclamó la requisa universal de brazos y de inteligencias, y envió al Tribunal revolucionario a todos los que pretendieran sustraerse a ella.

Surgió entonces la verdadera dificultad: la de aplicar estas leyes imposibles. Tan pronto como fué promulgado el máximo, se vaciaron en un instante los almacenes, apresurándose todo el mundo a comprar a un precio artificialmente bajo lo que la víspera pagaba dos o tres veces más caro. Agotados los depósitos, nadie se presentó a renovarlos. De un día al siguiente se agotaron en París el azúcar, el aceite y las velas. Aún se encontraba vino, pero falsificado e imbebible.

En provincias, los habitantes del campo se precipitaron a las ciudades para cambiar sus billetes contra ropas, calzados, piezas de tela, comestibles, que la ley obligaba a liquidar a bajo precio. Después de lo cual se apresuraron a ocultar su trigo en escondrijos impenetrables. Porque todos querían *el máximo* para el vecino y la libertad para sí: «Hermanos y amigos —decía el convencional Frecine a unos obreros que se habían insubordinado contra el máximo de los salarios—; me entero con dolor de que entre vosotros hay individuos que se obstinan en querer obtener un aumento de jornales que vendrían a cargar sobre la República. ¿Cómo es esto, ciudadanos? ¿El detestable espíritu de codicia que la justicia nacional acaba de extinguir en los acaparadores, se habrá infiltrado en las almas puras de los *sans-culottes*?...; pedís que la ley se ejecute rigurosamente para lo que vosotros compráis, y os resistís a observarla para lo que vosotros vendéis a los demás...»

La resistencia de los aldeanos amenazaba ser formidable. Era evidente que harían todo lo posible por hacer fracasar la legislación que los despojaba.

Desde un principio, en donde pueden, burlan las investigaciones, esconden la cosecha y no la venden si no es con fraude y al precio que les viene en gana. Donde no se encuentran seguros, la dejan pudrirse, so pretexto de que faltan brazos para almacenarla. Por otra parte, como el *máximo* del trigo se ha aplicado antes que el *máximo* de la avena, acceden a vender la avena, pero alimentan a sus caballos con trigo. Cuando la tasa alcanza a la carne al menudeo, dejan de

aprovisionar a los carniceros. Cuando la tasa es en vivo, dejan morirse al ganado.

En las fronteras el contrabando se desarrolla en proporciones enormes. El quintal de trigo se vende a 40 francos oro en Ginebra, a 14 francos papel en Francia: ¿es posible concebir una vigilancia suficientemente severa para impedir un comercio tan ventajoso?

En Haute-Saône, de donde M. Mathieu nos da preciosos informes, la promulgación del *máximo* tiene por efecto inmediato agravar la crisis de las subsistencias. Los labradores suspenden las labores; los panaderos no amasan; los posaderos no sirven a los clientes; los obreros que no tienen trabajo en la ciudad, se retiran a ir a ayudar a las faenas del campo. Un joven voluntario, cuya correspondencia tiene Mr. Marion escribe desde Phalsbourg a su familia: «se ha publicado aquí la tasa de los artículos alimenticios, pero desde entonces es casi imposible encontrar que comer». De Toulouse dicen al Comité: «La ciudad parece estar cercada por un ejército enemigo: los víveres no llegan, los habitantes de los campos no vienen como no sea para dejar vacías las tiendas.» Y de Vergues, esta nota que resume todas las demás: «La ley del máximo ha hecho en este país el efecto de un complot liberticida, dada a luz por Pitt...»

El comunismo no se concebía sin un inaudito despliegue de coacciones y de fuerza. En realidad, él es quien da su sentido al Terror, lo que puede explicar su marcha y su duración. La Dictadura terrorista está estrechamente relacionada con las leyes sociales y no con los sucesos militares. Dada a luz el 5 de septiembre, después de la gran manifestación hebertista, se organiza tan pronto como el peligro exterior decrece. Se codifica cuando las fronteras están ya libres. Llega a su apogeo cuando la guerra se presenta victoriosa y se ha dado cima a la reconquista de Bélgica.

En principio, la Convención es el «centro único de la impulsión del Gobierno», pero delega sus poderes de ejecución y de vigilancia en dos Comités de doce miembros reelegidos mensualmente: el Comité de Salud pública, para todo lo que concierne a la guerra, la diplomacia, las subsistencias, las leyes revolucionarias; el Comité de Seguridad general, para

la policía y la justicia. El detalle de la administración queda abandonado a los ministros; más tarde, después de su supresión, a simples Comisiones ejecutivas enlazadas con el Comité de Salud pública. Para asegurar por completo la unidad de la República, la Convención envía a los departamentos y a los ejércitos algunos de sus miembros que, bajo la denominación de «representantes comisionados», están encargados de pulsar el espíritu público, de inspeccionar la conducta de los generales y de depurar e inspirar los poderes locales. Los representantes se comunican con la Convención por intermedio del Comité de Salud pública, que tiene derecho a destituirlos. A los procuradores, electos, de los distritos y de los Ayuntamientos se los reemplaza por agentes nombrados por la Convención y responsables ante ella. Se suprimen los procuradores síndicos de los departamentos y se deja en suspenso la renovación de los Ayuntamientos. (4 dbre.)

El Estado comunista era ahora agricultor, tendero, sastre, armador e industrial, y no podía ya contentarse con las modestas administraciones de antes. A los seis Ministerios se añaden veinte servicios nuevos, de donde salen otros cien. Hay comisarios de bienes nacionales del primer origen (bienes eclesiásticos), comisarios de bienes nacionales del segundo origen (bienes de los emigrados), comisarios de requisa de caballos de lujo, comisarios de vestuario, comisarios de acaparamientos, comisarios de la cosecha y de la fabricación del salitre, comisarios del censo, del catastro y de las requisas, comisarios de estadística, de subsistencias, de transportes, una agencia de comercio exterior, misiones de compra en el extranjero, recaudadores de impuestos revolucionarios sobre los ricos, una policía inmensa, un ejercito de observadores, de guardianes de precintos, de vigilantes sospechosos, de gendarmes, de carceleros, y, en fin, un ejército revolucionario destinado a apoyar las requisas: 3.000 infantes y 1.200 artilleros sólo para la región de París.

El país está ya maniatado. La tortura vendrá luego.

El 26 de febrero (8 ventoso), Saint-Just proclamaba en la Convención la necesidad de terminar la revolución social por medio de una nueva distribución de la riqueza. «La opulencia está en manos de un gran número de enemigos de la Re-

volución; las necesidades ponen al pueblo bajo la dependencia de sus enemigos. ¿Se concibe que pueda existir un Imperio si las relaciones civiles vienen a parar a manos de los que son contrarios a la forma de gobierno? Los que hacen la revolución a medias, no hacen más que cavarse una tumba... Los bienes de los conspiradores están ahí para los desgraciados. Los desheredados son las potencias de la tierra.» Inmediatamente la Convención decretó que los bienes de las personas enemigas de la República fuesen confiscados y distribuídos entre los «patriotas indigentes». El 3 de marzo, un nuevo decreto ordenó el establecimiento inmediato de dos listas complementarias: la de los sospechosos que habían de ser expropiados y la de los *sans-culottes* que habían de ocupar su lugar.

«Personas enemigas de la República»: la calificación era bastante vaga; cierto es que existía la ley del 17 de septiembre que reputaba sospechosos, no sólo a los ex nobles y a los parientes de emigrados, sino también a todos aquellos que por sus palabras, sus acciones o su abstención, se habían mostrado enemigos de la libertad. Esto no era suficiente; el 13 de marzo se declara traidores a la patria y merecedores de la muerte a todos los que hubieran excitado inquietudes respecto a las subsistencias, tratado de corromper el espíritu público o preparado un cambio en la forma de gobierno. El 16 de abril, un decreto condena a ser enviado a la Guayana a todo individuo que, viviendo sin trabajar, esté convicto de haberse quejado del régimen. En fin, el 10 de junio la famosa ley de prairial formaliza la lista completa de los crímenes castigados con la confiscación y con la pena capital. Como dice un sabio profesor: «la emoción fué muy viva»; había motivos para ello: la lista era tan grande, que todos los franceses podían considerarse prometidos a la guillotina.

Son, en efecto, considerados como enemigos del pueblo y condenados al cadalso los que hayan tratado de envilecer y disolver la Convención nacional y el Gobierno revolucionario (por lo tanto, los monárquicos y los moderados); los que hayan tratado de impedir los aprovisionamientos (por lo tanto, los agricultores y los comerciantes remisos a las expropiaciones, los obreros opuestos al *máximo* de los salarios); los

que hubieran perseguido y calumniado a los patriotas (por lo tanto, todos los enemigos pasados, presentes y futuros de los jacobinos y de sus criaturas); los que hayan difundido noticias falsas (las comadres, por lo tanto); los que hayan tratado de extraviar la opinión o de inspirar desaliento (todos los descontentos). Los acusados comparecían ante el Tribunal revolucionario, enviados, bien por la Convención, bien por uno de los dos Comités gubernamentales, por los representantes comisionados, o por el acusador público. Quedaba suspendida la instrucción previa, y si el Tribunal juzgaba estar en posesión de pruebas morales suficientes, no se oían testigos.

Esta vez la cosa estaba clara. No se trataba ya de embadurnar el Terror con los colores nacionales. Todos los pretextos que se exhibían para justificarlo quedaban rechazados. No se trataba ya, ni de espantar a los cómplices de Pitt y de Cobourg, ni siquiera de contener a un partido hostil. Se trataba de hacer desaparecer 300.000 familias para apoderarse de sus bienes.

Despotismo de la libertad, dogmatismo de la razón; así es como los revolucionarios llamaban al régimen que habían fundado. Camisa de fuerza, tiranía, infierno, opresión; así lo califican hoy los historiadores más imparciales. Sencillamente, nosotros podríamos decir que éste era el reino del *Contrato Social*: «la enajenación total de cada individuo con todos sus derechos, a la comunidad», según la exacta fórmula de Rousseau. En cuanto a aquellos que podían objetar que los revolucionarios no eran la comunidad, Saint-Just había de responderles que la voluntad general no es la voluntad del mayor número, sino la voluntad de los puros, encargados de iluminar a la nación respecto a sus verdaderos deseos y a su verdadera felicidad.

El trabajo intelectual y de depuración emprendido en las sociedades desde hacía cuarenta años, había terminado. Con arreglo a la lógica más rigurosa, su doctrina fué evolucionando del liberalismo anárquico a la dictadura comunista. A ejemplo suyo, y bajo su presión, el Gobierno ha pasado de la Monarquía cristianísima a la coalición montañesa hebertista. Como han modelado el Estado a su imagen, no hay razón para que se diferencien de él. Las sociedades se incorporan

a él y vienen a ser su espina dorsal. «En el seno de las sociedades populares —dice la circular del Comité de Salud pública del 4 de febrero de 1794— fué donde nació el espíritu de libertad, donde creció y donde, al fin, ha alcanzado su actual desarrollo. Centinelas vigilantes, ocupando en cierto modo los puestos avanzados de la opinión, han dado la voz de alarma en todos los peligros y contra todos los traidores. En su santuario es donde los patriotas han ido a buscar y a aguzar sus armas victoriosas. La República espera nuevos servicios de las sociedades populares. El Gobierno revolucionario, organizado en sus diferentes partes, va a desarrollarse con fuerza y, venciendo todas las resistencias, va a cazar a todos los enemigos del pueblo. La Convención nacional lo reclama, en una comunidad de anhelos, en una coparticipación de esfuerzos con ella, para asentar sobre inquebrantables bases este edificio. Seréis nuestros más poderosos auxiliares...» Y más adelante añade: «... El edificio de la Revolución llegará pronto a estar terminado. Sociedades populares, vosotras que habéis establecido sus fundamentos atrevidos e indestructibles, podéis disponer de él a vuestro gusto.» En enero de 1794, las sociedades alcanzan la cifra de 1.900, repartidas en toda la extensión del territorio. No hay ciudad ni pueblo grande que no tenga la suya afiliada a la sociedad madre de la calle Saint-Honoré. Forman los Comités de vigilancia o Comités revolucionarios, cuyos miembros están encargados —al precio de tres francos diarios— de entresacar los buenos de los malos, de distribuir los certificados de civismo y de formar las listas de sospechosos. Designan los candidatos para las funciones públicas, los soldados para los ejércitos revolucionarios. Proporcionan los jurados del Tribunal. Denuncian a los agentes cuya falta de civismo llega a su conocimiento. Aplican las medidas de seguridad. Organizan expediciones a las aldeas para expurgar los Ayuntamientos. Ordenan las incautaciones, las investigaciones y los arrestos. No abandonan a los representantes comisionados y les inspiran sus resoluciones. Soberano colectivo, Pueblo elegido, son jueces de la ortodoxia republicana. Disponen arbitrariamente de las fortunas, de las libertades y de las vidas.

Jamás cayó un poder más terrible en manos más despreciables. Lo mejor de Francia está escondido o se ha ido a los ejércitos. Lo que gobierna es lo último, o, como dice Taine, los notables de la improbidad, de la mala conducta, del vicio, de la ignorancia, de la torpeza y de la grosería: «gentes desprestigiadas, pervertidos de toda clase y condición, subalternos envidiosos y llenos de odio, pequeños tenderos llenos de deudas, obreros vividores y nómadas, puntos fuertes de café y de taberna, vagabundos de la calle y del campo, hombres del arroyo y mujeres de la acera; en resumen, toda la gusanera antisocial masculina y femenina; en este montón informe hay algunos energúmenos de buena fe, cuyos cerebros perturbados han dado espontáneamente acceso a la teoría de moda; pero los otros, en número mucho mayor, son verdaderos animales de presa, que explotan el régimen establecido y no han adoptado la fe revolucionaria más que porque ofrece pasto a sus codicias».

En su gran informe del 10 de octubre de 1793, Saint-Just proclamó que la guerra «a los ricos» es la misión esencial del Gobierno revolucionario. «Es necesario que carguéis a la opulencia de tributos... Cuando hayáis empobrecido a los enemigos del pueblo, ya no podrán establecer una competencia con él.» Admirable teoría. Pero ¿dónde encontrar a los ricos? Las propiedades de los nobles, confiscadas; las rentas de la agricultura y del comercio, anuladas por la socialización; las herencias, deshechas por el reparto por igual y por la admisión de los bastardos a las sucesiones; las ventas, créditos e hipotecas, reducidos en una mitad o en los dos tercios por razón de la quiebra monetaria»: ya no quedaba mucha gente de posición holgada, y la que quedaba, había visto ya lo superfluo muy seriamente reducido. No importa; se organiza la caza. Las sociedades populares están tanto más interesadas en ello cuanto que la ley ha previsto que el entretenimiento de los Comités de vigilancia, la paga de los pertenecientes a las secciones, los socorros de paro, las dotaciones de los *sans-culottes* necesitados y, en resumen, todas las indemnizaciones que la Revolución arroja como pasto a sus servidores, se carguen al producto de las tasas revolucionarias. «La sociedad popular y el Ayuntamiento —escribe desde Orleáns el representante Laplanche— me deben algún reconocimiento. Para subvenir a

sus necesidades y cubrir sus deudas... les he dado, siempre a costa de los ricos, a uno 40.000 francos y a otra 49.000... En Bourges me han bastado dos días para hacer una leva de dos millones...» Y anuncia una distribución próxima de 20 francos por cabeza a cinco o seis mil *sans-culottes*. En Strasburg, Saint-Just y Lebas imponen a 193 notables una exacción de 10 millones, pagaderos en veinticuatro horas. De esta exacción, dos millones se reservan a los «patriotas indigentes». No era mal oficio el de patriota. En cambio, empezaba a considerarse rico, según el decreto de Albitte, en la Nievre, a los que tenían 2.000 libras de ingresos; otros fijaban la cifra en 1.500 y hasta en 500.

El 26 de agosto de 1793, el representante José Lebon, diputado del Pas-de-Calais, iba en comisión a su departamento de origen, donde permaneció hasta el 10 de julio de 1794. Era un joven grande y pálido que había servido como regente en el Colegio de los Oratorianos de Beaune y que había sido un tiempo cura constitucional de Neuville-Vitase. De sus primeras funciones, había guardado unos modales de ordinario suaves y un lenguaje untuoso. Pero de cuando en cuando su verdadera naturaleza hacía irrupción con una salida furiosa.

Prescindiendo de los pretextos ordinarios de conspiración o de federalismo, hace inscribir por fuerza en las listas negras a todos los contribuyentes con más de 50 francos. «Considerando que entre todos los sospechosos de delitos contra la República, interesa sobre todo hacer caer las cabezas de los ricos, reconocidos culpables, el Tribunal criminal establecido en Arrás juzgará primeramente de un modo revolucionario a los sospechosos distinguidos por sus talentos y por sus riquezas...» ¡Sus talentos o sus riquezas! Sospechosos aquellos que poseen, sospechosos los que pueden llegar a poseer un día. De este modo, la guillotina no descansa. En seis semanas, 149 ciudadanos quedaron recortados en Cambray, 392 en Arrás.

En Arrás el cadalso se levantaba delante del teatro. Lebon y su mujer asistían a las ejecuciones desde el balcón de la Comedia. Un día, tras una hornada excepcionalmente copiosa, el verdugo, para dar fin al espectáculo, se entretuvo en agrupar los cadáveres desnudos de uno y otro sexo en las posiciones más obscenas y más horribles. Otra vez, cuando acababa de colocarse sobre la plancha basculante un ex marqués, Lebon suspendió la ejecución durante diez minutos para leer al condenado el último número del periódico que tenía en el bolsillo; después de lo cual le gritó: «Ve a contar a tus compañeros las noticias de nuestras victorias», y aquella cabeza cayó. Otra vez (es M. Lenotre quien lo cuenta), después de la ejecución de 27 habitantes de Saint-Pol, uno de los jurados, que conducía a dos mujeres a la Comedia, pasó sobre el regato en que corría la sangre de las víctimas; mojó en él la mano, y haciendo gotear el líquido a lo largo de los dedos, exclamó: «¡Qué bello es esto!»

En París, la justicia revolucionaria no tiene tanta fantasía. El personal es mediocre y rutinario. El acusador Fouquier-Tinville es un antiguo agente de negocios, laborioso y metódico, que realiza su mortífera tarea del mismo modo que defendería un pleito de medianería. La frente baja, color pálido, la nariz rugosa, los ojos redondos, los labios delgados y afeitados: tal es el burócrata de la guillotina. Como buen servidor del Poder, se querella contra todos los que el Poder le envía. Se ha dicho que padecía alucinaciones, pesadillas. ¡Puro romanticismo! No es hombre Fouquier que gima durante el trabajo. Su oficio es pedir cabezas, y las pide. Cuantas más tiene, mejor marcha la cosa. Lo demás no le incumbe. Cuando se acumulan los asuntos, para ganar tiempo opera por hornadas. Una día se guillotina a los antiguos parlamentarios, otro a los antiguos contratistas de los impuestos; pero esta serie constituye una decepción: se los creía ricos y no lo eran. Algunos de los acusados manifiestan un mal espíritu suicidándose antes del juicio, para sustraer sus bienes a la confiscación, y se hace necesario poner remedio a estos abusos.

Los asuntos políticos son los más resonantes, pero son infinitamente más numerosos los que nacen del *máximo* y de las leyes comunistas. A partir de abril de 1794, los aldeanos y los tenderos llegan a las cárceles en pelotones. En París solamente, dos meses antes de thermidor, hay 2.000 granjeros encerrados. De 12.000 condenados a muerte, cuya profesión

y calidad se ha hecho constar, hay 7.545 labradores, carreros, artesanos y comerciantes de diferentes clases. En el Doubs, de 1.900 emigrados, 1.100 pertenecen al pueblo. En Alsacia se estima que 50.000 habitantes del campo se han refugiado más allá del Rin, y esto sólo en el invierno de 1793-94. En París se guillotina a 51 personas en octubre de 1793, 58 en noviembre, 68 en diciembre, 71 en enero de 1794, 73 en febrero, 127 en marzo, 257 en abril, 358 en mayo, 122 los diez primeros días de junio, 1.876 del 10 de junio (ley de prairial) al 27 de julio (9 thermidor). El 27 de julio aún guillotinan a una veintena de tenderos y artesanos.

Matan mucho, pero roban más. Los bienes nacionales secuestrados son malbaratados por los mismos que están encargados de su custodia. «Guardián de precintos» y ladrón son en el lenguaje de aquel tiempo exactamente sinónimos. Los libros y los cuadros, los muebles, los tapices, los carruajes, las alfombras, las ventanas, los mármoles de las chimeneas, todo desaparece. Provechos fáciles, ganancias limitadas. Los miembros de los Comités de vigilancia tienen una tarea más fatigosa, pero más lucrativa. Trafican con los certificados de civismo y con los mandatos de arresto. Se paga para no ser sospechoso, se paga para obtener la libertad, se paga para que se extravíe un expediente y entre en vía muerta. No hay más que un camino de salvación, dice Mallet du Pan: es tener a sueldo a los verdugos, «con cuotas graduales, pagarles como nodrizas, por meses, con arreglo a una tarifa proporcionada a la actividad de la guillotina». Si, por suerte, en la municipalidad se conserva aún algún vestigio de aristocracia mercantil, la fortuna del Comité está medio hecha.

El último botín es el más considerable de todos: «La República, que ha robado inmensamente, ha podido, aunque robada a su vez, guardar mucho.» Los grandes lotes de mercancías, los grandes despojos de los palacios y de las aldeas, y, por último, —y sobre todo—, los inmuebles, tierras y edificios, todo ha de ser desmenuzado en subasta. Pero en el momento en que la propiedad es un crimen, ¿quién podía comprar si no eran los *sans-culottes*?

A partir de 1793 apenas se beneficia de la baja del asignado nadie más que ellos. Se adjudican en buenas condiciones granjas y residencias campestres, y, utilizando el bien conocido mecanismo, esperan para pagarlas a que la moneda se haya envilecido. Un corte de madera basta para pagar el bosque; un caballo es suficiente para pagar una posesión rural; las verjas del parque para toda una finca. A veces el comprador del castillo ha sido el denunciador del castellano; otras veces, su carcelero; otras, su juez. En el Var, en Vancluse, y en las Bocas del Ródano, hay bandas negras bien organizadas, que con el concurso de las sociedades populares, hacen detener a los terratenientes para apoderarse luego de sus bienes. Bajo pretexto de comunismo, se realizan formidables *razzias*. Después de thermidor, han de aparecer de repente monstruosas fortunas que no tienen otro origen. «Es una desdicha —dice el representante Charbonier, citado por Mr. Marion— que la mayor parte de los más ardientes patriotas sean gentes llenas de ambición y de codicia... Están devorando a la República, se la comen a pedazos. ¡Cuántos llamados patriotas son verdaderos antropófagos!»

Régimen contra natura el comunismo, no podía producir más que la ruina y la miseria. Reglamentación, burocracia, inquisición, coerción, tribunales, guillotina: todo esto ha fracasado completamente de un modo absoluto. Jamás se han puesto en acción tantos medios y tan terribles para llegar a un resultado tan lastimoso y tan humillante: Francia reducida al hambre, e incapaz de subsistir si no es por el fraude o por los socorros del extranjero.

La correspondencia de los representantes comisionados y de los agentes del Poder ejecutivo no deja en este aspecto lugar a duda. En todas partes las poblaciones padecen hambre. Se ha racionado el pan a razón de media libra por persona. Lo más frecuente es que no se pueda obtener más que un cuarto: un cuarto de libra de una pasta morena indigesta hecha de salvado, de cebada, de bellotas y avena. En muchos sitios hasta este pan llega a faltar ocho o diez días seguidos, y hay que reemplazarlo con alubias, castañas y hasta yerba.

París es más temible que los departamentos. Por eso, para alimentarlo se reduce al hambre a regiones enteras. Seis departamentos sufren la requisa para proporcionarle trigo, vein-

tiséis para proporcionarle carne. El ejército revolucionario apoya las requisas con sus bayonetas y con sus cañones. No obstante, todo falta. Sucesivamente, la Commune constituye la carta del pan, la carta del azúcar, la carta de la carne. Hay que hacer cola a la puerta del panadero, del tendero, del lechero, del carbonero, y es preciso llegar temprano para no marcharse con las manos vacías. Desde las tres de la mañana, largas filas de infelices se alinean a lo largo de las casas, dando la espalda a la lluvia o hundiendo los pies en la nieve. Reina la más completa oscuridad, porque la falta de aceite hace que los reverberos estén apagados. Delante de la tienda bien cerrada hay unos guardias de servicio. A las ocho se abren las puertas y aquello es una invasión. Todos empujan para ser los primeros, puesto que sólo los primeros podrán ser servidos. Los fuertes pisotean a los débiles, hay mujeres heridas, los guardias rechazan a la multitud a culatazos... Después de esto la gente se va a formar cola en otra parte, para buscar otro artículo. Para impedir los saqueos es preciso hacer guardar los mataderos y los mercados, escoltar a los huertanos y a los lecheros. Un día se anuncia un barco cargado de vino. Sin haber acabado de atracar al muelle, la multitud se precipita a él, tan densa, tan numerosa, que el barco se hunde. Un testigo, La Tour La Montagne, anota en su informe de 22 de febrero: «El aspecto de París comienza a ser espantoso. En los mercados, en las calles, no se encuentra más que una multitud inmensa de ciudadanos que corren, que se precipitan unos sobre otros lanzando gritos, derramando lágrimas y ofreciendo doquiera la imagen de la desesperación; se diría, al ver todo esto, que París es ya presa de los horrores del hambre.»

En los ejércitos la falta de previsión es extremada; las compras de víveres se han hecho casi imposibles, por falta de mercancías; se han hecho más costosas todavía porque el Estado comerciante es covachuelista, negligente, retrasado y mal servido. Las requisas dan pie a bandidajes prodigiosos. Los servicios se perturban unos a otros. Toda su gestión está recargada por gastos inútiles y formidables. Se requisan en Orleáns los granos para la alimentación de París, pero se

envían desde París los granos para la alimentación de Orleáns. Se requisan en Chalons labradores para llevar forraje al ejército del Mosela, que se lamenta de su falta; pero como no se ha prevenido nada para la alimentación de los caballos de tiro durante el camino, los labriegos les hacen comer el heno que debían transportar. Cuando Carnot prepara la ofensiva de primavera de 1794, el principal argumento que da a los generales para incitarlos a pegar fuerte y de prisa es que Francia, amenazada por el hambre, ya no puede salvarse más que viviendo sobre el enemigo: «...No es posible ocultar que estamos perdidos si no entráis rápidamente en país enemigo para tener subsistencias y artículos de toda clase, porque Francia no puede sostener mucho tiempo la situación forzada en que en este momento se encuentra... Es preciso vivir a costa del enemigo, o perecer...»

Por un feliz azar, Francia tenía un gran crédito en los Estados Unidos; los adelantos hechos a las trece colonias por Luis XVI durante la guerra de la Independencia, aún no habían sido reembolsados. El Comité pidió que se los pagasen en especie, en grano. El Gobierno federal accedió, pero en compensación impuso a la República la destitución de su embajador, Genet, cuya propaganda revolucionaria le había inquietado tanto, que en una ocasión había llegado a hacerlo prender. El almirante Villaret-Joyeuse embistió contra la flota inglesa: 16 navíos, entre ellos el *Vengueur*, fueron hundidos o incendiados, pero el convoy pasó (8 de junio)

Todo esto, sin embargo, no eran más que paliativos. El convoy llevaba 240.000 quintales de harina, es decir, menos de una libra por habitante: casi nada. No se remedia con medidas de esta especie la ruina de un país ni los diarios estragos de una política execrable. A principio de julio la situación era más crítica que nunca. M. Mathiez, que no es un adversario del Gobierno revolucionario, la resume enérgicamente en estos términos: «Aldeanos abrumados por la requisa y los convoyes obreros, extenuados por una subalimentación crónica, y empeñados en la conquista de un salario que la ley les rehusaba; comerciantes medio arruinados

por los impuestos, renteros expoliados por los asignados... Bajo la calma aparente fermentaba un profundo descontento. Todos se aprovechaban del régimen, el rebaño amplísimo de agentes de la nueva burocracia y los fabricantes de guerra.»

Hasta entonces la Revolución había vencido todos los obstáculos. En este momento tocaba con la barrera infranqueable de los aprovisionamientos, o bien, como decía Carnot, con la naturaleza invencible de las cosas.

CAPITULO XIII

Robespierre

El Comité de Salud pública, elegido el 10 de julio después de la caída del Comité Danton-Cambon, se componía de nueve miembros: Jeanbon Saint-André, Barère, Gasparin, Couthon, Hérault, Thuriot, Prieur (de la Marne), Saint-Just y Robert Lindet. Gasparin presentó su dimisión el 24 de julio para protestar contra la detención de Custine; Thuriot presentó la suya el 20 de septiembre para protestar contra la destitución de Houchard. Robespierre reemplazó a Gasparin el 27 de julio. El 14 de agosto entraron Carnot y Prieur (de la Côte-d'Or), el 6 de septiembre Billaud-Varenne y Collot d'Herbois. Es decir, que, en definitiva, de doce miembros, once quedaron en funciones hasta el 9 de thermidor.

Aunque obraba y gobernaba colectivamente, el Consejo estaba interiormente dividido y en desacuerdo. Hérault de Séchelles pretendía hacer allí de Alcibíades. Había sido abogado general en el Parlamento de París, asistente asiduo al círculo de la Reina, y amigo de madame de Polignac. Era un despojo del antiguo régimen: rico, voluptuoso, corrompido. Se le encargó de la diplomacia, pero la diplomacia holgaba. Y cuando llegó la hora de su ejecución, nadie pensó en sustituirle.

Carnot y Prieur (de la Côte d'Or) eran capitanes de Ingenieros en 1789: en vista de esto, se les encargó de la cuestión militar. Jeanbon Saint-André, antiguo capitán y antiguo

pastor protestante, la Marina. A Robert Lindet, que con sus cuarenta años es el más viejo del Comité, las subsistencias.

Billaud-Varenne y Collot d'Herbois, un abogado y un actor, representan la facción hebertista y son el enlace con ella. Para distinguirlos de los técnicos, de las *gentes de examen*, se les llama los *revolucionarios*. Su papel es el de llamar a la muerte y reclamar sangre. En ocasiones, Collot se llama también a la parte en la tarea.

Si Prieur (de la Marne) —siempre desempeñando comisiones— no da nunca ocasión para que se hable de él, Barère, en cambio, se encarga de hacer ruido por todos. Es el factótum de la casa. Reemplaza a los ausentes, ayuda a los presentes, prepara y lee los informes de la Convención. Charlatán infatigable, dotado de una memoria excelente, dispuesto siempre a improvisar sobre cualquier cosa, en el tono que se quiera, es un instrumento despreciable, despreciado y cómodo.

Por último, los cabecillas, Saint-Just, Couthon y Robespierre, son los que se reservan la política general y la dirección del espíritu público. Saint-Just, con sus veintiséis años, es el benjamín de los doce. Apetecería decir que era un retórico exaltado, si no fuera de una bravura a toda prueba. Convencido de que la razón eterna está encarnada en él, prodiga las sentencias rajantes y los aforismos definitivos. Es bello, insolente, cruel y de una vanidad desmesurada. Como su gran ambición es llegar a ser el condestable de la República, hace que lo envíen en comisión a los ejércitos, se agita febrilmente y detesta a Carnot.

Tras el mozuelo, el inválido. Couthon está paralítico de las piernas y es preciso transportarlo en un cochecillo. Por las escaleras hay que llevarlo en brazos. Es un sanguinario frío que, en ocasiones, tiene destellos de hombre de Estado.

Por último, Robespierre.

Maximiliano María Isidoro de Robespierre nació en Arrás el 6 de mayo de 1758, a los cuatro meses de la boda de sus padres. Huérfano muy pronto, fué educado por su abuelo materno, un honrado cervecero, que no pudo hacer más que mandar a su nieto a seguir los cursos de un colegio. Parece ser que por este tiempo era un buen muchachito, aplicado, trabajador, que gustaba de los juegos reposados y se sentía orgulloso de sus éxitos. El obispo se fija en él y le consigue una beca para Louis-le-Grand. Como es un alumno excelente, se ve designado en 1775 para dirigir una salutación al Rey en ocasión de su visita al viejo y célebre establecimiento. Louis-le-Grand retenía a sus becarios todo el tiempo que duraban sus estudios en la Universidad: Maximiliano no sale de allí hasta 1781, que obtiene la licenciatura de Leyes. En resumen, una infancia austera, aunque no excesivamente desdichada; pocos acontecimientos; buenos estudios; éxito brillante: cosas todas bastantes corrientes.

De vuelta a su ciudad natal, Robespierre se ve admitido pronto al ejercicio de la abogacía en el Consejo de Artois. Un presidente lo toma como secretario. El obispo lo nombra juez en el Tribunal episcopal: comienzos honrosos, sin ser deslumbradores. Un retrato de Bolly nos lo representa por este tiempo aproximadamente: un burgués modesto, cuidadito, con la mirada dulce, la nariz remangada, unas cejas de trazo muy firme, un mentón fuerte y la expresión satisfecha de un gato mimado.

Su hermana Carlota nos cuenta que se levantaba a las siete, desayunaba una taza de leche, echaba mucha agua al vino, no tenía preferencia por ninguna clase de alimentos, terminaba sus comidas con una taza de café, pasaba sus tardes con camaradas o en familia, y trabajaba en su oficina siempre que no estaba en la Audiencia, o de visita, o de paseo. No vivía de otro modo *M. de la Palisse*. En sus momentos de esparcimiento, Robespierre dedicaba a las damas laboriosas galanterías, como las que uno escribe cuando acaba de salir del colegio; y componía versitos burlescos —tan del gusto de aquel tiempo— ni buenos, ni malos.

Sus enemigos dicen que tenía la voz chillona. Cuando estaba sobre sí, conseguía hacerla agradable y clara. Su carrera de abogado fué banal. Asuntos mediocres en pequeña cantidad: como para vivir. Robespierre, por otra parte, estaba en bastante malas relaciones con sus viejos colegas, a los que acusaba —como muchos otros— de cerrar el camino a la juventud. Por fin, un día llega una causa resonante. Un M. de Vissery, de Saint-Omer, había hecho poner sobre

su tejado un pararrayos en forma de globo erizado de dardos. Los vecinos toman miedo y hacen que las autoridades municipales lo quiten. El abogado Buissard, que tiene el expediente, se lo pasa a Robespierre. Durante tres sesiones Robespierre defiende a la razón atropellada, a la ciencia herida, al progreso de las luces desconocido. Tema fácil, común a todo el siglo. Exito triunfal: el Tribunal reconoce justa la demanda de Vissery, que nuevamente vuelve a instalar su globo y sus dardos. Pero los vecinos acuden a un peritaje, que dictamina que el pararrayos está mal instalado y que es más peligroso que útil: de nuevo lo quitan. Causa ganada en primera instancia y perdida en apelación: nada hay en todo esto que no sea vulgar y corriente.

Los apologistas de Robespierre han presentado este período de su vida, como una era ininterrumpida de éxitos. Sus detractores, como una sucesión incesante de fracasos. Mirando las cosas de cerca, se ve que no tienen razón ni unos ni otros. Robespierre es un abogadillo provinciano cuya clientela aún no es muy segura, pero que ha tenido la suerte de hacer que se hable de él fuera de la ciudad. Nada de una existencia recoleta, aislado en el silencio, ni de una ambición agriada ni muchísimo menos. Robespierre tiene amigos particulares y forma parte de una sociedad de jóvenes, los Rosati, que se reunen todos los veranos para beber, cantar y recitar versos. ¿Fingía? Es posible, pero no debía ser el único. Ni aun con la mejor voluntad del mundo es posible ver en este momento ni el monstruo que parece brotar de la leyenda, ni el mesías marcado con el sello divino que nos describe su biógrafo M. Hamel. Si fuera preciso definirlo, no sería fácil hacerlo mejor que con esos datos característicos de pasaporte: frente mediana, cara mediana, talento cualquiera, vida ordinaria, pequeñas necesidades, temperamento mediocre. Compárese esta juventud cohibida y limpia con la tempestuosa juventud de Mirabeau: éste, hirviendo de pasión, fuera de todo lo corriente, saltando de aventura en escándalo; aquél, incoloro, parecido a todo el mundo, teórico y formalista.

Para comprender a Robespierre, hay que mirarlo, no en la sociedad ordinaria, donde nada lo distingue, donde no hay nada que le haga brillar, y donde, a pesar de su trabajo y sus conocimientos, tiene pocas probabilidades de alcanzar una categoría distinguida. Michelet, que casi siempre lo representa como un clerical disfrazado, ha dado en dos frases la única explicación plausible de su prodigiosa carrera: «Es preciso —dijo— estudiarle, juzgarle en el medio en que se movió. A Robespierre hay que verlo en el cuadro de la inquisición jacobina.»

Profundas palabras que dan la clave de todo: Robespierre es, por excelencia, un hombre de club. Todo lo que en la vida real le perjudica, es para él, dentro del club, prenda de éxito. Tiene un espíritu poco fecundo, pocas ideas, escasa inventiva; pero está al nivel de su auditorio; ni le asombra, ni excita sus celos. Tiene una personalidad borrosa, indefinida; pero se funde en la personalidad colectiva, se pliega sin esfuerzo a la disciplina democrática. Su posición social es casi nula; pero el club está fundado en la igualdad de todos sus miembros y soporta mal las manifestaciones exteriores de más alto rango o posición. Sus negocios no le abruman; pero, por ello, puede ser más asiduo a las sesiones. Ha vivido poco, su experiencia de los hombres y de las cosas es limitada; pero el club es una sociedad artificial, construída al contrario de la sociedad verdadera. Tiene una inteligencia formalista, sin grandes contactos con la realidad; pero en el club no tiene importancia la acción, sino la palabra.

En 1783, después del proceso del pararrayos, Robespierre entra en la Academia de Arrás, y seis meses más tarde la de Metz lo corona. Como todas las Academias provinciales del siglo XVIII, la Academia de Arrás estaba imbuída de las doctrinas más avanzadas. Fundada en 1738, había llegado a ser un centro de propaganda filosófica y un laboratorio de libre pensamiento. Robespierre hizo allí su aprendizaje de militante. Se ejercita en lo que los francmasones llaman el *arte real*: la manipulación de la opinión, de las elecciones y de los escrutinios. Aprende allí a aprovecharse de la pasividad de los unos y de la distracción de los otros; y sobre todo —supremo talento de los conductores de muchedumbres—, a llevar tras de sí uno a uno a cada individuo haciéndole creer que se va a encontrar aislado de los demás. En

1789, las logias y las Academias se transforman insensiblemente en comités electorales: Robespierre dirige la campaña y es elegido.

Tampoco en este punto parecen equivocarse del mismo modo sus admiradores y sus enemigos, cuando, a propósito de cada una de sus intervenciones en los debates de la Constituyente, alinean los unos los epítetos elogiosos que le dedican ciertos periódicos y los otros las interrupciones y las burlas que los miembros de la derecha no le escatiman. Todo esto no tiene ninguna importancia; lo que vale es lo que Robespierre hace a los jacobinos.

Dominado por las ideas de Rousseau, por la doctrina del *Contrato Social*, ejercitado al cabo de seis años de ejercicio en todas las intrigas, ha comprendido, sentido, adivinado, que la ley de los movimientos revolucionarios es ésta: «a la izquierda no hay enemigos». Ha comprendido, sentido, adivinado, que, cuanto más débil sea el Gobierno, más fuerte serán las sociedades. No se ha engañado respecto al terreno. Maniobra sobre el que ya sabe que es sólido. Este hombre mediocre tiene el sentido —el genio, si se quiere— de la Revolución y de su mecanismo.

En 1789 es monárquico; después de la huída de Varennes, pide la sustitución del Rey por los medios constitucionales. Es republicano con la Legislativa, montañés con la Convención. Va al comunismo al mismo paso que el club: ni con demasiada prisa, ni demasiado despacio. «Clootz —dice— ha estado siempre, o del lado de acá, o del lado de allá de la Revolución.» Y en otra ocasión exclama: «Nada se parece más al apóstol del federalismo que el predicador intempestivo de la indivisibilidad.» El es ortodoxo de la ortodoxia del día. Sus intervenciones en la Asamblea, no tienen otra significación. Mientras que Mirabeau, Duport y Lameth y muchos otros se consumen en la persecución de ambiciones personales, él no sube a la tribuna si no es para recordar la Ley y los profetas. Protesta contra el establecimiento de un censo electoral; combate los consejos de guerra; defiende a los marinos que se han amotinado en Tolón, a los soldados amotinados en Nancy. Poco le importa que le aplaudan o le silben. No habla para la Asamblea, sino para su clientela

jacobina. El club es quien construye su gloria. El 1.° de abril de 1790 le nombra su presidente. En junio de 1791, lo encarga de preparar el programa para las próximas elecciones. En julio de 1791, después de la carnicería del Campo de Marte y de la escisión de los fuldenses, es uno de los pocos diputados que permanecen fieles a la sociedad madre y contribuye a que las sociedades de los departamentos la sigan: es un servicio que no se olvida.

Todos los grandes revolucionarios tienen alguna debilidad en la vida. Marat tiene una querida. Billaud-Varenne está enamorado de su mujer. Fouche adora a una jovencita. A Hanriot le gusta el vino. Danton está casado y tiene hijos. Saint-Just mismo ha tenido una adolescencia bastante movida. Robespierre no quiere nada: ni dinero, ni mujeres, ni aventuras, ni buena mesa. Vive muy modestamente en casa del carpintero Duplay, en medio de una corte de comadres y de majaderos. Se le ha supuesto un amorío con Eleonora Duplay, una muchacha de rasgos abultados, de labios gruesos; pero esta historia no tiene ningún fundamento. El universo de Robespierre queda limitado al recinto cerrado y caldeado de los jacobinos. Está entregado en cuerpo y alma a todas las pasiones que le agitan, sin que ningún sentimiento exterior venga a contrariar su marcha. Se le ofrecieron funciones activas —la presidencia del Tribunal de Versalles, una plaza de acusador público en el Tribunal criminal del Sena—, pero rehusó la primera y presentó la dimisión de la segunda después de haber empezado a ejercerla. Vive en un mundo artificial del que no quiere salir y que acaba por creer que es el mundo verdadero.

Su sinceridad es absoluta: «Irá lejos —había profetizado Mirabeau— porque cree todo lo que dice.» Esto es espantoso, porque supone una deformación tan completa de la personalidad, que cuesta trabajo concebirla. «Si en las únicas desgracias que pueden conmover a un alma tal como la tuya —escribe a Danton el 15 de febrero de 1793, después de la muerte de su primera mujer—, la certidumbre de tener un amigo tierno y abnegado puede ofrecerte algún consuelo, aquí lo tienes. Te amo más que nunca y hasta la muerte. En este momento yo soy como tú mismo...» Catorce meses después,

el amigo tierno y abnegado empujaba a Danton a la guillotina: «Danton, el más peligroso de los enemigos de la Patria, si no hubiese sido el más cobarde...» ¿Hipocresía? No. Danton ya no marcha por buen camino: No hay para qué tenerlo en cuenta.

Robespierre forma cuerpo con el jacobinismo. Como él, es oscuro y sombrío. Tiene, como él, el delirio de la persecución; como él, ve en todas partes emboscadas, complots y precipicios; es inhumano y violento como él. Pero a medida que los jacobinos se seleccionan, su nivel moral e intelectual baja, y Robespierre crece al mismo tiempo. Es honesto, correcto y cuidadoso de su persona; no hace chanchullos en los aprovisionamientos; no aprovecha los sucesos para enriquecerse; su vida es sencilla y digna: esto basta para que se le eleve al pináculo. Añadamos a esto, que tiene la preocupación de cuidar su aspecto exterior y una cierta habilidad teatral; y por parte de los otros, la apremiante necesidad de contar con un hombre de quien no se pueda sospechar. Y ya está consagrado *Incorruptible*.

La palabra es justa; Robespierre es incorruptible. Pero Robespierre ya no es el hombre insignificante que era. Es la doctrina revolucionaria en acción. De ahí viene su papel particular en el seno del Comité. No le interesa el detalle de los asuntos. Ha abandonado a otros la guerra, la marina, la correspondencia con los departamentos. Jamás sale a desempeñar una comisión. Su tarea es la de defender a los jacobinos y proteger su unidad.

Danton ha estado a punto de volver a entrar en el Comité en septiembre. Ha rehusado porque no se sentía con fuerza. Pero en la Convención, donde sigue siendo un simple diputado, su nombre, su pasado, su elocuencia, hacen de él, de bueno o de mal grado, el sucesor designado del equipo que está en acción. Los descontentos se agrupan tras él y lo empujan hacia adelante. ¿Es que pretende volver a apoderarse del Poder? Me siento inclinado a dudarlo. Dice que está harto de los hombres, enfermo, descorazonado. M. Madelin lo cree neurasténico. En todo caso, ha llegado el momento en que se desea el reposo. Casado de nuevo con una jovencita monárquica que ha hecho bendecir su unión por un sacerdote refractario, se acantona en su felicidad doméstica, y, provisto de una autorización en regla, se retira a Arcis, donde permanece durante cinco semanas, desde el 13 de octubre al 18 de noviembre.

En París se organiza el Gobierno revolucionario; guillotinan a la Reina, a Felipe de Orleáns, Bailly, Manuel, Houchard, los girondinos. En Arcis, Danton caza, pesca; recorre sus prados y sus bosques. Un día, que estaba pasándolo con unos viejos camaradas, su sobrino Mergez aparece procedente de París: «Sus amigos le invitan a volver lo antes posible. Robespierre y los suyos concentran todos sus esfuerzos contra usted.» Danton se encogió de hombros: «¿Quieren mi vida? No se atreverán a tanto.» Y como Mergez insistiese, añade: «Ve a decir a Robespierre, que llegaré a tiempo para aplastarle a él y a los suyos.» Era preciso partir.

Los dantonistas tenían pocas probabilidades de triunfar en los clubs. No podían triunfar más que en la Convención, que, envilecida y aterrorizada, conservaba el derecho de renovar los comités, y lo hacía sentir de tiempo en tiempo. Pero para quebrantar la masa silenciosa del *Llano*, era preciso conseguir previamente grandes cambios en los espíritus. En definitiva, todo quedaba, pues, subordinado al éxito de una campaña de prensa cuyo tema se decidió que fuese: «No más guerra, no más guillotina.»

Los *Indulgentes* —este es el nombre que se les había de aplicar— sólo tenían un periódico, *El Rougyff*, réplica bastante moderada del *Père Duchêne*. Camilo Desmoulins lanzó el 15 de diciembre el *Vieux Cordelier*.

El primer número estaba lleno de profesiones de fe revolucionaria, sin que se viese claramente adónde quería ir a parar el autor. Sin embargo, nadie se engañó. A partir del segundo número, su pensamiento apareció más claro: Marat ha llegado al punto extremo del *patriotismo*. Más allá, ya no hay más que desierto y salvajes, hielos o volcanes. El número 3 ya no se prestaba al equívoco. Con el pretexto de traducir a Tácito y de enumerar, siguiéndole, todos los sospechosos en tiempo de los emperadores, Camilo pintaba el cuadro transparente de los sospechosos de la República. En el número 4, por último, entre sus indecencias y sus chistes

ordinarios, deja pasar su pensamiento: «Pienso de modo muy distinto a aquellos que os dicen que es preciso dejar el Terror a la orden del día. Estoy, por el contrario, cierto de que se consolidaría la libertad y se vencería a Europa si hubiese un *Comité de clemencia.*» Se ha lanzado la palabra. Inmediatamente va a tratar de explicarla, de suavizarla, de disminuirla. Pero el grito de los corazones le ha respondido y Francia se ha conmovido con él...

Todo esto, sin embargo, era más ruidoso que temible. Desmoulins tenía talento y facilidad, pero no era más que un bergante vicioso. Danton, temible en sus buenos tiempos, recaía después de cada salida en un sopor que le incapacitaba para todo durante mucho tiempo. Sus amigos carecían de organización, y aunque sus planes despertaban secretas simpatías, la gente estaba mucho más dispuesta a aplaudir que a ayudarlos.

Harto más temibles eran los hebertistas. Después de haber impuesto al Comité, tras áspera lucha, su programa social, se habían encontrado, por el hecho mismo de su victoria, un poco desamparados, no encontrando ya qué proponer a su clientela, que el Gobierno no le hubiera ofrecido. Pero no tardaron en recobrar su aplomo.

La Convención había comenzado en octubre a discutir un nuevo calendario que señalaba como punto de partida de la *era de los franceses* el 22 de septiembre de 1792. El año I comprendía del 22 de septiembre de 1792 a la medianoche del 21 de septiembre de 1793; el año II, del 22 de septiembre de 1793 al 21 de septiembre de 1794; el año III —que era bisiesto—, del 22 de septiembre del 94 al 22 de septiembre del 95; y así sucesivamente. Cada año había de dividirse en doce meses, cada mes en tres décadas, cada década en diez días. Los cinco o seis días que dejaban de computarse con este cálculo, se agrupaban al fin del año, bajo el nombre de días complementarios o *sansculottides*. «¿Para qué sirve vuestro calendario?» —había preguntado Gregoire al ponente Romme—. Y éste había contestado: «Para suprimir el domingo.» Suprimir el domingo, los santos, las iglesias, la religión, el clero, Dios; este fué el nuevo programa hebertista.

La Iglesia refractaria había desaparecido, pero subsistía

la Iglesia constitucional. Mientras se consideró al clero ortodoxo como peligroso, el clero constitucional se vió colmado de favores por parte del Gobierno; pero en cuanto se dispersó aquél, le tocó la vez al otro de representar el fanatismo y la reacción. ¿Tan grande es la diferencia —se decían— entre los curas antiguos y los nuevos? Cierto que éstos son elegidos y prestan un juramento, pero, en fin de cuentas, ¿no enseñan los mismos dogmas que sus predecesores? ¿No celebran las mismas ceremonias, en los mismos sitios, con idéntica pompa, con los mismos ornamentos suntuosos de oro y plata? ¿No se había visto obligado el tribunal revolucionario a condenar a muerte a tres curas juramentados, a uno por haber hablado mal de la Convención, a otro por haber celebrado el 15 de agosto la procesión del voto de Luis XIII y al tercero por haber dicho que Luis Capeto había muerto como mártir y haber persistido en cantar el *Domine, salvum fac regem*, en lugar del *Domine, salvam fac rempublicam*?

Iba ya siendo hora de abatir esta «orgullosa casta», estos «cultos supersticiosos e hipócritas», estos «druidas rebeldes», dedicados a una vida que es un ultraje a la naturaleza.

Ya en la Nièvre, el representante Fouché ha ordenado a los curas casarse, ha prohibido que vistan el hábito religioso fuera de las iglesias, ha presidido la destrucción de las cruces, estatuas y otros signos exteriores que se encontraban en los caminos, en las plazas y en los sitios públicos, y ha hecho, por último, grabar sobre las puertas de todos los cementerios la célebre inscripción: *La muerte es un sueño eterno*, lo que equivale a cerrar por disposición gubernativa el paraíso, el purgatorio y el infierno. En el Somme, el representante Dumont ha proclamado que los curas eran «arlequines y pierrots vestidos de negro»; ha sometido a una policía especial a todo «sacerdote, suizo, sacristán o cosa análoga»; ha encerrado a los sacerdotes en una prisión, y ha reservado la catedral de Amiens para las fiestas cívicas.

El procurador síndico de la Commune parisiense, Chaumette, era tan hostil a cuanto conservase una huella de religión, que había cambiado sus nombres de pila, Pedro Gaspar, por el de Anaxágoras. Cuando vió que el movimiento de descristianización triunfaba en provincias con más exito del

que podía esperarse, se apresuró a hacer que París se situase al nivel de los departamentos más ilustrados. El 16 de octubre, la Commune prohibió todo ejercicio exterior del culto; el 23 ordenó la desaparición de las cruces y de las imágenes religiosas; el 6 de noviembre conminó al arzobispo Gobel a que se presentase en el Ayuntamiento para hacer allí solemne abjuración de la religión católica.

Gobel se resistió. Declaró que no reconocía error ninguno en su religión y que se mantenía en ella. «Haz lo que quieras —le replicó Hébert—, pero si mañana no has abjurado, seréis sacrificados tú y tus compañeros.» Acabaron por llegar a un acuerdo. La Commune admitió que Gobel no renegase explícitamente de sus creencias, y por su parte Gobel consintió en abdicar sus funciones episcopales.

El día señalado se presentó en el Ayuntamiento seguido de sus vicarios y de un pequeño grupo de atemorizados sacerdotes. Chaumette recibió a la comitiva con un discurso filosófico, y todos juntos se pusieron luego en marcha hacia el Louvre, seguidos de unos cuantos muchachos portadores de copones, casullas y mitras. A la altura del puente Nuevo, la procesión fué acogida con gritos de: «¡Abajo el solideo!» Chaumette se interpuso: «No, amigos míos —dijo dirigiéndose a los transeúntes—; éstos son unos eclesiásticos virtuosos que van a desacerdotarse a la Convención.» Se produjo entonces un concierto de gritos, de aplausos y de bromas ordinarias, que ya no cesó hasta la entrada en las Tullerías. Aún allí, tuvo Gobel que oír dos o tres discursos dirigidos a la gloria del culto del porvenir: el culto de la razón; luego fué invitado a leer la fórmula de sumisión y a dejar sobre la mesa su cruz pectoral y su anillo. Hecho esto, los eclesiásticos que le habían acompañado lo imitaron, y lo mismo los que tomaban asiento como diputados en los bancos de la Asamblea: entre otros, Lindet, obispo de l'Eure, y Gay-Vernon, obispo de Alta Saboya, sin contar un ministro protestante, Julien (de Tolouse), que renegó del Evangelio como los otros del catolicismo. Sólo uno se resistió, Gregoire, obispo de Loir-et-Cher.

La cosa parecía bien encarrilada: Chaumette se apresuró a organizar una nueva manifestación. Tres días bastaron para prepararlo todo, y el 10 de noviembre la Razón hizo su entrada en Nôtre Dame. Todos los desfiles revolucionarios se parecen, y no había de ser éste una excepción. A la cabeza, las autoridades del departamento y de la Commune; detrás, los músicos y cantores; y para cerrar la marcha, muchachas vestidas de blanco, ceñidas con bandas tricolores. En el interior de la catedral se había levantado una montaña de cartón, coronada por un templo griego y rodeada de bambalinas. En torno, antorchas y bustos: Voltaire, Rousseau, Franklin. Hubo discursos, cantos, música. Las muchachas se encaramaron en la montaña y del templo griego salió una artista de la Opera que representaba a la Razón.

La Convención ignoraba oficialmente la ceremonia, pero Chaumette fué a buscarla a domicilio. Músicos, cantantes y vestales penetraron tras él en el recinto de las Leyes. Chaumette anunció que el fanatismo no había podido soportar el brillo de la verdadera luz. El presidente Laloy anatematizó fieramente a la hidra de la superstición. Thuriot pidió que el nuevo culto se celebrase otra vez, y en vista de eso volvieron a salir todos en comitiva para Nôtre-Dame. Nuevamente la antorcha de la verdad iluminó las tinieblas; las trompetas resonaron bajo las bóvedas; las muchachas vestidas de blanco escalaron nuevamente la montaña de cartón; la Razón volvió a aparecer a la puerta del templo; Chaumette cantó la Naturaleza, la Justicia y la Verdad con un nuevo discurso. Y todos se separaron un poco cansados.

Los días siguientes se dedicaron a mascaradas parecidas a esta: desfiles de guardias nacionales con roquetes, transporte a la Convención de los tesoros de las sacristías, exposición de los relicarios en los archivos, incineración de las reliquias, banquete cívico en San Eustaquio; baile en San Gervasio, etc.

Por último, el 23 de noviembre la Commune resolvió que las iglesias y los templos de los diferentes cultos que existían en París se cerrasen inmediatamente. Quien solicitara la reapertura, quedaría detenido como sospechoso, y a los sacerdotes se les haría responsables de los disturbios que pudieran producirse con este motivo.

A medida que se desarrollaba la campaña hebertista, to-

maba un carácter de anarquía que inquietaba a Robespierre. Su religión era una cosa muy vaga, y no sentía la menor debilidad por la Iglesia constitucional, pero se daba perfecta cuenta de que, para ser sólida y duradera la empresa de socialización de los bienes y de las personas, había de extenderse en breve plazo a las ideas morales y religiosas. Soñaba con una religión civil incorporada al Estado, servida por él, y que garantizase su moral. El ateísmo crapuloso de Chaumette contrariaba su proyecto y perjudicaba por anticipado la obra de la Revolución, reduciéndola al más bajo materialismo. Crimen contra el espíritu, que acompañaba a un crimen aun más grave. Cuatro hebertistas: Proli, secretario de Hérault de Séchelles, Desfleux, Pereyra y Dubuisson, todos miembros del *Comité de correspondencia* de los jacobinos, habían ideado crear en el interior de los antiguos clubs una nueva red de sociedades populares que obedeciesen a un comité central, cuya residencia sería el Ayuntamiento. Los *sans-culottes* más decididos y más enérgicos se veían así libres de la influencia de los comités, pero sometidos al impulso secreto de algunos agitadores. Esto es precisamente lo que en nuestros días llamamos *nucleizar*. El Estado jacobino, roído y maniobrado por dentro, se veía amenazado de quedar a merced de la minoría hebertista, del mismo modo que el Estado constitucional, roído y maniobrado por dentro, había quedado a merced de la minoría jacobina.

El Comité de Salud pública se salvó de los dos peligros, dantonista y hebertista, por una serie de escándalos que, produciéndose oportunamente, le permitieron acometer a la vez a sus adversarios de derecha y de izquierda.

Hasta el cierre de la Bolsa, la más importante de las sociedades por acciones, la Compañía de las Indias, había sido objeto de numerosos ataques por parte de los diputados, que la acusaban de fraudes fiscales y de misteriosas intrigas contra el asignado. Los más vehementes entre los acusadores eran los que ocupaban los bancos de la Montaña, los amigos de Danton: Fabre d'Eglantine, que había sido subsecretario en el Ministerio de Justicia; Delaunay (de Angers), Thuriot, Julien (de Tolouse), Delacroix (de Eure et Loire) y el ex capuchino Chabot. A estos virtuosos representantes los mo-

vían consideraciones que no eran precisamente desinteresadas. Su juego —sencillísimo— consistía en hacer bajar las acciones de la Compañía a 500 ó 600 libras, valiéndose de proposiciones que la amenazaran con la expoliación, a fin de comprar a ese precio el mayor número posible de ellas, y hacerlas luego subir a cuatro o cinco mil libras, presentando proposiciones de ley tranquilizadoras. La supresión de las sociedades anónimas decretada en 24 de agosto, no impidió por completo esta maniobra. Las mercancías y los almacenes de la Compañía quedaron sellados, pero el cuidado de fijar las modalidades de la liquidación quedó a cargo de una comisión de siete miembros, en la que llevaban la voz cantante Delaunay y Chabot. Durante un mes, la comisión estuvo vacilando. Al fin, el 8 de octubre apareció el decreto definitivo, que —cosa extraña— no estaba de acuerdo con el de 24 de agosto. La Compañía quedaba autorizada para realizar por sí misma su activo bajo la lejana vigilancia de algunos comisarios nacionales. Esta ventajosa componenda había costado 500.000 libras al Consejo de Administración. De ellas, sólo a Chabot correspondían 100.000.

Los que se habían aprovechado del negocio, esperaban que su complacencia interesada pasaría desapercibida; pero uno de ellos, Fabre d'Eglantine, se veía, como Danton, a diario hostigado por los hebertistas, que presentaban a uno y a otro como criminales y tramposos, cómplices enmascarados de los federalistas y de los aristócratas. Por otra parte, Chabot y Julien tenían una reputación deplorable. Un mes antes, el Comité de Salud pública los había hecho excluir del Comité de Seguridad nacional porque habían protegido al provisionista Espagnac, acusado de fraudes en las ventas a los cuerpos militares. Para ponerse a cubierto y apartar de él toda sospecha, Fabre se convirtió en denunciante.

El 9 ó el 10 de octubre pidió ser oído por Robespierre y Saint-Just, asistido de los principales miembros del Comité de Seguridad general: Lebas, Panis, Vadier, Amar, David y otros dos. Fabre explicó que la República se veía amenazada por una gran conspiración cuyos jefes eran Proli, Desfleux, Pereyra, Dubuisson, Chabot y Julien. Según él, estos individuos eran agentes del extranjero y estaban paga-

dos para desorganizar la Revolución. Sus sentimientos patrióticos, aparentemente inquebrantables, no eran más que una máscara con la que disimulaban sus faenas de provocación y de espionaje.

Robespierre y Saint-Just prestaron la mayor atención a las revelaciones de Fabre. En julio se habían descubierto por azar en Lille los papeles de un emisario inglés, de los que resultaba que Pitt había distribuído fondos considerables para preparar en varias plazas fuertes la destrucción de los arsenales y de los establecimientos militares. Fabre dijo muchas cosas más del mismo estilo, que ofrecían caracteres de la mayor verosimilitud. Por el momento, sin embargo, el Comité hubo de contentarse con abrir una información: Proli y Desfleux, detenidos el día 12, habían invocado inmediatamente la protección de Collot y de Hérault y había sido preciso ponerlos en libertad sin dilación.

Pero la cosa no quedó ahí: Collot y Hérault salieron comisionados el uno para Lyon y el otro para Alsacia, con lo que quedaba el campo libre a los acusadores. Violentamente increpado en los jacobinos por el presidente del departamento, Dufourny, Chabot creyó que iba a ser un golpe maestro la reedición de la argucia de Fabre. A mediados de noviembre entregó a Robespierre, primero, y luego al Comité de Seguridad general los nombres de sus principales cómplices y los detalles de la maquinación. La liquidación de la Compañía de las Indias había sido nada más que un episodio de una empresa mucho más amplia de concusión y de especulación, que había englobado la Caja de Descuentos, la Compañía de Seguros *Incendio y Vida* y la Compañía de Aguas. Además, a creer a Chabot, los hebertistas habían sido instrumento de un aventurero monárquico, el barón de Batz, que se había servido de ellos para empujar a la Convención a torpes medidas con el objeto de levantar contra ella la opinión pública. Chabot juraba que él sólo había entrado en el doble complot para tener mayor facilidad para denunciarlo. En apoyo de sus palabras, entregaba al Comité las 100.000 libras que había recibido. El diputado Basire confirmó su declaración.

Fabre d'Eglantine había entregado a Proli, Desfleux, Pereyra, Dubuisson, Julien y Chabot. Chabot entregaba a Delaunay y Basire; pero Proli era primo hermano de Clootz; Clootz era amigo de los banqueros holandeses Van den Yver y el principal teorizante del ateísmo. Por Proli se llegaba hasta Hérault; por Desfleux, hasta Hébert; por Clootz, hasta Chaumette, y por Julien, a d'Espagnac. Por otra parte, Fabre denunciaba que Vincent, secretario general de Guerra, se dedicaba a negociar con los aplazamientos y retrasos de incorporación de reclutas. Pero el general del Ejército revolucionario, Ronsin, era hechura de Vincent, y ambos amigos de Hébert. Batz recibía en su casa de Charonne a Basire, Dufourny y el procurador síndico Lullier. Chabot era cuñado de dos judíos austríacos, Junius y Emmanuel Frey, cuya casa de banca había seguido abierta cuando las otras eran víctimas del secuestro. Los Frey denunciaron a un español, Guzmán, que había sido miembro del Comité insurreccional del 31 de mayo. Delaunay dió la prueba de que el integérrimo Fabre había tomado parte en el negocio de la Compañía de las Indias. Pero decir Fabre, era decir Danton. Y Danton eran todos los que habían estado mezclados en chanchullos con él; y los primeros, Desmoulins, su jefe de gabinete cuando aquellas dilapidaciones del Ministerio de Justicia después del 10 de agosto, y Delacroix, su colega en el saqueo de Bélgica. Por la denuncia de Fabre, Robespierre tenía el cabo del hilo; tirando de él, iba a entregar a Fouquier-Tinville los personajes más destacados de la Convención, unidos fraternalmente a los mayores canallas.

«Dos facciones —decía el 8 de enero a los jacobinos— son dirigidas por el partido extranjero... Los que tienen un genio ardiente y un carácter exagerado proponen medidas ultrarrevolucionarias; los que tienen un espíritu más dulce y más moderado proponen soluciones intrarrevolucionarias. Se combaten entre sí, pero poco importa que queden victoriosos unos u otros; como cualquiera de los dos sistemas ha de perder igualmente a la República, obtienen un resultado seguro: la disolución de la Convención Nacional.»

De primera intención se detuvo a los menos importantes: esto ocurrió en los meses de noviembre y diciembre. En la noche del 12 al 13 de enero, Fabre se veía detenido a su

vez. Danton, que se preparaba a hablar en su favor en la Convención, quedaba clavado en su sitio con una frase de Billaud-Varenne, sin atreverse ya a abrir la boca. Desmoulins se retractaba de sus precedentes artículos del *Vieux Cordelier*, y como algunos días más tarde reclamase a su vez contra el encarcelamiento de su suegro Duplesis, Danton se oponía a ello públicamente: «Aquí no hay privilegios. Una revolución no puede hacerse más que geométricamente...» La derrota.

Los hebertistas eran más coriáceos. Ronsin y Vincent, detenidos también, habían sido puestos en libertad por influencia de sus amigos, y no ocultaban su intención de tomar una fiera venganza del Comité. Antes de pasar adelante, Robespierre juzgó prudente ganarse la benevolencia de las bandas de *sans-culottes*. La ley de *ventoso* que distribuía los bienes de los sospechosos a los patriotas indigentes, le daba el medio de conseguirlo. Cuando, días más tarde, los hebertistas quisieron provocar una jornada sangrienta, sus apelaciones cayeron en el vacío.

El 14 y el 15 de marzo, Hébert, Clootz, Vincent, Proli, Dubuisson, Pereyra, Desfleux y Ronsin, quedaban detenidos. Del 21 al 23 los juzgaban. El 24 estaban guillotinados.

El 30 les tocó a Danton, Delacroix y Desmoulins. Fouquier-Tinville les agregaba a Hérault, Guzmán, d'Espagnac, Chabot, Basire, Delaunay y los hermanos Frey. Proceso, del 2 al 5 de abril. El mismo 5, la guillotina.

Una conspiración de presos, obra de la policía, sirvió de pretexto a una nueva hornada de víctimas. Chaumette, Gobel, la viuda de Hébert, Lucile Desmoulins, dos generales; en total 17 personas (13 de abril).

Las sociedades populares organizadas por Proli quedaron suprimidas; el ejército revolucionario de Ronsin, disuelto; las autoridades parisienses, seleccionadas; 21 representantes comisionados dimitidos; no quedaba ya nada de las facciones.

Mientras que Saint Just daba los últimos toques a un proyecto de Instrucción pública que permitía al Estado apoderarse de los niños desde la edad más temprana, Robespierre dió en pensar que había llegado el momento de construir la religión republicana sobre las ruinas de las supersticiones antiguas.

El 7 de junio pronunciaba en la Convención un discurso muy estudiado sobre las relaciones de las ideas morales y de los principios republicanos. El fundamento de la sociedad, decía, es substancialmente la moral. La moral es vana si no está acompañada de sanción, y no hay sanción más eficaz que la sanción de una divinidad capaz de suplir los errores y las insuficiencias de la autoridad humana; pero ¿y si no hay divinidad? Poco importa. Todo lo que es útil al mundo y es bueno en la práctica, es la verdad. En consecuencia de lo cual, la Convención, ni corta ni perezosa, adoptó un catecismo en quince artículos.

El artículo primero reconocía la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. Los artículos 2 y 3 enumeran los deberes para con el Ser Supremo, a saber: el odio a los tiranos, el castigo de los traidores, la fraternidad y la práctica de la justicia. Los artículos 4 a 10 instituyen fiestas que han de recordar al hombre «el pensamiento de la divinidad y la dignidad de su ser». Estas fiestas son: el 14 de julio, el 10 de agosto, el 21 de enero y el 31 de mayo; más 36 fiestas, una cada diez días, a la Gloria del Ser Supremo, de la República, de la Justicia, del Pudor, de la Frugalidad, del Estoicismo, de la Fe conyugal, etc. Los otros artículos mantienen la libertad de cultos, pero castigan rigurosamente las «reuniones aristocráticas» y las «predicaciones fanáticas». La primera fiesta queda fijada para el 20 de prairial, que resulta ser el domingo de Pentecostés (8 de junio).

Fué una cosa bastante ridícula. Ante el pabellón central de las Tullerías, que coronaba un colosal gorro frigio, se elevaba hasta la altura del primer piso un anfiteatro de follaje, sobrecargado de flores, de jarrones, de banderas y de estatuas. En la parte baja, una estatua del Ateísmo, de estopa, en cuyo interior se encontraba una pequeña Sabiduría incombustible. En el Campo de Marte, la inevitable y simbólica montaña, provista de todos sus accesorios: una columna de cincuenta pies, una gruta, senderos abruptos, cuatro tumbas etruscas, una pirámide, candelabros, un templo griego y un altar.

Estaba todo preparado por David, y los programas del espectáculo se habían repartido por millares. A las cinco de la mañana, concentración de las 448 secciones, que repiten una vez más el himno de Méhul, que los profesores del Conservatorio habían estado ensayándoles durante tres días. A las ocho salida para las Tullerías, en filas y marcando el paso. Las ciudadanas, de blanco; los ciudadanos, llevando ramos de laurel, y los niños, con cestas de flores. A las diez, salva de artillería, música, llegada de la Convención. Robespierre, elegido presidente para aquella solemnidad, se instala en un sillón aislado y lee un corto sermón que le ha preparado un antiguo cura. Los coros de la Opera, acompañados por los individuos de las secciones, entonan el himno: *Padre del universo, suprema inteligencia...* Robespierre desciende del trono, prende fuego al Ateísmo de estopa y la Sabiduría incombustible aparece embadurnada de hollín.

Salida para el Campo de Marte en procesión: las secciones por orden alfabético, tres músicas militares, cien tambores, un carro de la Libertad arrastrado por 18 bueyes, los diputados con un ramo de flores en la mano y Robespierre, vistiendo frac azul, bien destacado veinte pasos delante de todos los demás. Dan todos la vuelta a la montaña; los diputados y los coros trepan por los senderos escarpados, y cantan: *Padre del universo, suprema inteligencia.* Al terminar la última estrofa, truenan horrísonamente los cañones, los niños arrojan flores, y los *sans-culottes* de los dos sexos se besan. Y aquí termina todo. La Convención vuelve corporativamente a las Tullerías y los ciudadanos que aún tienen *asignados* se dispersan por las tabernas.

La fiesta del Ser Supremo había sido la apoteosis de Robespierre. El portaestandarte de la Revolución se había hecho el amo. Todos los días le llegaban cartas de adoración... «Admirable Robespierre, antorcha, columna, piedra angular de la República...» «Quiero saciar mis ojos y mi corazón de los rasgos de tu rostro...» «Protector de los patriotas, genio incorruptible, montañés despierto que ves todo, prevés todo, conjuras todo...» «Tú eres mi suprema divinidad. Te miro como a mi ángel tutelar...» En el extranjero ya no se decía

la República, se decía Robespierre: «Los ejércitos de Robespierre», «la flota de Robespierre»...

A fuerza de respirar este incienso que le llegaba en inmensas humaradas, Robespierre mismo había caído en una vanidad enfermiza que no perdonaba ni un rozamiento de amor propio y se irritaba ante la sospecha más leve. Pero como era débil de carácter, creía desarmar a los críticos haciendo sin cesar su propia apología. Sus colegas del Comité no podían soportarlo. Entre Carnot, de una parte, Saint-Just y él de la otra, las disputas eran tan frecuentes y tan ruidosas, que congregaban a la gente bajo las ventanas del pabellón de Flora.

No era menor la irritación entre los convencionales. Unos habían juzgado grotesco el desfile del 20 de prairial y no perdonaban a Robespierre el haberles obligado a mezclarse en semejante bufonada. Otros le acusaban, a medias palabras, de aspirar a la dictadura. Los miembros del Comité de Seguridad general, denunciaban sus intromisiones: ¿No había llegado a organizar bajo la dirección de su compatriota Herman una oficina policíaca secreta dependiente directamente del Comité de Salud pública? Por último, y principalmente, los procónsules que regresaban recientemente de provincias, Fouché, Fréron, Barras y Tallien, presentían sobre sí una vaga amenaza constante y se preguntaban si sus prevaricaciones no iban a acabar por llevarlos a la guillotina. La ley de prairial que preveía que en lo sucesivo pudiera hacerse comparecer a los diputados ante los tribunales sin la aprobación de la Asamblea, concitó todos los odios dispersos. Los angustiosos conciliábulos duraron una semana. Cincuenta diputados dejaron de dormir en su cama y no se exhibían en la Asamblea más que de vez en cuando, aterrorizados si, por azar, Robespierre los miraba: «Va a figurarse que pienso cualquier cosa», balbuceaba uno de ellos que creía haber sido observado.

Un miembro del Comité de Seguridad general, el viejo Vadier, que era íntimamente volteriano y que en el fondo de su alma consideraba a Robespierre como un vulgar sacristancillo, imaginó entonces mezclar el nombre del *Incorruptible* a una bufonada extravagante que acababan de descu-

brir dos de sus satélites. Una vieja loca, llamada Catalina Theot, reunía en su domicilio de la calle Contrescarpe un pequeño conclave de iluminados a quienes anunciaba la próxima venida del Mesías. Catalina tenía un director espiritual, Dom Gerle, casi tan estrafalario como ella. Este Dom Gerle había sido miembro de la Constituyente, y Robespierre le había extendido en otro tiempo, un certificado de civismo. En su informe a la Convención, Vadier sazonó artísticamente toda esta historia, y a través de sus reticencias y sus ingeniosidades se dejaba entrever que el Mesías anunciado por Catalina era Robespierre en persona. Vadier era un payaso. La Convención, al oírlo, se rió a mandíbula batiente. Robespierre se dió cuenta de que por encima de la «Madre de Dios», se apuntaba a él y cometió la tontería de darse por aludido, obligando aquella tarde misma a Fouquier-Tinville a entregarle el expediente Theot.

Al día siguiente, el Tribunal revolucionario juzgó una hornada de 54 acusados, entre los cuales figuraba una señora de Saint-Amaranthe, que tenía un establecimiento en el Palais Royal; un tal Admiral, que había disparado un pistoletazo contra Collot d'Herbois; una obrerita, Nicole, que había dado de comer a un ex noble, y una joven de veinte años, Cecilia Renault, a la que se había detenido a la puerta de la casa de Robespierre y que había sido juzgada por tentativa de asesinato, por haberle encontrado dos pequeñas navajas de bolsillo. Los 54 fueron guillotinados. Cecilia Renault, cubierta con el rojo velo de los parricidas, parecía un niño. Cuando Nicole quedó atada a la plancha de la báscula, se la oyó preguntar muy dulcemente: «¿Estoy bien así, señor verdugo?» Se produjo en la multitud un inmenso movimiento de estupor. Nadie protestó en voz alta, pero corrió el rumor, lanzado no se sabe por quién, de que esta horrible ejecución no era más que la venganza de un enamorado. El caso es que el hermano de Robespierre, el joven Augustin, al que llamaban Bombon, frecuentaba la casa de esta señora de Saint-Amaranthe y esto contribuía a hacer el asunto muy poco claro...

Robespierre había querido actuar de policía. Tenía que darse cuenta de que en este terreno no despuntaba gran cosa.

La Revolución estaba al final de su carrera. Hombres, bienes, ideas, religión, todo se había lanzado ya al crisol. Ya no era hora de demoler, sino de gobernar. Si Robespierre hubiese sido un hombre de Estado, se hubiera dedicado a esta tarea y hubiera vencido todas las dificultades. Pero Robespierre ya no era más que un profeta abandonado por el Espíritu. Después de lanzar a todos los vientos las máximas del *Contrato Social*, cuando ya no tenía nada que enseñar, fué como un odre vacío. Volvió a ser lo que era. Un abogadillo de Arrás.

Mientras que Fouché y Tallien trabajan día y noche para perderle, en tanto que los hilos de la conjuración van anudándose ante sus propios ojos, hace el niño mimado, gruñe y se queja. Durante un mes no pone siquiera los pies en el Comité. Consigue que se excluya de los jacobinos a Fouché y Dubois-Crancé, pero el 23 de julio, a instigación de Barère, se presta a una reconciliación con Vadier, a quien cede su negociado de policía. Después, de repente, el 26, llega a la Convención, y sin haber advertido a Saint-Just ni a Couthon, pronuncia un discurso extraordinariamente torpe... «Necesito expansionar mi corazón. Vosotros necesitáis oír la verdad... Los negocios públicos están tomando un camino infame y alarmante; el sistema combinado de los Hébert y de los Fabre d'Eglantine, se prosigue ahora con una inaudita audacia. Los contrarrevolucionarios se sienten protegidos... están proscritos el patriotismo y la probidad.» Y pasando, luego, de las generalidades a los individuos, ataca, sin nombrarlos, a todos los que imagina que le son hostiles, a los que, por ese hecho, empuja a los brazos de Fouché. El primero, Barère: «Se os habla mucho de nuestras victorias: si se contaran menos pomposamente, parecerían más grandes.» Carnot: «Se ha sembrado la división entre los generales; se ha protegido la aristocracia militar; se ha perseguido a los generales fieles; la Administración general se cobija en una sospechosa autoridad.» Cambón: «Está haciéndose necesario un sistema razonable de Hacienda: el que hoy reina es mezquino, pródigo, falaz, devorador...» Billaud, Collot y los comunistas: «Los conspiradores les han precipitado, a pesar nuestro, haciéndonos tomar medidas violentas, y han reducido la República al hambre más afrentosa...» Vadier, Amar y los miembros

de la policía: «Hay una conspiración contra la libertad pública... Tiene cómplices en el Comité de Seguridad general y en las oficinas de este Comité...» Por último, y en conclusión: «Castigar a los traidores, renovar el personal de las oficinas del Comité de Seguridad general, depurar este Comité..., depurar el Comité de Salud pública, aplastar a las facciones...»

El efecto fué enorme. La Convención sintió como si se hubiese abierto un abismo a sus pies. Vadier, Cambon, Billaud, Fréron, y veinte más, conminan a Robespierre para que precise sus acusaciones. ¡Los nombres!, ¡la lista! ¿Quiénes son los acusados del Comité de Salud pública? ¿Quiénes los del Comité de Seguridad general? «Cuando uno se vanagloria de tener el valor de la virtud —exclama Charlier—, es preciso tener también el de la verdad. Danos los nombres de aquellos a quienes acusas.» Robespierre no se da cuenta de que con nombrar diez tranquilizaría a trescientos. No quiere «exculpar a éste ni al otro»; y cuando se le apremia, añade: «Persisto en lo que he dicho.» La Convención se niega a votar la impresión de su discurso, y por la tarde, mientras él va a hacerse aclamar de los jacobinos, Fouché y Tallien entran en negociaciones rápidamente con el Llano y consiguen ganar la votación.

La jornada siguiente consta de dos actos: Una sesión en la Convención y un motín de la Commune. La sesión de la Convención dura casi cinco horas: Cinco horas de amenazas, de invectivas y de rugidos, al cabo de las cuales Robespierre, que no ha podido decir ni una palabra, cae bajo el peso de la acusación con Saint-Just, Couthon, Robespierre el joven y Lebas, del Comité de Seguridad general. Dumas, presidente del Tribunal revolucionario, es apresado en su propio sillón de la Audiencia, y Hanriot, completamente borracho, viene a hacerse detener estúpidamente en los locales del Comité. Hacia las seis, el Incorruptible y su estado mayor van conducidos al Luxemburgo y a la prisión de la Force.

Al mismo tiempo, la Commune, prevenida de lo que ocurre, se declara en abierta insurrección. El alcalde Fleuriot-Lescot y el vicepresidente Coffinhal ponen en libertad a los prisioneros y los llevan uno a uno al Ayuntamiento, en tanto que Hanriot, con doscientos artilleros, finge bloquear las Tullerías. Un gesto de Robespierre, y la Convención está perdida. Pero Robespierre no hace el gesto. Habla una hora, dos horas, tres horas... Los grupos reunidos en la plaza de Grève se agitan vacilantes e inquietos... A las doce y media de la noche, los emisarios de la Convención proclaman en mitad de la calle que el tirano —lo mismo que sus cómplices, la Commune y todos aquellos que acudan en su auxilio— quedan fuera de la ley. ¡Fuera de la ley! ¡La muerte sin previo juicio!... Empieza a caer una lluvia torrencial y la gente de las secciones la aprovecha para dispersarse. Barrás, seguido de algunos gendarmes y de un puñado de incondicionales, invade turbulentamente el Ayuntamiento. Lebás se levanta la tapa de los sesos. Robespierre se dispara un pistoletazo y se rompe la mandíbula. Su hermano se arroja por una ventana y se rompe una pierna al caer. Saint-Just se deja prender sin resistencia. Unas horas después se descubre a Couthon debajo de una escalera haciendo el muerto. Y en un patio, herido a Hanriot.

Robespierre y veintiún cómplices subieron a la guillotina al siguiente día, 28 de julio (10 thermidor), a las cinco de la tarde. Robespierre fué el vigésimo, Fleuriot el último. El día 29 setenta miembros de la Commune fueron decapitados, y todavía el 30 les tocó el turno a otros doce.

Después de la Federación, jamás se había visto una alegría semejante. El regocijo popular se desencadenaba en un tumulto formidable de risas, de gritos, de pantomimas y de canciones. Cuando los munícipes pasaban en las carretas bien amarrados, de la multitud subía solamente un rugido: «¡Abajo el máximum!»

La revolución comunista había muerto.

CAPITULO XIV

La Convención de thermidor

Cuando los convencionales salieron de las Tullerías en la mañana del 10 de thermidor, las aclamaciones populares les hicieron comprender que acababan de poner término al Terror. Quedaron muy asombrados, porque no habían matado a Robespierre para cambiar el régimen, sino para librarse de la muerte. Su heterogénea coalición no tenía más elementos cohesivos que el miedo y la venganza. Tranquilos ya respecto a su propio porvenir, los verdugos de ayer aspiraban a ser los verdugos de mañana. Se lo impidió un irresistible impulso de la nación, que, como ha escrito muy acertadamente M. Madelin, les obligó «a saludar en su revolución de serrallo, la victoria de la Humanidad».

Mientras estaban unidos, los Comités parecían invencibles e inquebrantables. El país, abrumado y desarmado, se moría de hambre sin atreverse siquiera a quejarse. De pronto, el hombre espantoso en quien se encarnaba la Revolución, queda tendido una noche por un puñado de conspiradores canallas, y su caída no suscita más que un alboroto arrabalero. París, entonces, se atreve a mirar a la cara de aquellas gentes que le oprimen, y se da cuenta de que, en su mayor parte, son personajes minúsculos, sin genio y sin virtudes, cuyo poderío está sostenido solamente por la cobardía y división de los demás. Su repugnancia aumenta aun cuando el Terror se le representa en toda su terrible realidad. Desde hacía meses no se sabía, no se leía más que lo aprobado por

la censura jacobina; ahora, un día tras otro, por los periódicos, por los informes de las comisiones investigadoras de la conducta de los antiguos dictadores, por los debates del Tribunal revolucionario, la verdad se abre paso. Millares de crímenes insospechados, seguidos por un repugnante cortejo de rapiñas y de atrocidades, aparecen a los ojos del público. Los mismos convencionales quedan espantados de ello, y cuando los más comprometidos llegan a rendir cuentas, no hallan más que una excusa: «Yo no sabía...».

Del suelo brota por ensalmo el ejército reaccionario de los petimetres. Tienen su uniforme: levita cuadrada, pantalón ceñido, peluca rubia; tienen su Poder ejecutivo: un grueso garrote emplomado; su fortaleza: el Palais-Royal; su canto de guerra: *Le réveil du Peuple*; sus jefes: Tallien, Legendre, Frèron; su reina: Teresa Cabarrús, querida de Tallien. Lanzada la juventud, la moda cunde. En el teatro ya no se representan más que funciones antijacobinas, y las menores alusiones a Robespierre y sus cómplices provocan interminables manifestaciones. Son derribados los bustos de Marat, y los gorros rojos arrojados al arroyo. Periódicos y folletos caen como una granizada sobre los últimos terroristas: los «bebedores de sangre», la «cola de Robespierre». Los jacobinos se ocultan; las hojas revolucionarias desaparecen o cambian de opinión. Dos o tres que sobreviven, llevan una existencia precaria, y los repartidores ni siquiera se atreven ya a vocearlas en la calle. «Escuchad las quejas de los patriotas oprimidos por la aristocracia...», gime Duval en su *Journal des Hommes Libres.*

La aristocracia no tenía nada que ver en el asunto. Los petimetres no son ex nobles; son escribientes de la curia, empleados de oficina, del comercio, de la banca. La reacción de thermidor es tan profunda y tan general porque es totalmente popular. Es la reacción de los estómagos y de los intereses contra el comunismo, la escasez y la miseria. «¡No más comunismo!» Es el punto capital, la característica de todo este período; no hay sobre esto disentimiento alguno; obreros, campesinos y burgueses están de acuerdo: debe desaparecer la burocracia jacobina, y con ella todas las medidas de expropiación, todas las requisas,

Los thermidorianos más notables: Billaud-Varenne, Fouché, Collot d'Herbois, habían sido promotores o agentes de aquella política de socialización; pero, para derribar a Robespierre, habían recurrido a la Llanura, y la Llanura, enardecida por la victoria, reclama el pago de sus servicios y una participación en el poder. Cambacérès, Boisy-d'Anglâs, Siéyès, entran en el Comité de Salud pública. De este modo, por la coalición de los moderados, de los antiguos dantonistas y de los antiguos girondinos, se constituye un partido de gobierno, cuya única misión será el deshacer la revolución social, a fin de salvar la revolución política.

Podría formarse un grueso volumen con los discursos que, después de thermidor, se pronunciaron en la Convención para glorificar al comercio y a la propiedad. Espiguemos al azar en los extractos reúnidos por M. Marion. Oigamos a Cambon, que habla en nombre del Comité de Hacienda: «...En las sociedades populares, la cualidad de negociante, de artesano, de comerciante, eran títulos de proscripción; es tiempo ya de conceder a este importante sector de la industria nacional, la dignidad y el vigor a que tiene derecho de parte de un Gobierno justo. Os propongo proclaméis muy alto que, de conformidad con los grandes principios de justicia que son el alma de la República, protegeréis al comercio y a la propiedad.» A Blutel, en nombre del Comité de Comercio: «Una gran nación que hace el comercio por medio de su Gobierno es una monstruosidad.» A Dubois-Crancé: «Se ha encarcelado a casi todos los grandes labradores... y sus posesiones han perdido el fruto incalculable de su actividad.» A Roberto Lindet, en nombre del Comité de Salud pública: «Por mucho tiempo hemos temido que las tierras quedasen sin cultivo y los pastizales sin ganado, en tanto que se mantenía en las cárceles a los propietarios o colonos. Proclamad solemnemente que todo ciudadano que emplee su tiempo útilmente en los trabajos agrícolas, en las ciencias, en las artes, en el comercio; quien erija o sostenga fábricas, manufacturas, no puede ser inquietado ni tratado de sospechoso...» A Thibaudeau: «¿No es ridículo el encargar sólo a cinco individuos del aprovisionamiento de veinticinco millones de hombres? Ocúpense Comités del Gobierno de los medios de reducir la

infame burocracia que nos devora...» A Thibault: «No tendríais ninguna escasez artificial si no hubieseis creado una Comisión exclusiva de comercio y de aprovisionamiento...» Y por fin, a Giraud, en nombre de los Comités reunidos: «Hemos examinado todas las declaraciones contra los comerciantes, y actualmente sabemos que los propagadores no deseaban otra cosa que el cambio de las fortunas!»

Fueron necesarios diez meses para que esta tardía cordura se tradujese en actos; diez meses, durante los cuales las medidas reparadoras se enmarañan tan estrechamente, que apetecería poder exponerlas todas a la vez.

Se comenzó por lo más urgente. Fué derogada la ley de ventoso, que disponía el reparto de los bienes de los sospechosos entre los *sans-culottes*, y restablecida la de prairial (1.° de agosto). De donde resultaba, lógicamente, que los presos detenidos debían ser libertados en virtud de esta última; esto fué objeto de un decreto del 5 de agosto, que además renovaba el personal del Tribunal revolucionario, jueces y jurados. Fouquier-Tinville fué acusado, condenado a muerte y guillotinado. La Municipalidad de París, decapitada el 10 de thermidor, fué reemplazada por doce municipios de distrito.

Después de la Municipalidad, los jacobinos. Todavía parecía temible aquella sociedad. Para empezar, se contentaron con limarle las garras, disolviendo los Comités revolucionarios y suprimiendo los 40 sueldos concedidos a los de las secciones por cada reunión. En septiembre, un golpe más directo: se prohibe a las sociedades populares el federarse y el mantener correspondencia entre sí. Por fin, en noviembre, Fréron y los petimetres marchan al asalto de la «jacobinière». Fué un espectáculo lastimoso; los hombres que habían hecho temblar a Francia, tiemblan a su vez ante los garrotes, y huyen vergonzosamente bajo los escupitajos; las tejedoras, azotadas a telón corrido, levantan el campo sin dilación. El Club había acabado. La Convención, sancionando el hecho consumado, ordenó su clausura el 12 de noviembre. La partida estaba ganada, bien ganada, por los moderados. En diciembre votan una tras otra: la abolición del máximum, la supresión de la Comisión de abastecimientos, la libertad del comercio, la creación de una policía especial para

vigilancia en las tribunas de la Asamblea, la reintegración de los elementos subsistentes de la antigua derecha, la convocación de los diputados suplentes, todos reaccionarios, y la acusación de Camier. El 21 de febrero de 1795 queda proclamada la separación de las iglesias y el Estado y garantizado el ejercicio de todos los cultos. El 9 de marzo se suprime la fiesta del 31 de mayo. El 25 de abril se abre de nuevo la Bolsa. El 30 de mayo se restituyen las iglesias a los diferentes cleros.

La Convención había decidido que los Comités de gobierno —que en adelante serían los tres de Salud pública, Seguridad general y Legislación— fueran renovados por cuartas partes cada mes, con la precaución suplementaria de que los salientes no fueran elegibles durante los treinta días siguientes al término de su mandato. Por la conjugación de salidas, elecciones y reingresos, se pretendía que los Comités reflejasen exactamente las oscilaciones de la opinión parlamentaria.

Al día siguiente de thermidor se habían contentado con reconstituir el Comité de Salud pública, nombrando a algunos amigos de Robespierre. A fin de mes, salieron Collot, Barère y Billaud. Un poco más tarde se insinúan en él la Llanura y el centro izquierda. A partir de octubre, ya forman el núcleo del Comité, Merlin de Douai, Cambacérès, Boissy-d'Anglas, Rebeull y Siéyès. La presencia de Boissy-d'Anglas, que en enero de 1793 había votado contra la muerte del rey, no solamente es un signo de reacción interior, sino que presagia cambios en el exterior.

En su origen, la guerra no había sido más que una maniobra contra la Monarquía; desde el 10 de agosto fué el pretexto para encubrir todos los excesos. Por ella, y por el prestigio que les confería, se habían mantenido en el poder los jacobinos; si su caída no significaba el término de la política belicosa, por lo menos le prestaba interesantes matices. Aparte de esto, por la ocupación de Rhenania y la entrada de Pichegru en Holanda, la República estaba en las mejores condiciones para negociar. Por último, entre los aliados, los más propicios a la paz eran precisamente aquellos a quienes se profesaba menos odio en París: España, que sólo se había metido en la aventura por espíritu caballeresco y que estaba

ya cansada de hacer el juego a Inglaterra; Holanda, que había sido arrastrada por Pitt; Prusia, que no había recogido más que desengaños y derrotas, y que no apetecía ya otra cosa que indemnizarse en Polonia de las desilusiones que le habían deparado Custine y Jourdan.

Merlin (de Douai) anhelaba realizar el sueño de las fronteras naturales, llevando las de Francia al Rin, a lo que Prusia parecía dispuesta a acceder, mediante una promesa de compensación. La paz, negociada por Barthélemy, viejo diplomático de carrera, fué firmada en Basilea el 14 de abril. El 16 de mayo, Siéyès y Rebeull concertaban con Holanda el tratado de La Haya, por el cual las Provincias Unidas cedían a la República sus territorios de la orilla izquierda del Rin, y se comprometían a prestar el apoyo de su flota contra Inglaterra. El 4 de julio, Barthélemy firma, también en Basilea, el tratado español: el Gobierno de Madrid nos cedía la parte que poseía en Santo Domingo y se aliaba a nosotros contra los ingleses. Bélgica, incorporada a la República, formaba con la parte honlandesa de Flandes, Maestrich y Venlo, nueve departamentos.

Paz en el exterior, paz en el interior; hubiera sido un éxito rotundo si se hubiese tenido igual fortuna en el orden financiero. Pero, ¡ay!, por esta parte la situación estaba peor que nunca.

El comunismo no había dejado tras de sí más que ruinas. Un pueblo enfermo, un comercio aniquilado, una agricultura agotada: ¿dónde iba a encontrar dinero la Convención? Quedaba, sin duda, en el país mucho numerario; pero se ocultaba, porque los capitalistas habían sido demasiado esquilmados durante seis años, para tranquilizarse de la noche a la mañana. Cuando la confianza desaparece, no se deja atraer de nuevo con discursos y promesas, sino que exige garantías. No basta un cambio de mayoría; son necesarios un Gobierno bien probado y unas instituciones estables, y de todo ello se estaba aún bien lejos. Así, lo mismo después de thermidor, que antes, la Revolución vive del papel-moneda. A los 10.000 millones de asignados emitidos en 27 de julio, se suman las emisiones dispuestas por simples órdenes del Comité de Hacienda: 900 millones en septiembre, 1.000 en

octubre, para comenzar. Cuantos más billetes hay en circulación, menos valor tienen; a mediados de 1794, un luis de oro se cambiaba por 75 libras papel; en abril de 1795, valía 200; a principios de mayo, 325; 500, a fin de mes; en junio, 600, y a fines de octubre, 2.000. Naturalmente, los víveres suben en proporción, y los funcionarios, los rentistas, los empleados, cuantos vivían de un ingreso fijo, que cubría hasta entonces sus necesidades, no tienen ya para satisfacerlas más que un ridículo paquetito de asignados, y se ven sumidos en la miseria más espantosa.

Para colmo de males, todos los artículos escasean a la vez. Bajo el Terror, los campesinos habían sembrado lo menos posible; muy poco en el otoño de 1793, y menos aún en la primavera de 1794; la cosecha presentaba, pues, déficit. De mes en mes se agudizan las quejas de hambre, y el invierno trae nuevas miserias; el termómetro baja en París a 18° bajo cero, se hiela el Sena y no llega leña; es necesario devastar Boulogne, Vincennes, Saint-Cloud. En la primavera, la fanega de alubias, que valía 4 francos en 1790, llega a 120; una berza, 8 francos, en vez de 8 sueldos; un trozo de jabón, 41 francos, en vez de 18 sueldos, y todo en proporción. Para sostener el pan a un precio accesible, el Gobierno ha de gastar 300 ó 400 millones mensuales; los convoyes y los molinos han de ser protegidos por un verdadero ejército. A pesar de ello, la ración individual ha de rebajarse a un cuarto de libra, luego a menos. Es preciso leer los informes de la policía publicados por Schmidt y Aulard para formarse una idea de la miseria popular. A través de sus páginas se repiten las mismas quejas, la misma desesperación, el mismo sombrío abatimiento, y, de cuando en cuando, los mismos accesos de rabia impotente.

Tomemos al azar, la primera quincena de enero: *2 de enero*: «Los informes sobre la escasez de leña y de carbón... requieren urgentes medidas...» *Día 3*: «... Saint-Reimy informa que en el *faubourg* Antoine ha encontrado varias mujeres que lloraban hablando de su miseria. Observa en todas partes un profundo sentimiento de tristeza; si el presente es terrible, aún se teme más el porvenir...» *Día 4*: «... la ex-

cesiva carestía de los comestibles y la escasez de combustibles son el tema de casi todas las conversaciones...» *Día 5*: «... varios ciudadanos han agarrado troncos para maltratar a un vendedor que ponía la leña cara y, además, servía a los carreteros antes que al público, que estaba cansado de esperar...» *Día 6*: «... Chevalier —agente de orden público— dice que en muchas panaderías el pan no está cocido por las mañanas, por falta de leña...» *Día 7*: «... continúan las quejas por la carestía de subsistencias...» *Día 8*: «... el descontento es el mismo...» *Día 9*: «... los ciudadanos de la sección de Gravilliers, de la Réunion y otras, no han obtenido más que media libra de velas para cuarenta días...» *Día 10*: «... los informes sobre la escasez en los departamentos hacen temer las más graves perturbaciones...» *Día 11*: «Losset da cuenta de que en la rue Jacques tres panaderos no tenían ya pan a las once...» *Día 12*: «... el *faubourg* Marcel las colas ante las carnicerías eran muy largas; la mayor parte de los ciudadanos no logró carne...» *Día 13*: «... la afluencia de gentes del campo que carecen de pan, aumenta cada día...» *Día 14*: «... los fondistas están dispuestos a cerrar sus casas... la carne sube todos los días... había grupos en las puertas de las panaderías...» *Día 15*: «... son frecuentes las colas en las puertas de las panaderías, hay muchas quejas por la carestía de los alimentos y se teme que van a subir más...»

Tres meses y medio más tarde: *1.° de mayo*: «... continúan las quejas de las mujeres a las puertas de las panaderías...» *Día 2*: «... comienza a reaparecer en París la mendicidad en su forma más horrible...» *Día 3*: «... las distribuciones se hacen siempre muy mal... una mujer, viendo a su marido excitado y a sus cuatro hijos sin pan desde hacía dos días, se arrastró por el suelo mesándose el cabello y golpeándose la cabeza; luego se incorporó enfurecida como para tirarse al agua...» *Día 4*: «... las inquietudes públicas son más fuertes que nunca...» *Día 5*: «... todas las voces concurren para manifestar el descontento por el enorme descrédito de los asignados...» *Día 6*: «... en la sección del Observatorio no hubo ayer pan ni harina...» *Día 7*: «... en muchas panaderías donde se daba en estos días media libra de pan, no se han dado más que dos o tres onzas...» *Día 8*: «... todos gritan que no se puede vivir con tres onzas de pan, y esto de mala calidad. A pesar de la reducción, muchos ciudadanos quedan sin ración; las madres de familia, las mujeres encintas, están llenas de aflicción y se caen de debilidad» *Día 9*: «... las mujeres lloran amargamente, diciendo que ya no pueden vivir, ni sostener a sus hijos... En las calles se encuentran muchas personas que caen desfallecidas de inanición...» *Día 10*: «... ayer... un ciudadano joven, de oficio cerrajero, vino a buscar su pan. Se encontró con que ya no lo había, y volvió a su casa diciendo: *Ya no voy a necesitarlo más.* Poco después se tiró desde el cuarto piso al patio, muriendo al poco rato...» *Día 11*: «... ha sido necesario llevar socorros a varios desgraciados debilitados por las privaciones al punto de no poder sostenerse... Una ciudadana que no tenía pan para su hijo, se lo amarró a un costado y se tiró al agua... Un particular llamado Matter, desesperado de necesidad, se cortó el cuello...» Y esto fué durando así semanas y semanas.

Por encima de este pueblo hambriento, hay un puñado de logreros, de malos ricos cebados por la miseria pública e impacientes por gozar de sus rapiñas. Los representantes han dado un mal ejemplo al elevar de 18 a 36 libras su indemnización diaria. Además, ¿quién puede saber lo que mañana valdrá el asignado? Hay que gastarlo rápidamente, saboreando el momento que pasa; placeres frenéticos, placeres groseros. Mientras que los teatros se convierten, según dice la policía, en «verdaderas cloacas de libertinaje y de vicio», se abren 644 bailes públicos, que se desdoblan en otras tantas casas de citas. Se baila en los Carmelitas, en el cementerio de San Sulpicio, en las iglesias; donde no se baila, se juega y se come, o mejor dicho, se atracan, como si los sufrimientos de los pobres aguzasen el apetito de los ricos. Nunca los restaurantes han hecho mejor negocio. Mientras en la periferia no se ven más que caras demacradas, colores lívidos, vestidos harapientos, los cafés del Palais-Royal están llenos de risotadas, de diamantes, de caras encendidas, de mujeres desnudas. De un lado, vientres podridos, y del otro, vientres va-

cíos; no tardarán en lanzarse los segundos contra los primeros.

El primer motín ocurrió el 12 de germinal (1 abril 1795). Escuchaba la Asamblea un discurso de Boissy d'Anglas, que exponía una vez más lo que el Gobierno había hecho para asegurar la alimentación del pueblo, y en el momento que decía: «Hemos restablecido la libertad...», la multitud invadió la sala gritando: «¡Pan!» Pero desde la caída de la Commune y de los jacobinos, los arrabales no tenían jefes ni organización; mientras que los sediciosos se arremolinaban, Legendre tuvo tiempo para reunir a los petimetres y a los gendarmes, que despejaron a palos y vergajazos.

Al general Pichegru, que por feliz casualidad se hallaba en París, se le confirió el mando de la plaza; la Asamblea estaba salvada.

Pero, como había pasado miedo, se vengó. Los supervivientes de la Montaña fueron diezmados. Basère, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois, Vadier, deportados; otros 16 convencionales, entre ellos Cambon y Thuriot, detenidos, al mismo tiempo que Pache y Rossignol.

El 1.° de prairial (20 mayo), segundo y más grave motín. Toque de rebato, muchedumbre grande, servicio de seguridad impotente y arrollado: como un eco de las grandes jornadas de 1792. El diputado Féraud, que se empeña en cerrar el paso a la Convención, es derribado, pisoteado, machacado con los zuecos, arrastrado al exterior y rematado por un tabernero, que le corta la cabeza y la arroja a la multitud. A las nueve de la noche, la Creta instituye un nuevo comité de cuatro miembros y ordena la detención de los periodistas moderados.

Una vez más, la Convención debe su libertad a los petimetres y los soldados. A media noche toman posesión de las Tullerías, caen a la bayoneta sobre la multitud y barren juntos a los montañeses y a sus defensores. A las tres de la madrugada, nueva sesión de la Convención. Los diputados de la derecha, únicos presentes, anulan los decretos votados antes y disponen la detención de Duquesnoy, Romme, Soubrany, etcétera. El 21 parece renacer el motín, pero el 23 la Asamblea pasa a la ofensiva; los arrabales son cercados y cañoneados, rindiéndose el 24. El 25 se practican diez mil detenciones, se recogen las armas, se depura la guardia nacional.

Quedaba la Asamblea desembarazada de la extrema izquierda; pero era prisionera de sus defensores: hacia los los que no sentía más afecto que a los primeros; drama que ha de perdurar hasta el advenimiento de Bonaparte. Amenazados por ambas partes, los revolucionarios nó tienen más que una preocupación: la de conservar el poder, a fin de salvaguardar su vida. Ellos han condenado a los terroristas; pero fueron antes sus cómplices, sus satélites, sus lacayos. Legendre ha tomado parte en lo del 31 de mayo. Melin (de Douai) es el patrocinador de la ley de sospechosos. Dumont, Fréron, Tallien y Barrás han robado y matado en provincias. Salvo diez o doce que se abstuvieron, todos los miembros del centro y derecha votaron la acusación al rey, y más de la mitad lo declararon culpable. Entre todos estos hombres se crea, por temor a las represalias, una asociación de intereses, una comunidad de odios, cuyo programa podría resumirse en tres palabras: «Conservar los puestos...» Lo que no significa permanecer en plan precario y provisional, porque estos convencionales de la decadencia son lo bastante inteligentes para comprender que el país, fatigado, no aspira más que a la seguridad de las personas y de los bienes; por otra parte, no son unos convencidos, al punto de querer realizar sus quimeras a viva fuerza. En consecuencia, dudan, tantean...

Un rey no les daría miedo, si el rey consintiese en ser instrumento suyo. En torno al pequeño Luis XVII, preso en el Temple, se habían tramado intrigas extrañas; pero, a su muerte (8 junio 1795), las pretensiones al trono pasaron a su tío el conde de Provenza, que tomó el nombre de Luis XVIII. Nada en él anunciaba al político hábil, al soberano benéfico en quien había de recaer el honor de «restaurar» a Francia. Esperaban los franceses promesas de orden y libertad; los compradores de bienes nacionales, garantías; los rentistas, esperanzas de indemnización. Luis XVIII no ofrecía más que la supresión de algunos abusos y el depósito «en el tabernácu-

lo de la Corona», de las famosas leyes fundamentales, que eran solamente una ficción de jurista.

La oligarquía thermidoriana se regocijaba ruidosamente de este error, cuando se supo en París que habían desembarcado en el Quiberon algunos emigrados, bajo la protección de una flota inglesa, el 26 de junio; operación tan odiosa, que se hubiese dicho ideada por el Gobierno de Londres para acabar de perder a los Borbones. Los Chuanes, muy desengañados, apoyaron mal la intentona. Hoche bloqueó al cuerpo expedicionario en la península, y le hizo prisionero en su totalidad: 12.000 hombres, entre emigrados y auxiliares.

La Convención se aferró apresuradamente a esta ocasión para romper con aquella comprometedora derecha. Tallien, enviado al Oeste, hizo comparecer a los prisioneros ante una comisión militar, que dictó cerca de 800 sentencias de muerte. Las ejecuciones de Quiberon compensaban la represión de los arrabales. Extremistas de derecha, extremistas de izquierda: la fórmula seguirá siendo de actualidad mucho tiempo.

Dueños de sus movimientos, los convencionales se apresuran a votar una Constitución para sustituir a la de 1793, que era inaplicable; el trabajo había sido preparado por un comité elegido en diciembre de 1794. La discusión, llevada rápidamente, se terminó el 22 de agosto de 1795.

Como toda la obra thermidoriana, la Constitución del año III está inspirada por el miedo. Por miedo a la democracia socialista, se instituyó un sufragio de segundo grado; por temor a la dictadura convencional, se divide el poder legislativo en dos Cámaras, renovables anualmente por quintas partes: los Quinientos y los Ancianos; por temor a la Monarquía, se confía el poder ejecutivo a un Directorio de cinco miembros elegido por los Consejos y renovable anualmente por quintos. Finalmente, por temor a la reacción, se decide que los dos tercios de los futuros representantes han de ser elegidos entre los convencionales, y si las elecciones no se ajustasen a este precepto, la Convención designaría por sí misma a sus sucesores.

La Constitución del año III fué sometida a un plebiscito.

Los convencionales sabían bien su oficio de demócratas: hubo 178.000 votos en pro, 95.000 en contra, y algunos millones de abstenciones. Y a esto se llamaba la soberanía popular.

Mas no en balde había organizado la izquierda tantas jornadas. La derecha quiso, a su vez, probar fortuna y recurrir a la calle. Todo París estaba contra la Convención odiada y despreciada más de cuanto puede imaginarse. Para defenderse, tuvo que tocar llamada a los asesinos de septiembre, a los «lamedores de la guillotina», a los amotinados de prairial; fueron reclutados en las prisiones, y hasta camino del presidio. «Les llamamos —dice Barrás— el batallón sagrado...» A esta horda se agregaron 4.000 hombres de las tropas concentradas en el campo de Sablons.

Pero, ¿quién iba a tomar el mando? Barrás, encargado de la alta dirección de las operaciones, buscaba un segundo. Menou, jefe del campamento de Sablons, pasaba por realista. La Convención quería un general de izquierdas, un general que ofreciese serias garantías al régimen; Barrás descubrió, entre los oficiales disponibles, a un antiguo protegido de Agustín Robespierre, a quien él mismo había visto distinguirse en el asedio de Tolón, y que estaba a punto de marchar a Turquía con una comisión de artilleros. Así fué como Bonaparte se convirtió en la espada de los regicidas y cimentó su reputación militar sobre una operación de policía (5 octubre = 13 vendimiario).

Como casi todas las manifestaciones de los «partidos moderados», el asalto de las *gentes honradas* fué muy mal dirigido. Se dejaron arrebatar ante sus narices la artillería del campamento de Sablons, y como había empezado a llover durante la concentración, esperaron juiciosamente a que volviese el buen tiempo para ponerse en marcha. En suma, sus dos columnas tropezaron en el malecón Voltaire y la calle Saint-Honoré con poderosas defensas que las detuvieron; la batalla fué dura, especialmente cerca de la iglesia de Saint-Roch, que no fué recuperada por los convencionales hasta el 6 de octubre a las cuatro de la mañana. La jornada del 13 vendimiario causó 500 ó 600 víctimas, entre muertos y heridos. Bonaparte, nombrado general de división, reemplazó a Ba-

rrás en el mando de las tropas del interior. Haciendo intervenir al ejército en las luchas civiles, la Convención abría una escuela de golpes de Estado, cuyas lecciones no habían de ser perdidas.

El 26 de octubre terminó sus trabajos la Convención. Ese día, los miembros del Comité de Salud pública almorzaron juntos en casa de Méot. Un almuerzo frugal: el pastel, 800 francos; el pescado, 1.000 fr.; la pera, 10 fr.; el panecillo, 300 fr.; la sal, 120 fr. Un luis de oro valía 2.500 fr.; una libra de velas, 55 fr.; un par de botas, 1.200 fr.

El parte de novedades de la policía decía: «... Los pobres murmuran y temen al invierno, que se hace ya sentir...»

CAPITULO XV

El Directorio

El 2 de noviembre de 1795, los miembros del Directorio pasaron de las Tullerías al Luxemburgo, designado para su residencia por la Constitución. Ruin cortejo: dos coches de punto, cien infantes mal vestidos, ciento cincuenta dragones sin botas y con las medias agujereadas; en los coches, cuatro hombres; dos de ellos, Le Révellière y Le Tourneur, casi desconocidos, y los otros dos, conocidos desventajosamente, Reubell como terrorista impenitente, Barrás como pillastre corrompido. El quinto, Siéyès, había renunciado al cargo, y su substituto, Carnot, no fué elegido hasta dos días después. Los cuatro «Señorías» vagaron por el palacio, descubriendo, al fin, una mesa enmohecida y coja; un portero facilitó sillas y encendió una chimenea, y como uno de los directores había tenido la precaución de sacar del pabellón de Flora un cuadernillo de papel de cartas, el Directorio, incompleto y tiritando, pudo malamente redactar el acta de su instalación.

En la semana siguiente nombraron los ministros de Justicia, Interior, Guerra, Marina, Hacienda, Relaciones exteriores y, algo más tarde, el de Policía general. Los titulares, exceptuando Merlin (de Douai) eran jefes de servicios laboriosos y abnegados, sin importancia política. Lo difícil había sido hallar al héroe que se prestase a regir la Hacienda de la República; habían ofrecido el cargo a un funcionario del antiguo régimen, Gaudin, que se había negado; cayeron luego sobre un secretario de Roland, autor de un «Ensayo» sobre los

asignados; pero no paró en el puesto. Por dos o tres veces intentaron aún atrapar a Gaudin, que otras tantas declinó el ofrecimiento. «Donde no hay Hacienda, ni medio de crearla —dijo—, es inútil un ministro.»

Tenía razón Gaudin. El Directorio no tiene nada que remotamente se parezca a una contabilidad y a un presupuesto. Ni ingresos estables, ni previsión de gastos, ni moneda. Ni más recurso que las emisiones de asignados; y como su descrédito es rápido, se vive siempre con el temor de que no se logre imprimir todos los necesarios para el día siguiente. Así, la gran preocupación de este mísero régimen, es acelerar la estampación de billetes; un día en que, por error, se enviaron a la papelería de Essone los productos químicos destinados a la fábrica de Buges, tuvo que parar ésta cuarenta y ocho horas por falta de trapos blanqueados y se estuvo a dos dedos de la quiebra. Otra vez surge un movimiento de huelga entre los obreros papeleros, y casi se produce un pánico; el Gobierno acusa a los agitadores de conspiración contra la seguridad del Estado y de intrigas «para ocasionar la disolución de la República».

El luis de oro valía 2.500 fr. papel a principios de noviembre, y mediado diciembre llega a 4.000. El Directorio hace responsable de ello a la Bolsa, y ordena a los dragones su clausura. «¿Se ha visto nunca sostener el crédito con caballería?», pregunta un extranjero. Dos días después, el luis está a 6.500 francos, y los asignados no circulan más que en París. Los campesinos no aceptan a cambio de su trigo más que numerario y artículos de primera necesidad. «En la feria de Angers —comunica la Administración de Maine-et-Loire— todas las mercaderías, los víveres, el ganado, se han vendido en dinero, después de rehusar el papel abiertamente. Al día siguiente de esta feria podía uno preguntarse si existía todavía la República; tan acentuada era la resolución de no admitir más moneda nacional. Propietarios, tratantes, obreros, todos parecen haberse concertado, por un convenio tácito, para separar de la circulación todo signo monetario distinto de la plata...»

En las oficinas, la penuria es espantosa; las administraciones municipales no tienen plumas, ni tinta, ni papel; en cuanto obscurece, los empleados se marchan, porque no hay alumbrado. Nadie quiere ser funcionario. Los hospitales no tienen

recursos, ni las prisiones tienen guardia, ni actúa la policía. Todas las grandes direcciones financieras y técnicas se han hundido; no se conservan las carreteras; faltan los correos, porque no puede comprarse pienso para los caballos; no se envían las listas de impuestos, porque no hay medio de imprimirlas. Los ejércitos se sostienen únicamente por el merodeo y los saqueos; de 1.200.000 hombres movilizados en 1794, se puede calcular que han desertado 800.000, y los que han quedado viven en la miseria.

El 6 de diciembre de 1795 fué presentado a los Consejos un mensaje del Directorio: «Ciudadanos legisladores —decía—: Hemos creído deber ocultaros, o por lo menos dulcificar a vuestros ojos, los males que afligen a la República... Pero ha pasado la hora de los paliativos, y toda contemplación acrecienta el peligro... Todos los resortes se rompen entre nuestras manos; la catástrofe más espantosa amenaza devorar a la República entera..., los últimos recursos del Tesoro se han agotado... Llegamos a nuestro último plazo, si algún inesperado recurso no saliese... con la rapidez del rayo, del Genio de la libertad...» Quince días después, vuelven a la carga los Directores: «Es necesario rasgar el velo. Nos son indispensables los socorros más rápidos y poderosos. Los ejércitos... están sin pagas, sin víveres, sin forrajes, sin calzado, sin vestuario, sin tiendas, sin materiales de campamento, sin medios de transporte... Los arribos de víveres son inciertos... Hasta nos vemos obligados a suspender nuestras negociaciones más importantes, porque... no tenemos con qué pagar los gastos de viaje de nuestros enviados...» Pero el Genio de la Libertad, o por lo menos sus representantes, carecían de imaginación. El único remedio que el Consejo hallaba para la horrible situación del país, era el viejo y sempiterno expediente del empréstito forzado, utilizado cien veces y siempre sin éxito.

Los mayores contribuyentes de cada departamento quedaban obligados a suscribir un empréstito de 600 millones de francos, valor metálico, pagable en numerario, en trigo, o en asignados tomados al 1 por 100 de su valor nominal. Tendría que contribuir un ciudadano de cada cuatro, y los suscriptores quedarían divididos en diez y seis clases, según la fortuna que se les calculase, inscribiéndoles por sumas variables, según

una escala progresiva. El primer tercio debía pagarse en la última década de nivoso (10-20 de enero de 1796); los otros dos, en ventoso (20 febrero-20 marzo).

Seiscientos millones de francos oro, representaban 60.000 millones en asignados, y no había entonces en circulación más que 40.000; el empréstito debía reabsorber todo el papel y proporcionar, además, 200 millones de dinero contante para vivir dos meses, por lo menos.

La ley fué acogida favorablemente por la opinión, y hubo unos días de gran esperanza, en los que parecía verse ya saneada la moneda y se creía a los logreros de la guerra forzados a contribuir en proporción a sus bribonadas. La gente del pueblo, sobre todo, se regocijaba ante la idea de que a sus antiguos colegas de motín les iba a llegar la vez, y muy en serio; todo el mundo esperaba ver una mueca significativa en la cara de su lechero o de su carnicero. Nadie pensaba que pudiese tocarle a él mismo.

El 19 de febrero de 1796, descontando los felices resultados de la operación iniciada, el Directorio quemó con gran solemnidad en la plaza de Vendôme todas las planchas, punzones y matrices que servían para la estampación del papel-moneda. Fué una fogata hermosa, y el ministro Ramel pronunció el elogio fúnebre del difunto; reconoció que tenía serios defectos: el desorden, la prodigalidad; pero no por ello eran de olvidar sus inmensas virtudes: «Los asignados han hecho la Revolución; han producido la destrucción de las clases y de los privilegios; han derribado el trono y fundado la República...»

Era muy pronto para regocijarse. El empréstito forzado había parecido una invención genial mientras sólo alcanzaba a los demás. Cuando llegó el momento de pagar, todo el mundo se excusó. El reparto, hecho apresuradamente, ocasionaba muchos abusos: comerciantes inscritos sin la menor investigación, tasas aumentadas por virtud de una denuncia anónima, particulares recargados por venganza, avisos entregados a otros destinatarios y exigidos rigurosamente. Todo ello explicable, sin duda, por la precipitación con que hubieron de formularse las listas, pero poco adecuado para dar popularidad al sacrificio exigido al país. «No se oyen más que reclamacio-

nes —observa un policía—... Parece que, en general, se deciden a dejarse embargar y subastar los muebles antes que someterse al pago... Algunos, en su indignación, gritan que no es posible permitir que subsista más tiempo un Gobierno tan tiránico, y que es de esperar que el pueblo abra, por fin, los ojos...»

Es muy difícil esquilmar a un contribuyente reacio, máxime cuando está ya un poco irritado. Después de ensayar los temperamentos de fuerza, el Directorio se avino a concesiones, prórrogas y demás expedientes que dan un aspecto honorable a las quiebras. En lugar de los 40.000 millones anunciados, las Cajas públicas recogieron 13.000 millones en papel y ocho millones en valores reales. Para apreciar exactamente estas cifras, aún habría que tener en cuenta que durante las operaciones, el asignado de 100 libras había pasado de 1 fr. a 6 sueldos, y que, por otra parte, los recibos y cupones del empréstito fueron admitidos, en pago de contribuciones, a una cotización mayor que la del día; todo lo cual reducía los ingresos.

No quedaba más que una solución: inventar otro papel-moneda. Fué éste el pagaré territorial, creado por ley de 18 de marzo de 1796; debían tener curso y ser recibidos como moneda por el Estado y por los particulares. Eran representativos de hipoteca y delegación especial sobre todos los bienes nacionales, y podían, en cualquier momento, ser canjeados sin subasta por una parcela del dominio público. Se admitieron por un valor total de 2.400 millones.

Mucho esperaba el Directorio de sus nuevos billetes. Dirigió a los franceses una proclama patética, invitándoles a depositar en ellos su confianza; pero los franceses tenían a la vista el ejemplo de los asignados y no habían olvidado las ruidosas soflamas con que había sido saludada su aparición. Y esto los hacía escépticos. En segundo lugar, la ley de 18 de marzo establecía que los asignados pudieran cambiarse en pagarés territoriales, a razón de 30 francos de aquéllos por 1 franco-pagaré; como los 30 francos equivalían sólo a diez céntimos metal, en buena lógica el pagaré-territorial no podía estar en paridad con el oro, sino que representaba solamente un décimo. Al establecer entre el asignado y el pagaré la proporción uno a treinta, en lugar de la proporción real, uno a trescien-

tos, habían imaginado los Consejos, sin duda, que con ello elevarían la cotización del papel antiguo; pero lo que ocurrió fué que se desvalorizó el nuevo.

Para colmar el desacierto, quiso el Directorio sostener el pagaré por aquellos medios coercitivos que con el asignado habían fracasado de un modo tan rotundo: multas y trabajos forzados para los que hablasen mal de los pagarés, multas y cárcel para los que se negasen a recibirlos, prohibición de compras y ventas en numerario, obligación de efectuar en pagarés todas las transacciones... Francia, que por la fuerza de las cosas estaba a punto de volver a una moneda estable, se vió una vez más hundida en el desorden. En su magnífica *Historia financiera*, M. Marion, de quien tomamos lo esencial de nuestro relato, ha descrito muy sobriamente esta recaída en la anarquía, y concluye: «Todo el comercio estaba paralizado por el régimen exclusivo de una moneda siempre incierta y móvil... Negar a los ciudadanos el derecho a efectuar transacciones a su arbitrio, era impedirles realizar ninguna.» Ligado al asignado, el pagaré fué a dar, junto con él, en la sima; a fines de marzo, no obstante los sables de la legión policíaca, perdía un 65 por 100 de su valor, y a fines de abril, el 90 por 100. Por fin, el 4 de febrero de 1797 se votó una ley que le desmonetizaba; en adelante no tendría ya curso forzoso, y sería reemplazado, a razón del 1 por 100, por unos bonos admisibles en pago de bienes nacionales, pero sin valor monetario. En resumen, 45.500 millones de asignados se habían fundido en 2.400 millones en pagarés, que, a su vez, se habían reducido a 240.000 francos en numerario. Dadas las condiciones del cambio, un buen patriota que hubiese puesto fe en Mirabeau y Cambon y que en 1790 hubiese guardado 3.000 francos de asignados en su gaveta, se hubiese encontrado en 1797 con veinte sueldos por todo capital.

A partir de este momento, se transforma por completo la política financiera del Directorio, sin dejar de ser desacertada e insoportable. Hasta entonces había gemido bajo el peso de un papel superabundante y desprovisto de valor; ahora iba a agotarse en la rebusca de un numerario carísimo y difícil de encontrar. Jamás tomó carácter tan áspero la lucha entre

el Fisco y los contribuyentes; jamás fué la autoridad más ávida, más insaciable, más tiránica; jamás la exacción de impuestos se realizó con tanta dureza; y si Francia no sucumbió fué debido a la suerte de que la administración era aún débil e incoherente.

En esta guerra de desgaste había de llevar siempre ventaja el público, cuya obstinada mala voluntad desafiaba todas las medidas de rigor. Por ello, el Directorio se ve precisado a recurrir con frecuencia inusitada a operaciones de crédito; pero como inspira muy poca confianza, no encuentra más que prestamistas de menor cuantía, abastecedores turbios, usureros, agiotistas, y otros malhechores financieros. Estos empréstitos, como los contratos de suministros militares, son un pretexto inagotable para comisiones, corretajes, primas y derroches de todo género. El ministro de Marina, Truguet, que necesita fondos para sus servicios, se hace adelantar 420.000 francos por unos tratantes de cereales, y, en cambio, acepta letras por el doble de aquella suma; así, los 420.000 fr. de Truguet cuestan 840.000 a la República. Y cuando dan ejemplo los ministros, los demás lo siguen; todo el mundo mete la mano en las cajas del Estado, sin preocuparse lo más mínimo de las normas, ni de la contabilidad; lo mismo los generales para sus ejércitos, que los magistrados locales en sus departamentos. De alto a bajo de la escala no hay, al decir del representante Gibert-Desmolières, «más que imprevisión, desorden y vergonzosas dilapidaciones».

Los sufrimientos del país son mayores que nunca. Para pintarlos, habría que reproducir de nuevo el cuadro de la miseria pública en el período siguiente a thermidor, intensificando sus sombras hasta la crueldad. Con ello, el comunismo, que creían ya muerto, renace con un vigor alarmante. Graccus Babeuf lanza el *Manifiesto de los Iguales* y formula el programa de una nueva tentativa de socialización; engrosado por jacobinos exasperados, por obreros desgraciados, por modestos burgueses empobrecidos, el partido crece rápidamente. Como ocurre en toda empresa revolucionaria, no tarda en hallar comanditarios acaudalados: el ex marqués de Antonelles, el ex parlamentario Lepelletier, el príncipe alemán Carlos de Hesse,

millonarios los tres. Bien provisto de dinero, Babeuf tiene sus periódicos y su club; se dice que las tropas de la policía están ganadas a su causa. Su propaganda va siendo tan amenazadora, que el Directorio se ve en el caso de clausurar el club por la fuerza, y tras un complot, más o menos urdido por agentes provocadores, hace, al fin, detener a Babeuf y sus cómplices (3 marzo-10 mayo 1796).

En esta confusión, es natural que el Directorio haya considerado que la única garantía de subsistencia para él, estaba en la guerra; en primer término era el medio mejor de ocupar a los generales y a los soldados, de los que no se sabía qué hacer en el interior; después, en caso de victoria, significaba enormes recursos de contribuciones forzosas y de saqueos.

Carnot, que había recobrado su papel de organizador de la victoria, concibió un vasto plan de campaña contra Austria. Marcharían tres ejércitos sobre Viena; los dos primeros por el valle del Danubio, el tercero por la Italia septentrional. Moreau y Jourdan, con el ejército del Rhin y el del Sambre-et-Meuse, formarían uno de los brazos de la tenaza, y el otro estaría formado por el ejército de los Alpes. ¿Quién habría de mandarlo? No podía pensarse en Hoche, a la sazón ocupado en la Vendée, ni en Pichegru, sospechoso de traidor, ni en Schérer, evidentemente incapaz.

Carnot y Le Tourneur querían un jefe resuelto y maniobrero. La Revellière un anticlerical, Barrás un complaciente, Reubell un hombre de presa, capaz de organizar una *razzia* de millones. Se pusieron de acuerdo para designar a Bonaparte. La elección produjo escándalo; Bonaparte no tenía en su activo más que la victoria del 13 vendimiario, y se murmuró que este general de la calle debía la designación a su prometida Josefina de Beauharnais, que gozaba del favor de Barrás.

Cien veces se han descrito los comienzos de Bonaparte: el matrimonio ultimado a escape, la partida inmediata, conquistados los soldados, establecida la disciplina, domados los generales, las proclamas vibrantes como clarines y, de repente, el trueno de la victoria, Montenotte, Millesimo, Dego, los piamonteses envueltos, los austriacos derrotados, la toma de Turín, el Adda franqueado por Lodi, Lombardia consquistada en tres días, Milán entregándose en una embriaguez de triunfo (abril-mayo 1796).

Luego, el sitio de Mantua. Cuatro ejércitos austriacos bajan de los Alpes en socorro de la famosa fortaleza; el primero, dispersado en tres días (Castiglione-5 agosto); el segundo, atacado por la espalda, perseguido y desbaratado (4-5 septiembre); el tercero, tomado de revés y rechazado (Arcole-15-17 noviembre); el último, destruído o capturado, una columna tras otra (Rívoli-14 enero 1797). Mantua se rinde el 2 de febrero.

Tercer episodio: la marcha sobre Viena. Bonaparte fuerza los pasos del Piave y Tagliamento, se apodera de los puertos de Tarvis y Neumark y lleva sus vanguardias hasta el Semmering, a cien kilómetros de la capital de Austria. Desde allí ofrece al archiduque Carlos un armisticio, transformado muy luego, en Leoben, en preliminares de paz (18 de abril).

En el tomo segundo de la *Historia contemporánea* de M. Ernest Lavisse, M. Pariset ha puesto por título a su relato de la campaña de Italia: *La emancipación política de Bonaparte*. Muy justamente; en un año, el oficialito corso que había medrado a la sombra de Barrás, y bueno para todos los menesteres, se ha convertido en el mejor general de Europa, y, además, en la personalidad más pujante de la República. Los Directores que lo han nombrado se ven obligados a soportarlo: por dos o tres veces, espantados de su creciente popularidad, han intentado imponerle un colaborador, que fuese al mismo tiempo un vigilante; otras tantas ha contestado ofreciendo su dimisión, y los Directores se han visto obligados a retroceder. Idolo del ejército y del país, realzado, además, por los fracasos de Jourdan y Moreau en Alemania, se sabe indispensable y se aprovecha de ello. Tiene su diplomacia, su hacienda, su corte; organiza a su gusto los territorios conquistados; trata de igual a igual con los príncipes y los reyes. Pudiera decirse que él solo es el Gobierno entero.

Desde el mes de septiembre de 1796, el general Petiet, ministro de la Guerra, dice en un informe oficial sobre el ejército de Italia: «Como este ejército se ha puesto pronto en condiciones de bastarse a sí mismo, han cesado todas las rela-

ciones entre él y yo..., y a pesar de las cartas apremiantes que he escrito, no he podido obtener del General en jefe, ni del jefe de Estado Mayor, ni del Comisario ordenador, informe alguno sobre el estado del servicio...» En 1797, Bonaparte se molesta aún menos. Tira al cesto las instrucciones que le envían de París, manda a retaguardia al general que debía acompañarle en las negociaciones de paz, trata por su cuenta con el archiduque; paralizado por un armisticio, precipita la ofensiva de Hoche en el Alto Danubio y concierta los preliminares de Leoben sin consultar con nadie, como un *condottiero*.

El emperador reconoce a Francia la frontera del Rin y abandona todas sus posesiones italianas. En cambio, se suprime la República Veneciana; Venecia y los Estados de tierra firme quedan anexionados a Austria, y las islas Jónicas, a Francia. El Milanesado, la Lombardía, el ducado de Módena y la Romagna forman un solo Estado, la República Cisalpina, a la que Bonaparte dota de una primera Constitución, calcada de la francesa. Un poco más tarde, transforma igualmente la República de Génova, rebautizándola de República Ligúrica. No es, todavía, dictador en Francia, pero es ya dictador en Italia.

Por grande que fuese su prestigio, sorprende, sin embargo, que los directores hayan soportado sus continuas usurpaciones sin decir palabra. Pero se explica esta resignación, porque en el punto principal ha realizado —con creces— las esperanzas depositadas en él: ha entrado a saco en la llanura del Po, y los millones afluyen a París. Para obtener la paz, Cerdeña da tres; Parma, dos; Plasencia, diez; el Papa, treinta. Un día, en Livorno, Murat acopia doce millones en mercaderías. Otras veces son cuadros, estatuas, objetos preciosos, la orfebrería de las iglesias. Bajo esta lluvia de oro, el Directorio acalla sus rencores, embolsa, y da las gracias. «Sois el héroe de toda Francia... Tenéis la confianza del Directorio; los servicios que a Diario prestáis os dan derecho a ella; las *sumas considerables* que la República debe a vuestras victorias, prueban que os ocupáis a la vez de la gloria y de los intereses de la Patria...» Entre el general faccioso y el Gobierno sin blanca, se crea de este modo una situación extraña: el general nutre al

Gobierno, y éste avala la política del general. En adelante, tocar al Directorio es amenazar la independencia de Bonaparte. Desaprobar las modificaciones territoriales ideadas por Bonaparte, es querer cortar los víveres al Gobierno. Quiera o no quiera, Bonaparte viene a ser —al menos provisionalmente— el más firme sostén de un Gobierno al que escarnece sin cesar. En la crisis política que va a iniciarse, el ejército estará con los revolucionarios, contra las gentes de orden.

Cuando decimos: la crisis que va a iniciarse, empleamos una expresión impropia. En realidad, la crisis se abrió al día siguiente de thermidor; desde ese momento es absoluta la oposición entre los revolucionarios, que se aferran al poder, y Francia, que reclama hombres nuevos. Una vez ha manifestado el país el desprecio en que tenía a los antiguos convencionales; a pesar del decreto de los dos tercios, en las elecciones de 1795, en lugar de elegir entre ellos los 500 legisladores previstos, no designó más que a 255, y los otros tuvieron que ser nombrados por la Convención misma. Aun estos 255 son los más señalados antijacobinos: Lanjuinais, elegido por 73 colegios, Boissy d'Anglas, por 72; Pelet, por 71; Thibaudeau, por 32. En cuanto a los 250 del nuevo tercio, son moderados de 1791 o liberales de 1789: Mathieu Dumas, Vaublanc, Dupont de Nemours, Barbè-Marbois, Tronson de Coudray. París nombra a un familiar de Luis XVI, Pastoret, y a un antiguo abogado general del Parlamento, Dambray; Versalles, dos abogados del rey en el proceso de enero, Tronchet y De Sèze.

La quiebra del asignado, la caída del nuevo papel, la amenaza comunista, la algarada promovida en el campamento de Grenelle por los amigos de Babeuf, todo ello aceleró aún el movimiento hacia la derecha. Renace el catolicismo, regresan los sacerdotes deportados, reforman su iglesia los constitucionales, la propaganda monárquica se intensifica. Los toques de campanas están prohibidos, pero los templos están llenos y los cultos no se interrumpen. Sin que abiertamente se haya planteado la cuestión de una restauración monárquica, la masa vuelve insensiblemente a los hombres y a las ideas de antaño. Aparte de algunos majaderos, nadie anhela el retorno, pura y simplemente, al antiguo régimen; pero todo el mundo aspira a la calma, a la seguridad y a la paz, a todos los humildes y

apreciados bienes que hacen posible la vida y que la realeza había asegurado.

Las elecciones de marzo y abril de 1797 fueron un desastre para el Gobierno. De los 216 convencionales que formaban el tercio saliente, sólo trece lograron ser reelegidos, y dos de ellos por asambleas ilegales. Los nuevos electos eran todos adversarios del régimen, de las leyes y de los hombres de la revolución. Si el país no sabía exactamente lo que quería, por lo menos decía claramente lo que ya repugnaba.

El cambio de la mayoría apareció en cuanto se reanudaron las sesiones. Designado por sorteo Le Tourneur como director saliente, los dos Consejos eligieron para sucederle al negociador de los tratados de Basilea, Barthélemy, cuyas opiniones monárquicas eran bien conocidas. Barthélemy tuvo en los «Quinientos» 309 votos, de 458 presentes, y en los «Ancianos», 138 de 218. Inmediatamente formularon los Consejos su programa. En el interior: paz religiosa, restauración financiera, estrecha fiscalización del Tesoro público, renovación de las administraciones. En el exterior: paz general, fin de las aventuras, condenación del imperialismo y de la propaganda.

Hay evidente trabazón entre las dos partes del programa; imposible restablecer la Hacienda, sin renunciar al mismo tiempo a la guerra. Para reconstituir su economía, el país necesita de todos sus hijos.

Por otra parte, con un Gobierno inseguro y desprestigiado, se está a merced de cualquier revés; y es absurdo hacer conquistas cuando se carece de medios para conservarlas. ¿Qué importa que la Italia del Norte esté cubierta de Repúblicas aliadas, si en París no hay pan, y si a la primera conmoción todo ello vendrá abajo como un castillo de naipes?

Todo el plan es perfectamente sensato; pero, a despecho de su reciente victoria electoral, los Consejos están incapacitados para realizarlo. De los cinco Directores, en efecto, no pueden contar más que con Barthélemy, y éste es un hombre retraído, tímido, habituado a las discusiones corteses de las cancillerías, inhábil para las intrigas parlamentarias e incapaz de resoluciones audaces. Cierto que le apoya en la mayor parte de los casos Carnot; pero Carnot sigue siendo republicano y conserva rencor a los moderados por no haber elegido, en vez de Barthélemy, a Cochon, jacobino arrepentido y funcionario enérgico.

En segundo lugar, la misma mayoría está dividida. En la extrema derecha se agrupan una veintena de diputados realistas en torno a Imbert-Colomés, Pichegru y D'Andrè, antiguo consejero, este último, del Parlamento de Aix; son gente decidida que no se paran en la elección de medios, tienen una organización militar embrionaria y han puesto todas sus esperanzas en un golpe de fuerza. La masa del partido los tiene por exaltados y soporta mal sus proposiciones incendiarias. Los personajes respetables que forman lo que hoy llamaríamos centro-derecha, proclaman solemnemente no sentir prevención hostil a la República, repiten, en cuanto se les presenta ocasión, que permanecerán dentro de la legalidad, y, con un candor inefable, creen desarmar a los antiguos proveedores de la guillotina, presentando proposiciones de censura y órdenes del día en que se manifiesta la desconfianza. Por último, a la izquierda de los conservadores flotan un centenar de convencionales, muy de vuelta ya, pero hostiles a una reacción más intensa, por temor de ser sus víctimas. Entre estas tres fracciones, podía existir algún vago acuerdo intermitente; pero ninguna cohesión verdadera.

Barrás y Reubell se consideraban en especial peligro por razón de sus dilapidaciones y de su pasado. Manejando el peligro clerical, ganaron a Le Révellière, que no era un mal hombre; pero que por ser creador de una religión laica, la teofilantropía, veía en cada sacerdote un enemigo personal. Y, por último, alarmaron a los generales haciéndoles ver que el fin de la guerra era también el término de su gloria, de su mando, de sus ambiciones.

En julio, Hoche, nombrado ministro de la Guerra, destaca una división del ejército del Sambre-et-Meuse y la dirige sobre París. Un artículo de la Constitución impedía el tránsito de tropas a menos de 60 kilómetros del lugar en que el Cuerpo Legislativo celebrase sus sesiones. Conocedores de la llegada de Hoche, los «Quinientos» pidieron explicaciones al Directorio; Barrás, que lo había maquinado todo, sin prevenir a Carnot, que era el encargado de los asuntos militares,

viendo descubierto su juego, no insistió; las tropas se alejaron del límite constitucional, y Hoche, que no tenía la edad requerida para ser ministro, presentó su dimisión.

No era más que aplazar el asunto; Bonaparte se ofreció para reemplazar a Hoche. En una proclama dirigida al ejército con ocasión del 14 de julio, había afirmado una vez más su lealtad republicana, y a instigación suya los regimientos a sus órdenes habían suscrito mensajes muy violentos, en los que aseguraban al Directorio su completa adhesión: «Hombres cubiertos de ignominia, saturados de crímines, se agitan y conspiran en París, cuando nosotros hemos triunfado a las puertas de Viena... Nosotros fiábamos en las leyes, y las leyes se callan... Es necesario que los ejércitos pacifiquen a Francia.»

Mientras los graves señores de la mayoría pierden el tiempo en charlas y recriminaciones, Barrás concentra treinta mil hombres cerca de París, y Bonaparte le da a Augereau para mandarlos. Conocedores de estos preparativos, los Consejos no tienen siquiera la entereza de decretar la acusación del que intenta un golpe de Estado. El 4 de septiembre de 1797 (18 fructidor), hacia las tres de la mañana, quedan cercadas las Tullerías, y cuando los diputados, apresuradamente convocados por sus presidentes, se disponen a celebrar sesión, quedan cogidos como en una ratonera. A la una, los emisarios del Gobierno reunen a los miembros de la minoría y les hacen aprobar la operación. Los decretos de 18 de fructidor anulan las elecciones en 49 departamentos; 198 diputados, que llevan por lo menos cuatro meses de ejercicio, son invalidados; 165 ciudadanos, entre ellos dos directores y 63 diputados, son deportados. Se pone de nuevo en vigor la legislación terrorista contra los emigrados y los sacerdotes; la prensa queda por un año bajo la vigilancia de la policía; los periódicos de la derecha quedan suprimidos y sus redactores son enviados a presidio.

En la lista de proscritos figuraban realistas y republicanos. Se hubiera dicho que estaban elegidos, no por sus opiniones, sino por su honradez. Figuraban en ella Carnot (que felizmente se había escapado), Barthélemy, Jordan, Tronson du Coudray (que iba a morir en la Guayana) Barbé-Marbois, Simeon, Mathieu-Dumas... Para sustituir a Carnot y Barthélemy, el residuo del Parlamento designa a Merlin (de Douai) y a François (de Neufchateau).

Desembarazados de la opinión, los Directores y Bonaparte se apresuran a sacar partido de su victoria. El 30 de septiembre, el ministro de Hacienda, Ramel, promulga una ley que reduce en dos tercios la Deuda pública; era una bancarrota de 2.000 millones. El 17 de octubre siguiente, los preliminares de Leoben se transformaban, en Campo-Formio, en un tratado definitivo; era el reconocimiento del proconsulado napoleónico.

Barrás y Bonaparte se habían portado como asociados leales. Pero, ¿cuánto tiempo iría a durar su connivencia?

CAPITULO XVI

Brumario

Desde thermidor, el Gobierno de Francia era presa de una banda completamente separada, no sólo del grueso de la nación sino de la misma minoría revolucionaria. Sin otra representación que la suya propia, los directores y sus secuaces se habían instalado en el poder como en una plaza fuerte; pero cuando hubieron de pedir socorro para intentar una salida, se vió tan claramente su flaqueza, que, habiendo diezmado a la derecha el 18 de fructidor, se vieron desde el día siguiente arrastrados hacia la extrema izquierda.

Después del golpe de Estado han suspendido o depurado las administraciones departamentales, han destituído a la mitad de los jueces, creado tribunales de excepción, renovado el personal de ministerios y embajadas; todos estos puestos corresponden ahora a los antiguos jacobinos. La Convención, moribunda, había prohibido el acceso a los cargos públicos de los reaccionarios y moderados; la ley queda en vigor nuevamente. Los sacerdotes han de prestar juramento de fidelidad a la República y de odio a la realeza; los que se nieguen a ello, son deportados. Los emigrados repatriados y no admisibles, tendrán que regresar al extranjero en el plazo de quince días, so pena de comparecer ante una comisión militar para ser fusilados. En un año son enviados a la Cayena 1.448 sacerdotes franceses y 8.235 sacerdotes belgas. Gran número de nobles que no habían salido nunca de Francia, pero que habían sido inscritos oficialmente en las listas de emigrados a fin de

confiscar sus bienes, logran escapar al fusilamiento abandonando precipitadamente familia y patria.

Es el Terror; pero el Terror manejado por hipócritas. Al menos, la Convención había levantado el cadalso en pleno centro de París. El Directorio, cuando fusila, lo hace a escondidas, en Grenelle. Además, no se atreve a volver a la guillotina, porque le espanta la vista de la sangre. A las ejecuciones públicas que suscitan disgusto e inspiran piedad, prefiere la agonía lejana de las fiebres tropicales. No mata; hace morir.

Los primeros deportados son 18, entre los que figuran el director Barthélemy, negociador del tratado de Basilea; el general Pichegru, conquistador de Holanda; el presidente de los «Quinientos», Barbé-Marbois, y el de los «Ancianos», Laffont de Ladebat. Los encierran en jaulas rodantes, sin ballestas, enrejadas por la parte superior, y con una puerta lateral que se cierra con candado. Cuando llueve, el agua corre por el interior; a cada sacudida, los ocupantes van de una pared a otra. Llegan a Rochefort llenos de magulladuras y medio muertos de fatiga. Se les conduce en un barco de presidiarios, cuyas celdas son infectas, y en el que no se les conceden más que dos horas de aire exterior cada día; por último, les reducen las raciones. Para los condenados del año siguiente, religiosos y periodistas, se restablece la cadena de forzados, es decir, el convoy a pie y con cadenas hasta Rochefort; y luego las bodegas, el calor, las epidemias. De 193 deportados conducidos por la «Décade», sucumben 156; de los 120 de la «Bayonnaise», 119. Cuando los cruceros ingleses impiden los transportes, se amontona a las víctimas en las casamatas de las islas de Ré y de Oléron y se les deja pudrirse entre porquería.

Los directores no persiguen a los sacerdotes sino para herir mejor a la religión. Son logreros, pero son también doctrinarios y están más aferrados a sus doctrinas, porque son un medio de sustraerse al desprecio íntimo de su propio pensamiento. No tienen ilusión, ni respecto a la vida que llevan, ni respecto al régimen que han creado, ni sobre el personal de que se valen. Pero en el fangal en que se hunden, quieren guardar unas briznas de ideal; liberan el espíritu humano, establecen una moral racional; es aún algo del ensueño revolucionario, y al servirlo parecen afirmar la fidelidad a su juventud, parecen

conducirse como teóricos, como filósofos. Anhelan que se los tache de sectarios, de iluminados, de fanáticos; quizá así se olvidarán de llamarles corrompidos.

Los curas constitucionales habían creído escapar de la persecución mediante una sumisión política; falsa esperanza y mal cálculo. El obispo Gregorio, *Gregorio primero de París*, es tan infamado como pueda serlo el Papa Pío VI, *Pío último de Roma*. Los que juran lo mismo que los refractarios, quedan confundidos en la misma calificación de beatos y de nada valen las protestas.

El decreto directorial de 3 de abril de 1798 prescribe la estricta observancia del calendario republicano como una de las medidas más adecuadas para «hacer olvidar los últimos vestigios del régimen real y sacerdotal». Nada, pues, de domingos, ni de fiestas de guardar, fuera de los aniversarios republicanos, 21 de enero, 14 de julio, 10 de agosto..., descanso obligatorio en las décadas para todos los ciudadanos, ceremonias en cada una de ellas, presididas por las autoridades y obligatorias para los niños de las escuelas, prohibición de celebrar matrimonios civiles en ocasión distinta de los fines de fiesta decenales. Durante dos años, el Directorio se empeña —a pesar de las burlas y de la resistencia —en imponer esta religión sin Dios, que nadie quiere.

Cuando el país entero estaba atormentdo por la sed de lo absoluto y por la inquietud del más allá, los sermones cívicos recitados por las autoridades cantonales, eran —aun con acompañamiento de órgano— derivativos bien mediocres. Sin embargo, se hubieran contentado con reírse de ellos, si no hubiesen sido acompañados de absurdas vejaciones. Para impedir a los católicos practicar la abstinencia de carne, se prohibe la venta de pescado en los días de ayuno; en cada década, destacamentos de policía recorren los campos para obligar al descanso a los trabajadores. En el cantón de Marrosque hacen fuego sobre los aldeanos ocupados en la tierra; en Ile-et-Vilaine, imponen una multa a una anciana de ochenta y dos años por hilar su rueca a la vista de la calle. Las tiendas no pueden abrirse en las décadas, ni cerrarse en los domingos. En Strasburgo, son procesados 350 hortelanos por no haber concurrido al mercado un ex domingo,

El furor de intervenir en las ideas y en las costumbres se lleva al extremo de establecer la censura sobre la prensa y sobre el teatro; el repertorio es depurado, modificados los nombres de los personajes, los emperadores de tragedia trocados en magistrados republicanos. Una vez impuesta a los espíritus una librea revolucionaria, por un momento se piensa en imponerla a los cuerpos; David propone y dibuja un uniforme de ciudadano, que no se atreven a adoptar; pero hacen obligatorio el uso de la escarapela tricolor.

Y aún no es bastante. El partido revolucionario exige el completo retorno al régimen de Robespierre, lo mismo en el aspecto social que en el político, y como en la primavera del año 1798 deben verificarse elecciones, espera obtener la mayoría en los Consejos, explotando para ello la exasperación general.

Tras el peligro de derecha, el de izquierda. El Directorio no pierde el tiempo en filosofar sobre este juego de péndulo que le es familiar; designa oficialmente sus candidatos, les apoya con una presión desvergonzada, suprime los periódicos que les combaten, y por más precaución decide que de la validez de las actas juzguen, no los hombres de la nueva legislatura, sino los de la antigua; es decir, que los nuevamente elegidos serán juzgados por los mismos a quienes han combatido.

Como los proscritos de fructidor no fueron reemplazados, ya no es un tercio el que se cubre, sino más de la mitad: 637, de 750 puestos. A pesar de las amenazas y de las trampas, los escrutinios fueron para el Gobierno una catástrofe; bien advertidos de la inanidad del régimen electivo, los moderados se abstuvieron en masa. En casi todas partes, las asambleas primarias estuvieron compuestas de terroristas, y cuando se hubieron terminado los últimos escrutinios, pudo comprobarse que iban a instalarse en los Consejos trescientos *anarquistas*. No se hizo esperar la respuesta. François (de Neufchateau), director saliente, no debía cesar hasta después de instaladas las nuevas Cámaras; pero dejó el cargo un mes antes, y los antiguos eligieron para sucederle a un burgués enérgico: Treilhard. Además, emprendieron el examen de actas, encontrándolas plagadas de ilegalidades, por lo que el 11 de mayo anularon las de 98 diputados, de cuyos puestos asignaron 45 a sus amigos, dejando sin proveer los demás. Para apreciar como es debido la belleza de esta operación, hay que recordar que, dos meses antes, se había celebrado con gran pompa la fiesta de la Soberanía del Pueblo.

El 22 de floreal (11 de mayo) valió al Directorio un año de respiro; pero, aunque atenuó el empuje de la izquierda, no lo anuló. Los jacobinos continuaron su campaña en el país, y como advirtieron que el programa ***babouvista*** era más impopular que nunca, cambiaron rápidamente de consigna, sustituyendo el ***guerra a los ricos***, por el ***guerra a los corrompidos***, campaña hábil, susceptible de agrupar bajo la misma bandera a los descontentos de todos los partidos. Además, la mina era inagotable, y no había que temer llegasen a faltar argumentos.

En vehementes discursos, fueron entregados a la pública condenación los enriquecidos con la guerra, los contratistas del Estado, los ***buitres***, los ***vampiros***, las ***sanguijuelas del pueblo***, los ***Venes modernos***. El déficit fué presentado como el resultado de malversaciones y los Directores denunciados como cómplices y agentes de banqueros y ladrones. Una comisión nombrada para investigar hechos inmorales, redactó un informe amenazador: «No existe parte alguna de la Administración pública en que no hayan penetrado la inmoralidad y la corrupción... Prolongar la indulgencia, nos haría cómplices de los hombres a quienes acusa la opinión pública. Estos hombres, cuya colosal fortuna atestigua los infames medios de que se han valido para adquirirla, serán alcanzados en lo alto de sus carruajes suntuosos y precipitados en el abismo del público desprecio.»

La táctica de los jacobinos fué coronada por el éxito. En las elecciones del año VII (marzo-abril 1799) se sumaron los votos de los católicos y moderados, que no pudiendo sacar sus candidatos, aseguraron, por odio al Gobierno, el éxito de los *anarquistas*. La ola era tan fuerte, que el Directorio no se atrevió a repetir la maniobra del año anterior; los trescientos nombrados tomaron asiento en las Cámaras el 20 de mayo y sus actas fueron declaradas válidas. Esta vez quedaba derribada la mayoría, y se tuvo la impresión de que iba a saltar todo el Directorio.

De los cinco, sin embargo, hay que poner aparte al ex

abate Siéyès, a quien sacaron de la embajada de Berlín para reemplazar a Reubell. Apóstata y regicida, no le falta ninguno de los estigmas del revolucionario de primera línea; como ha sabido callar y soterrarse durante la Convención, no está comprometido con los comunistas; y como no ha participado del poder desde hace cuatro años, disfruta del prestigio de los que tienen la habilidad de hacerse desear. Según la frase de Albert Vandal, su reputación se acreció con todo lo que no hizo. Su silencio parece preñado de ideas, y cuando habla es un oráculo. Desde la muerte de Condorcet, la República no tenía ya filósofo; Siéyès ocupa la vacante. Es misterioso, profundo, ininteligible. Todos los partidos se lo disputan y quieren apropiarse la Constitución que trae en su cabeza. Luego, afecta no congeniar con sus nuevos colegas, y cuando desciende a nombrarlos, lo hace con un desdeñoso menosprecio.

Aparte, también, el vizconde Paul de Barrás. Es el corrompido por excelencia; pero es inteligente. Le gusta presumir de espadachín y de cuando en cuando arrastra con ruido el sable de thermidor; pero necesita demasiado de la República para no poner su sable al servicio del más fuerte.

El 16 de junio, los Consejos declaran la sesión permanente e inician la ofensiva contra el Ejecutivo. Habiéndose apercibido de que la elección de Treilhard no era regular, se le rogó que levantase el campo y Barrás se encargó de convencerlo; no fué largo: sin decir palabra, Treilhard agarró su paraguas y se fué a su casa de la calle de Masçons.

Quedaban La Reveillière y Merlin; el 18, una moción de los «Quinientos» los declaraba expresamente indignos de ocupar cargos públicos. Hubo entonces entre los Directores una escena muy violenta, con voces y palabrotas, porque las dos víctimas no querían irse; Barrás y Siéyès se esforzaban en meterles miedo, sin conseguirlo, hasta que al fin, amenazándoles con un decreto de acusación, se resignaron a presentar su dimisión, aunque protestando de que la firmaban coaccionados.

Había que reemplazar a los salientes. Siéyès hizo elegir a tres nulidades, a las que esperaba dominar fácilmente: Gohier, que había sido ministro de Justicia bajo la Convención; Roger-Ducos, antiguo juez de paz en Dax y antiguo convencional, y, por último, el más desconocido de los generales: Moulins, que había obtenido su grado como ayudante de Santerre (18 junio-30 prairial). Los Ministerios y el Estado Mayor fueron depurados; expulsaron de ellos a los logreros más notorios, sustituyéndolos por supervivientes de la Montaña. Robert Lindet, un aparecido, quedó en Hacienda, Bernardotte y Marbot, conocidos por sus ideas exaltadas, tomaron la cartera de Guerra y el mando militar de París, respectivamente.

Los jacobinos reconstituyeron su club, con el nombre de *Sociedad de los amigos de la Igualdad y de la Libertad* y el Gobierno les cedió como local para sus reuniones la sala del Picadero; aquella misma donde se habían albergado la Constituyente, la Legislativa y la Convención en sus comienzos. Los nuevos jacobinos ardían en deseos de mostrarse dignos de sus antecesores; sus sesiones y sus discursos no fueron más que apelaciones a la venganza y al asesinato. Uno pedía la inmolación de 50.000 burgueses a los manes de Robespierre y de Babeuf; otro, el restablecimiento de las leyes revolucionarias sobre el comercio y sobre la propiedad; otro, la restitución de las funciones de vigilancia y policía a las sociedades populares. De provincias anunciaban que los «hombres sanguinarios» salían de sus guaridas y reaparecían en plan provocador. ¿Volvería a verse también la guillotina? Los *anarquistas* iban a hacer deseable la vuelta de los *corrompidos*.

Después de la renovación del Directorio, los Consejos estuvieron aún diez días en sesión permanente, y antes de separarse adoptaron dos leyes de gravedad excepcional (28 junio). La primera prescribía la movilización de todas las quintas que no habían sido totalmente incorporadas; la segunda disponía, con el nombre de empréstito forzoso, una leva de 100 millones sobre los capitales. Dos semanas después (12 julio), la ley de rehenes resucitaba a los comités revolucionarios, encargándoles de formular en cada municipio las listas de aristócratas y de parientes de los emigrados, que en adelante serían considerados como responsables de los asesinatos de *patriotas* en los departamentos perturbados; por cada

patriota asesinado serían deportados cuatro rehenes, y en caso de robo o saqueo, ellos pagarían la indemnización.

Una cosa es votar leyes, y otra es aplicarlas. El país, que presencia sin decir palabra los golpes de Estado de la derecha y de la izquierda, está igualmente cansado de la política y de la guerra. Reanimado un momento por las victorias de 1796, ha vuelto a caer en la indiferencia; nadie quiere ser soldado. La quinta es recibida con una hostilidad casi general, y los reclutas se reunen en bandas armadas, que hacen frente a los agentes del Gobierno. En el Oeste despiertan los Chuanes; hay nueve departamentos en insurrección latente. Las ciudades muradas y guarnecidas como en la época feudal, pertenecen al Gobierno; pero el campo es de los Blancos, que —presentes en todas partes y en todas incoercibles— dominan por medio de sorpresas y emboscadas. Al principio son atentados aislados, casas incendiadas, gendarmes muertos; poco a poco van engrosando las partidas y los desórdenes se extienden. Cerca de Vitré un carruaje público custodiado por 125 soldados es detenido y la escolta dispersada. En Argentré, sobre un destacamento de tropas de línea, hacen fuego a quemarropa y lo obligan a darse a la fuga. De Blois, de Chartres, de Caen, de Evreux, señalan la presencia de grupos. En Rouen hay manifestaciones callejeras al grito de ¡Vivan los chuanes! ¡Abajo los jacobinos! Todo el Mediodía es presa de una guerra civil difusa y extensa que renace sin cesar. *Compañeros de Jehu,* bandidos, desertores, emigrados, forman una tropa heterogénea que roba y mata. ¿Dónde comienza el monarquismo? ¿Dónde acaba? ¿Cómo distinguir el bandolerismo profesional del bandolerismo político? Lo único que en esta anarquía general aparece claro es la quiebra de la autoridad. El 5 de agosto, Toulouse queda súbitamente cercada por 15 ó 20.000 rebeldes, y se salva merced a los refuerzos enviados a marchas forzadas desde Auch; hubo allí verdaderos combates, y durante algunos días pudo temerse un alzamiento general. Después volvió a disgregarse el movimiento de revuelta.

La leva de capitales tropezó con una resistencia menos ruidosa, pero no menos obstinada. Los contribuyentes eran elegidos por jurados departamentales y fijadas sus cuotas con arreglo a las rentas supuestas y según escala progresiva. Se recargaba el impuesto en una mitad para los solteros y viudos sin hijos, y se duplicaba para los ex nobles y se triplicaba para las familias de los emigrados. Los jurados se reclutaban entre los ciudadanos no afectados por el empréstito que se distinguiesen por su *patriotismo* y su adhesión a la Constitución del año III, cosa poco tranquilizadora. De hecho, más que las riquezas fueron las opiniones políticas las que sirvieron de base para designar a los contribuyentes; en el ánimo de los jurados, no se trataba de salvar la Hacienda del Estado, sino más bien de arruinar a los moderados y a los monárquicos. Bases reales del reparto fueron los resentimientos personales y las denuncias anónimas. Hubo además enormes tonterías: un niño de seis años, nacido por consiguiente tres años después de la abolición de los títulos, fué calificado de ex noble por el jurado de Beauvais e inscrito como contribuyente. Pero los jurados no eran incorruptibles; los grandes contratistas hallaban argumentos adecuados para convencerlos; los más hábiles supieron disimular; otros se arreglaron para ser declarados en quiebra y dejaron al Estado debatirse con sus acreedores, verdaderos o falsos. Por último, algunos se declararon en franca rebeldía. Albert Vandal refiere esta anécdota que circuló a propósito del especulador Collot: le fijaron una cuota exorbitante y ofreció 50.000 francos; el jurado los rehusó, pretendiendo que era poco: «¿No los quieren ustedes? —respondió Collot—; pues se quedarán sin nada.» Dos meses más tarde, este mismo Collot será el principal comanditario del golpe de Estado bonapartista.

De un día para otro, todos los ciudadanos que se consideran posibles contribuyentes reducen su tren de vida; desaparecen criados, coches y caballos. El consolidado baja un cuarto, las ventas de inmuebles se paralizan, los ingresos procedentes de registros se reducen a nada, y los negocios, que ya languidecían, se enrarecen más. En definitiva, la operación produce poco y hace perder mucho; se recogieron 10 millones de francos, y este mísero ingreso fué compensado con exceso por el descenso de todos los demás impuestos.

En cuanto a la ley de rehenes, el fracaso fué aún más completo; no solamente exasperó a los departamentos occidenta-

les y provocó su insurrección, sino que produjo tal indignación, que, si ha de creerse a Gobier, no hubo siquiera un solo rehén deportado.

Los jacobinos habían alarmado al país estérilmente; una vez más, su programa parecía impracticable... Pero a los daños que habían causado ya, amenazaban sumarse otros, y en primer término el más terrible de todos: la invasión.

Después del tratado de Campo-Formio, el Directorio había continuado su política de rapiñas y revoluciones. Holanda y Suiza, transformadas en repúblicas unitarias, Mulhouse y Ginebra anexionadas, el Piamonte ocupado; tal es el balance de su acción sobre el Continente. Mas si estas operaciones eran fructuosas, no eran decisivas, porque nuestro enemigo principal, Inglaterra, no quedaba afectado por ellas.

Desde hacía mucho tiempo se venía pensando en un desembarco en Irlanda. Hoche lo había intentado en 1796 sin éxito; pero no había renunciado a su proyecto, y se habían efectuado preparativos, con la idea, además, de apoyar la operación principal con una diversión sobre el Clyde. Muerto Hoche y destruída la flota holandesa en Camperdown, el Directorio volvió una vez más a la idea del desembarco, confiándolo ahora a Bonaparte. Las tropas acantonadas en el Oeste fueron concentradas con el nombre de Ejército de Inglaterra, y en febrero de 1798 Bonaparte realizó una visita de inspección por las costas. Quince días más tarde regresó con un plan de expedición a Egipto.

Siempre han parecido misteriosas las razones de este cambio. No cabe duda de que la idea de establecerse en Egipto era, ya desde Choiseul, familiar a los diplomáticos y hombres de Estado del antiguo régimen.

Talleyrand la había adoptado y sostenido en numerosas Memorias. La ocupación del istmo de Suez y del mar Rojo cortarían, decía él, las comunicaciones directas entre la Gran Bretaña y la India. El valle del Nilo constituiría una base de operaciones excelente, ya para organizar un golpe de mano sobre la India, ya para limitarse a suministrar elementos a los príncipes insurrectos que secundaban a nuestro fiel amigo Tippu-Sahib. Finalmente, en unas negociaciones de paz, Egipto podía desempeñar el papel de moneda de compensación. No era Bonaparte insensible a estas razones; pero en su imaginación de insular nutrido de estudios clásicos, el Oriente seguía siendo el país fabuloso de donde habían salido las grandes glorias y los grandes imperios. Permanecer en Francia, era ir hundiéndose en las luchas políticas, perder cada día en turbias intrigas un poco de autoridad y de reputación. Cuando el Gobierno se hacía más impopular cada vez, lo juicioso era abandonarle a su mísera suerte. En cuanto al éxito, podía contarse con que, si se guardaba bien el secreto, la expedición estaría felizmente terminada en seis meses.

A falta de otra cosa mejor, el Directorio se dejó convencer. El 19 de mayo de 1798, zarpaban de Tolón 300 buques, dirigidos por el almirante Brueys y llevando 16.000 marineros y 38.000 soldados. Bonaparte llevaba consigo 32 generales y 200 colaboradores civiles. Aún esperaban los ingleses el ataque en la Mancha, cuando estaba Malta ocupada y la flota de Brueys fondeada a la vista de Aboukir. El desembarco se realizó sin dificultad. El 2 de julio el ejército tomaba Alejandría, y el 21, al pie de las Pirámides, venían los mamelucos a estrellarse contra sus cuadros.

Era Francia vencedora desde el mar del Norte hasta el Nilo; pero aquel edificio de conquistas y de repúblicas se asentaba sobre bases en extremo frágiles; todo estaba prendido con alfileres. Para resistir, faltaba casi todo, empezando por un Gobierno, un Tesoro y una Marina.

Brueys había realizado brillantemente el transporte de las divisiones hasta Egipto; pero su flota, improvisada, no estaba en condiciones de medirse con la inglesa, y cuando Nelson le sorprendió en su fondeadero de Alejandría, no pudo hacer otra cosa que morir heroicamente sobre su buque. Todos los navíos franceses, excepto dos, fueron hundidos. Bonaparte quedaba aislado de Francia.

Este fué el primer crujido; animada con ello, Inglaterra se apresuró a renovar la coalición. Decidió primero al rey de Nápoles, alarmado por la ocupación de Roma; después, a Turquía, soberana nominal de Egipto; a Rusia, inquieta por la propaganda revolucionaria, y finalmente a Austria, deseosa de volver a entrar en Italia (diciembre 1798-marzo 1799).

Recomenzaron las hostilidades sin que hubiese sido disuelto el Congreso de Rastatt, en el que se discutía el nuevo estatuto de Alemania; los plenipotenciarios del emperador no se retiraron hasta abril; su marcha determinó la de otros diplomáticos. Los enviados franceses salían de la ciudad con sus familias, cuando fueron atacados por húsares húngaros, arrojados de los carruajes y acuchillados; dos de ellos, Bonnier y Roberjot, quedaron muertos; el tercero, Jean de Bry, sobrevivió a sus heridas. El Gobierno austriaco excusó su responsabilidad en el atentado, arrojándola sobre merodeadores indisciplinados, pero era mentira, pues la orden había partido de Viena.

Las aliados alineaban 350.000 hombres, de ellos 80.000 rusos. El Directorio, que apenas reunía 170.000, tenía que defender una frontera más dilatada en Francia, y además las repúblicas aliadas de Holanda, Suiza e Italia, que para colmo de dificultades, se conducían poco dócilmente. En Alemania, apenas había pasado el Rhin Jourdan, cuando, al avanzar, fué derrotado ya por el archiduque Carlos. En Italia lograba Championnet ocupar Nápoles, pero poco después era arrojado de allí y perdíamos además Roma y Toscana. En la llanura dél Po, Souvorof sorprende el paso del Adda, se lanza entre Macdonald y Moreau, aplasta al primero en el Trebia, obliga a retirarse al segundo y entra en Milán triunfalmente. En Holanda, Brune no logra impedir el desembarco de un ejército anglorruso. Alsacia está amenazada. Massena es el único que logra sostenerse en Suiza con tropas intactas y con buena moral.

A la vista de estos desastres, queda plenamente de relieve la incapacidad del Directorio, y la mayoría de Prairial se divide. De la izquierda más exaltada se desprende el grupo de los «políticos»; ese tercer partido que se ve aparecer siempre en nuestra historia, en épocas de perturbación, y que se forma con revolucionarios auténticos, pero vueltos a la prudencia. El centro estaba con Siéyès; sus principales miembros se reclutaban entre los «Quinientos» o en el Instituto y eran en su mayoría hombres graves, de vida sencilla y de costumbres tranquilas, que en su calidad de supervivientes o discípulos de la *Enciclopedia*, no eran, ni mucho menos, monárquicos, ni contrarrevolucionarios; por el contrario, su única ambición era salvar los principios revolucionarios de la catástrofe que amenazaba devorarlos. Francia no podía ya seguir viviendo en la anarquía; si en plazo breve la República no restablecía el orden y la paz, la reacción era inevitable, y con ella la Monarquía. Para este peligro, no había más que un remedio: que la República fuese reformada por los republicanos, labor para la que no podía contarse, ni con el buen sentido ni con la buena voluntad de los Consejos. Desde thermidor, tres golpes de Estado habían modificado su constitución legal, y todas las mayorías se habían mostrado igualmente rebeldes. Por otra parte, no se trataba ya de asegurarse un Parlamento dócil, sino de imponer al país, sobre la marcha, una Constitución viable; mas, según las leyes vigentes, no hubiera podido ser aplicada sino pasados nueve años. La única solución era una solución de fuerza: un cambio preparado en el interior del Gobierno y apoyado o realizado en definitiva por el ejército. Puesto que ya se había recurrido a los generales para reducir la intentona realista de vendimiario y deportar a los diputados moderados de fructidor, sería también un general el que restituyese a la República el vigor y el prestigio.

«Busco una espada», decía Siéyès. Pero ¿cuál? Bonaparte estaba en Egipto, Carnot en Holanda; Jourdan Augereau y Bernardotte jugaban la carta jacobina. Desde Utrecht, ofrecía su servicios La Fayette; pero estaba pasado de moda. Siéyès acabó pòr elegir a Joubert, que era joven, guapo, atrevido y caballeresco. Sin duda, su gloria era aún un poco pálida; pero Siéyès hizo se le confiase el mando del ejército de Italia, en el que Moreau le acompañaría en calidad de mentor: la prudencia junto a la fogosidad. Entre los dos vencerían a Souvorof, y Joubert, aureolado por la victoria, tornaría a París e intentaría la aventura.

Joubert salió de París el 16 de julio. Siéyès, a quien la rotación establecida entre los directores convertía por cuatro meses en presidente del Gobierno, aprovechó el aniversario del 9 de thermidor para pronunciar un vehemente discurso contra la tiranía jacobina. Poco después logró de sus colegas el despido del ministro de Policía, Bourguignon, y su relevo

por el antiguo ametrallador de Lyon, Fouché. El público, mal informado, se estremeció; se equivocaba el público.

Desde hacía cinco años Fouché venía viviendo miserablemente, tanteando todos los oficios, fracasando en todas partes, rondando al poder y dispuesto a todos los menesteres, con tal de que fuesen bien pagados. En fructidor y en prairial había desempeñado un papel oculto de policía, por el cual fué recompensado con la embajada en Holanda. De allí se le hizo volver, a él, antiguo presidente de los jacobinos, para servir a la política antijacobina. No estaba mal hecho el cálculo; Fouché no se dejaba embarazar por las consideraciones filosóficas que abrumaban a los respetables miembros del Instituto que rodeaban a Siéyès. Para él, salvar la Revolución era salvar a los revolucionarios, y en primer término al revolucionario Fouché; a sus ojos, la salida normal de la crisis era un Gobierno fuerte y estable constituído por demagogos conversos, entre los cuales estuviese él. Continuar predicando la violencia a un país que no aspiraba más que a la tranquilidad, como hacían los *anarquistas* de 1799, era retrasar y comprometer aquel feliz desenlace. «¿Qué va usted a hacer en el club?», preguntaron a Fouché sus amigos, intranquilos: «Una cosa muy sencilla —respondió—; voy a disolverlo.» Y fué, en efecto, la cosa más sencilla del mundo: fué en persona al local de la sociedad, expulsó a los miembros presentes, cerró la puerta y, dejando un piquete de caballería a la entrada, se volvió plácidamente con las llaves en los bolsillos. Los augurios eran favorables. En el último momento, todo se desmoronó; Joubert fué derrotado y muerto en Novi (15 de agosto).

Siéyès no tenía ya espada; pero era tenaz, y buscó otra. Como para darle un respiro, la situación militar mejoraba de repente. Massena derrotaba en Zurich a los rusos de Korsakof, a los que la prematura marcha de los austriacos dejó aislados frente a él; luego, revolviéndose rápidamente contra Souvorof, que venía por el San Gotardo a socorrerlos, lo destrozaba junto al lago de los Cuatro Cantones, a fines de septiembre. Quince días más tarde, hacía Siéyès su elección de un nuevo soldado: Moreau, el general de las hábiles retiradas y de las operaciones desesperadas. Celebraba con él

y Baudín un primer consejo de guerra, cuando le llevaron una noticia extraordinaria: Bonaparte, dejando a su ejército en Egipto y burlando la vigilancia inglesa, acababa de desembarcar en Fréjus. «Ese es su hombre —dice Moreau—; él hará el golpe de Estado mucho mejor que yo.»

Bonaparte había sido recibido con un entusiasmo indecible, en un estrépito de músicas, aclamaciones y fiestas. Pero, para no alarmar al Gobierno y a los Consejos, tuvo en el último momento la suprema habilidad de cambiar de itinerario y de entrar en París de incógnito. Cuando se presenta en el Luxemburgo para dar cuenta de su conducta, la guardia le reconoce y grita: «¡Viva Bonaparte!».

Era, realmente, el hombre de la situación; el proyecto que después de Campo-Formio había acariciado, era ahora realizable; Francia le esperaba; no tenía más que extender la mano, y era suya.

En realidad, las cosas pasaron mucho menos fácilmente, y en poco estuvo que no fracasase todo. En primer lugar, se perdió mucho tiempo, en una ocasión en que el tiempo apremiaba. Ni Siéyès ni Bonaparte se decidían a dar el primer paso; hasta el 30 de octubre no tuvo lugar la toma de contacto decisiva, en la que mediaron Talleyrand y Roederer. En segundo lugar, aquello que constituía la fuerza de la conspiración, era también su punto débil; estaba patrocinada por intelectuales, políticos y juristas, lo que eliminaba todas las apariencias, siempre comprometedoras, de una revuelta pretoriana; pero estos hombres de leyes y de estudio, no eran rayos de la guerra, y muchos de ellos eran impopulares en el ejército.

En tercer lugar, como deseaban no apelar a la soldadesca más que en último extremo, estaba convenido ensayar primero la intimidación. Bonaparte debía afrontar él solo a los Consejos, y esta prueba podía tomar mal cariz, porque un gran general no es siempre un orador parlamentario.

Cuarto; los conjurados distaban mucho de entenderse, puesto que cada uno llevaba su propio juego, con la esperanza de burlar al otro en el último momento. En su propia familia, Bonaparte tenía que contar con su hermano Luciano, llevado por sorpresa a la presidencia de los «Quinien-

tos» y muy persuadido de que un Bonaparte civil era tanto como un Bonaparte militar.

Finalmente, si estaba acordada la forma en que había de efectuarse la destitución del Directorio, no se había previsto nada para el día siguiente. Examinado de cerca, este modelo de golpes de Estado no es más que una sucesión de azares, incertidumbres y voluntades contrariadas; como todas las empresas humanas. El programa constaba de dos jornadas. En la primera, Siéyès y Roger-Ducos desorganizarían el Gobierno. Durante la segunda, Bonaparte obligaría a los Consejos a concederle plenos poderes.

El primer tanto se ganó fácilmente. El sábado 9 de noviembre (18 brumario) eran convocados los Ancianos a las seis de la mañana para una sesión extraordinaria. Un cuestor, Cornet, les denunciaba en un patético informe la inminencia de una insurrección terrorista y les suplicaba salvasen a la República, resolviendo que los Consejos no celebrarían sesión hasta el día siguiente, en el palacio de Saint-Cloud, a mediodía y bajo la protección del general Bonaparte, investido del mando de la guarnición de París. A las ocho estaba votado el decreto, y Barrás, Moulins y Gohier, que no estaban en el complot, dormían todavía cuando los Ancianos habían vuelto ya a sus casas.

Pero aquellos tres, sin embargo, constituían la mayoría del Directorio y podían ser peligrosos. Talleyrand se encargó de explicar a Barrás que su presencia era inútil; y como Barrás gustaba del dinero y Talleyrand era persuasivo, a mediodía se retiraba Barrás a sus tierras de Grosbois. Siéyès y Ducos presentaban inmediatamente su dimisión y, así, desaparecía el Poder ejecutivo. Gohier y Moulins se negaron a imitar a sus colegas y se presentaron dignamente en el Luxemburgo, donde Moreau llegó un cuarto de hora después para advertirles que quedaban detenidos en sus habitaciones, con la prohibición de recibir visitas y de escribir cartas. Hasta entonces todo había marchado bien; Santerre, que intentaba agitar a la gente de los arrabales, no hallaba auditorio. Sin embargo, aparecían dos puntos negros; por un lado, los soldados encargados de la custodia de Moulins y Gohier, en el primer momento se habían negado a montar la guardia;

de otro, París permanecía inerte; nadie se alzaba en defensa del régimen, y nadie se presentaba para apoyar a Siéyès y a Bonaparte; en caso de fracaso, al día siguiente no podría contarse con ayuda alguna.

En Saint-Cloud, la mañana del 19 se pasó en preparativos y movimientos de tropas. Mientras que los tapiceros arreglaban a toda prisa la galería de Apolo para los Ancianos y la *Orangerie* para los «Quinientos», iban afluyendo los diputados y comenzaban a concertarse. De París llegaban en los vehículos más heterogéneos unos centenares de curiosos, que iban como a presenciar una comedia. Bonaparte, activo y febril, vigilaba personalmente los trabajos y pasaba revista a las tropas. Había en el parque destacamentos de todos los cuerpos de la guarnición de París, constituyendo en junto ocho o diez compañías de línea, tres escuadrones y dos compañías de artillería. Estaban allí también los guardias constitucionales y los granaderos del Directorio: dos batallones próximamente, formados con restos del ejército revolucionario y conocidos por sus reminiscencias jacobinas.

Los Consejos estaban convocados para el mediodía. A esa hora se presentaron los legisladores revestidos de sus pomposos uniformes: toga romana, bandas, tocas y plumas. Acababan de colocarse los bancos. Durante media hora esperaron a la intemperie, y los más exaltados de los «Quinientos» se aprovecharon para mezclarse con los Ancianos, sembrando entre ellos el recelo y la desconfianza. Cuando, al fin, se abrió la sesión, los Ancianos, asustados con las palabras de ilegalidad y de usurpación, no se atrevieron a decidir en el acto la creación de un nuevo Poder ejecutivo, y cuando Bonaparte se presentó para ponerles al corriente del gran complot anarquista le recibieron friamente. Bonaparte, intimidado, se embrolló en su arenga; en vez de provocar una moción en favor de la reforma constitucional, disgustó a sus amigos con sus balbuceos y exasperó a los otros con las expresiones autoritarias de que sembró su discurso. Sin darse cuenta de su fracaso, quiso presentarse sin más tardanza ante los «Quinientos», que sabía le eran hostiles en su mayoría. ¿Contaba con provocar un escándalo?, ¿con lanzar a unos partidos contra otros? No se sabe. Apenas había entrado, cuando fué

acogido con rugidos, separado de sus oficiales, atropellado, abrumado a puñetazos, medio ahogado; Lefebore y Murat le separaron con gran trabajo y se lo llevaron medio desvanecido. Decididamente, el asunto tomaba mal giro. Los gritos de :«Fuera de la ley», que saludaron la retirada lastimosa del general, no eran una mera fórmula de estilo; con ella había sido derribado Robespierre. El golpe de Estado de las derechas amenazaba acabar en golpe de Estado jacobino.

Diez minutos más tarde, la situación había cambiado. Bonaparte, llevado a una habitación del primer piso, había recobrado lentamente sus ánimos. Traicionado por sus nervios, logró sobreponerse a su desfallecimiento por un prodigioso esfuerzo de voluntad. Desde una ventana que daba a la terraza grande, da la voz de «¡A las armas!». Los jefes repiten la orden y la tropa ocupa sus puestos. Entretanto, en los «Quinientos», el presidente, Luciano Bonaparte, intenta disculpar a su hermano; la Asamblea le grita, y, en un gran gesto teatral, arroja sobre la tribuna su toga y su banda, y sale protegido por la guardia. Los dos hermanos vuelven a encontrarse, a caballo, ante las tropas. Mientras Napoleón se hace aclamar por la infantería, Luciano avanza hacia los granaderos del Directorio, y en una fogosa arenga, del mejor estilo revolucionario, los requiere a socorrer a la Asamblea amenazada en la persona de su presidente por una minoría facciosa y de asesinos. Estos veteranos de la guerra civil vuelven a encontrarse en su elemento; Luciano ha sabido encontrar las palabras precisas. Rompe la marcha, Murat se pone a su cabeza y a tambor batiente los lleva a paso de carga hacia la Orangerie. Al ruido que se acerca, comienza el pánico; huye el público, gritan los diputados, y Murat, en medio del tumulto, les manda salir; unos saltan por las ventanas, otros se dejan empujar al exterior. En la oscuridad del crepúsculo, los soldados, burlones, contemplan la desbandada presurosa de togas y faldamentas.

Había terminado la farsa; no quedaba más que darle forma a aquello. Hacia las once, los ujieres de los «Quinientos» recogen por los hospedajes un centenar de legisladores, que se dejan conducir al palacio. Reunidos a la luz de unas bujías, bajo la presidencia de Luciano, deciden, de acuerdo con

los Ancianos, que el Directorio sea reemplazado por una Comisión provisional de tres cónsules, que serían: Bonaparte, Siéyès y Roger-Ducos. A las dos de la mañana, el abate, el general y el juez de paz prestan el juramento de fidelidad a la República, una e indivisible.

A distancia, este juramento tiene algo de cómico. Sin embargo, Bonaparte lo respetó en más de la mitad; si no salvó a la República, salvó todo lo que podía ser salvado de la Revolución: la mística, el personal, la política extranjera, el cosmopolitismo, la organización social. Hasta entonces, Francia no concebía el retorno al orden más que bajo la forma de una restauración monárquica. En diez años, la Revolución había hecho fracasar todos los cálculos y había decepcionado todas las esperanzas. Se esperaba de ella un Gobierno ordenado y estable, buenas finanzas, leyes juiciosas, paz en el exterior y sosiego en el interior. Había traído la anarquía, la guerra, el comunismo, el Terror, la quiebra, el hambre y dos o tres bancarrotas. La dictadura napoleónica concilió la necesidad de una autoridad con la ideología democrática. Fué un expediente de teóricos reducidos al extremo. Los doctrinarios de 1789 habían querido regenerar la Humanidad y reconstruir el mundo. Para escapar de los Borbones, los doctrinarios de 1799 se veían constreñidos a rendirse a una espada.

FIN

INDICE

Págs.

Editorial Cultura Española, S. L.

Gurtubay, 5 MADRID Teléf. 64121

OBRAS PUBLICADAS

Catolicismo y República, por E. Vegas Latapie. (Agotada.)

Elegía de la tradición de España, por José María Pemán. (Agotada.)

Lo que podría hacer la Monarquía, por Charles Benoist. (Traducción y prólogo del Conde de Ruiseñada.) (Agotada.)

El derecho a la rebeldía, por A. de Castro Albarrán. (Agotada.)

Historia de España, por Marcelino Menéndez y Pelayo. (Selección y prólogo de Jorge Vigón.) 4.ª edición.—12 pesetas.

Ideario político de Balmes, por José Corts Grau. (Agotada.)

Defensa de la Hispanidad, por Ramiro de Maeztu. 4.ª edición. (Prólogo de Eugenio Vegas Latapie; epilogada con la «Apología de la Hispanidad», del Cardenal Gomá).—12 pesetas.

La Revolución francesa, por Pierre Gaxotte. 3.ª edición.—12 pesetas.

Cartas a un escéptico en materia de formas de gobierno, por José María Pemán. 2.ª edición (popular).—3 pesetas.

Monarquía, por Charles Petrie. (Traducción del inglés. Prólogo del Conde de Ruiseñada. (Agotada.)

Encuesta sobre la Monarquía, por Charles Maurras. (Traducción de Fernando Bertrán).—12 pesetas.

El Estado Nuevo, por Víctor Pradera. (Prólogo de J. M.ª Pemán. Semblanza por el Conde de Rodezno). 3.ª edición.—10 pesetas.

Notas del block (Para la historia anecdótica de la II República), por Joaquín Arrarás.—6 pesetas.

Bismarck, por el Marqués de Quintanar. (Prólogo de Ramiro de Maeztu).—5 pesetas.

Hacia un orden social cristiano, por el Marqués de la Tour du Pin. (Traducción y prólogo de Eduardo Aunós.) (Agotada.)

Héctor (Relación novelesca inspirada en la revolución mejicana), por Jorge Gram. (Prólogo de E. Vegas.) (Agotada.)

El destino de España en la Historia Universal, por Z. García Villada, S. J. De la Real Academia de la Historia. 2.ª edición, aumentada.—7 pesetas.

Fascismo, Catolicismo, Monarquía, por el Marqués de la Eliseda. (Agotada.)

La Revolución y la Contrarrevolución mundial en España. (El fracaso de una táctica y el camino de la restauración), por P. M. Vélez, O. S. A. Pórtico de Víctor Pradera. (Agotada.)

Inquisición sobre la Inquisición, por Alfonso Junco.—4 pesetas.

El fin del imperio español en América, por Marius André. (Prólogo de Eugenio Vegas Latapie).—4 pesetas.

La Monarquía contra la fuerza del dinero, por Mc. Nair Wilson. (Traducción y prólogo de J. Ignacio Escobar).—5 pesetas.

Romanticismo y Democracia, por E. Vegas Latapie.—4 pesetas.

Antología de «Acción Española».—7,50 pesetas.

Isabel de España, por W. Thomas Walsh. (Traducción del inglés de Alberto de Mestas.) 4.ª edición.—10 pesetas

Felipe II de España, Rey de Portugal, por Julián María Rubio. 7 pesetas.

Gibraltar (La puerta del Mediterráneo), por Gerhard Herrmann. (Prólogo y traducción del alemán de Juan J. López Ibor).—4 pesetas.

Italia, Alemania y España contra el comunismo, por Valentino Piccoli. (Traducción del italiano por Martín Almagro).—4 pesetas.

Discurso a los universitarios españoles, por Juan J. López Ibor.—4 pesetas.

Qué es «lo nuevo» (Consideraciones sobre el momento español presente), por José Pemartín. 1.ª y 2.ª ediciones. (Agotada.)

El capitalismo contemporáneo y su evolución, por José Calvo Sotelo.—4 pesetas.

La Princesa de Beira, por el Conde de Rodezno.—6 pesetas.

La III República, por Jacques Bainville. (Traducción española de José Corts).—7 pesetas.

Estampa de capitanes, por Jorge Vigón. 2.ª edición, renovada. 8 pesetas.

El viajero y su sombra, por Eugenio Montes.—10 pesetas.

Breviario imperial, por Pablo Antonio Cuadra.—7 pesetas.

Escritos políticos, por Eugenio Vegas Latapie.—8 pesetas.

La letra y el espíritu. (La función social de los Oficiales), por el Mariscal Liautey. (Prólogo del General Weigand; epílogo de Jorge Vigón).—4 pesetas.

Poesía legionaria, por José Antonio Cortázar. (Prólogo de Jorge Vigón).—5 pesetas.

En vísperas de la tragedia, por Ramiro de Maeztu. (Prólogo de José María de Areilza).—7 pesetas.

El pensamiento político de Calvo Sotelo, por E. Vegas Latapie. (Prólogo de A. García-Valdecasas).—8 pesetas.

Las leyes de la política, por Charles Benoist. (Traducción del francés de José Vegas †).—10 pesetas.

PUBLICARÁ

Felipe II, por L. Pfandl. (Traducción del alemán de José Corts.)

Napoleón, por Jacques Bainville. (Traducción del francés de Manuel Alemán.)

La guerra y el hombre de guerra, por Louis Veuillot. (Traducción del francés de Eduardo de No.)

El hombre español, por Juan J. López Ibor.

Felipe II (Religión y Poder), por R. Schneider. (Traducción del alemán de Martín Almagro.)

En busca del espíritu, por Ramiro de Maeztu.

Hacia la cruz del Sur, por Pablo Antonio Cuadra.

Filosofía cristiana del Estado, por A. Dempf.

El Almirante Churruca, por José María de Areilza.

El hispanismo creador, por Pedro Sáinz Rodríguez.

La tercera edición de este libro se acabó de imprimir en los talleres de «Gráfica Universal», sitos en Madrid, Evaristo San Miguel, 8, el día 15 de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno.

LAUS DEO